

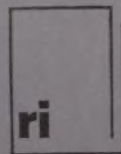
**las comisiones obreras y las
tendencias forjadas en su seno**

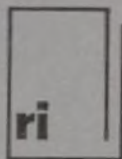
cuadernos de
**ruedo
ibérico**

39

40

octubre 1972
enero 1973





c u a d e r n o s d e s u r

Revista bimestral

Redactores-jefe

JOSE MARTINEZ
JORGE SEMPRUN

ruedo ibérico

Directeur Gérant de la publication :
FRANÇOIS MASPERO

© Editions Ruedo ibérico

Tous droits de reproduction et de traduction
réservés pour tous pays.

Administration, diffusion et ventes :

6, rue de Latran, 75005 Paris.

Téléphone : 325-56-49

C. C. P. Paris 16.586-34

Imprimé par l'Imprimerie Cary. Colombes (Hauts-de-Seine) octobre 1972-enero 1973

Ayuntamiento de Madrid

39

40

número

Juan Goytisolo : El mundo erótico de María de Zayas	3
Carlos-Peregrín Otero : Prolegómenos para una historia de la cultura hispana en el siglo XX	29

Jesús López Pacheco : 2 fragmentos de « La hoja de parra »	47
--	----

José Agustín Goytisolo : Informe personal	55
---	----

Jerónimo Hernández : Aproximación a la historia de las Comisiones obreras y de las tendencias forjadas en su seno	57
---	----

Rafael Hernández : Ocho notas sobre la política internacional del Partido Comunista de España	81
---	----

Cuando muere un policía	99
-------------------------	----

Corresponsal : El « affaire » de las autopistas	105
---	-----

Libros

Ramón Xirau : Adolfo Sánchez Vázquez : Estética y marxismo	110
--	-----

José Miguel Ullán : Anibal Núñez y los paraísos artificiales	111
--	-----

Juan Carlos Portantiero : Clases dominantes y crisis política en la Argentina actual	113
--	-----

Norman Gall : La única respuesta lógica	139
---	-----

Carta al doctor Joaquín Balaguer, presidente de la República Dominicana	155
---	-----

Tribuna libre

J. Sanz Oller : « Cuadernos Rojos » y J.J., o nada nuevo bajo el sol	157
--	-----

Colección España contemporánea

Max Gallo

Historia de la España franquista

De la toma del poder hasta hoy

Introducción. I. La victoria : 1. Francisco Franco y la muerte de la República. 2. Los primeros frutos de la victoria (abril-septiembre de 1939). 3. España ante la guerra mundial (septiembre de 1939-julio de 1940). 4. Meses decisivos (julio-diciembre de 1940). 5. Últimas tentaciones y decisión definitiva (1941-1942). II. La supervivencia y la segunda victoria (1943-1950) : 1. El gran designio de Francisco Franco (1943). 2. La « Noche negra » del franquismo (1944-1945). 3. De la supervivencia a la iniciativa (1946-julio de 1947). 4. La segunda victoria y la absolución (julio de 1947-1950). III. Nacimiento de una nueva España (1951-1959) : 1. El comienzo (1951). 2. Nuevos éxitos y nuevos peligros (1952-1955). 3. Se abre la crisis (1956-primavera de 1957). 4. Franquismo renovado contra nueva España (primavera de 1957-1959). IV. Años decisivos (1960-1963). Del Plan de estabilización al Plan de desarrollo : 1. El precio de la estabilización (1960). 2. La España de las grandes luchas ((1961-junio de 1962). 3. Liberalización ; desarrollo ; garrote vil (julio de 1962-1963). V. La España del primer Plan de desarrollo (1964-1968). El porvenir de España en cuestión. 1. Desarrollo y referéndum (1964-1966). 2. En España no hay nada decidido. Ofensiva anti-franquista y nueva represión (1967-1968). Conclusión abierta (1939-1969). De Franco a Juan Carlos. La España franquista o la excepción de la regla.

512 páginas

80 ilustraciones

45 F

Cuadernos de Ruedo ibérico

6, rue de Latran, 75005 Paris

Teléfono 325 56-49 CCP 16 586-34 Par

Precio de venta : cuaderno ordinario a partir del número 36 : 9 F ; cuaderno ordinario del número 7 al 35 : 7 F ; colección completa (números 1 a 24) : 200 F. Solicitese Boletín de información bibliográfica número 9. La suscripción a Cuadernos de Ruedo ibérico derecho al 20 % de descuento en la compra de libros pertenecientes a nuestro fondo o al de aquellas editoriales en venta en nuestra librería.

Condiciones de suscripción :

6 cuadernos
ordinarios

Francia
Otros países (correo ordinario)
América (correo aéreo)
América latina (correo certificado)

45 F
50 F
98 F
62 F

El mundo erótico de María de Zayas

I

Un análisis, incluso superficial, de la historia literaria nos muestra sin lugar a dudas que el impulso motor de su evolución lo constituye ante todo la interacción e influencia de unas obras sobre otras. Sería ocioso recordar que toda creación artística se produce en un ámbito cultural ya atestado de obras, cuya existencia reitera, modifica o niega, si el espejismo «realista» que alucina a nuestros historiadores y eruditos no nos obligara a ello. Aunque la conexión de una obra con el género o sistema al que pertenece es siempre más intensa que la que le une a la realidad exterior, para la crítica hispana al uso, encastillada en los cánones y prejuicios del «realismo» decimonónico, la literatura, en lugar de encarnar la autonomía del discurso, es un simple reflejo del mundo y las cosas. Como vamos a ver, ese espejismo realista ha conducido y conduce a muchos a juzgar como expresión genuina de la realidad social lo que a todas luces no es más que artificio, construcción o «literatura».

Los prólogos —excelentemente documentados por otra parte— de Agustín G. de Amezáa a las *Novelas y Desengaños* de María de Zayas¹ podrían servir de ilustración a lo que estamos diciendo. La doctrina literaria del difunto académico, forjada al calor del dogma del «realismo como cumbre del arte» y la identificación de la literatura española con los valores realistas, costumbristas y locales que con tanto acierto denunciara en su día Dámaso Alonso, le induce a examinar las creaciones de nuestra escritora conforme a la óptica peculiar de aquella escuela, aplicando preceptos y esquemas decimonónicos a una obra que bajo todos conceptos es producto característico de otro tiempo. Con simpática ingenuidad, Amezáa explica las formas literarias canonizadas en toda Europa durante los siglos XVI y XVIII mediante el recurso a realidades extraliterarias («La realidad, en efecto, de la vida española, rica y poliforme por demás, se

impone a todos cuantos acometen la composición de una obra de ficción, llámese comedia o novela, porque, en su variedad y opulencia, del choque de los caracteres recios, de las pasiones hondas, al hilo de la misma movilidad de los españoles de entonces, viajeros incansables por todos los ámbitos del mundo, brotarán los conflictos, los casos extraordinarios, cantera inagotable adonde dramaturgos y principalmente novelistas irán a buscar los argumentos de sus obras. Debido a esta causa, la novela psicológica es tan rara entonces, porque tal género pide paz, quietud y vida interior, y la vida corre entonces agitada y hervorosa por los cauces de un dinamismo desapoderado, ora pasional y trágico, ora aventurero y jocundo»)² y para probar el valor y originalidad de los relatos de María de Zayas los juzga conforme al patrón oro de la novela del siglo XIX («Este realismo de doña María de Zayas, este amor suyo a la verdad que inspira sus novelas, las hace todavía más sabrosas y emocionantes, porque no hay mejor maestro para todo novelista que el espectáculo de la vida misma que sus ojos captan,

1. *Novelas amorosas y ejemplares de doña María de Zayas y Sotomayor*, Biblioteca selecta de Clásicos españoles, Madrid, 1948. *Desengaños amorosos. Segunda parte del sarao y entretenimiento honesto de doña María de Zayas y Sotomayor*, BSCE, Madrid, 1950.

2. La paulatina desaparición de la trama en favor de la introspección de los personajes coincide sin embargo con los cambios y agitaciones de la revolución industrial burguesa, y hoy, en la época de los vuelos espaciales y el turismo masivo, la vanguardia literaria abandona la descripción de la realidad exterior para centrar su atención en el murmullo descursivo del narrador. La realidad histórica ha sido siempre «rica y poliforme», y escribir, por ejemplo, como hizo recientemente un inspirado carpeta, que «el siglo XVIII fue un siglo de importantes acontecimientos socioeconómicos» equivale a decir, ni más ni menos, que «el sol veraniego calienta». La vida es una cosa y la literatura otra, y explicar, tras una apresurada lectura de Marx (o de la ideología del Maestro a través del evangelio según san Lukács) las formas y creaciones literarias como un mero reflejo de los fenómenos y luchas sociales conduce a los extremos de interpretar la fábula de la lechera a la luz de las preocupaciones «de los protocapitalistas de la sociedad semi-burguesa (simbolizados por la lechera)».

que pasará luego, en cumplimiento de la famosa norma zolesca, al través de su temperamento, para traducirse por fin en sus relatos, vividos, nerviosos y calientes»³.

Enfrentado al problema del empleo de lo que podríamos llamar «argumentos itinerantes» por parte de María de Zayas, puesto de relieve por sus principales comentaristas⁴, Amezá, apegado siempre a su rígido esquema decimonónico, salta ardorosamente a la palestra en defensa de la «originalidad» de nuestra escritora, sin advertir, como Amado Alonso o Spitzer por ejemplo, que el origen o fuente de los materiales de una obra literaria importa muchísimo menos que su utilización por el escritor. Los antecedentes señalados por Plache atentan gravemente a sus ojos al valor de la obra zayesca: las influencias reales o supuestas que apunta, dice, convertirían a María de Zayas en servil imitadora de los novelistas italianos, «con mengua patente de su mérito, que con tal procedimiento se les viene a negar a sus autores la cualidad más preciosa y ansiada por todo literato, cual es su propia inventiva y la originalidad de lo que compone». El empleo abusivo e irresponsable de los conceptos de «plagio» y «originalidad» a lo largo del siglo XIX explica, como es de suponer, las inquietudes y alarmas del caballero Amezá mientras defiende, lanza en ristre, el mérito y virtud de su dama: desconociendo el principio mismo de la obra literaria, a saber, el de tratarse de un discurso sobre discursos literarios anteriores, nuestro académico cree a pie juntillas que incluso un tipo de relato tan codificado como la novela italianizante de amor y aventuras que cultivaba María de Zayas se rige por su correspondencia con la realidad social y toma al pie de la letra la fraseología naturalista que, en el interior del mismo, afirma el origen «real» de los sucesos y materiales utilizados. Si existen coincidencias entre dos autores, nos aclara, ello se debe a que «ambos observan el mismo natural»⁵. Cualquier influjo literario resulta, en su opinión, sospechoso y redundante en prejuicio del valor intrínseco de la obra. Incansablemente, nos habla de la «naturaleza realista de doña María», del «realismo de su temperamento» y su «amor a la realidad de la vida»; en el clásico dilema entre Naturaleza y Arte, añade,

es la Naturaleza quien triunfa en sus novelas. Si los episodios narrados resultan escasamente verosímiles y hasta el lector ingenuo se percató de su estrecha vinculación con las reglas del género, Amezá pretende convencerlo argumentando que la autora es una mujer sin doblez, que se limita a copiar la verdad: «Con todo eso, al leer los relatos de doña María, nos asalta una duda: ¿eran, por ventura, las mujeres españolas de su tiempo tan ingeniosas, apasionadas y temerarias como ella las pinta? [...] No creo que doña María exagerase al dibujarlas así [...] su constante y profundo realismo, su amor a la verdad [...] no la hubiera dejado mentir.» En vez de juzgar el verosímil zayesco respecto del género y la opinión común de su tiempo, nuestro académico, sin atender a las observaciones de Aristóteles y otros preceptistas clásicos, lo establece cándidamente en términos de «verdad», por su relación con lo «real». El mismo punto de vista naturalista justifica, según él, la reiteración de amoríos desenvueltos, adulterios culpables y atrevimientos licenciosos, en razón de la inclinación de la autora a lo natural de las cosas y la realidad de la vida, ya que «la mejor fuente de la novela es la vida misma». Y, fiel a la norma de explicar las formas y temas literarios por una motivación exterior, tomada de la vida social, agrega que la fecunda cosecha de duelos, raptos, estupro, degollinas, venganzas que marca con su impronta los relatos de María de Zayas es expresión directa de su «realismo»: «No me

3. Dentro de la misma óptica ingenua, el señor Rodríguez Marín se devanaba los sesos en averiguar si Cervantes «inventó» o «copió» *Rinconete y Cortadillo*, a fin de aequilibrar el mérito del novelista en función del mayor o menor parecido entre la pintura y el original.

4. Véase Lena E.V. Sylvania: *Doña María de Zayas y Sotomayor. A Contribution to the Study of her Work*, Columbia University Press, Nueva York, 1922; y, sobre todo, Edwin B. Place: «María de Zayas, an Outstanding Woman Shortstory Writer of Seventeenth Spain», *The University of Colorado Studies*, vol. XIII, número 1, junio de 1922. Idem, Ricardo Senabre Sempere: «La fuente de una novela de María de Zayas», *RFE*, XLVI, 1963.

5. Como dice Senabre Sempere, «resulta difícil sostener que los artificiosos personajes de *Las fortunas de Diana* o *El juez de su causa* provengan de la observación de un mismo natural. Son creaciones de ficción con un tenue y lejísimo apoyo en la realidad. Pertenecen a un mundo convencional, artístico en casi igual medida que las novelas bizantinas [...]» Art. cit., página 168.

parece que en todo ello hiperbolizara nuestra autora. La vida de entonces —harto sabido es— abundaba en tales casos.» En resumen, para Amezáa, «doña María [...] no imita ni plagia. Ha vivido mucho, ha viajado por diferentes países, y en estas andanzas suyas por España e Italia ha tenido sus oídos muy abiertos y vigilantes para captar cuantos casos extraordinarios y sucesos novelables pudieran servirla para sus futuras novelas».

A fin de reforzar su tesis naturalista, Amezáa toma por dinero contante y sonante las frecuentes declaraciones de la escritora conforme a las cuales la historia narrada es un «caso verdadero»; María de Zayas nos dice, en efecto, que los sucesos que relata son reales, que fue testigo de ellos o los supo por boca de alguno de sus protagonistas, y asegura al lector que los héroes o sus descendientes viven aún y, si disimula sus nombres y domicilios, lo hace de industria, con objeto de evitar su reconocimiento. En los *Desengaños amorosos*, Lisis, al establecer las reglas del sarao, exige que los casos y hechos referidos sean auténticos, y las distintas narradoras de los «desengaños» se conforman al juego, reiterando, por turno, el carácter real de sus argumentos, escuchados, dicen, de labios de alguno que los vivió o vistos directamente por sus propios ojos. Pero Amezáa pasa por alto el hecho que encarecer el carácter histórico y la «verdad» del argumento, fundándose en que se trata de un episodio tomado de la vida real, es un recurso narrativo muy común que se remonta a los orígenes mismos de la literatura. Desde las leyendas y folklores primitivos hasta las creaciones novelescas más recientes, los narradores no cesan de tomar al auditor o lector por testigo de que en su relato no se dice más que la verdad y no se quita ni pone tilde alguna a lo que sucedió efectivamente. Resultaría interesante comparar, por ejemplo, las aseveraciones realistas e históricas que pueblan los relatos de María de Zayas con las que salpican el prólogo de Galdós a *Misericordia* o las de Camilo José Cela a *La colmena*: según Galdós, el estupendo personaje de Mordejai «fue arrancado del natural por feliz coincidencia» y la elaboración misma de la novela nació de largos meses de «observaciones y estudios del natural»; en cuanto a

Cela, se refiere a su obra como a «un libro de historia, no una novela»⁶. Para cualquier estudioso de la literatura dotado de capacidad crítica (entre nosotros, más bien *rara avis*), las pretensiones de autenticidad histórica esgrimidas por novelistas y narradores se inscriben en una vieja tradición literaria cuyo claro designio es reforzar la ilusión realista del lector, tratando de hacerle olvidar de este modo la presencia ubicua del escritor que, entre bastidores, no deja de mover y cruzar los diferentes hilos de la trama. Dicho procedimiento, sin embargo, ofrece algunos inconvenientes: como observaba Valéry en una ocasión, «respecto a los cuentos y la historia, sucede a veces que me dejo cautivar y los admiro como excitantes, pasatiempos u obras de arte; pero si aspiran a la «verdad» y pretenden ser tomados en serio, su arbitrariedad y las convenciones inconscientes emergen inmediatamente». En el caso de María de Zayas, el carácter convencional y «artificioso» de sus relatos escapa difícilmente al lector de hoy, y Amezáa debe de haberlo advertido cuando señala que los hechos que nuestra autora reputa por verdaderos e históricos pecan a veces de tan extraordinarios y truculentos que no parecen producto de la realidad, pero se tranquiliza de inmediato y nos tranquiliza añadiendo que la «vida de entonces era tan varia y rica, las pasiones y afectos tan dinámicos y desapoderados, los caracteres tan indómitos y recios, tan inquieta y prodigiosa la existencia de las gentes, que bien pudieron ocurrir y tomarlos ella del medio circundante». Ahora bien, la vida ha sido siempre, como dijimos, varia y rica, y la existencia de las

6. Los novelistas son los primeros interesados en mantener y reforzar la ilusión realista de lectores y críticos, y por ello mismo nos dicen de mil maneras que los sucesos y personajes descritos en sus novelas ocurrieron y existen, y ellos se limitaron a tomarlos del natural. Ahora bien, como nos muestra la ciencia literaria de hoy, la naturalidad no existe en el campo de la narración: un autor juzgado «natural» como Galdós es tan artificioso como un antinaturalista deliberado como el creador de *Niebla*. La única diferencia entre uno y otro radica en que, mientras Galdós procura ocultar su intervención en el relato y la funcionalidad de sus personajes tras una motivación «realista» Unamuno, en vez de disfrazar su presencia, se complace en ponerla al descubierto y nos recuerda con ello que sus personajes son simplemente «seres de papel». Sobre la «ilusión realista» en Galdós me extendí en dos seminarios de teoría literaria en Boston University (1970) y New York University (1971).

gentes inquieta y prodigiosa, y Amezúa, al confundir continuamente la vida con la literatura, demuestra no haber comprendido ni interpretado bien una ni otra. Su espejismo realista es tan extremo que, refiriéndose incluso al estilo de nuestra escritora, afirma, con el aplomo ingenuo de una Pardo Bazán, que su «nota característica es la naturalidad»⁷; sus diálogos, agrega, «son vivos y naturales» y «de sus *Novelas* hubiera podido decir, como Francisco Delicado de su *Lozana andaluza*, que estaban escritas en lengua española muy clarísima». Aun prescindiendo de la desafortunada comparación con la gran obra erótica del clérigo de Martos, hubiéramos deseado preguntar al ilustre académico qué entendía por «estilo natural». Hace más de medio siglo, Román Jakobson había observado ya que «la cuestión de la verosimilitud natural de una expresión verbal carece de sentido»⁸

—aunque, si va a decir verdad, la ciencia literaria está todavía, en lo que a España se refiere, en pañales, y si Unamuno se permitió hablar con la mayor tranquilidad del mundo de «estilo eterno» (refiriéndose nada menos que a *La gloria de don Ramiro* de Larreta), sería vano reprochar a Amezúa su tan acientífica referencia al nebuloso «estilo natural».

Con todo, pocas obras se prestan menos que las de María de Zayas a esa ilusión realista que tanto encandila al ilustre académico, cuando menos para el lector de hoy. No sabemos si, como creía Amezúa, nuestra autora tomó los episodios que narra de la vida real; lo importante es que, al referirnoslos, se atiene servilmente al canon literario de la época —en otros términos: la tiranía convencional del género avasalla por completo a la presunta copia de la realidad. En las *Novelas* como en los *Desengaños* los sucesos y peripecias son comunes y trillados (y si no, nos suenan como tales), consabidos el modo de narrar y el arsenal de recursos y procedimientos de que se sirve la autora. Sin detenernos ahora a examinar la cuestión de las «fuentes» (dejémosla a la «nube de necrófagos indotados», como, con rara sinceridad, los definió en su día el actual presidente de la Real Academia), recordaremos tan sólo que este tipo de relato se cultivaba en todas las literaturas románicas

de la época y resulta fácil rastrear sus orígenes (en algunos casos a través de Boccaccio) hasta la admirable creación boccacciana. Como apuntó Caroline Bourland en su indispensable estudio del tema, «los cuentos del *Decamerón* no proporcionaron meras sugerencias a los cuentistas hispanos; suministraron también tema, desarrollo y vocabulario, en una palabra, la historia entera [...] El *Decamerón* resultó útil en España a la vez como almacén de material que podía ser vertido casi al pie de la letra a la lengua castellana y como fuente argumental para cuentos y comedias. También sugirió a los españoles la idea de unir en un conjunto una serie de historias puramente recreativas mediante el enlace de un tenue hilo de ficción»⁹. Desde Timoneda a María de Zayas, pasando por Lope, Tirso y Castillo Solórzano, el género presenta unas características muy precisas, tan fácilmente identificables como las de la novela bucólica o los libros de caballería. En la mayor parte de las obras italianizantes de amor y aventuras hallamos no sólo esquemas itinerantes y situaciones nómadicas, reiteradas con un número de variantes reducido a un estricto mínimo, sino también lo que Sklovski ha denominado con tanto acierto «argumentos-crucigramas», en los que «lo único importante es el cambio de construcciones, el cambio de soluciones» y «únicamente una parte muy pequeña de material

7. Vaya como botón de muestra el comienzo típico de uno de sus relatos: «No ha muchos años que en la hermosísima y noble Zaragoza, divino milagro de la Naturaleza y glorioso trofeo del Reino de Aragón, vivía un caballero noble y rico, y él por sus partes merecedor de tener por mujer una gallarda dama, igual en todo a sus virtudes y nobleza, que éste es el más rico don que se puede alcanzar», etc. Podríamos citar muchísimos otros ejemplos del estilo «natural» (Amézúa dixit) de nuestra autora.

8. Cfs. *Théorie de la littérature. Textes des formalistes russes* presentados por Tzvetan Todorov y con prólogo de Román Jakobson, Ed. du Seuil, París, 1965. Trad. castellana en Signos, Buenos Aires, 1971.

9. Véase la tesis doctoral de Caroline Brown Bourland: «Boccaccio and the Decameron in Spanish and Catalan Literatures», *Revue Hispanique*, 1905, XII.

convencional está dentro de la esfera de intensa atención del lector»¹⁰.

El repertorio de tópicos de que se sirve María de Zayas es idéntico al de todos los escritores populares de su tiempo: en sus obras, los soliloquios amorosos o acongojados de los héroes y heroínas son escuchados siempre por el destinatario o, a lo menos, por el personaje que podrá atenderlos y darles solución cumplida (cf *aventurarse perdiendo*, *La burlada Aminta*, *La fuerza del amor*, *El desengaño andando*, *El imposible vencido*, *El juez de su causa*, *La inocencia castigada*); todos los protagonistas son poetas y cantores, y recitan sus composiciones elegíacas o amatorias con la ayuda oportuna, siempre a mano, de un laúd, arpa, guitarra o vihuela; las heroínas, emitiendo un grandísimo y riguroso grito, sufren crueles desmayos a la vista de sus enemigos o amantes (*Aventurarse perdiendo*, *La burlada Aminta*, *El imposible vencido*, *El juez de su causa*, *El jardín engañoso*, *La esclava de su amante*); los mozos se transforman en doncellas y las doncellas en mozos con un simple corte de pelo y cambio de traje y al cantar al son de los ubicuos instrumentos musicales mudan milagrosamente la voz desde el timbre, digamos, de un Boris Christof al de un Alfred Dehler o una Lily Pons, y viceversa (*Aventurarse perdiendo*, *La burlada Aminta*, *El juez de su causa*, *Amar sólo por vencer*); realizado el cambio de sexo —de un modo mucho más rápido y sin duda menos costoso que el de los cuitados travestis de hoy— los personajes dejan de reconocerse y conviven meses enteros muy íntimamente sin descubrir no obstante su verdadera identidad (*La burlada Aminta*, *El juez de su causa*, *Amar sólo para vencer*, *La perseguida triunfante*); separados por un destino adverso, los héroes se encuentran «casualmente» en los lugares más remotos e inverosímiles (*Aventurarse perdiendo*, *El desengaño andando*, *El juez de su causa*, *La esclava de su amante*), etc. Igualmente hallamos en nuestra escritora la inevitable panoplia de criados infieles, vecinas alcahuetas, naufragios, rapto por piratas, virginidades asombrosamente preservadas en medio de los mayores peligros, etc. —ingrediente habitual de ese tipo de argumentos-crucigramas.

Pero el convencionalismo de las *Novelas y Desengaños* no se limita a los procedimientos y recursos literarios: casi sin excepción, los relatos de María de Zayas son (cuando menos, a primera vista) el ejemplo claro de aquellas obras cuya estructura es conocida de antemano por el lector en el momento de emprender la lectura. Como el libro de caballería, la novela pastoril, el drama de honor (o el folletín sentimental, la novela policiaca y la *série noire*, por citar otros géneros igualmente muy codificados), pertenecen a un sistema artístico que calibra el mérito de las obras en función de su estricta obediencia a unas reglas netas y precisas. En dicho sistema, el valor de la novela (u obra teatral, película, serial televisado) se basa en la rigurosa coincidencia de los hechos y episodios representados con los que el lector o espectador conoce previamente: este último, por ejemplo, al leer o seguir el desarrollo de un western en la pantalla sabe desde el comienzo que el blanco es «bueno» y el piel roja «malo» y la película o novela concluirá con la victoria obligada del primero¹¹. La clave de esta clase de obras, ha observado con acierto Iuri Lotman, se cifra en una «estética de identidad», a diferencia de aquellas otras, mucho

10. Victor Sklovski: «Sobre la prosa literaria», Planeta, Barcelona, 1971. Aunque la obra contiene capítulos de gran interés constituye un paso atrás respecto a su célebre *Teoría de la prosa*, publicada en la URSS en 1925, y muestra que el autor no se ha repuesto nunca del gran miedo que desencadenó la ofensiva sectaria de 1931 contra los críticos del realismo socialista. Consúltense sobre el tema el documentado estudio de Victor Erlich: *Russian Formalism. History-Doctrine*, Mouton, La Haya, 1955.

11. Los seriales televisados del tipo *Mission impossible*, *The boldones*, *Ironside*, *Cannon*, *Mannix*, etc., suministran estupendos ejemplos de argumentos-crucigramas, constreñidos a una ars combinatoria de un reducidísimo número de elementos. El principio estético no difiere mucho del de la novela italianizante o bizantina, y en las *Novelas de Lope* encontramos también los mismos héroes invencibles, encargados de defender los sacrosantos valores patrios frente a la turba amenazadora de las gentes de piel oscura y ojos rasgados: «Aquí acudieron multitud de moros, como a la mayor causa de atrevimiento que jamás habían visto; pero don Felis, sin querer tomar armas de piedras o palos, con que le embistieron, a solas puñadas y mojicones hizo mayor defensa que pudieran con armas dieciséis (!) hombres: al que cogía del cuello arrojaba de sí por largo trecho, y adonde caía se estrellaba; al que daba mojicón bañaba en sangre y le quitaba la vista de los ojos.» (Guzmán el Bravo, en *Novelas* a Marcia Leonarda, Alianza Editorial, Madrid, 1968, p. 164.)

menos numerosas, cuyo código, desconocido por el lector o espectador al comienzo de la percepción artística, se establece en virtud de lo que el lingüista soviético denomina una «estética de oposición»: en ellas, el autor lucha contra las leyes rutinarias y prejuicios del público imponiéndole su propio modelo o perspectiva del mundo (la genial creación de Rojas encarna entre nosotros el ejemplo máximo de este tipo de estética)¹².

María de Zayas, como el Lope de las *Novelas a Marcia Leonarda*, ignora o desdeña los grandes descubrimientos literarios de *La Celestina*, el *Lazarillo* y Cervantes: la existencia de personajes individualizados y la motivación realista. Los héroes y heroínas zayescos son personajes bidimensionales que actúan simplemente en relación a los principios opuestos del amor y la honra. Los prodigiosos sucesos y aventuras que llueven sobre ellos no los «crean» ni los modifican: se agitan sin cesar, pero no «viven» los acontecimientos ni se componen un carácter autónomo como Sempronio, Lázaro o Sancho Panza. Todo ello responde, desde luego, a las peculiaridades del relato boccacciano. En la novela actual, como en el cuento más primitivo, no hay personajes sin acción ni acción independiente de los personajes; pero en Lope y María de Zayas las acciones no sirven para ilustrar o caracterizar al personaje, sino que éste está sometido a la acción. Lo que marca la pauta es siempre el encadenamiento de los sucesos y peripecias. Como ha señalado Todorov, mientras en la novela «realista» del XIX, por ejemplo, toda acción es juzgada como expresión o índice de un personaje dotado de «espesor psicológico» y es, por decirlo así, «transitiva», en el relato de Boccaccio y sus epígonos las acciones son «intransitivas», esto es, valen por sí mismas y no como clave o ilustración del carácter del personaje¹³. La observación es importante, pues la crítica al uso —de la que Amezcua es un representante típico— tiende a considerar al personaje psicológico, de acciones transitivas —creado para hacer concurrence al estado civil— un elemento inherente al género narrativo, olvidando que, por espacio de siglos, ese personaje no existía. Los héroes y heroínas de Zayas no son «seres de carne y hueso» ni siquiera

para un lector propenso a abandonarse a las delicias de la ilusión realista sino meras unidades funcionales que capsulan la multiplicidad de acciones simultáneas o sucesivas en que les envuelve la peripecia del relato. Nuestra autora les confiere determinados rasgos (amor, odio, envidia, celos, etc.), pero no les compone un «carácter» y se limita a moverlos conforme a una *ars combinatoria* de reglas muy simples (vgr: Enrique ama a Mencía —Clavela ama a Enrique —Clavela, para vengarse, denuncia Enrique a Alonso, hermano de Mencía, etc.). La ley narrativa implícita en la mayoría de los relatos (aparte de la mencionada antinomia pasión-honra) radica en la incompatibilidad entre el amor y la posesión: se ama lo que no se posee; una vez obtenido el ser amado, el amor, inevitablemente, se desvanece («Todo el aborrecimiento que tenía a don Manuel se volvió en amor, y en él el amor aborrecimiento», dice Isabel en *La esclava de su amante*, después de ser poseída contra su voluntad por su taimado y versátil suspirante. *Idem*, en *El desengaño andando*, *Amar sólo por vencer*, *Mal presagio casar lejos*, etc.). En el relato zayesco, las acciones obedecen a una causalidad pura, enteramente distinta de la que priva en la novela cervantina o galdosiana: los actos de los personajes son provocados por acciones precedentes, de acuerdo con el consabido esquema de los cuentos y leyendas primitivos (si A viola la ley en perjuicio de B, B restablece la ley vengándose de A), aunque en algunos casos (especialmente en *El prevenido engañado*, *La esclava de su amante* y *La perseguida triunfante*) las acciones se encadenan más bien en virtud de una causalidad ideal o abstracta, al servicio del designio didáctico que guía casi siempre la pluma de nuestra autora. El don Fadrique de *El prevenido engañado* y doña Beatriz de *La perseguida triunfante* pertenecen a esta peculiarísima fauna de personajes sin experiencia ni memoria, que corren infinidad de aventuras, pero no «viven» ninguna, fauna que abarca tanto a los héroes del *Candide* de Voltaire y la *Justine* de Sade como a los maravillosos protagonistas del cine mudo de la estirpe de Langdon.

12. V. Iuri Lotman...

13. Cfs. Tzvetan Todorov: *Poétique de la prose*, Ed. du Seuil, París, 1971.

Keaton y Chaplin. Como la virtuosa y desdichada heroína de Sade, doña Beatriz soporta con el mayor despegue y sin escarmentar nunca las sucesivas traiciones y venganzas de su perverso cuñado, y su ausencia total de experiencia y memoria la escolta de un atropello a otro en un inefable estado de arrobado y celestial candor. Aquí, la distinción fundamental trazada por los formalistas rusos entre los conceptos de «función» («la acción de un personaje, definida desde el punto de vista de su significación en el desarrollo de la intriga», según palabras de Propp) y «motivación» (el recurso o procedimiento del narrador destinado a encubrir la función y darle una apariencia de realidad, naturalidad o, por mejor decir, verosimilitud) cobra todo su sentido y nos ayuda a comprender la narrativa zayasca como paradigma del relato inmotivado¹⁴. Los personajes de nuestra autora, como los de las *Novelas de Lope*, son puramente funcionales, y el autor los «mata» o se olvida de ellos a partir del instante en que dejan de desempeñar su función. Nos movemos, pues, en los antipodas de ese «realismo» tan caro a don Agustín de Amezuza: en *Tarde llega el desengaño*, por ejemplo, María de Zayas hace morir al mismo tiempo a la desgraciada Elena y a la esclava negra que alevosamente la suplantó en el lecho y consideración del marido, sin preocuparse de la patente inverosimilitud de tan asombrosa coincidencia; cuando, en *Amar sólo por vencer*, el enamorado Esteban, disfrazado de doncella por amor de Laurela, tras una larga serie de desdenes, obstáculos y peligros tragicómicos que agravan todavía su pasión y le llevan casi al sepulcro, obtiene al fin los favores de su amada e inmediatamente la abandona y expone a la deshonra pública, la autora no se toma la molestia de motivar el brusco y pasmoso cambio de carácter del personaje, pues su función real es engañar a Laurela, cumplido lo cual desaparece y cae en el olvido. En general, en los relatos de Lope y María de Zayas, el héroe topa siempre «casualmente», como era común en la narrativa de aquel tiempo, con el personaje que responde a las exigencias de la trama novelesca, del modo más convencional y arbitrario.

En las novelas realistas, los encuentros casuales existen también —pero cuando madame Bovary tropieza con León en la ópera de Rouen, Flaubert se las agencia para motivar cuidadosamente el encuentro.

Sin abandonar por eso su quijotesca empresa de defender a todo trance la naturaleza realista y originalidad sin mancha del arte narrativo de su dama, Amezuza se ve obligado a admitir la influencia directa y formal de Boccaccio en lo que toca a su empleo de la técnica decamerónica del «encuadre», esto es, de «servirse de idéntico marco o procedimiento novellístico de congregar en una sala o jardín a unos mismos galanes con sus damas, para que en noches sucesivas fueran por turno refiriendo su cuento respectivo». Si bien dicha técnica es casi tan antigua como la literatura misma (bastaría con citar los ejemplos de Homero y *Las mil y una noches*), su introducción en la literatura española del siglo XVII se debe sin duda a la influencia tardía de Boccaccio. El «encadenamiento» y «encuadre» son los procedimientos narrativos más primitivos (y ello explica la proliferación extraordinaria de héroes peregrinos y errantes, puesto que el pretexto del viaje permitía ensartar los sucesos y acciones; eso no se debía, como ha indicado un profesor ilustre, a una afición personal de nuestros escritores sino a una exigencia del género: un personaje físicamente inmóvil como Oblomov era, entonces, inconcebible; todos los héroes se movían, viajaban, se agitaban, mostraban su condición de «culos de mal asiento», y dicha particularidad era un simple producto del tipo de construcción novelesca): combinando los dos, el escritor podía ya detener el curso de la acción y engastar nuevas historias durante las pausas del relato, ya agrupar una serie de episodios dispares mediante el artificio de un delgadísimo hilo argumental. Este último procedimien-

14. V. *Théorie de la littérature*. Sobre el tema, puede consultarse igualmente la mencionada obra de Erlich y Lee Lemon: *Russian Formalism Criticism*, The Nebraska University Press, 1965. El lector español tiene a mano la antología *Formalismo y vanguardia*, con textos de Eikhenbaum, Tinianov y Sklovski, Ed. Alberto Corazón, Madrid, 1970; la obra de Sklovski: *Cine y lenguaje*, Anagrama, Barcelona, 1971 y el célebre ensayo de Propp: *Morfología del cuento*.

to, como ha mostrado muy bien Caroline Bourland en su mencionado ensayo, fue empleado con anterioridad a María de Zayas por Salas Barbadillo, Francisco de Lugo y Dávila, Tirso de Molina, Castillo Solórzano y Juan Pérez de Montalbán e inspiró incluso a Cervantes una obra que no llegó a publicar jamás, titulada, muy boccaccianamente, *Semanas del jardín* y cuya referencia hallamos en el prólogo a las *Novelas ejemplares*. Como en otros terrenos, nuestra escritora se sirvió del recurso con que le brindaba el arsenal literario de su tiempo sin quitarle ni añadirle una tilde ni interrogarse un solo instante sobre su eventual deterioro. Todos los tópicos argumentales y constructivos de la época son utilizados en su obra con la mayor inocencia y buena fe, aun en el caso de que para algunos lectores y autores contemporáneos su empleo hubiese dejado de parecer ya «natural». Mientras otros escritores procuraban excusar burlescamente su uso y se esforzaban, por decirlo así, en guardar las distancias, nuestra autora admite su existencia como algo ineluctable y no los pone jamás en tela de juicio. Un breve paralelo entre la actitud de Lope de Vega y María de Zayas respecto a los lugares comunes de la novela italianizante de que ambos se valen ilustra bastante bien los mecanismos de la evolución literaria y el diferente grado de conciencia artística de los dos escritores.

El género que aborda Lope al escribir sus *Novelas a Marcia Leonarda* se hallaba ya bastante codificado y su autor tenía clara conciencia de ello. Lope no era un «raro inventor» del genio de Cervantes y se sentía en la incómoda situación de quien se adentra por unos caminos trillados y debe acampar su historia en un decorado utilizado anteriormente por otros escenógrafos del género —tan conocido por el público de entonces como esos poblados de cartón piedra con su *saloon*, su cárcel local y despacho del *sheriff* que aparecen inevitablemente en las películas del Oeste. Por eso, aunque sus relatos no se alejan un ápice de la línea tradicional, intercala en ellos una serie de glosas y observaciones que son otros tantos guiños destinados al lector, para mostrarle que no es tan cándido como a primera vista pudiera creerse y obedece a sabiendas las reglas convencionales

del juego. Al mismo tiempo, le recuerda que todo género literario posee sus leyes propias y basta pasar de un género a otro para que las leyes cambien:

«Paréceme que me dice vuestra merced que claro estaba esto, y que, si había hija en esa casa, se había de enamorar del disfrazado mozo. Yo no sé que ello haya sido verdad, pero por cumplir con la obligación del cuento, vuestra merced tenga paciencia y sepa que la dicha Silveria tendría hasta diecisiete o dieciocho años, edad que obliga a semejantes pensamientos» (*Las fortunas de Diana*, p. 52)¹⁵.

«¿Quién duda, señora Leonarda, que tendrá vuestra merced deseo de saber qué se hizo de nuestro Celio, que ha mucho tiempo que se embarcó para las Indias, pareciéndole que se ha descuidado la novela? Pues sepa vuestra merced que muchas veces hace esto mismo Heliodoro con Teógenes, y otras con Clariquea, para mayor gusto del que escucha, en la suspensión de lo que espera» (*Idem.*, p. 60).

«Paréceme que le va pareciendo a vuestra merced este discurso más libro de pastores que novela» (*Idem.*, p. 53).

«El, movido por su piadoso ánimo, le contó quien era, lo que había sucedido y lo que buscaba, a la traza que suelen ser las narraciones de las comedias, que hay poeta cómico que se lleva de un aliento tres pliegos de romance» (*Idem.*, p. 61).

«Aquí llegó Felisardo, y me parece que vuestra merced estaba ya cansada de esperarle [...] Pues sepa vuestra merced que las descripciones son muy importantes a la inteligencia de las historias, y hasta ahora yo no he dado en cosmógrafo por no cansar a vuestra merced [...]» (*La desdicha por la honra*, p. 89).

«Ya se llegaba la hora de comer y ponían las mesas —para que sepa vuestra merced que no es esta novela libro de pastores, sino que han de comer y cenar todas las veces que se ofreciere ocasión [...]» (*La prudente venganza*, p. 112).

Es decir, Lope se vale de una serie de tópicos que abundan en el *Decamerón* e incluso en la novela griega, como naufragios, traiciones,

15. *Novelas a Marcia Leonarda*, en la ya citada edición de Alianza Editorial, con prólogo de Francisco Rico.

raptos y amores virginales y puros en medio de soledades, asechanzas y peligros pero, después de plegarse a las normas del género, consciente de su decrepitud y deterioro, agrega con ironía: «Grandes dudas le quedarán a vuestra merced del amor de Felicia y los desdenes de Guzmán el Bravo, porque parece que en tierra de moros, con tanta privación y soledad, y habiendo sido la compañía de su cautiverio y el consuelo de sus trabajos, no fuera menos que ingratitud no corresponder a su voluntad. Prometo a vuestra merced que no lo sé, y que en esta parte sólo puedo decir que el trato ha juntado en amistad animales de géneros diferentes, a despecho de la naturaleza, y que ningún hombre debe fiarse de sí mismo, de que tenemos tantos ejemplos» (Guzmán el Bravo, p. 172). Y refiriéndose a la costumbre de introducir versos en las novelas, que los enamorados cantan acompañándose con música de laúd, arpa, guitarra o vihuela, conforme a la convención literaria según la cual todos los personajes eran poetas y cantores, escribe: «Deseando el mayoral enterarle, claro está [el subrayado es mío, J.G.], que había de llamar a Diana, y ella parecerle bien al duque y asimismo mandarle que cantase» (*Las fortunas de Diana*, p. 55), «y trayendo un instrumento, que claro está [id.] que lo había de haber de haber en la huerta o traelle las criadas de Laura [...] Fabio y Antandro cantaron así» (*La prudente venganza*, p. 113).

Estos dos «claro está» hay que entenderlos no como una referencia a la realidad descrita sino a los requisitos del género: puesto que el personaje debe cantar su tristeza o amores, claro está, como dice Lope, que no puede faltar el instrumento. En otros términos: los personajes no cantan porque tienen un instrumento a mano, sino que el instrumento está a mano porque los personajes deben cantar. Pero es en la utilización del milagroso transsexualismo del disfraz donde las diferencias entre los dos escritores se manifiesta con mayor nitidez. Como apuntamos antes, todos los narradores y dramaturgos de la época usaban y abusaban de dicha convención tanto cuanto les permitía fabular una serie de encuentros y desencuentros entre enamorados

y amantes de acuerdo con los gustos aventureros del público¹⁶. Las doncellas, con cortar sus cabellos y vestir traje de varón, se convertían en valientes y esforzados caballeros, y no sólo mudaban de físico y voz sino también de sicología y carácter¹⁷: en *Las fortunas de Diana*, la heroína del Lope, disfrazada de Celio, es nombrada por el rey gobernador y capitán general de las Indias; en *El juez de su causa*, la bellísima protagonista de María de Zayas se granjea fama de valeroso soldado con el nombre de don Fernando y se ve promovida sucesivamente a los cargos de capitán de caballos, titular de un hábito de la Orden de Santiago y virrey de Valencia. El *travestí* originaba por otra parte una serie de ambigüedades y equívocos del orden de los que con tanta gracia describe Guillermo Cabrera Infante en su ensayo sobre Corín Tellado¹⁸: en *Amar sólo por vencer*, Esteban, transformado en criada de Laurela bajo el nombre de Estefanía, declara repetidas veces su amor —aparentemente homosexual— a la muchacha y esquiva como puede los apremiantes ruegos y ofertas —heterosexuales sólo en apariencia— de don Bernardo, el padre de su amada. La presunta Estefanía ayuda incluso a desnudarse a Laurela, convive más de un año en estrecha intimidad con ella, y, al enterarse de su proyectada boda con Enrique, pierde el sen-

16. V. Carmen Bravo-Villasante: *La mujer vestida de hombre en el teatro español. Siglos XVI-XVII*, Ed. Revista de Occidente, Madrid, 1955.

17. «Y es de creer que fue necesario el ánimo que el traje varonil le iba dando, para no mostrar su sobresalto y flaqueza», dice de su heroína María de Zayas en *La burlada Aminta*.

18. V. Guillermo Cabrera Infante: «Una inocente pornógrafa», *Mundo Nuevo*, octubre de 1967.

tido¹⁹. Pero dejemos la palabra a María de Zayas:

«Apenas oyó estas últimas palabras Estefanía, cuando con un mortal desmayo cayó en el suelo, con que todas se alborotaron, y más Laurela, que sentándose y tomándole la cabeza en su regazo, empezó a desabrocharle el pecho, apretarle las manos y pedir apriesa agua, confusa, sin saber qué decir de tal amor y de tal sentimiento [...]»

«Laurela, mientras los demás fueron a que se acostase, quedó resolviendo en su pensamiento mil quimeras, no sabiendo dar color de lo que veía hacer a aquella mujer; mas que fuese hombre *jamás llegó a su imaginación*» [el subrayado es mío. J.G.].

A la verdad, uno de los elementos esenciales del *travesti* es el sorprendente estado de ofuscación y ceguera que aqueja al enamorado y los deudos del disfrazado transexualista —a quien dejan de reconocer de la mañana a la noche con la misma violencia abrupta con que los personajes del teatro grecolatino se descubrían milagrosamente un parentesco. Dicha ceguera se sitúa en los antípodas de la agnición y podría ser calificada en rigor de anti-anagnórisis: en *La burlada Aminta*, por ejemplo, la heroína de Zayas entra al servicio de su infiel don Jacinto sin ser reconocida por éste a pesar de sus alusiones y referencias al pasado estupro y en *La perseguida triunfante*, Beatriz, disfrazada de médico, hace confesar todos los crímenes y delitos que ha cometido contra ella al protervo cuñado sin que él ni su propio marido la distinguan. Pero contrastemos ahora el fenómeno de anti-anagnórisis de *El juez de su causa* con el que en *Las fortunas de Diana* nos pinta Lope de Vega.

En el relato de María de Zayas, el capitán Fernando —en realidad, Estela— tropieza «casualmente» con su querido don Carlos por tierras de Túnez y, sin revelar su identidad, le pregunta quién es:

«Safisfizo don Carlos a Estela con mucho gusto, obligado de las caricias que le hacía, o por mejor decir al rostro que con ser tan parecido a Estela traía cartas de favor; y así, le dixo su nombre y patria y la causa porque estaba en la guerra, sin encubrirle sus amores y la prisión que había tenido, dicién-

dole como cuando pensó sacarla de casa de sus padres y casarse con ella, se había desaparecido de los ojos de todos, ella y un paje, de quien fiaba sus secretos, poniendo en condición su crédito [...]»

Concluida la relación de la propia historia de ambos, el fingido don Fernando ofrece su protección y amparo al obnubilado mancebo, y nos dice la autora:

«Atento oyó Carlos a don Fernando, que por tal tenía a Estela, pareciéndole no haber visto en su vida cosa más parecida a su dama; *mas no llegó su imaginación a pensar que fuese ella* [el subrayado es mío. J.G.].

«De esta suerte pasaron algunos meses, acudiendo don Carlos a servir a su dama, no sólo en el oficio de secretario, sino en la cámara y mesa, donde en todas ocasiones recibía de ella muchas mercedes, tratando siempre con él de Estela, tanto, que algunas veces llegó a pensar que el duque [esto es, don Fernando, J.G.] la amaba, porque siempre le preguntaba si la quería como antes y si viera a Estela si se holgara con su vista, y otras cosas con que más aumentaba la sospecha de don Carlos [...]»

Con posterioridad, «don Fernando» es nombrado virrey de Valencia y, al llegar a esta ciudad en compañía de su engañado secretario, debe zanjar el pleito instruido contra él, pues se le acusa falsamente del deshonor de la propia Estela. A fin de poner a prueba el

19. En *Las fortunas de Diana*, Lope nos describe la conducta de su heroína que, disfrazada de mancebo, es requerida de amores por su ama Silveria en los siguientes términos: «Murmuraban los labradores el encogimiento de Diana; y ella, por no ser entendida, dio en hacer del galán con las villanas que venían a visitar a su ama. Y como por ser casa grande y de mucha gente de servicio luego se inventasen bailes, Diana dio en salir a ellos y despejarse, con que no desagradaba las labradoras, mayormente una hermana del estudiante referido, que era bachillera y hermosa y picaba en leer libros de caballerías y amores; pero desagradaba a Silveria, que, abrasada de celos, le comenzó a decir una tarde con algunas lágrimas que cómo había sido tan desdichada, que no había negociado su inclinación como las demás labradoras, y que supiese que no era justo que, ya que no la quisiese, por ser ella más desdichada, la matase de celos con su vecina. Sintió tanto Diana el ver apasionada a su señora, que mil veces estuvo determinada de decirle que era mujer como ella; pero temiendo que se había de descubrir quién era, de lo que había de resultar tanto daño, mostróse agradecida y aseguróle los celos con decir que se atrevía a las otras y a ella no, por el debido respeto de ser su dueño, más que de allí, adelante se enmendaría en todo, de cuyas esperanzas quedó Silveria contenta y engañada.»

amor de don Carlos a ésta —es decir, a sí misma— ordena su encarcelamiento y amaga condenarlo a muerte hasta arrancarle la confesión de su pasión. Pero don Carlos duda de la fidelidad de Estela, en vista de lo cual el extraño virrey se descubre:

«—Yo soy la misma Estela, que se ha visto en un millón de trabajos por tu causa, y tú me lo gratificas en tener de mí la falsa sospecha que tienes.

«Entonces contó cuanto le había sucedido desde el día que faltó de su casa, dexando a todos admirados del suceso, y más a don Carlos, que corrido de no haberla conocido y haber puesto dolo en su honor, como estaba arrodillado, asido de sus hermosas manos, se las besaba, bañándoselas con sus lágrimas, pidiéndole perdón de sus desaciertos [...] Salió la fama publicando esta maravilla por la ciudad, causando a todos notable novedad que el virrey era mujer y Estela.»

En *Las fortunas de Diana*, la heroína de Lope, separada de su enamorado Celio por un cúmulo de circunstancias adversas muy semejantes a las del relato de Zayas (casualidades milagrosas, encuentros estupendos, etc.) se disfrazaba de pastor, entra al servicio de un duque y, favorecida por el rey por su buen tallo y voz (ignoramos si de bajo o tiple ligera), para en gobernador y capitán general de las Indias. Una vez allí, el nuevo virrey se dedica a administrar justicia de un modo un tanto expeditivo (dando garrote en secreto y sepultura en la mar) hasta el encuentro «casual» con el personaje que responde a las exigencias de la intriga: Celio, naturalmente.

«Llegó últimamente a Cartagena y, visitando los presos, vio a Celio, que aunque estaba flaco y descolorido, le conoció luego [...] Hizo salir de la sala a todos y quiso saber de su boca todo el suceso, dándole palabra de caballero, si le decía la verdad, de ayudarle cuanto le fuese posible. Creyendo Celio que el virrey se le había aficionado, y creyendo la verdad, aunque no la entendía, contaba por extenso toda su historia [...] Diana miraba a Celio y volvía las lágrimas desde los ojos al corazón, llorando sobre él lo que fuera en el rostro a estar más sola. Hizo retirar a Celio, y de secreto a su mayordomo que con notable

cuidado le regalase; y le hablaba todos los días, haciéndole siempre referir su historia, de que Celio se admiraba, viendo que no quería que le tratase de otra cosa. Acabadas las que tenía que hacer en aquella tierra, hechos los castigos y dado a los leales los merecidos premios [...] le embarcó en su capitana y a título de preso llevó consigo, comiendo y jugando con él todo el viaje.

«Halló Diana al Rey Católico en Sevilla; fue besarle la mano con grande acompañamiento, y no sin Celio que allá le llevó también con disculpa de algunos guardas» [p. 71-72].

La escena del reconocimiento acaece de un modo similar a *El juez de su causa* y, como don Carlos, el ofuscado Celio se queda corrido y admirado viendo que el gobernador era «su hermosa mujer, que tantas lágrimas y desventuras le había costado». Pero, a diferencia de Zayas, Lope introduce una de sus frecuentes glosas, con el propósito de ganar la complicidad del lector respecto a su utilización de tan artificioso procedimiento: «Pienso, y no debo engañarme, que vuestra merced me tendrá por desalentado escritor de novelas, viendo que tanto tiempo he pintado a Diana sin descubrirse a Celio después de tantos trabajos y desdicha; pero suplico a vuestra merced me diga, si Diana se declarara y amor ciego se atreviera a los brazos, ¿cómo llegara este gobernador a Sevilla?» (p. 72).

Como han establecido los formalistas rusos, los procedimientos literarios surgen, se desarrollan, se imponen, envejecen y mueren (a veces también resucitan, aunque con diferente función): a medida que se repiten y gastan, se vuelven mecánicos, se «formalizan». «En la evolución de cada género, dice Eikenbaum, llega un momento en que el género utilizado hasta entonces con objetivos enteramente serios o «elevados» degenera y asume una función cómica o paródica.» Ello depende, como es lógico, del grado de conciencia artística del escritor y de la vetustez y desgaste del material que emplea. Cuando un autor advierte que los recursos que aplica son viejos y muestran a las claras su carácter convencional, procura tomar sus distancias respecto a ellos y pone al desnudo su funcionalidad, destruyendo así voluntariamente la

ilusión realista. En tal caso, el artista parodia el procedimiento, lo desvela y ridiculiza pero, al mismo tiempo, lo justifica estéticamente mientras que si se hubiera valido de él procurando ocultar una convencionalidad que salta ya a la vista habría producido una impresión cómica en el lector lúcido, a expensas, claro está, de la finalidad de la obra. Evitando ese cómico involuntario al que no escapa hoy el relato de María de Zayas, Lope se cura en salud y pone el procedimiento en cueros vivos²⁰.

Como puede verse en los ejemplares citados, María de Zayas y Lope de Vega se sirven del recurso trivial y común del disfraz y la « anti-anagnórisis », pero su actitud hacia éstos es diametralmente opuesta. Zayas los usa, por así decirlo, con inocencia, como si dichos medios y sus inevitables secuelas fueran reflejo del orden « natural » de las cosas y no resultado de una viejísima convención literaria: refiriéndose a Laurela y su enamorado Esteban que, disfrazado de mujer, se vende por criada, dice, « mas que fuese hombre jamás llegó a su imaginación »²¹ y cuando Beatriz, vestida de médico, arranca la confesión de sus crímenes a su implacable enemigo Federico, exclama: « ¡Gran misterio de Dios que estaba hablando con los mismos que la perseguían sin ser conocida de ninguno! » Lope, en cambio, siente el expediente del disfraz como algo inoportuno y molesto y, en vez de camuflarlo, lo pone abiertamente al desnudo: « Si Diana se declarara y amor ciego se atreviera a los brazos, ¿ cómo llegara este gobernador a Sevilla? » Como dice Francisco Rico en el prólogo de la citada edición, « tipos, temas y problemas se le presentaban con frecuencia [a Lope] tan firmemente elaborados —formulados— que podía permitirse el lujo de aludir simplemente a ellos y estar seguro de ser comprendido. De ahí que cuando da un quiebro a las convenciones al uso se apresura a indicarlo con zumba: así en *Guzmán el Bravo*, ante el insólito suceso que la bella se enamora del criado y no del amo ». Esto es, el género literario que aborda impone su propio verosímil y, al eterno por qué de la crítica naturalista, responde: si Celio no reconoce a Diana y ésta no se descubre a Celio es porque el tipo de relato lo exige²².

Sin la convención del disfraz y la « anti-anagnórisis » el atractivo virrey no llegaría a la corte y el episodio narrado no existiría —exactamente como, suprimiendo la invulnerabilidad de James Bond y los héroes de

20. Podemos distinguir tres fases en la utilización de un recurso artístico: 1) empleo « natural », cuando el escritor no se da cuenta de su deterioro o envejecimiento; 2) empleo paródico, cuando ha advertido éstos, y lo pone voluntariamente al desnudo; y 3) invención de un recurso nuevo. En general, todo procedimiento resulta visible por dos razones: por haberse gastado en exceso y aparecer ya como algo engorroso o, al revés, por su total novedad, cuando su carácter insólito nos sorprende. Entre una y otra fase, no nos percatamos del procedimiento y nos parece « natural ». V. Tzvetan Todorov: « Poétique », en *Qu'est-ce que la structuralisme?*, Ed. du Seuil, París, 1968.

21. Por la misma razón funcional, en la escena capital de *Misericordia*, de Galdós, las palabras sencillas de la abnegada Benina no « llegan a penetrar » en el alma de doña Paca. Al lector ingenuo, la súbita y misteriosa impenetrabilidad de la buena señora no puede menos de sorprenderle y, con toda la explicación es muy simple: porque así lo requieren las necesidades de la intriga.

22. La literatura de todos los países y épocas nos procura abundantes muestras de la reflexión crítica del autor respecto a las convenciones del género que cultiva. Sirva de ejemplo el siguiente párrafo, espumado de Pepita Jiménez de Valera: « Al llegar a este punto, no podemos menos de hacer notar el carácter de autenticidad que tiene la presente historia, admirándonos de la escrupulosa exactitud de la persona que la compuso. Porque si algo de fingido, como en una novela, hubiera de estos *Parallipómenos*, no cabe duda en que una entrevista tan importante y trascendente como la de Pepita y D. Luis se hubiera dispuesto por medios menos vulgares que los aquí empleados. Tal vez nuestros héroes, yendo a una nueva expedición campestre, hubieran sido sorprendidos por deshecha y pavorosa tempestad, teniendo que refugiarse en las ruinas de algún antiguo castillo o torre moruna, donde por fuerza había de ser fama que se aparecían espectros o cosas por el estilo. Tal vez nuestros héroes hubieran caído en poder de alguna partida de bandoleros, de la cual hubieran escapado merced a la serenidad y valentía de D. Luis, albergándose luego, durante la noche, sin que se pudiera evitar, y solitos los dos, en una caverna o gruta. Y tal vez, por último, el autor hubiera arreglado el negocio de manera que Pepita y su vacilante admirador hubieran tenido que hacer un viaje por mar, y aunque ahora no hay piratas o corsarios argelinos, no es difícil inventar un buen naufragio, en el cual D. Luis hubiera salvado a Pepita, arribando a una isla desierta o a otro lugar poético y apartado. Cualquiera de estos recursos hubiera preparado con más arte el coloquio apasionado de los dos jóvenes y hubiera justificado mejor a D. Luis. Creemos, sin embargo, que en vez de censurar al autor porque no apela a tales enredos, conviene darle gracias por la mucha conciencia que tiene, sacrificando a la fidelidad del relato al portentoso efecto que haría si se atreviese a exonerarle y borderle con lances y episodios sacados de su fantasía. » Y, a continuación, Valera se lanza a una descripción « realista » de la escena que, al lector de hoy, resulta no menos convencional que los recursos anticuados de que se burla.

«anti-
aría a
istirla
vulne-
s de

de un
escritor
emplea
jamente
general.
s: por
o algo
ndo su
se, no
atural
que le

ital de
negada
aca. Al
de la
n todo,
en las

procura
aspecto
jemplo
alera:
otar el
istoria.
que
novela.
e una
Pepita
algares
a una
os por
se en
de por
cosas
do en
bieran
Luis.
udiera
l vez,
nanera
o que
tas o
ragio,
a una
ra de
oquilo
mejor
rar el
racias
elidad
ese a
de su
de-
hoy
uados

Mission impossible, suprimiríamos el género mismo.

En su ya mencionado ensayo, Ricardo Senabre opina que *El juez de su causa* es «una ilustración seria y consciente de las ideas de la autora» mientras que el relato de Lope «no pasa de ser un puro juego al que su autor no ha querido conceder trascendencia»: «El Fénix, añade, se queda en puro juego burlón [...] no le preocupa dar sinceridad al relato, porque no lo escribe en serio»; María de Zayas, por el contrario, «transforma el *divertimento* lopesco en la ilustración de una postura ideológica». Dicha formulación me parece inexacta pues, si nos atenemos a la sinceridad (la cual, dicho sea entre paréntesis, no puede servir en ningún caso de criterio artístico ya que la literatura, como sentó Platón en un pasaje célebre, es ante todo retórica), resultaría a fin de cuentas más «sincero» el autor que desvela la funcionalidad de sus procedimientos que quien trata de encubrirlos con motivaciones naturalistas. Digamos mejor que Zayas sacrificaba la conciencia artística al propósito didáctico que anima el relato. En Lope, al revés, la reflexión se centra en torno a la elaboración de éste: tenía muy presente el envejecimiento de los recursos que empleaba, pero carecía del genio de Cervantes para inventar otros y se limitaba a manejarlos con aristocrático escepticismo. En realidad, la actitud de ambos es un reflejo de la situación ambigua del narrador entre la escritura y la sociedad, la vida y la literatura —y el *divertimento* y el juego son factores tan importantes como la seriedad en el seno de una novela, como el *Quijote* demostró de una vez para siempre.

Volvamos a María de Zayas: los temas de sus relatos son convencionales, como convencional es el modo de narrar y el arsenal de recursos que emplea. En rigor, el convencionalismo configura también a los personajes, meros símbolos de algo que les trasciende o, si se quiere, entidades funcionales cuyas acciones sirven para ilustrar los principios opuestos del amor y la honra. Dicha bipolaridad —lugar común de la literatura de la época— convierte al personaje, según la acertada expresión de Américo Castro, «en él más su nimbo», como las heroínas de las *Novelas* y *Desengaños* se

encargan puntualmente de recordárnoslo: la vida, dice Jacinta en *Aventurarse perdiendo*, es «guerra y batalla campal, donde el amor combate a sangre y fuego el honor, alcaide de la fortaleza del alma», y en *Al fin se paga todo*, Hipólita, al evocar sus desdichas, refiere que «cuanto más apriesa subía mi amor, baxaba mi honor y daba pasos atrás». Por regla general, en los relatos de María de Zayas, el honor pierde la lid y el amor sale vencedor y triunfante, pero ello mismo obliga a las heroínas a vengarse conforme a los criterios sociales de aquel tiempo: «La mancha del honor, sólo con sangre del que ofendió sale», dice Matilde antes de comenzar el relato de *La burlada Aminta* y la narradora de *La inocencia castigada* aconseja, «no seas liviana, y si lo fuiste, mata a quien te hizo serlo, y no mates tu honra». Obedeciendo a este precepto, Aminta cose a cuchilladas el cuerpo del infiel don Jacinto y, en *Al fin se paga todo*, Hipólita, al referir la ejecución de su lascivo cuñado, «le di, dice, otras cinco o seis puñaladas con tanta rabia y crueldad, como si cada una le hubiera de quitar la infame vida». Con todo, la mujer no aparece únicamente en un papel justiciero sino asimismo, y más a menudo, como víctima inculpable. En la línea divisoria que enfrenta a los defensores de la ética individual con los de la tiranía de la opinión pública, nuestra autora, si bien expresa y defiende siempre los valores de la casta cristianovieja, sale, en virtud de su feminismo ardiente, en defensa de las de su sexo: el afianzamiento y progreso de esta actitud se hace patente si comparamos sus dos libros de relatos y, a lo largo de los *Desengaños*, María de Zayas pinta, con truculencia grandguignolesca, un rico muestrario de castigos y muertes por veneno, emparedamiento, entierro, sangría y garrote que maridos y deudos administran por meras sospechas y en frío con el enfoque crítico de un Cervantes, Mateo Alemán o Zabaleta. El propósito moralizador es más que obvio y, otra vez aún, el lector debe admitir que el didactismo primario de la autora, combinado con su empleo servil de un molde narrativo que ahoga el diálogo e impide la construcción del «carácter» del personaje constituye un paso atrás —como las *Novelas* de Lope— no sólo

respecto de Cervantes sino también del Lazarillo, *La lozana andaluza*, *La Celestina* e incluso del arcipreste de Talavera.

Al llegar a este punto podríamos formular la conclusión de que los relatos de María de Zayas forman parte de ese inmenso panteón de obras reiterativas, muertas antes de nacer, que no quitan ni añaden nada al *corpus* general de las obras publicadas con anterioridad y, no obstante, erraríamos lamentablemente. Como observa con acierto Sklovski, el uso de las viejas arquitecturas literarias, aun cuando incorpora de modo directo los restos de lo antiguo, no siempre es repetición: los argu-

mentos y técnicas pueden ser viejos pero, a veces, la actitud del autor ante lo expuesto es nueva y contiene elementos que alteran y contradicen la visión literaria anterior²³. Tal es el caso, creo yo, de la expresión de la sexualidad femenina y, en general, de los valores eróticos que aflora en el universo narrativo zayesco, fenómeno realmente insólito en una época en que, por razones no siempre claras, la sabrosa tradición erótica medieval y la explosiva subversión sexual de *La Celestina* había desertado de nuestras letras. Pero el tema es vasto y merece tratarse aparte.

II

Curiosamente, el elemento erótico que recorre los relatos de María de Zayas e infunde un poderoso hálito de vida en el material petrificado e inerte de unos esquemas reducidos al *ars combinatoria* de un crucigrama no ha contribuido a granjearle el puesto que ocupa en el mundo literario de su tiempo sino más bien al revés. Mientras el aluvión de tópicos que plaga sus obras —residuo, como hemos visto, de una viejísima tradición— suele ser objeto de elogio pese a su manifiesta condición de ingrediente neutro, carente de toda función composicional activa, la fuerza animadora que recrea aquéllas y les confiere un nuevo sentido resulta a ojos de nuestros historiadores inoportuna y embarazosa. La arraigada costumbre de juzgar las obras literarias en virtud de criterios ajenos a la literatura, según los apriorismos y simpatías más o menos personales del crítico, sigue imperando hoy, incluso con grotescos disfraces «marxistas», como en tiempos del padre Ladrón de Guevara¹. Entre el cúmulo de complejos, frustraciones y miedos que tan a menudo establece la escala de valores del país según la óptica de la crítica oficial, la vieja saña cristiana (o con mayor exactitud, ambrosiana) al sexo, desempeña un papel primordial. Un día habrá que examinar por lo

menudo el mentalidad represiva del común de nuestras autoridades literarias en lo que al tema erótico se refiere y aclararemos así la razón secreta de numerosos olvidos y promociones que de otro modo resultarían incomprensibles. Importa señalar igualmente que dicha mentalidad no es atributo exclusivo de hijos de Sansueña y afecta también a bastantes hispanistas extranjeros (el mito español de la casta cristianovieja ha atraído siempre, como un imán, a puritanos y censores de toda especie): al tocar el tema, Amezcua señala con verdad los ejemplos de Ticknor y Pfandl, para quienes la «lubricidad» de María de Zayas empañaba gravemente sus méritos de narradora. «Aunque escrita por una señora de la corte —dice Ticknor, hablando de *El prevenido engañado*— es de lo más verde e inmodesto que me acuerdo haber leído nunca en semejantes libros.» Para Pfandl, las *Novelas* y *Desengaños* constituyen «una libertina enumeración de diversas aventuras de amor de un realismo extraviado [...], que con demasiada frecuencia degenera unas veces en

23. Sobre la prosa literaria, p. 138-177.

1. Algunos ejemplos de ello podrían figurar por su propio mérito, sin necesidad de comentario alguno, en los anales de Celtiberia Show.

lo terrible y perverso y otras en obscena liviandad»². Dichos cargos (y los de sus paisanos Hurtado y Palencia) parecen haber quitado el sueño al bueno de don Agustín de Amezúa y, en su encomiable empresa de salvaguardar el crédito de su dama (a los polemistas españoles les ha gustado siempre defender la pureza de algo, ya sea del « buen pueblo », ya de la Virgen Santísima) responde a su manera al juicio riguroso de sus críticos: « A la verdad, no se puede negar que los argumentos [...] pecan muchas veces de escandalosos y lúbricos [...]. Pero Pfandl olvidaba que este realismo no era exagerado, sino verdadero [...]. Muy difícil es trazar en toda novela la línea divisoria entre lo que puede y no debe decirse; donde acaba lo lícito y donde comienza lo pecador en materia tan escurridiza de suyo como es el amor. Tengo para mí que doña María escribió estas novelas con absoluta pureza de intención [...]. De todos modos no es lectura para ser puesta en todas manos », etc.; y en el prólogo de los *Desengaños amorosos*, siempre con su idea fija, insiste en que « a doña María la indulta el hecho de que jamás pone intención lúbrica ni lasciva, ni busca de propósito tales situaciones, sino que éstas surgen como consecuencia lógica e inevitable de la acción, sin que nunca se recree maliciosamente en ellas ni incurra en pecador regodeo o morosa delectación. » Como podrá apreciar el lector, la evaluación literaria del inclito académico (y excúseseme la redundancia, puesto que todos los miembros de tan benemérita corporación son inclitos, ya por nacimiento, ya por sus obras) adopta el tono peculiar de las hojitas de acción parroquial cuando clasifican semanalmente los espectáculos desde el punto de vista de su bondad o peligro respecto a las almas de los feligreses.

En realidad, Amezúa no araba terreno nuevo y se contentaba con seguir el surco abierto por predecesores de la talla de un Menéndez Pelayo a quien, con excesiva frecuencia, los criterios susodichos anulaban u oscurecían unas facultades críticas a menudo notables. Para el polígrafo montañés, por ejemplo, una obra de la importancia de *La lozana andaluza* era « un libro inmundo y feo », de « valor estético nulo » y que « apenas pertenece a la

literatura ». En las páginas de *Orígenes de la novela* que consagra a Delicado, luego de afirmar que omite el argumento de la obra porque « no es tarea para ningún crítico decente », concluye: « Quizás nos hemos detenido más de lo justo en dar razón de este libro, por lo mismo que su lectura no puede recomendarse a nadie. Es de los que, como decía don Manuel Milá, « no deben salir nunca de lo más recóndito de la necrópolis científica ». Las tres reimpressiones modernamente hechas hubieran podido excusarse, y el ejemplar de Viena bastaba para satisfacer la curiosidad de los filólogos, que ya hubieran sabido encontrarlo y a quienes su misma profesión acoraza contra el contenido bueno o malo de las obras cuyo vocabulario o gramática examinan. » Esto es, arrogándose unos poderes de tutor que nadie, que yo sepa, le había otorgado, el señor Menéndez pretendía privar a las generaciones futuras del acceso a una obra valiosa bajo tantos conceptos simplemente porque chocaba a su propio criterio moral.

Las audacias de María de Zayas no justifican una terapéutica tan ruda y, al responder a los reparos de Ticknor y Pfandl, Amezúa recurre a la graciosísima línea divisoria que establecía Valera entre « el sano realismo español y el sensual naturalismo francés »³ a fin de dejar bien sentado que nuestra escritora nunca descendió « al pormenor salaz, al rasgo lúbrico y obsceno ». En uno de los ensayos de *En torno al casticismo*, Unamuno había trazado una distinción parecida respecto de las heroínas del drama nacional y, hablando del arquetipo femenino de Lope, escribía: « entre

2. Amezúa se refiere a los juicios de Ticknor y Pfandl expuestos respectivamente en sus obras, *Historia de la literatura española*, Madrid, 1854, vol. III, p. 346 e *Historia de la literatura nacional española en el Siglo de Oro*, Gili, Barcelona, 1933, p. 368-370.

3. Si olvidamos el carpetovetónico distingo, el ensayo de Valera contiene algunas observaciones muy atinadas acerca de los elementos románticos y folletinescos presentes en el naturalismo de Zola y el celo neófito de su discípula Emilia Pardo Bazán. La advertencia de que al adoptar la doctrina literaria parisiense no « nos suceda como a los provincianos, que, al gastarse el dinero en vestirse de moda, lo hacen con retraso, y cuando tienen ya la ropa hecha, averiguan que la moda pasó y hay otra moda nueva », mantiene hoy día toda su vigencia en virtud de lo que Vicente Llorens ha denominado con tanto acierto la « discontinuidad española ». Véase Juan Valera: « Sobre el arte de escribir novelas », *O.C.*, II, Aguilar, Madrid, 1961.

esta mujer y su hombre los amores son naturales, con pocos intrincamientos eróticos»⁴. Nosotros habríamos deseado preguntar al rector magnífico qué entendía por «amores naturales» y a qué «intrincamientos» se refería, pues como no lo aclara nos quedamos en ayunas. Lo que sí es patente es que el escritor vasco abundaba en la opinión de fray Felipe de Meneses, según la cual la «inclinación a lo sensual [...] no es natural de la nación española». Para Unamuno, en efecto, «el realismo castellano es más sensitivo que sensual, sin refinamientos imaginativos y con fondo casto. Huele a bodegón más que a lenocinio, y cuando cae en extremo, más tira, aun en la obscenidad, a lo grosero que a lo libidinoso». Afinando la distinción de Valera, agrega: «No son castizos el sentimentalismo obsceno, ni los aderezos artificiosos del onanismo imaginativo del amor baboso. No sale de esta casta un marqués de Sade, que en su vejez venerable suelta con voz dulce una *ordure* «avec une admirable politesse». Nuestras mozas de partido no son de la casta de las Manon Lescaut y Margarita Gautier, rosas de estercolero.»⁵

En fecha reciente, a lo largo de un cursillo centrado en el tema «Erotismo y represión en la literatura española. Siglos XIV, XV y XVI» intenté dilucidar las causas que motivaron el extrañamiento del tema erótico de nuestras letras. La influencia islámica que en la obra de Juan Ruiz, como tan agudamente captó Américo Castro⁶, hizo posible «la pacífica convivencia del erotismo y la religión, imposible como simultaneidad para un cristiano, cuya creencia no le permite abandonarse justificadamente a las dulzuras del amor carnal», se manifiesta apenas en el libro del arcipreste de Talavera, cuya sátira del amor y las mujeres, pese a sus deliciosos paréntesis y ambigüedades, se inclina ya, de modo evidente, del lado moralizador de la balanza. Significativamente, desde fines del siglo XV el tema sólo hallará cabida en el *Cancionero de burlas* y la obra literaria de los conversos. La subversión erótica que acomete el autor de *La Celestina*, fruto de su concepción atea del mundo como guerra, litigio y caos, en medio de los cuales el hombre vive solo y no admite otra ley que la fuerza soberana de sus

pasiones, es tal vez el primer precedente serio del universo sadiano⁷ y, si exceptuamos el caso de *La lozana*, publicada en Italia y prácticamente desconocida en la península hasta su descubrimiento por Gayangos, constituye un fenómeno único que, por razones obvias, no tuvo descendencia ni séquito. Como he apuntado en otras ocasiones⁸, la represión castellana del erotismo se esclarece en gran parte desde el instante en que la relacionamos con el contexto general de la lucha de castas: el miedo de los cristianos viejos de que se les tomara por hebreos ocasionó el abandono de los menesteres intelectuales y comerciales, precipitando así la ruina económica cultural del país, y razones idénticas explican la represión de la sensualidad que encarnaban los musulmanes. La mayor «tragedia» histórica de la península (la invasión sarracena y subsiguiente «destrucción de la España sagrada») fue atribuida por nuestros cronistas a un delito sexual (el amor adúltero del rey don Rodrigo por la hija del conde don Julián), y docenas de poemas celebran la penitencia impuesta al rey vencido de ser devorado por una culebra, allí «por do más pecado había». La ofensiva puritana no fue sólo resultado, como comúnmente se cree, del concilio de Trento: se remonta mucho más atrás. Conviene recordar que el texto del *Libro del buen amor* ha llegado a nosotros desgraciadamente incompleto: tutores celosos, arrogándose los poderes censurales que invocaba el señor Menéndez, le arrancaron algunos

4. Ensayos, Publicación de la Residencia de Estudiantes. Madrid, 1916, p. 124-128.

5. El sentimiento que expresa Unamuno es bastante común. En la edad dorada de los prostíbulos, recuerdo haber oído decir a una de las pupilas de la célebre casa Rita de Barcelona — indignada sin duda por las propuestas que uno de los eventuales clientes acababa de susurrarle a la oreja: «Calla, sucio. Aquí lo hacemos a la española. Si buscas vicios, véte con las francesas de enfrente.»

6. Véase «El libro del Buen Amor del arcipreste de Hita» en *España en su historia: cristianos, moros y judíos*, Buenos Aires, 1948.

7. Al paralelo entre Rojas y Sade he consagrado un artículo, todavía inédito.

8. Claude Couffon: «Don Julien ou la destruction des mythes», en *Le Monde*, 12-9-1970. Véase también Xavier Domingo: *Érotica hispánica*, Ruedo ibérico, París, 1972.

follos y mutilaron pasajes y versos enteros de su primitiva versión: «La castidad de la expresión escrita —observa acertadamente Castro— fue primero un aspecto de la tarea defensiva de Castilla contra los moros, y para proteger su ya inmutable carácter más tarde.»⁹ El lema turístico tan divulgado por los órganos de propaganda del Ministerio de Información según el cual *Spain is different* tiene sus ribetes de verdad: entre nosotros, en efecto, la condena del erotismo no se llevó a cabo, como sucedió posteriormente en Francia y, sobre todo, en los países protestantes, en nombre de la nueva ética burguesa que contrapone la noción «racional» del trabajo a la «animalidad» —moral contra la que se alzarán luego Sade, Baudelaire, Rimbaud y, en fecha más reciente, D.H. Lawrence y Henry Miller— sino en el vacío angustioso de un universo de seres quietos, fantasmales, casi encantados, puesto que, por razones de inmanencia castiza, los cristianos viejos desdibujaban el trabajo también. Lo hemos dicho otras veces, pero no nos cansaremos de repetirlo: España es la ilustración viva del hecho de que reprimir la inteligencia equivale a reprimir el sexo, y viceversa: si no habido en la península una Enciclopedia ni una Revolución como la de 1789 tampoco hallaremos en ella la audacia destructora de un Sade. Una sociedad cuyos miembros aprendan a disponer libremente de sus cuerpos es una sociedad que tolerará difícilmente formas políticas opresoras: la reivindicación del Eros femenino, adopta de inmediato un matiz subversivo en toda comunidad establecida sobre los mitos del predominio viril y el culto místico de la virginidad. La experiencia nos muestra que la sumisión a las normas sexuales de una sociedad dada conduce inevitablemente a la sumisión general a los valores consagrados de aquélla; la transgresión, por el contrario, desempeña una «función denunciadora de las fuerzas oscuras camufladas en valores sociales por los mecanismos de defensa de la colectividad»¹⁰. Tal es, a fin de cuentas, la lección magistral de la tragicomedia de Rojas.

El propósito que guía la pluma de María de Zayas es desde luego bastante más modesto. Como antes dijimos, nuestra escritora acepta

los criterios y reglas de la sociedad de su tiempo, especialmente en lo que toca a la incompatibilidad entre el amor y la honra y su estimación de la virginidad femenina: esta última, repite una y otra vez, es la joya de más valor que una mujer posee, y su pérdida, como en la leyenda de la Cava, puede acarrear grandiosos desastres, del orden de los que ocasionaron la «destrucción» del reino visigodo. Doña Isabel, protagonista de *La esclava de su amante*, después de ser gozada contra su voluntad en el intervalo de uno de esos mortales desmayos que, según las convenciones del género, acometen frecuentemente a los personajes, «volví en mí —dice— y me hallé [...] perdida y tan perdida, que no me supe ni pude ni podré ganarme jamás», lo que le infunde tal «furor diabólico» y «mortífera rabia» que, infructuosamente, intenta arremeter a su forzador con la espada. En su admirable ensayo sobre la poesía de Cernuda, Octavio Paz hablaba con ironía de esa empedernida concepción del machismo hispánico que, hoy como ayer, sitúa el honor de los hombres entre las piernas de las mujeres. Como es lógico, una localización tan precisa exige que la mujer se aperciba cuidadosamente para su defensa y elabore, si es preciso, una estrategia susceptible de confundir y admirar al más chulo oficial del Estado Mayor prusiano. «¡Qué peligrosa bala para el fuerte de la honestidad es la porfía!», exclama la hermosa Lisarda en *La más infame*

9. Obra citada, p. 380. Inútil precisar que los ejemplos abundan: de un «Informe del vicepresidente del gobierno al Pleno del Consejo Nacional» (Ya, 8-III-1972) extraemos los siguientes pasajes: «Para que la actividad universitaria sea la que España necesita [...] es absolutamente indispensable que salgan para siempre de la Universidad los profesores y alumnos que lleven a cabo en ella la subversión [...] La acción subversiva de la corrupción de las costumbres, del erotismo, de la pornografía, de los espectáculos decadentes, de la literatura soez e inmoral y con harta frecuencia atentatoria a nuestros ideales políticos y patrióticos, está haciendo verdaderos estragos»; el notario y consejero nacional Blas Piñar es aún más explícito: «La anti-España está penetrando en la juventud con las drogas, el erotismo, la proliferación de sales de fiesta de mala nota, para crear una juventud afeminada que puede ser destruida por la llegada de los pueblos machos de Oriente» (*La Vanguardia*, 31-5-1972).

10. V. Pierre Klossowski: *Sade, mon prochain*, Ed. du Seuil, París, 1967. Idem, Herbert Marcuse: *Eros y civilización*, traducción española, Seix-Barral, Barcelona, 1969 y Xavière Gauthier: *Surréalisme et sexualité*, Gallimard, París, 1971.

venganza. Caído el bastión y ocupada la plaza, la situación, como saben muy bien los teóricos del *blitzkrieg*, ya no tiene remedio: «Rindióse Octavia, ¡oh mujer fácil! Abrió a Carlos la puerta, ¡oh loca! Entrególe la joya más rica que una mujer tiene, ¡oh hermosura desdichada!» La opinión común de la época no concebía sino un modo de resolver la ecuación dramática y despejar verosímilmente la incógnita. «Ya no sirven desvíos para quien posee y es dueño de tu honor», dice la burlada doña Isabel: fuera del matrimonio reparador la mancha de la honra sólo con sangre del ofensor sale.

Nuestra escritora rinde tributo en apariencia a los valores consagrados pero, como vamos a ver, introduce en sus relatos una actitud moral que contradice y zapa de modo sutil los fundamentos del código que exteriormente respeta. Los estudiosos de su obra —en especial Lena E.V. Sylvania— han puesto de relieve el feminismo tenaz, precursor, que la emparenta con las modernas sufragistas inglesas. A la verdad, la polémica entre antifeministas (Jaime Roig, Pedro Torrellas, fray Francisco Eiximenis, el arcipreste de Talavera, etc.) y feministas (Juan Rodríguez Padrón, mosén Diego de Valera, don Alvaro de Luna, etc.) ocupa un lugar preeminente en las letras peninsulares desde los tiempos de *Il Corbaccio* y, si en el siglo XVII, Quevedo se lanza a una violenta diatriba contra la mujer cuya morbosidad, en la *Hora de todos*, llega a los extremos de una descripción fisiológica que quiere ser repugnante («Considérala padeciendo los meses, y te dará asco, y cuando esté sin ellos, acuérdate que los ha tenido, y que los ha de padecer, y te dará horror lo que te enamora, y avergüenzate de andar perdido por cosas que en cualquier estatua de palo tienen menos asqueroso fundamento»), incluso un *homo hispanicus* del temple de Lope de Vega salía ocasionalmente en su defensa para atraerse quizá las buenas gracias de su querida Marcia Leonarda («si esto saben hacer y decir los hombres, ¿por qué después infaman la honestidad de las mujeres? Hácenlas de cera con sus engaños y quíerenlas de piedra con sus desprecios»). No obstante, no cabe la menor duda de que el antifeminista campaba entonces por su

respeto y, en la introducción al tenue hilo argumental que encuadra los desengaños amorosos del *Sarao y entretenimiento honesto*, la narradora tiene razón al señalar que la fama de las de su sexo se hallaba «tan postrada y abatida» que apenas había quien hablase bien de ellas, «pues ni comedia se representa ni libro se imprime que no sea todo en ofensa de las mujeres, sin que se reserve ninguna». Blanco especial de las iras de la escritora es esa peculiarísima dialéctica viril que oscila entre el culto a la virginidad y el machismo, la defensa celosa del «virgonor» familiar y un celo idéntico en rendir el bastión ajeno. Pues al don Juan hispano no le basta con penetrar en la ciudadela de la honra, si el glorioso hecho de armas no se divulga y le vale el prestigio y autoridad de la fama: «Cierto es que vosotros las hacéis malas, y no sólo eso, mas decís que lo son. Pues ya que sois los hombres el instrumento de que lo sean, dexadlas, no las deshonréis.» María de Zayas se rebela violentamente contra el estereotipo ideal que han forjado los hombres, quizá con el designio de destruirlo en la práctica y extraer un placer secreto del acto de la profanación: «Que no hay mujeres tórtolas que siempre lamentan el esposo muerto, ni Artemisas que mueran llorándole sobre el sepulcro», escribe y, saliendo al paso de las elucubraciones inanes sobre la especificidad del «alma femenina», observa que si «las mujeres no son Homeros con basquiñas y enaguas y Virgilio con moños, por lo menos, tienen el alma y las potencias y los sentidos como los hombres». La reivindicación no se detiene ahí y es interesante advertir que la novelista pone el dedo en la llaga cuando plantea el problema de la presunta inferioridad de su sexo, como lo hace hoy Susan Sontag¹¹, en términos de vasallaje y colonialismo: «¿Por qué, vanos legisladores del mundo, atáis nuestras manos para las venganzas, imposibilitando nuestras fuerzas con vuestras falsas opiniones, pues nos negáis letras y armas? ¿El alma no es la misma que la de los hombres? [...] y así, por tenernos sujetas desde que nacemos vais enflaqueciendo nuestras fuerzas con los temores de la honra, y el entendimiento con el recato de

11. Cfs. Libre, número 4, otoño de 1972.

la vergüenza, dándonos por espadas ruelas, y por libros almohadillas.» María de Zayas se burla —como Cervantes en *Los alcaldes de Daganzo*— de la opinión común sobre su sexo, según la cual «una mujer no había de saber más de hacer su labor y rezar, gobernar su casa y criar sus hijos, y lo demás eran bachillería y sutilezas, que no servían sino de perderse más presto». «Si ha de ser discreta una mujer —dice el necio de don Fadrique en *El prevenido engañado*— no ha de menester saber más que saber amar a su marido, guardarle su honra, y cuidarle sus hijos, sin meterse en más bachillerías.» La denuncia del *male chauvinism* y la increíble opresión intelectual bajo la que vive la mujer se tiñe a momentos de una virulencia sarcástica digna de las mejores páginas de *Le deuxième sexe*: «Y así, en empezando a tener discurso las niñas, pónenlas a labrar y hacer vainillas, y si las enseñan a leer es por milagro, que hay padre que tiene por caso de menos valer que sepan leer y escribir sus hijas.» La deliberada voluntad de los hombres de rebajar a la mujer e inventarle «vocaciones» de esposa y madre con el objeto de condenarle para siempre a las labores caseras es expuesta crudamente por la narradora de *Tarde llega el desengaño*: «De manera que no voy fuera de camino en que los hombres de temor y envidia las privan de las letras y las armas, como hacen los moros con los cristianos que han de servir donde hay mujeres, que los hacen eunucos por estar seguros de ellos.» Los hombres, se lamenta Matilde en *Amar sólo por vencer*, se han propuesto «afeminarnos más que Naturaleza nos afeminó», ya que las mujeres tienen el «alma tan capaz para todo como la de los varones».

Su imperio, añade, ha sido «tiránicamente adquirido» y, abundando en su opinión, la heroína de *Tarde llega el desengaño* exclama: «¡Ea, dexemos las galas, rosas y rizados y volvamos por nosotras: unas con el entendimiento, y otras, con las armas!» Este grito de protesta y rebeldía que hoy esgrimen las militantes del *Women's lib* lo reitera nuestra escritora, con igual vehemencia, a lo largo de todos los *Desengaños*: al final del sarao, Lisis afirma que, del mismo modo que ha tomado la pluma en defensa de su sexo,

empuñará la espada si es necesario, pues «los agravios sacan fuerzas de donde no las hay», y exhorta a las doncellas y damas allí reunidas a que sigan su ejemplo y combatan incluso con las armas para reivindicar sus derechos frente a los hombres que las calumnian y las tratan como objetos.

Algo más notable aún: la cruzada feminista de María de Zayas no descuida, como pudiera creerse, la exigencia sexual. Las heroínas zayescas no tienen sin duda la franqueza y osadía de la Lozana cuando, encomiando los buenos servicios de su amante Rampín, afirma que ella tenía apetito desde que nació; pero, como Aldonza, no se contentan con ser objeto pasivo del placer del hombre: es decir, no sólo son deseadas sino que desean, y, si son objeto erótico del varón, éste puede ser igualmente objeto erótico suyo. Como es obvio, las normas sociales y morales de la época andaban a mil leguas de las de la Roma que conoció Delicado, y el código que la autora y sus heroínas acatan imponía todo género de cautelas. No obstante, la procesión iba por dentro y el fuego que corroa a los personajes femeninos se trasluce en visiones, pesadillas y sueños que parecen directamente extraídos del consultorio siquiátrico de algún estudioso de Freud. En *Aventurarse perdiendo*, Jacinta refiere que, a los dieciséis años de edad, soñó en que tropezaba con un galán en medio de un bosque aménisimo y describe el encuentro en estos términos: «Trafa cubierto el rostro con el cabo de un ferreruelo leonado, con pasamanos y alamares de plata. Paréme a mirarle, agradada del talle y deseosa de ver si el rostro confirmaba con él; con atrevimiento airoso, llegué a quitarle el rebozo, y apenas lo hice, cuando sacando una daga, me dio un golpe tan cruel por el corazón que me obligó el dolor a dar voces, a las cuales acudieron mis criadas, y despertándome del pesado sueño, me hallé sin la vista del que me hizo tal agravio, la más apasionada que puedas pensar, porque su retrato se quedó estampado en mi memoria, de suerte que en largos tiempos no se apartó ni borró de ella. Deseaba yo, noble Fabio, hallar para dueño un hombre de su talle y gallardía, y trafame tan fuera de mi esta imaginación, que le pintaba en ella, y después razonaba con él, de suerte que a

pocos lances me hallé enamorada sin saber de qué, porque me puedes creer que si fue Narciso moreno, Narciso era el que ví.» Cuando, más tarde, Jacinta topa con don Félix, descubre en él «el dueño de su sueño y su alma» y se abandona a su amor casi sin resistencia.

En las restantes obras del género publicadas en España, cuando los personajes femeninos entregan la fortaleza del honor y dan velazquezmente al vencedor las llaves de su rendida Breda, los autores mencionan sólo de pasada el hecho de armas o se limitan a darlo por supuesto, sin detenerse nunca o casi nunca a subrayar la índole sexual de sus relaciones. Si comparamos una vez más las *Novelas* de Lope de Vega con las de Zayas advertiremos ahora que es esta última y no Lope quien elude y da el quiebro a las convenciones del género, obligando a descender a sus heroínas del plano literario ideal para infligirles las pasiones y achaques de los seres de carne y hueso. Las escenas y alusiones sexuales infunden un soplo de vida al material inerte de los recursos y esquemas de la novelista y salvan una obra que, sin ellas, naufragaría en los escollos de la trivialidad y redundancia: las narradoras del sarao dejan bien sentado que duermen en compañía de sus amantes y se lamentan de la pruritividad con que éstos aplacan el fuego de su apetito (vgr., *La burlada Aminta*); cuando las doncellas se desvanecen, sus galanes aprovechan la ocasión para gozar de ellas o entregarse a mil amorosos atrevimientos («componfale el revuelto cabello, enxugábale las tiernas lágrimas y recibía a vuelta de penosos suspiros, regalados favores, cogiendo claveles de aquel jardín de hermosura», *idem*); si el exceso en la posesión agota el caudal del amor, la heroína denuncia la ingratitud del amante y se queja amargamente de que falte a su lecho (*La fuerza del amor*); mientras Clara llora los desdenes de su don Fernando —atento sólo al cuidado y regalo de la engañosa Lucrecia— apunta que, con la mitad de su «agasajo», se diera ella por pagada y contenta (*El desengaño andando*). La satisfacción sexual desempeña un papel primordial en la conducta de los personajes femeninos y el varón exhibe con orgullo sus capacidades amoratorias: cuando la infantil

doña Gracia descubre el placer en brazos de don Alvaro dice a su esposo que su «otro marido» la regala más que él (*El prevenido engañado*) y el crédulo don Diego, dando por cierto que la mujer que ha poseído a oscuras es su querida doña Inés, responde con el despecho del amor propio herido a los desaires de ésta: «¿Es posible, señora mía, que vuestro amor fuese tan corto, y mis méritos tan pequeños, que apenas nació cuando murió? ¿Cómo es posible que mi agasajo fuese de tan poco valor y vuestra voluntad tan mudable [...]» (*La inocencia castigada*). Las enamoradas solicitan con lágrimas los favores y caricias de sus veleidosos amantes y, en el campo de pluma del lecho, tratan de hacerles confesar su pasión sobre «aquel amoroso potro» (*La más infame venganza*): «añudándome al cuello los brazos, me acarició de modo que ni yo tuve más que darle, ni él más que alcanzar ni poseer. En fin, toda la tarde estuvimos juntos en amorosos deleites», evoca doña Florentina en el *Desengaño* final.

María de Zayas alude siempre al vínculo erótico de sus personajes y, al tocar el tema del frecuente desvío de los varones y su descuido de los deberes conyugales, se burla finamente del don Juan que pregona sus triunfos extramuros mientras desatiende los derechos y apetitos legítimos de su media naranja: la narradora de *La inocencia castigada* define la privación sexual de la mujer como un «martirio» y, hablando de las caricias de los esposos, observa con ironía que «a los principios, no hay quien se la gane a los hombres; antes se dan tan buena maña, que las gastan todas al primer año, y después, como se hallan fallidos del caudal del agasajo, hacen morir a puras necesidades de él a sus esposas, y quizá, y sin quizá, es lo cierto ser esto la causa por donde ellas, aborrecidas, se empeñan en baxeas, con que ellos pierden el honor y ellas la vida». Desesperada y falta de lo que ha menester, prosigue María de Zayas por boca de su protagonista, la mujer hará lo que no hará el demonio, y la culpa será de los galanes y maridos: «Piensan [éstos] que por velarlas y celarlas se libran y las apartan de travesuras, y se engañan. Quiéran-

las, acarfíenlas y denlas lo que les falta, y no las guarden ni celen, que ellas se guardarán y celarán, cuando no sea de virtud, de obligación.»¹² La expresión no puede ser más clara, y la advertencia que transmite tampoco: por un lado, la autora ridiculiza a los amantes vanidosos en términos semejantes a los que emplea la tía de Rampín respecto al marido en el libro de Delicado, cuando aquél se pavonea delante de la Lozana: «se pasan los dos meses que no me dice que tienes ahí, y se quiere ahora hacer el gallo»; por otro, muestra que las mujeres no son meros instrumentos de la sexualidad de los hombres sino que gozan de una sexualidad propia y poseen el temple y valor necesarios para satisfacerla.

La autonomía sexual de las heroínas las libera de su pasividad tradicional y les confiere a veces el papel amoroso activo, ordinariamente atribuido al varón. En otras palabras, mientras la protagonista se viriliza, el héroe desempeña un papel pasivo y se convierte en el objeto erótico de su *partenaire*, con lo que la diferencia de sexos tiende a confundirse, borrarse e incluso desaparecer. Don Jaime, el castellano de *Tarde llega el desengaño*, refiere a don Martín que, años atrás, hallándose en Flandes, recibió la misiva de una dama seducida por su talle y gracias, con la invitación de que fuera a visitarla con las condiciones que estipulara el mensajero. Don Jaime acepta y es conducido de noche, con los ojos vendados, a la mansión donde le aguarda su dueña. Esta le gufa a su vez a un aposento oscuro y le desvenda los ojos:

«Yo, agradeciéndole tan soberanos favores, con el atrevimiento de estar solos y sin luz, empecé a procurar por el tiento a conocer lo que la vista no podía, brujuleando partes tan realizadas, que la juzgué en mi imaginación por alguna deidad.»

Don Jaime añade, «hasta la una estuve con ella regaladísimos favores, cuanto la ocasión daba lugar», y la dama, para recompensar sus servicios, le dio «una cadena de peso de doscientos escudos de oro, cuatro sortijas de diamantes y cien doblones de a cuatro». Bendiciendo su dicha, el galán juega y departe liberalmente con sus amigos y, llegada la noche, vuelve, conforme a los deseos de su

enamorada, al lugar de la cita y se somete de nuevo al ritual del incierto periplo y los ojos vendados:

«Y con esto, de la misma suerte que la noche pasada, fui recibido y agasajado, y bien premiado mi trabajo, pues aquella noche me proveyó las falquitreras de tantos doblones, que será imposible de creerlo.»

De tal modo, dice, pasó más de un mes, sin faltar noche ninguna su gufa, ni él de gozar su dama encantada, ni ella de cubrirle de dineros y joyas, «que en el tiempo que digo largamente me dio más de seis mil ducados», llevando de día una vida de príncipe y encaminándose luego a sus «oscuras glorias» hasta el punto en que una curiosidad más fuerte que él le impulsa a reclamar una bujía y descubrir el rostro de su enamorada: «Vé, no una mujer, sino un serafín [...] Beséle las manos, por las mercedes que me hacía y las que de nuevo me ofrecía y [...] colmado de dichas y dineros [...] me vine a mi posada.»

Error fatal: la noche siguiente, en lugar del sólito cicerone, el mantenido galán encuentra una banda de sicarios que arremeten contra él, y se ve obligado a salir del país para evitar la venganza de la temible y emprendedora dama.

Pero si la conducta de la misteriosa dueña flamenca se ajusta escasamente a los cánones del personaje femenino tradicional, la de doña Beatriz, protagonista de *El prevenido engañado*, los desafia aún de modo más abrupto. Joven, bella, recatada, noble, su aspirante don don Fabrique la tiene por un dechado de pureza y virtud hasta la noche en que, habiéndose introducido a hurto en su casa, a fin de disfrutar secretamente de su vista, se encuentra con que se dirige a las caballerizas con un candelabro de plata y penetra en un aposento minúsculo en el que apenas cabe un lecho: «[allí] estaba echado un negro tan atezado, que parecía hecho de un vocacé su rostro [...] Séntose doña Beatriz en entrando, sobre la cama, y poniendo sobre una mesilla la vela, y lo demás que llevaba, le empezó a componer la cama, pareciéndole en la hermo-

12. El hábil empleo del eufemismo («méritos», «favores», «regalo», «agasajo») y los circunloquios («lo que les falta», «lo que han de menester») por parte de María de Zayas merecería un estudio aparte.

sura ella un ángel y él un fiero demonio; púsole tras esto una de sus hermosísimas manos sobre la frente, y con enterneceda y lastimada voz le empezó a decir: «—¿Cómo estás, Antonio? ¿No me hablas, mi bien? Oye, abre los ojos, mira que está aquí Beatriz; toma, hijo mío, come un bocado de esta conserva, anímate por amor de mí, si no quieres que yo te acompañe en la muerte como te he querido en la vida. ¿Oyesme, amores, no quieres responderme ni mirarme?»

«Diciendo esto, derramando por sus ojos gruesas perlas, juntó su hermoso rostro con el del endemoniado negro, dexando a don Fadrique, que la miraba, más muerto que él, sin saber qué hacerse, ni qué decirse.»

Dentro de la perspectiva de la época, la escena no puede ser más chocante: la heroína, mujer rica y noble, no sólo ejerce el papel activo sino que el varón objeto de sus deseos es nada menos que un esclavo africano. Bajo el molde convencional de un género gastado hasta la urdimbre por el uso y abuso, la subversión de los valores aceptados es total y completa: «Estando en esto, abrió el negro los ojos, y mirando a su ama, con voz debilitada y flaca le dixo, apartándola con las manos el rostro que tenía junto con el suyo: —¿Qué me quieres, señora? ¡Déxame ya, por Dios! ¿Qué es esto, que aun estando yo acabando la vida me persigues? No basta que tu viciosa condición me tiene como estoy, sino que quieres que cuando estoy en el fin de mi vida, acuda a cumplir tus viciosos apetitos. Cásate, señora, cástate, y déxame ya a mí, que ni te quiero ver, ni comer lo que me das; morir quiero, pues ya no estoy para otra cosa.

«Y diciendo esto, se volvió del otro lado, sin querer responder más a doña Beatriz, aunque más tierna y amorosamente le llamaba, o fuese que se murió luego, o no quisiese hacer caso de sus lágrimas y palabras.»

Lo audaz e insólito no se detiene ahí: doña Blanca, protagonista de *Mal presagio casar lejos*, inquieta por los desdenes y caricias tibias de su marido, y sospechando en la existencia de una rival, decide entrar un día de improviso en sus aposentos y lo descubre en brazos de su paje:

«Vio acostados en la cama a su esposo y a

Arnesto, en delitos tan torpes y abominables, que es baxeza, no sólo decirlo, mas pensarlo. Que doña Blanca, a la vista de tan horrendo y sucio espectáculo [...], se volvió a salir, quedando ellos no vergonzosos ni pesarosos de que los hubiese visto, sino más descompuestos de alegría, pues con gran risa dixerón: —Mosca lleva la española.»

Claro está que María de Zayas se cura en salud, y tranquiliza de paso a sus lectores, achacando la nacionalidad flamenca a los autores de «tan torpes y abominables pecados, que aun el demonio se avergüenza de verlos», con lo que el honor nacional queda a salvo¹³. Con todo, el episodio (como el del esclavo negro de *El prevenido engañado*) infringe gravemente a la vez el verosímil del género y la opinión común o, si se quiere, «la amalgama perfectamente representada por la consabida ambigüedad (*obligación y probabilidad*) del verbo *deber*». Como ha mostrado muy bien Gérard Genette¹⁴, la inverosimilitud abarca tanto las acciones contrarias a las buenas costumbres como las que se oponen a toda

13. La xenofobia de nuestra autora se trasluce a menudo en sus relatos, en especial contra flamencos y portugueses. En *Engaños que causa el vicio* se refiere a Lisboa sin acompañar el nombre de la ciudad de la retrahilla de adjetivos lisonjeros que habitualmente escolta la mención de las capitales peninsulares, y dice de los portugueses que, «con vivir entre nosotros, son nuestros enemigos». El veleidoso y clínico Esteban de Amar sólo por vencer es un converso («No se le conocía tierra ni pariente, porque él encubría en la que había nacido, quizá para disimular algunos defectos de baxeza») y, al retratar a la presunta Zelima, observa que «pudiera desdorar algo de la estimación de tal prenda el ser mora». El racismo de nuestra autora era tan obvio como el de la inmensa mayoría de sus contemporáneos y se expresa a veces con candidez desarmante: «Aunque moro, soy de algún modo cuerdo», dice el traidor Hamete en *El juez de su causa*; «conozco, aunque negra, con el discurso que tengo, ya estoy en tiempo de decir verdades», murmura la esclava de *Tarde llega el desengaño*. El físico de esta última, como el del esclavo amante de doña Beatriz, es objeto de una descripción digna de la pluma del Imperial Wizard del Ku-Klux-Klan: al divisarla, don Martín juzgó «que si no era el demonio, que debía ser retrato suyo, porque las narices eran tan romas, que imitaban los perros bravos que ahora están tan validos, y la boca, con tan grande hocico y bezos tan gruesos, que parecía boca de león, y lo demás a esta proporción». Por lo visto, María de Zayas careció de la agudeza de Quevedo cuando hizo decir a un negro: «¿Por qué no consideran los blancos que, si uno de nosotros es borrón entre ellos, uno de ellos sería mancha entre nosotros?»

14. Figures, II, Ed. du Seuil, París, 1969. Idem, *Le Vraisemblable*, en *Communications*, 7, París, 1968 (artículos de Genette, Todorov, Barthes, Christian Metz, etc.).

previsión razonable. Verosimilitud y conveniencia, escribe, convergen en un mismo criterio, a saber: « todo lo que es conforme a la opinión pública ». Lo que define la noción de verosímil, agrega, « es el principio formal de respecto a la norma, esto es, la existencia de una relación de implicación entre la conducta particular atribuida a un personaje y una máxima general implícita y admitida ». Así, la conducta de doña Beatriz con el esclavo, como la del noble flamenco con el paje, resultaban inverosímiles tanto cuanto no se ajustaban a la doble acepción del verbo « deber » y eran en estricto rigor acciones sin máxima. Su improbabilidad e inconveniencia tenían que desconcertar y aturdir a don Fadrique y doña Blanca, y ello explica la reacción de esta última, tan absurda y excéntrica, de hacer que saquen al patio el lecho donde se consumó el delito y ordenar que le prendan fuego: enfrentada a una acción sin código, la desdichada señora carecía igualmente de regla de conducta y estaba condenada a actuar a tientas de un modo anormal e incógnito¹⁵.

El erotismo que embebe y activa el tejido narrativo de la autora aparece a menudo entremezclado con ramalazos de crueldad y violencia. Los relatos de María de Zayas abundan de escenas brutales, llenas de efectos truculentos y, si se me excusa el anacronismo, marcadamente sádicos: en *Al fin se paga todo*, doña Florentina muestra a don Garcés sus cardenales y heridas después de haber sido azotada, desnuda, por su esposo don Gaspar; en *La más infame venganza*, don Juan fuerza el honor de Camila apoyando una daga en el pecho y matizando su punta « con la inocente sangre ». Las vindictas de honra se llevan a cabo, por lo común, en una escenografía de *Grand Guignol* o *Western spaguetti*, con un esmero y aplicación exquisitos en la pintura de los menores detalles: don Alonso decapita de un tajo a la infeliz doña Ana, arroja su cuerpo a un pozo y, tomando la cabeza, sale con ella al campo y la entierra en una cueva (*El traidor contra su sangre*); mientras Rosaleta duerme y restaura sus fuerzas después de la sangría que le ha practicado un cirujano, don Pedro le quita la venda y le destapa la vena hasta desangrarla (*El verdugo de su esposa*). Esta muerte tan

hispánica (no olvidemos que Ganivet cifraba el simbolismo nacional en las figuras de Séneca y el doctor Sagredo) se repite en *Mal presagio casar lejos* con la malhadada doña Blanca. Aunque los ejecutores (marido y suegro) son flamencos, el modo en que cumplen su cometido es mucho más español que propio de los Países Bajos:

« Y entrando los dos con su sangrador y Arnesto, que traía dos bacías grandes de plata, que quisieron que hasta en el ser él también ministro en su muerte dársele con más crueldad. Mandando salir fuera todas las damas y cerrando las puertas, mandaron al sangrador ejercer su oficio, sin hablar a doña Blanca palabra, ni ella a ellos, mas de llamar a Dios la ayudase en tan riguroso paso, la abrieron las venas de entrambos brazos, para que por tan pequeñas heridas saliese el alma, envuelta en sangre, de aquella inocente víctima, sacrificada en el rigor de tan crueles enemigos. Doña María, por el hueco de la llave, miraba, en lágrimas bañada, tan triste espectáculo. »

Desangrada como Séneca, doña Blanca « rinde la vida a la crueldad de sus tiranos »¹⁶, pero la escena se queda corta si la comparamos con la degollina de doña Magdalena y toda una cáfila de doncellas, esclavas, criados y pajes que realiza el celoso de don Dionís, antes de darse muerte, en *Engaños que causa el vicio*: la llegada de don Gaspar y don Miguel al lugar de autos y el descubrimiento sucesivo de los cadáveres evoca irresistiblemente en el lector de hoy los pormenores de la matanza de Sharon Tate y sus invitados por los *freaks* de Charles Manson. La afición de María de Zayas a lo atroz y violento se combina otras

15. La reacción de doña Blanca me trae a las mentes la de cierto burgués catalán el día que descubrió la homosexualidad de su hijo. Enfrentado a un hecho, para él tan inconveniente e insólito, el caballero en cuestión decidió privar de comida al joven y enviarle a la cama sin cenar. Ignoro si la terapéutica paterna, modelo del *bon seny* del país, dio o no resultado.

16. Curiosamente, María de Zayas atribuye a la ejecución de su heroína la bárbara represión española en los Países Bajos, « pues los estragos, que tocaron en crueldades, que el duque de Alba hizo en ellos, fue en venganza de esta muerte ». Dejamos a los historiadores belgas y holandeses la tarea de comentar como se debe tan peregrina interpretación del drama de sus países.

veces con elementos folletinescos de indudable sabor romántico. Sus relatos contienen, en efecto, numerosos episodios que anticipan el mundo novelesco de Walter Scott, Eugenio Sue o Víctor Hugo, con ahorcados, resurrecciones y criptas góticas: tal es el caso, por ejemplo, del paseo nocturno de Laura por el humilladero, con los cadáveres de los salteadores ajusticiados (*La fuerza del amor*); de la vuelta a la vida de la difunta doña Leonora al escuchar los lamentos de su enamorado don Rodrigo (*El imposible vencido*); del emparejamiento de doña Inés en *La inocencia vencida*; del encuentro salvador de don Juan con los ahorcados en recompensa de su devoción a la Virgen (*El verdugo de su esposa*), etc. En *Tarde llega el desdén*, don Jaime, confundido por las calumnias de la esclava negra, ejecuta al presunto amante de su esposa y conserva su calavera para que sirva de vaso a ésta, «en que beba los acíbares, como bebió en su boca las dulzuras».

Hechicerías, conjuros y sueños premonitores asoman igualmente a las páginas de los relatos, aunque a veces nuestra autora se burle graciosamente de ellos (como en la fingida aparición infernal de *El castigo de la miseria*). Pero, por lo común, María de Zayas cree en las fuerzas sobrenaturales y, en sus obras, el diablo se deja ver con mayor frecuencia que Nuestra Señora (aquél, en *El desengaño andando*, *El jardín engañoso* y *La perseguida triunfante*; ésta, solamente en esta última). Los episodios de brujería de *El desengaño andando*, con la viva descripción del gallo con anteojos y la figura humana hecha de cera y, sobre todo, de la posesión carnal de doña Inés gracias a las artes diabólicas de un nigromántico moro, figuran sin duda entre las páginas más logradas de la pluma de la escritora. En ellas (y en algunos pasajes paródicos) el estilo se aligera y desembaraza de los clisés que lastran y dificultan la lectura de sus obras, consiguiendo a momentos una eficacia dramática (o cómica) digna de los mejores escritores de aquel tiempo. Sirvan de ejemplo de ello la sobrecogedora pintura de doña Inés, ciega, desnuda, con los cabellos blancos y el cuerpo plagado de miseria, llagas y parásitos al salir del hueco donde el marido y sus

deudos la tabicaron o la graciosísima exposición del despertar de don Marcos después de su boda con la que él cree joven y adinerada doña Isadora en *El castigo de la miseria*: «Abriendo a un mismo tiempo la ventana, y pensando hallar en la cama a su mujer, no halló sino una fantasma, o imagen de la muerte, porque la buena señora mostró las arrugas de la cara por entero, las que encubría con el afeitado, que tal vez suele ser encubridor de años, que a la cuenta estaban más cerca de cincuenta y cinco que de treinta y seis, como había puesto en la carta de dote, porque los cabellos eran pocos y blancos, por la nieve de los muchos inviernos pasados [...]. Los dientes estaban esparcidos por la cama, porque como dixo el príncipe de los poetas, daba perlas de barato, a cuya causa tenía don Marcos uno o dos entre los bigotes [...] doña Isadora, que no estaba menos turbada de que sus gracias se manifestasen tan a la vista, asíó con una presurosa congoxa su moño, mal enseñado a dexarse ver tan de mañana, y atestóle en la cabeza, quedando peor que sin él, porque con la priesa no pudo ver como lo ponía, y así se le acomodó cerca de las cejas». Y mientras la dama se recompone en «el Jordán de su retrete», el acongojado don Marcos descubre que, por contera, la criada ha desaparecido con todos sus dineros y joyas.

El género literario que cultivaba María de Zayas se sitúa, como hemos visto, en los antípodas del documento social o costumbrista tan caro a don Agustín Amezúa. No obstante, pese a la armazón convencional del tema, los recursos gastados y el estilo envarado e inerte, la realidad española se cuela por los intersticios y la escritora deja traslucir las inquietudes de su casta y clase social ante el ocaso del poderío militar hispano y el desplome previsible del Imperio. Las alusiones a la lucha con Portugal y el levantamiento de Cataluña, así como el rumbo desastroso de las guerras con Francia revelan su desazón por la pérdida del espíritu caballeresco y ánimo combativo, y, fiel a sus convicciones feministas, lo achaca al desdén y abandono en que los hombres tienen a las mujeres: «¿De qué pensáis que procede el poco ánimo que hoy todos tenéis, que sufrís que estén los enemigos dentro de España, y

nuestro Rey en campaña, y vosotros en el Prado y en el río, llenos de galas y trajes femeniles [...] ? De la poca estimación que hacéis de las mujeres, que a fe que si las estimarais y améredes como en otros tiempos se hacía, por no verlas en poder de vuestros enemigos, vosotros mismos os ofrecierades, no digo yo a la guerra y a pelear, sino a la muerte, poniendo la garganta al cuchillo, como en otros tiempos, y en particular en el del rey don Fernando el Católico se hacía, donde no era menester llevar a los hombres por fuerza, ni maniatados, como ahora [...], sino que ellos mismos ofrecían sus haciendas y personas [...] ¡Que esto hagan pechos españoles! ¡Que esto sufran ánimos castellanos! Bien dice un héroe entendido que los franceses os han hurtado el valor, y vosotros a ellos, los trajes.»

Si exceptuamos el problema de la condición de la mujer, la óptica de la autora suele conformarse a los criterios y valores de la clase aristocrática y la casta cristiano vieja (vgr: «Los criados y criadas son animales caseros y enemigos no excusados que les estamos regalando y gastando con ellos nuestra paciencia y hacienda», dice la «divina» Lisis en el *Desengaño* final)¹⁷. Sin embargo de eso, los estragos causados por el prurito de hidalguía —y el consiguiente menosprecio de los oficios y tareas tildados de moriscos o judaicos— alarmaba ya a los espíritus más lúcidos y nuestra autora lo denuncia en unos párrafos que —abandonando la escenografía de cartón del género— nos ofrecen una acertada instantánea de la realidad social: «En aquellos países, ni en Italia, ninguno se llama Don sino los clérigos, porque nadie hace ostentación de los Dones como en España, y más el día de hoy, que han dado en una vanidad tan grande, que hasta los cocheros, lacayos y mozas de cocina le tienen, estando ya los negros dones tan abatidos, que las taberneras y fruterías son doña Serpiente y doña Tigre. Que, de mi voto, aunque no el de más acierto, ninguna persona principal se le había de poner. Que no ha muchos días que oí llamar a una perrilla de falda *doña Garita*, y a un gato, *don Horro*. Que Su Majestad (Dios le guarde) echara alcala sobre los Dones, le había de aprovechar

más que el uno por ciento, porque casa hay en Madrid, y las conozco yo, que hiervan de Dones, como los sepulcros de gusanos.» Cuando más de siglo y medio después, Blanco White describe para el público inglés la composición social de su país nativo menciona el anhelo de hidalguía de las clases más bajas en términos casi idénticos¹⁸.

Un análisis cabal y completo del mundo novelesco de María de Zayas debería incluir los episodios erótico burlescos cortados del modelo boccacciano (especialmente las substituciones en el lecho, amantes encerrados en la alacena y maridos burlados y estúpidos de *El prevenido engañado*) y las sorprendentes conclusiones que coronan algunos de sus relatos (como la entronización del perverso Federico, a raíz de haber confesado *in extremis* sus culpas, en *La perseguida triunfante* o el clínico *happy end* de los bribones en *El castigo de la miseria*: «Y llegados a Nápoles él asentó plaza de soldado, y la hermosa Inés, puesta en paños mayores, se hizo dama cortesana, sustentando en este oficio en galas y regalos a su don Agustín»)¹⁹, pero la falta de espacio nos impide hacerlo aquí. Nuestro propósito era, simplemente, situar el mundo literario de la autora en la perspectiva de su época e indicar las razones por las cuales mantiene su vigencia y es susceptible de alimentar la curiosidad y simpatía de los lectores de hoy. En un país cuya literatura ha servido desde siglos de vehículo transmisor —a menudo admirable— a la institucionalización de sus complejos y frustraciones sexuales —tarea defensiva, como advirtió Castro, en su lucha contra los moros—, las novelas de María de Zayas se destacan de modo señero y nos conmueven aún con la frescura de su insólito y audaz desafío.

17. Resulta interesante comparar dicha opinión con la que expresa Areúsa en *La Celestina* respecto al trato de las señoras: el contraste no puede ser más flagrante.

18. José Blanco White: *Cartas de España*, Alianza Editorial, Madrid, 1972, p. 64-65. *Idem*, *Obra inglesa* con traducción, selección, prólogo y notas de Juan Goytisolo, Seix-Barral, Barcelona, 1972.

19. La recompensa del vicio remata igualmente dos obras maestras de la literatura española: el *Retrato de la lozana andaluza* y la autobiografía picaresca de Estebanillo González. Sobre esta última, véase mi «Estebanillo González, hombre de buen humor» en *El furgón de cola*, Ruedo Ibérico, París, 1967.

Premios Ruedo ibérico 1974

1. Ediciones Ruedo ibérico crean tres premios que serán otorgados a tres obras consagradas a la historia política española durante el periodo 1936-1972, cada una de ellas sobre uno de los siguientes temas: 1) Movimientos de oposición y luchas obreras bajo el franquismo; 2) La represión política bajo el franquismo; 3) Tema libre sobre el periodo franquista.
2. Pueden concurrir a los premios, sin distinción de nacionalidad ni de residencia, cuantos escriban directamente en lengua castellana o en lengua catalana. En este último caso la obra premiada será publicada en castellano y en catalán.
3. Los trabajos concursantes deberán ser originales e inéditos y libres de cualquier compromiso editorial. Podrán ser obra individual o colectiva. La extensión de los manuscritos concursantes no podrá ser inferior a 500 folios dactilografiados a doble espacio.
4. Los manuscritos deberán ser presentados en tres ejemplares. En la página primera de cada ejemplar figurará un lema o cifra que corresponda al inscrito en un sobre cerrado conteniendo el nombre del autor o de los coautores y, eventualmente, el seudónimo que se pretenda utilizar. Será expedido el correspondiente acuse de recibo en la forma indicada por cada concursante.
5. El plazo de admisión de manuscritos quedará cerrado el 30 de junio de 1974.
6. Cada uno de los tres premios estará dotado con 250 000 pesetas. Los premios no serán divisibles entre dos o más obras concurrentes. El concurso podrá ser declarado desierto en parte o totalmente. En este caso, volverá a ser convocado para el año siguiente con sujeción a las presentes bases.
7. El jurado estará compuesto de un mínimo de cinco miembros y un máximo de siete, escogidos entre los autores de Ediciones Ruedo ibérico. La composición del jurado será dada a conocer en el curso de la primera quincena de septiembre de 1974.
8. El fallo del jurado será dado a conocer en el curso del mes de octubre de 1974. La dotación de cada uno de los premios será entregada en París al autor o autores de la obra premiada.
9. Ediciones Ruedo ibérico se reservan todos los derechos correspondientes a los 6 000 primeros ejemplares de la edición en lengua castellana de las obras premiadas, así como a la mitad de los derechos de su traducción a cualquier idioma o por su adaptación cinematográfica o radiofónica. El autor recibirá un diez por ciento del precio de venta de cada ejemplar vendido que supere la cifra de 6 000 ejemplares de la edición en lengua castellana (o catalana, en su caso). Ediciones Ruedo ibérico se comprometen a la publicación en lengua castellana (o catalana, en su caso) de las obras premiadas dentro del plazo de un año a partir de la fecha del fallo.
10. El autor o los autores premiados decidirán libremente si la obra debe ser publicada con su nombre o con seudónimo. Ediciones Ruedo ibérico observarán en este último caso la discreción más estricta respecto a la personalidad del autor.
11. Ediciones Ruedo ibérico se reservan un derecho preferente sobre los manuscritos que merezcan mención del jurado, sometiéndose en este caso a las condiciones generalmente aplicadas en la edición en lo que concierne a propiedad literaria y derechos de autor.
12. Los manuscritos no reclamados en el plazo de dos meses a partir de la fecha de publicación del fallo serán entregados por Ediciones Ruedo ibérico a una institución pública o privada consagrada a la investigación histórica sobre España contemporánea.



Editions Ruedo ibérico
6, rue de Latran 75005 Paris

Téléphone : 325.56-49

Métro : Maubert-Mutualité

Prolegómenos para una historia de la cultura hispana en el siglo XX

Hace casi exactamente una década tuve la rara fortuna de poder hablar a diario con Luis Cernuda sobre los más diversos temas. Como se puede suponer, yo era el que salía ganando siempre o casi siempre: las más de las veces, porque su contribución era muy superior a la mía, y las otras porque hasta ahora he procurado no cerrar nunca del todo las puertas a una idea sólo porque contradice, pone en entredicho o hace violencia a una convicción mía.

En una de las varias ocasiones en que traté yo de exponer mi punto de vista respecto a la posible interdependencia de la creación literaria (o artística en general) y lo que cabría llamar el « nivel cultural » del momento, Cernuda pensó enseguida en un libro de Laurence Durrell publicado en Londres una década antes (en abril de 1952, como descubrí luego): *Key to Modern Poetry*. Esta referencia fue parte de mi botín de aquella jornada.

No tardé en buscar en la biblioteca de la Universidad de California tan intrigante clave-guía y ver que se trataba del texto de unas conferencias « compuestas y pronunciadas en la Argentina durante el año 1948 » (por un agregado cultural de los que entran muy pocos en el millar, conviene añadir). Me bastó con leer el prólogo para descubrir que no era exactamente lo que yo llevaba en el caletre (ni siquiera me resultaba admirable en algunos puntos), pero sí encontré algunas coincidencias sorprendentes (aunque a veces desde una perspectiva distinta). Acabo de releer rápidamente algunas de las páginas más interesantes de este libro de Durrell (en el impecable ejemplar de Henry Miller, por si a alguno le interesa el dato) y comprobar que sigo pensando que hay en él aciertos muy valiosos y aprovechables (muy poco aprovechados y nada explotados por la crítica de los últimos cuatro lustros, si mi información es de fiar).

1. Nivel cultural y creatividad

Uno de los aciertos de Durrell, a mi modo de ver, es tratar de mostrar de manera palmaria que la poesía mejor flota precisamente al nivel cultural de su tiempo (más exactamente, al nivel cultural correspondiente al acervo ya « digerido » por el poeta). Para ello empieza por invitarnos a examinar un caso concreto muy bien definido. Se trata de dos poemas separados por casi un siglo que coinciden en su tema: un anciano medita sobre su vida pasada y sobre la muerte venidera, y al hacerlo refleja la « cosmología » (o interpretación del universo y del ser humano) en la que está inmerso. El poema menos reciente se titula « Ulysses » y fue escrito en 1840 por un coetáneo de Charles Darwin, Larra y Espronceda: Alfred Tennyson (1809-1892); el otro se titula « Gerontion » y fue escrito en 1920 por un coetáneo de Einstein, Ortega y Jiménez: T. S. Eliot (1888-1965). El primero es anterior a las revoluciones darwiniana, pasteuriana y marxiana; el segundo es posterior a la revolución freudiana y a « la nueva física ».

Sabido es que Tennyson (como Goethe, Shelley y otros grandes poetas) trató de asimilar el acervo de conocimientos fundamentales a su alcance. En una nota del capítulo que le dedica en *Pensamiento poético en la lírica inglesa* señala Cernuda que «adquirió Tennyson un conocimiento exacto del griego y del latín», que «conocía lo bastante del francés, alemán e italiano como para entenderlos sin gran dificultad» y que se había trazado «un calendario dedicando cada día de la semana a estudios diversos: historia, alemán, química, botánica, electricidad, fisiología, mecánica, geología, italiano, griego y poesía». (Ante este afán de saber del «gran poeta» Tennyson, Cernuda no puede menos de comentar: «Es curiosa la combinación en dicho calendario de ciencias exactas y de letras. Pero el poeta no llevó adelante sus estudios, aunque en ciencias exactas avanzó bastante.»)

Resulta relativamente claro que a Tennyson le importaban sobre todo lo que cabría llamar «las cuestiones fundamentales» (las «ultimidades» del agnóstico), por eso lamentaba tanto que el acervo de conocimientos a su alcance no hubiera «avanzado mucho respecto a los viejos filósofos». (Después de su «intervención en el golpe que los españoles desterrados en Inglaterra preparaban contra la tiranía de Fernando VII» en 1831, «la única aventura política que hallamos en su vida», el futuro poeta laureado, contrapartida en esto de Zorrilla, «se convierte en [un] reaccionario, aunque lo disimulaba como podía, puesto que la alabanza a la libertad y al progreso eran cosas admitidas», pero no es posible entrar aquí en el tema... ni dejar de citar una vez más las tan citadas palabras de Santayana: «Los que se niegan a aprender de la historia están condenados a repetirla.») Y resulta igualmente claro que toda la diligencia que pueda poner un poeta en entender mejor la Naturaleza y en especial la Naturaleza Humana no logrará hacer el milagro de rescatarle de la historia que lo anega, pues no por mucho madrugar amanece más temprano para los poetas.

De ahí que sea mucha la sagacidad que muestra Durrell al recordarnos que los más ilustres contemporáneos de Tennyson (como no pocos de los nuestros, dicho sea de paso, aunque no sean de los más ilustres) creían todavía a todo creer que el Tiempo había empezado hacía cosa de 6 000 años, que la Tierra, creada por entonces, había quedado ya desde el principio como era en la época victoriana (artefactos humanos aparte, por supuesto) y que el «primer» hombre o Adán había quedado hecho y derecho el sexto día después del principio del Tiempo, de un soplo, a imagen y semejanza de un Dios antropomórfico de barba cana. Sólo la lamentable Caída de Eva (la «liberación de las mujeres» empezó también por no existir) había alterado de manera conocida la perfección original. Esta integración de la «historia» bíblica y las vidas de patriarcas multicentenarios o casi milenarios con la historia de los milenios más recientes y conocidos, partiendo del año 4004 antes de Cristo, el año en que empezó todo, aparece expuesta de mano maestra en un monumental «cuadro sinóptico», impreso en Londres hace cosa de un siglo, como tuve ocasión de comprobar el verano pasado en el Museo de Jacksonville (Oregón), donde ocupa varias vitrinas. Bien es verdad que el Masonic Hall, construido en 1875 sobre las cenizas de Eldorado Saloon, está a cuatro «cuadras» de distancia. (En Jacksonville, «cuna de la historia del Oregón meridional», se descubrió oro en 1851, de ahí su meteórica fama. La logia masónica local fue organizada en 1857, tres años antes que la parroquia católica.) Y no se crea que tales necedades «historiográficas» eran cosa de pioneros analfabetos y dados a la superstición. La flor y nata de

la intelectualidad andaba igualmente despistada. Todavía en 1864, el año en que nació Unamuno, unos 11 000 clérigos ingleses se aprestaron a firmar la Declaración sobre la Inspiración y el Castigo eterno de Oxford (la Declaración, no el Castigo) que, según el arzobispo Tait, venía a decir que « todas las cuestiones de la ciencia física deberían ser referidas a las palabras escritas de la Sagrada Escritura ». ¿ Por qué no iba a seguir siendo la filosofía « sierva de la teología » medio milenio después de Tomás de Aquino ?

Caer en el tiempo humano es más que caer en el Tiempo en el sentido de *Ocnos*. El tiempo humano viene definido, en términos ecuménicos, por el acervo cultural acumulado hasta el momento ; en términos locales, por la fracción del acervo ecuménico característica de la comunidad y por las « especialidades de la casa ». No hay más historia que la historia de la Humanidad o conjunto de seres humanos vivos. Ni que decir tiene que los individuos humanos pueden ser muy singulares e idiosincráticos (y más si son poetas). No cabe duda de que el individuo Tennyson era, para empezar, muy diferente del individuo Eliot. Pero los separaba también la diferencia en el nivel de las aguas culturales en que se vieron inmersos y, como consecuencia, la diferencia en los bagajes de sus formaciones respectivas. Tennyson no podía estar al tanto del impacto total de sus contemporáneos (muchos de ellos excepcionales) en la cosmología del futuro ni ver entre ellos a los fundadores de saberes tan decisivos como la bioquímica (Bernard y Pasteur, « el Galileo de la biología »), la genética (Mendel) o la eugenesia (Galton, primo de Darwin) o disciplinas como la antropología (L.H. Morgan) o la sociología (Spencer), tan íntimamente ligadas con la temática de todo gran poeta. Tennyson tenía 50 años cuando apareció en 1859 el epocal libro de su coetáneo Charles Darwin titulado *Origin of Species*, 54 cuando apareció en 1863 la *Vie de Jésus* de Renan, y 58 cuando apareció en 1867 el primer tomo de *Das Kapital* de Karl Marx, otro contemporáneo suyo. Tennyson no llegó a tener la posibilidad de leer a Freud, a Einstein o... a T. S. Eliot, o de ver el arte de Picasso (o el de las cuevas de Altamira) u oír la música de Stravinsky. Tampoco pudo ser testigo relativamente joven de las primeras convulsiones del siglo XX.

Así, pues, parte de la marcada diferencia que hay entre « Ulysses » (1840) y « Gerontion » (1920) deriva, sin duda, de la diferencia de nivel en el acervo y decantación de las experiencias cumulativas de la Humanidad, y sin tener en cuenta esta diferencia de nivel no es fácil enjuiciar cada uno de los poemas en su contexto histórico respectivo o evaluar la originalidad, perceptibilidad y mérito de cada uno de los autores. Para enjuiciar los poemas como parte del acervo cultural ecuménico mismo o como posibles candidatos a lo perenne humano haría faltar hilar mucho más fino, como trataré de sugerir más adelante. Aunque no parece necesario, aclararé que el acervo humano común se enriquece de continuo con las « novedades » genuinas, pero no con las « modas » (aunque no sean demasiado pasajeras). Los barbudos y melencidos de nuestros días no tienen en común con los contemporáneos de Tennyson y Marx otra cosa que la pelambrera.

2. Mojones culturales

En el curso de la evolución cultural no faltan mojones que saltan a la vista. Uno difícil de olvidar para mí es el del primer Sputnik, el « compañero » o satélite puesto en órbita por los rusos el 4 de octubre de 1957. Esta « novedad » por sí

sola hizo más mella en las mentalidades de nuestros contemporáneos que múltiples secuencias de actividades humanas. Su efecto fue especialmente obvio en los Estados Unidos, pues desgarró de un tirón la arrogancia nacionalística y la ignorancia humanística del norteamericano medio por aquellas fechas. Sólo después del reciente chalaneo de Nixon en Pekín y Moscú y de las correlativas abdicaciones ante los más inhumanos atropellos de los B-52 ha empezado a asomar de nuevo aquella fe en el derecho divino de Washington al dominio absoluto sobre todos los nacidos y por nacer.

Resultado del súbito *shock* cultural de octubre de 1957 fue el programa espacial más dilapidante que han visto los siglos (y verán por algunos años) y la consiguiente «novedad de novedades» de nuestro tiempo: las excursiones a la Luna. Otra de las fantasías del siglo XIX cobró así realidad ante nuestros ojos (ni siquiera demasiado atónitos). Es difícil no lamentar el despilfarro innecesario de tantos miles de millones (sólo por demostrar a los rusos quién es quién) cuando son tantas y tan urgentes las necesidades humanas, pero ante la foto a todo color que nadie, absolutamente nadie, pudo haber visto antes de 1969, como no fuese desde la atalaya de algún dios antiguo, no podemos menos de exclamar, con el poeta Archibald MacLeish (coetáneo de Oliverio Girondo, Pedro Salinas y Jorge Guillén): «¡Ver la Tierra como realmente es, pequeña y azul y hermosa... es vernos como pasajeros en un planeta, juntos, hermanos... verdaderamente hermanos!»

Mas no hacen falta novedades de este calibre para dar un nuevo sesgo a los horizontes de la creatividad humana. Los cambios culturales menos espectaculares no pueden menos de contribuir, día a día, al reajuste de los horizontes, siendo de notar que, contra lo que suelen creer algunos irracionalistas todavía sintonizados con emisiones de generaciones periclitadas, la ciencia del último siglo ha extendido considerablemente la «poeticidad» de los llamados «temas eternos» (con impropiedad muy propia de ciertas mentalidades). Bien es verdad que seguimos sin saber «a dónde vamos» (y aun esto puede quedar bastante dilucidado en cosa de décadas), pero no sólo empezamos a tener una vaga idea o vislumbre de «de dónde venimos», sino que hasta entrevemos que el Evento creacional que dio principio al Tiempo no pudo haber tenido lugar hace menos de 11 000 000 000 de años, descubrimiento que resultaría aún más increíble a los contemporáneos de Tennyson, tan increíble como descubrir que sobre este telón de fondo la Libertad del «primer» hombre es cosa de ayer (canteras no demasiado explotadas todavía por la ciencia o por el arte, aunque esta última contiene la quintaesencia misma de nuestra peculiar animalidad). A estas alturas culturales resulta más difícil creer que la Tierra fue sacada de la Nada hace seis milenios por un Creador de aspecto senil y cano que creer que hay que multiplicar esa cifra por casi un millón para llegar a la friolera de 5 000 000 000 de años que la Tierra lleva dando vueltas según los cálculos actuales (5 000 000 000 de tentaciones todavía inatendidas para las nuevas y novísimas musas). Y ya no nos resulta extraño imaginar que hace sólo unas decenas de miles de años el planeta que ahora habitamos era muy distinto en su superficie, condiciones climáticas y demás, o, más concretamente, que la gran «plancha» en la que «navega» Norteamérica estuvo en su día unida a la que sostiene el subdesarrollo africano, que hace seis millones de años el Mediterráneo era un desierto, y muchas otras cosas realmente nuevas o novísimas para los que viven y piensan a la altura cultural del presente ecuménico (y a los escritores que no lo intenten más les vale colgar los bártulos).

A la altura cultural del presente, si por ventura damos en la intrincada cuestión de la inmortalidad no por eso perdemos de vista que, aun en el caso de que no haya habido seres propiamente humanos (seres locuentes) más que durante los últimos 50 000 años, no es improbable que hubiera « homínidos » (con un cerebro aproximadamente la mitad del nuestro en tamaño) hace más de 1 000 000 de años y « homínoides » hace ya 28 000 000, y menos aún perdemos de vista la idea de que las distintas especies (entre ellas la humana, con su lenguaje y libertad) son resultado de una evolución natural que duró miles de millones de años. También ayuda mucho en materia de inmortalidad tener presente que lo que distingue a la especie de que formamos parte es la constitución y estructura de su cerebro, o que el más angélico y etéreo de los seres humanos, cualesquiera que sean las exquisiteces creativas o reconditeces inconscientes de su mente, está compuesto de átomos corrientes y molientes combinados de manera compleja (un individuo de 76 kilos, pongamos por caso, con sus dos terceras partes de agua, está compuesto, sobre poco más o menos, de 55,5 kilos de oxígeno, 10,5 de carbono, 7 de hidrógeno, 1,5 de nitrógeno y 1,5 de otros elementos químicos) y, naturalmente, que la transformación de la « materia gris » de nuestros remotos antepasados en la mente humana de Einstein o Chomsky fue cosa de centenares de miles de años (aun para el que crea en el soplo inicial). Para comprobar que las supersticiones animísticas de nuestros mayores parecen ir de mal en peor basta con comparar el libro *Primitive Culture* de E. B. Tylor, publicado en 1871, con *Le hasard et la nécessité* de Jacques Monod, publicado en 1970. Poco importa que ya Descartes usara las expresiones « mente humana » y « alma racional » como equivalentes. La terminología es lo de menos si se distingue cuidadosamente la averiguación rigurosa o la intuición certera, de la superstición más o menos fantasmagórica. Para entender las cosas a derechas en un ambiente cultural tan polucionado por el irracionalismo de nuestros padres y abuelos y de algunos de nuestros tatarabuelos conviene tener muy en cuenta que tanto la ciencia genuina como el arte verdadero son creaciones gemelas de la mente humana (testigo, Leonardo) sin igual en ninguna otra especie conocida, y que el lenguaje, espejo de la mente, es el eje mismo de la creatividad (artística y científica, literaria y no literaria). Sólo el lastre secular del vocabulario permite hablar todavía de « poesía del corazón » y de otros centauros y quimeras literarias. La emotividad y el sentimiento son también cosas de la cabeza, como la es el lenguaje (contra el que es inútil luchar).

3. Nivel cultural y evaluación

Me ha parecido aconsejable demorarme en estas disquisiciones (poco atractivas y quizá indigestas para algunos) para tratar de neutralizar de antemano reacciones bastante generales ante precisiones de tipo cronológico. Por mucho que nos molesten las fechas y las distinciones generacionales, unas y otras resultan absolutamente imprescindibles « para ubicarnos en el tiempo » (como insistía hace unos días Diana Belessi, « novísima » argentina, en su charla sobre « La poesía joven hispanoamericana »). Después de todo, somos los únicos animales con sentido del tiempo histórico de que hay noticia.

Todo creador verdaderamente creador es único e inconfundible, en todo tiempo y lugar. Pero aun el creador más extraordinario y genial es en no pequeña medida criatura de su tiempo (en particular de los grandes creadores que le precedieron) y su obra tiene mucho en común con la de sus coetáneos y contem-

poráneos, y sólo puede ser adecuadamente evaluada tomando su momento histórico como inevitable punto de referencia. Un poeta muerto en 1972 no puede haber sido « inspirado » nunca por el primer parto cósmico observado por los seres humanos (el de un haz de estrellas embrionicas en una nube de hidrógeno y polvo a sólo unos 10 000 años-luz, en nuestra propia galaxia), como no puede haber ignorado, sin grave riesgo de su feto, la revolución freudiana. Bien es verdad que esta contrastación histórica, siempre necesaria, no suele ser suficiente (por lo menos para la crítica de gran vuelo sobre obras de mucho empeño). El gran creador tiene que tener clara conciencia de hasta donde llega lo ya alcanzado (históricamente), pero, además, tiene que tener una visión intensa de lo alcanzable (humanamente) en una posible evolución plena de todas las potencialidades, visión que conlleva la capacidad de denuncia de lo espeluznante, tanto lo ya sufrido (Guernica, Hanoi) como lo concebible (1984 en todas sus variaciones). A toda creación que dé la medida históricamente hay que aplicarle además, prospectiva o retrospectivamente (según sea actual o antigua), piedras de toque humanamente ucrónicas (respecto al tiempo histórico), esenciales. Sólo puede progresar lo fugitivo: lo que era y es firme permanece y dura.

En el estado actual de nuestros desconocimientos es sin duda mucho más difícil la contrastación relativa (en términos históricos) que la contrastación absoluta (en términos humanos). La dificultad estriba en que todavía no se ha intentado definir con ningún rigor los sucesivos intervalos históricos, para nada decir de la evolución de unos a otros, de los procesos que los relacionan, y de los cambios fundamentales en el nivel cultural (en el sentido más amplio de « cultura »: todo lo que han hecho o hacen los seres humanos puede enriquecer o empobrecer el acervo cultural común). Aun las compilaciones más logradas y sugerentes entre las más ambiciosas dejan no poco que desear (cf *The Twentieth Century*, editado por Alan Bullock en 1971, no carente de aciertos). Claro que tratar de explicar los procesos que convierten el mundo de 1838 (el de Tennyson y Larra, Bakunin y Marx, Darwin y Mendel, Poe y Whitman, Alexis de Tocqueville y Jules Verne, Hugo y Baudelaire, Dostoyefski y Tolstoi) en el mundo de 1868 (el de Cézanne y Gauguin, Mallarmé, Verlaine y Rimbaud, Galdós y « Clarín », Giner y Menéndez Pelayo, Zeppelin y Freud), o el mundo de 1868 en el de 1898, no es un trabajo de menor cuantía ni siquiera para un equipo ideal. Lo que parece estar fuera de toda duda es que las creaciones de la generación de 1868 tienen que ser evaluadas por el rasero cultural de 1868 y las de 1898 por el de 1898 (nivel cultural ecuménico, se entiende, pues ya se sabe que en el país de los ciegos el tuerto es el campeador). El que sepa que *La Interpretación de los sueños* de Freud es de 1900 (lo mismo que los « cuanta » de su coetáneo Max Planck) tendrá que quitarle mérito a un libro de 1927 que parezca eco del de Freud, por muy original que el redescubrimiento sea. Por la misma regla de tres, una becquerianización de la expresión poética en 1927 que no fuese más allá de la de Bécquer no pasaría de redescubrimiento del Mediterráneo. Lo dicho de un libro o de toda la obra de un autor es aplicable también en el caso de una generación entera. También las generaciones tienen que ser juzgadas a tenor de la herencia que reciben y de los bienes que dejan a la posteridad. Y como la herencia cultural es transmitida de manera continua a lo largo de un eje cronológico dividido regularmente en unidades, la mera datación puede ser un punto de referencia capital.

4. De 1898 a 1927

En los escritos de lengua española (sobre todo literarios) aparecen a menudo las expresiones «generación de 1898» y «generación de 1927», si bien el sentido de una y otra suele ser sumamente vario y hasta contradictorio. No se suele entender, por ejemplo, que a la generación de 1898 pertenecen *todos* los seres humanos nacidos entre dos fechas determinadas, como habría que empezar por entender para que la terminología proyectase alguna luz sobre los fenómenos a los que se aplica. Ni siquiera se suele entender que a la «generación de 1898» pertenecen escritores y artistas que no forman parte del «grupo del 98» en sentido escrito, es decir, el grupo formado por Unamuno, Gánivet, Valle-Inclán, «Azorín», los Baroja, los Machado, Maeztu y algunos más, nacidos todos entre 1860 y 1875. Parece lógico, sin embargo, entender que los «modernistas» nacidos en el transcurso de esos quince años (Rubén Darío y sus coetáneos) pertenecen también a la «generación de 1898» cualquiera que sea el sentido que se dé a la expresión. Las generaciones no conocen fronteras.

En sentido más lato, el «grupo del 98» suele incluir también escritores nacidos entre 1875 y 1890: Gabriel Miró, Pérez de Ayala, Jiménez, Ortega y Gasset... Otro tanto ocurre con el grupo o escuela modernista. La antología publicada por Pedro Gimferrer en 1969, la más reciente de que tengo noticia, incluye 28 poetas nacidos entre 1875 y 1890, y sólo 21 nacidos entre 1860 y 1875 (además de ocho que cabría llamar «precursores» y de otros tantos rezagados). Entre los poetas de la segunda hornada «modernista» figuran «noventayochistas» como Jiménez y Pérez de Ayala, y otros como Villaespesa, Marquina, Barba-Jacob, Carrere, Martínez Sierra, Carriego, Delmira Agustini y Ramón de Basterra; entre los de la primera hornada figuran los «noventayochistas» Valle-Inclán, Manuel Machado y Antonio Machado. La intersección misma apunta a la unidad que hacen sospechar las fechas (unidad que no escapó a la atención de Cernuda).

De todos modos, para ciertos propósitos convendrá distinguir en la «generación de 1898» dos promociones: la promoción de 1898 y la que podríamos llamar «promoción de 1914» (a quince años de distancia sobre poco más o menos). Pero no deja de ser curioso que esta referencia a 1914, alguna vez propuesta, no haya llegado a cuajar nunca, cuando tan fácilmente ha arraigado la referencia a 1898 (y otro tanto cabe decir respecto a 1927 y 1942). Parece ser que las relaciones intergeneracionales son relaciones entre padres e hijos (el padre de los hermanos Machado pertenece a la generación de 1868), no entre primogénitos y benjamines. Son varios los indicios que parecen indicar que aunque las dos promociones son distinguibles, no son, sin embargo, escindibles. En este esbozo del tema tendré que limitarme a uno. No parece aconsejable escindir los autores «postsimbolistas» estudiados por Edmund Wilson en su magistral libro de 1931 *Axel's Castle* (una de las obras menos perecederas de la crítica contemporánea), aunque unos nacen antes de 1875 (Yeats, Valéry y Proust, coetáneos de Unamuno, Darío y Baroja) y otros después de 1875 (Eliot, Joyce y Gertrude Stein, coetáneos de Jiménez, Pérez de Ayala y Gabriela Mistral o Delmira Agustini). Huelga añadir que aunque la contrapartida hispana del libro de Wilson sigue brillando por su ausencia, no parece descabellado suponer que nuestra literatura del 98 (en el sentido de la literatura producida por todos los escritores de lengua española nacidos entre 1860 y 1890) no es ni concebible de espaldas a la evaluación de los autores estudiados en *Axel's Castle* y de otras figuras destacadas de la generación de 1898 en términos ecuménicos (Dreiser y Sherwood Anderson, Jack London y Sinclair Lewis, H.G. Wells y E. M. Forster,

Perse y Pound, Wyndham Lewis y D. H. Lawrence, Kazantzakis y Martin du Gard, Mann y Kafka). Y habrá que preguntarse por qué algunos de los hombres más dotados de esta generación sintieron una enemiga que parece tener mucho de generacional hacia la democracia y la libertad, o qué es lo que les llevó a suponer que las necesidades humanas básicas del « hombre-masa » son esencialmente distintas de las del « grande hombre ».

Fuera de la literatura esta generación abunda también en gigantes, empezando por el gigante de gigantes, Albert Einstein (1879-1955), un genio de tal magnitud que llevará probablemente siglos poner a prueba sus asombrosas ideas, y por Bertrand Russell, de sabiduría poco común. Es la generación de la « nueva física » (Rutherford, Bohr, Schrödinger) y la « nueva astronomía » (Eddington, Shapley, Hubble); de la « nueva psicología » configuracional (Gestalt), puente entre Freud y Chomsky; del « expresionismo » por antonomasia (Munch, Kandinsky, Nolde, Matisse, Klee... fueron coetáneos de Darío; Picasso, Orozco, Diego Rivera, Kokoschka..., de Jiménez) y del expresionismo de Chaplin (los hermanos Lumière, inventores del cine, son coetáneos de Unamuno... y de los inventores del avión, pues Wilbur Wright nació el mismo año que Darío). Es la generación de Gandhi y Le Corbusier, de Henry Ford y Maurice Chevalier, de Lenin y Largo Caballero, de Roosevelt y Azafra, de Stalin, Mussolini, Hitler... Lo dicho respecto a la generación de 1898 nos llevaría a suponer que los nacidos entre 1890 y 1920 pertenecen a la generación siguiente. Lo que asombra es comprobar que la divisoria intergeneracional de 1890 sea precisamente la que define grupos relativamente compactos e identificables, muy alejados en el espacio. Entre 1890 y 1905 nacen poetas coetáneos de Lorca (de Salinas y Guillén a Cernuda y Altolaguirre), los « contemporáneos » de Méjico, los « surrealistas » franceses y no franceses (escritores, pintores o directores de cine), entre ellos Lorca, Alberti, Cernuda y Neruda (otra intersección significativa), el grupo más conocido de novelistas norteamericanos (Faulkner, Hemingway)... No deja de ser curioso que, sin tener ni aritmética en cuenta para nada, el apéndice del libro de Malcolm Cowley titulado *Exile's Return* (1934) incluya en la « lost generation » los nacidos entre 1891 y 1905 exactamente (Henry Miller, Edna Millay, Cummings, Dashiell Hammett, Edmund Wilson, F. Scott Fitzgerald, John Dos Passos, Faulkner, Hemingway, Wolfe, Langston Hughes, Steinbeck, Caldwell, Farrell, Dalton Trumbo y Robert Penn Warren, entre otros menos conocidos). Esto parece más que casualidad. Como en el caso de la generación de 1898, cabe sospechar que esos tres lustros iniciales corresponden más bien a la primera « promoción » de la generación. El surrealismo, por ejemplo, no es algo exclusivo de la « promoción » de Bretón y Larrea, Eluard y Lorca. La *Antología del surrealismo español* publicada en 1952 por José Albi y Joan Fuster incluye ocho poetas nacidos entre 1890 y 1905, once nacidos entre 1905 y 1921 (entre ellos Cunqueiro, Cela y Cirlot), y sólo dos (Jaime Villa y Antonio Saura) nacidos algunos años después. Si en vez de usar la noción de surrealismo en sentido más o menos estricto adoptamos como unidad de medida la propiedad enunciada en el título de René Crevel: *L'esprit contre la raison*, el abarque de la red se ampliaría considerablemente, y la redada se multiplica si usamos como cebo la palabra « vanguardismo ». En el campo de la novela no parece implausible aunar lo más representativo de « el romance italiano del dopoguerra » (Moravia, Pavese, Vittorini, Pratolini... nacidos entre 1905 y 1920) con las novelas « traducidas del americano » por Pavese, Vittorini y otros autores conocidos (entre ellos Borges y Novás Calvo). En cuanto al jazz y al cine (pues la generación de 1927 es antes que nada la

generación del jazz y del cine), sería más que difícil dejar fuera de la generación a Billie Holiday (1915-1959) o alejar demasiado a Fred Astaire (coetáneo de Borges) de Ginger Rogers (coetánea de Cortázar), a Joan Crawford de Betty Davis, de Irene Dunne, de Olivia de Havilland, a Greta Garbo de Ingrid Bergman (Roberto Rossellini es coetáneo de Moravia) y hasta a Marlene Dietrich de Rita Hayworth (desde el punto de vista generacional, se entiende) o alejar demasiado a Humphrey Bogart, Clark Gable, Gary Cooper, Cary Grant, Bob Hope, Bing Crosby, Johnny Weissmuller, Henry Fonda y Gilbert Roland (el ex Luis Antonio de Dámaso Alonso que tan elocuentemente elogió a Pancho Villa hace unos días, con motivo de la visita de la viuda de Villa a Los Angeles) de John Wayne, Laurence Olivier, David Niven, Errol Flynn, José Ferrer, Robert Taylor, Tyrone Power, Orson Welles, Kirk Douglas y Frank Sinatra. Como no tendría demasiado sentido alejar generacionalmente al físico escocés que descubrió el « radar » en 1935 (Robert W. Watt, coetáneo de Franco) del físico norteamericano que descubrió el efecto « maser » en 1951 y el primer maser óptico o « laser de rubí » (haz de luz monocromática coherente) en 1960 (Charles H. Townes, coetáneo de Nixon).

Cuando el tiempo sedimenta un poco más cosas y personas creo que se podrá ver que los nacidos entre 1890 y 1920 respiraron un aire cultural bastante homogéneo. Sólo cuando se trate de hilar más fino (subdividir y hacer distinguos) será preciso separar a los nacidos en las laderas opuestas de 1905. Si se adopta como designación de la generación el año 1927 o 1928 (treinta años a partir de 1898), como se suele hacer, cabría distinguir la promoción de 1927 (la de Malraux y Sender) de la promoción de 1942 (la de Camus y Cela), quince años más joven (por término medio). Precisamente en 1942 aparece *L'étranger*, *Le mythe de Sisyphe* y *Pascual Duarte* (*Conversazione in Sicilia* es del año anterior; *L'être et le néant* es del año siguiente; *L'existentialisme est un humanisme*, de unos años después)... y *Casablanca*, el melodrama romántico de Humphrey Bogart e Ingrid Bergman que tanta mella parece haber hecho en los espectadores de la generación de 1927 y en los de la siguiente (piénsese en la reciente película de Woody Allen *Play it again, Sam*). Lo que va de la promoción de 1927 a la de 1942 es lo que va de Lorca a Rosales, de Neruda a Nicanor Parra, de Gorostiza a Paz, de Yáñez a Rulfo, de Marinello a Lezama Lima, de Sender a Cela, de Borges a Cortázar, de Faulkner a Pavese..., de Ike o Jruschof a Brezhnev o Nixon.

5. Intermedio apologético

La idea de generación no parece ofrecer dificultad intuitiva alguna (por algo es más antigua que el mundo de la generación de Tennyson, el mundo « bíblico »). Todos tenemos padres, incluso nuestros padres, y los padres de sus padres (nuestros abuelos). Resulta difícil creer que haya humanos que no perciban diferencias generacionales entre padres e hijos. Si las generaciones se suceden en el tiempo, parece natural suponer que existe alguna correlación entre ellas y el « nivel cultural » con que se van encontrando al abrir los ojos ante el legado cumulativo de las generaciones anteriores. El conjunto de ideas y creencias prevalente en un determinado momento no puede menos de dejar alguna impronta en el individuo en formación. Los individuos así « conformados » pueden, naturalmente, reaccionar en contra de las ideas y creencias de sus mayores, o por lo menos contra algunas de esas ideas y creencias, y al hacerlo modifican (más o menos) el legado recibido. No parece disparatado suponer

que estas modificaciones o cambios culturales son susceptibles de estudio, no parece implausible postular cierto «orden y concierto» subyacente (como se sabe, las apariencias engañan), para lo cual hay que empezar por aproximaciones un tanto burdas y a ojo de buen cubero, pero que pueden tener interés. Para que estas aproximaciones puedan tener interés hay que empezar por no cometer pecados capitales. Si la hipótesis generacional se basa en el aducto (*input*), es decir, en lo que un conjunto de individuos recibe de sus mayores, traer a colación el educto (*output*) será mezclar berzas con capachos. Por ejemplo, Pere Quart (Joan Oliver) pertenece, por el nivel cultural de la fecha de su nacimiento, a la promoción de Riba, Miró, Borges y Dalí. El que su aparición en las letras sea tardía y coincida con la de la promoción siguiente (la de Espriu y Cela) importa para un estudio generacional de sus lectores, pero no para situar generacionalmente a Pere Quart. Si la hipótesis se basa en un aducto cultural que no conoce fronteras, las divisiones generacionales tendrán que tender a la ecumenicidad, como he sugerido en la sección anterior, y abarcar a la generalidad de los humanos, y no sólo a las cabezas visibles (que no suelen vivir y prosperar de espaldas al público). Así, por ejemplo, los «poetas catalanes contemporáneos» de José Agustín Goytisolo pertenecen todos, excepto Josep Carner y Gabriel Ferrater, a la generación de 1927 (Rosselló-Porcel, Espriu y Vinyoli son de la promoción de 1942) y los «poetas gallegos contemporáneos» de Basilio Losada pertenecen a la generación de 1927 (Iglesia Alvariño, Seoane, Cunqueiro y Ferreiro son de la promoción de 1942) y a la generación siguiente (empezando por Tovar Tobillo, que es de la «quinta del 42», como José Hierro). Este último recibe cierto apoyo en la segunda edición (1971) de la *Historia da literatura galega* de F. Fernández del Riego, que distingue bien entre la generación de 1927 (capítulos VIII y IX) y la «xeneración nova» (capítulo X), a la que pertenecen Tovar Tobillo y Méndez Ferrín.

Esta ecumenicidad va más allá de la literatura o del arte en general (no resulta demasiado sorprendente descubrir que Maiakofski y Shklofski son coetáneos rusos de Breton y Larrea). Baste sólo un botón de muestra. En principio por designio y por carambola en simultaneidad me encontré leyendo un cierto día el libro de Torres Bodet *Contemporáneos*, publicado en 1928, y un libro de André Haudricourt y Alphonse Juilland publicado en 1949 (y 1970) con el título de *Essai pour une histoire structurale du phonétisme français*. Es obvio que los temas no están lo que se dice relacionados y que las fechas de publicación están relativamente alejadas. Sin embargo, hay coincidencias ya en las respectivas primeras páginas. Desde la atalaya mejicana de uno de los «contemporáneos» (rótulo bien significativo), «las obras producidas bajo el imperio del positivismo ortodoxo pudieron ser bellas», pero no merecen «nuestra obediencia» («el siglo XIX parece haberse complacido en dejarnos el mayor número de tradiciones que contrariar»); desde la atalaya gala de dos de los nuevos «estructuralistas», «avec le XX^e siècle, l'évolution de la pensée philosophique ouvre une nouvelle perspective sur le réel: le structuralisme, qui caractérise l'esprit scientifique de l'époque [cita de Jakobson, una de las cabezas más visibles de la generación de 1927], substitue à l'atomisme positiviste du XIX^e siècle une perspective «totalitariste» [Gestalt], «universaliste» de la réalité objective». (De esto al papanatismo inspirado algunos años después por Lévi-Strauss, epígono de Jakobson, no hay más que un paso parisino.) Así, pues, aunque a primera vista la «nueva poesía» y el «nuevo estructuralismo» no parecen tener mucho en común, Torres Bodet y Haudricourt (nacidos el

mismo año de 1902, como Cernuda, Alberti, Marlene Dietrich y el padre del autor de estas líneas) tienen en común la enemiga al positivismo. Es precisamente la generación de 1927 (y en particular Karl Popper) la que arrojará definitivamente al positivismo del edén de la filosofía de la ciencia, allanando así el camino de Chomsky (cf *Aspectos de la teoría de la sintaxis*, I, n. 1).

Otro pecado capital que es preciso no cometer es el de identificar una generación con un grupo o subconjunto generacional o con una escuela determinada. La escuela modernista y el grupo español llamado del 98 son parte de la generación de 1898, pero no son la generación de 1898. No se puede definir una generación por medio de la propiedad «individuo que escribe sobre Castilla» o «individuo anticlerical» o «individuo que se dejó el bigote» o «imitador de Garcilaso». Hay anticlericales y bigotudos en generación tras generación. Lo difícil es dar con la nota o notas definidoras. Las apariencias engañan, en esto como en todo. A simple vista «un ministro que hace hartar a sus compinches» es muy parecido a «un ministro que hace hurtar a sus compinches», pero por debajo o por detrás de las apariencias, subyacentemente, no es poca la diferencia. A simple vista entre Baroja y Cela hay todo lo que separa a la generación de 1898 de la generación de 1927 (la de Cela y Lafuente), pero en el fondo es posible que Cela sea tan «nietzscheano» como Baroja, y si es así tienen mucho en común, a pesar de la diferencia generacional. Cabe pensar que hay propiedades «archigeneracionales», comunes para dos generaciones sucesivas. Las generaciones de 1898 y 1927, por ejemplo, parecen predominantemente «nietzscheanas», con todo lo que esto supone.

Finalmente, importa mucho no confundir la «trasversalidad» generacional (lo que los coetáneos y contemporáneos tienen en común) con la longitudinalidad o continuidad cultural (la «tradicionalidad», si se quiere). Lo que «Sixto Cámara» (el de *Triunfo*, por supuesto) y Larra tienen en común no les viene ciertamente de pertenecer a una misma generación. Por el contrario, Chomsky y Kissinger, que pertenecen a la misma generación y hasta al mismo grupo humano, parecen individuos de diferentes especies (o poco menos). Toda generación ofrece alternativas varias y hasta diametralmente opuestas, por muy fuerte que sople el viento generacional. Nadar contra la corriente es siempre hacedero, por muy arduo que resulte, cosa que hay que tener muy en cuenta a la hora de hacer balance generacional o individual. El norte de la cultura plenamente humana es siempre el mismo, sople el viento de donde sople. Junto al «nietzscheanismo» de muchos de los hombres y mujeres de 1898 puede vivir y sobrevivir el «solidarismo» de Ricardo Mella y Fernando Tarrida del Mármol, de Juan Montseny y Ricardo Flores Magón (o de Max Nettlau y Rudolf Rocker), de Angel Pestaña y Juan Peiró; junto al «nietzscheanismo» de muchos de los hombres y mujeres de 1927 vive y sobrevive el heroico «solidarismo» de Durruti y Mera y de otros muchos compañeros suyos más o menos anónimos. Y este solidarismo era continuación natural del solidarismo de la generación anterior (véase el libro de Josep Termes), que a su vez continuaba el de la anterior, en una línea ininterrumpida de tradición secular y especialmente clara desde Rousseau, Wilhelm von Humboldt y Bakunin hasta Rocker y Chomsky.

6. La generación de 1957

La demarcación temporal esbozada en las páginas anteriores nos llevaría a suponer que todos los nacidos entre 1920 y 1950 (la treintena del fascismo y del estalinismo) pertenecen a la misma generación. El principio «generativo» o

proyectivo implícito en la terminología establecida sugiere enseguida la denominación «generación de 1957». En efecto, si llamamos generación de 1837 o 1838 a la de Mazzini, Darwin, Sarmiento y Bakunin, Marx, Whitmann, Baudelaire, Verne, Ibsen y Tolstoi (como en un artículo del «novísimo» argentino Oswaldo Alvarez Guerrero), generación de 1868 a la de Galdós y Freud (y del Alas de Sergio Beser), generación de 1898 a la de Russell y Einstein, Yeats y Eliot o Pound, generación de 1927 o 1928 a la de Faulkner y Borges, Dylan Thomas y Octavio Paz o Lezama Lima, parece lógico llamar generación de 1957 o 1958 a la siguiente y generación de 1987 o 1988 a la que vendrá; si reservamos los nombres para el siglo XX, 1927 y 1957 (más bien que «generación del 63», como se ha propuesto). Este periodo básico de treinta años es el que propone, entre otros, Pío Baroja para cada generación. A su vez, los quince años de mi «promoción» corresponden a los de la «generación» de Ortega (aunque no son muchos los que tienen hijos a los quince años). Sin embargo, no estoy tratando de atenerme a las ideas de nadie en particular, sobre todo si son apriorísticas, sino más bien de extender y explicar lo esbozado en otros escritos míos sobre la historia de la lingüística y, en general, de la cultura.

Para España, 1957 no parece ir mal como punto de referencia. El año empezó con las protestas y manifestaciones de Barcelona, Sevilla y Madrid, especialmente en la Universidad, y con la significativa detención de 15 estudiantes y el castigo de más de 300. La «reorganización» del «gobierno» franquista fue consecuencia de las protestas y disturbios de ese año y del anterior, el año que pone punto final (al menos por el momento) a la calma chicha universitaria. También en México, a lo que parece, entra el sistema establecido en crisis y empieza la crítica de los escritores (en ambos sentidos) en 1957 o 1958. Todavía es más significativo 1957 como punto de referencia desde un punto de vista ecuménico, pues no sólo es el año de los primeros *sputniks* o satélites artificiales (el año que da principio a la llamada Era espacial), sino también el año de lanzamiento de la revolución chomskiana, sin duda la de destino más decisivo para el futuro de la humanidad (es de suponer que Noam Chomsky será la máxima figura de su generación, o al menos una de las figuras máximas de todas las generaciones. De 1957 son las canciones «*All shook up*» y «*Love me do*». Pero no se trata, naturalmente, de un año escueto y aislado, sino más bien de la cifra visible de un periodo, digamos el lustro 1957-1962, tan preñado en acontecimientos: revolución cubana, concienciación de los negros norteamericanos, confrontación nuclear, desazón estudiantil (que culmina en 1964 en Berkeley con el Movimiento por la Libertad de expresión). Que había llovido más que de costumbre (culturalmente, se entiende) en la treintena que estaba dando las boqueadas se desprende de este anuncio que encuentro en un número reciente de *Triunfo*:

«Año 1927. El autogiro de don Juan de la Cierva cosecha nuevos éxitos internacionales. Paulino Uzcudun prosigue su carrera meteórica derrotando al californiano O'Grady en el primer asalto. Los nuevos teléfonos automáticos acaparan los comentarios de los madrileños. Algunos españoles observan admirados cómo una empresa de vanguardia, Standard Eléctrica, abre sus puertas a una nueva era [...]»

Podría haber añadido que Charles Lindbergh, coetáneo de Cernuda, vuela solo de Nueva York a París (por primera vez en la historia de la humanidad) en 33 horas y media; que Eisenstein, coetáneo de Buñuel, da al mundo *Octubre* y está preparando ya su impresionante «documental» (palabra nacida dos años

después) sobre la agricultura. Podría decir muchas otras cosas, y decir más claramente las que casi dice sobre la «vanguardia» que no abrió sus puertas a una nueva era diametralmente opuesta a la de Standard Eléctrica. Pero a buen entendedor, pocas palabras. A la generación de 1957 no le será demasiado difícil caer en la cuenta de lo que ocurrió con el «futurismo» de sus padres aun si no puede leer más que entre líneas. O entrever lo que va de un autogiro a un cohete, de Lindbergh a Neil Armstrong (coetáneo de Juan Goytisolo), de los sonidos telefónicos a las fotocopias telefónicas, de O'Grady a Muhammad Ali (coetáneo de Pelé y de John Lennon), de los españoles «admirados» por la Standard Eléctrica a los hispanos irritados por la ITT. Si la línea divisoria entre la primera y la segunda promoción de la generación de 1927 no es a veces demasiado perceptible, entre esta última (la promoción de 1942) y la generación de 1957 hay una sima generacional (*generation gap*) poco menos que infranqueable. De hecho, la generación de 1957 tiende a saltarse a la torera la época anterior (la de las generaciones de 1927), excepto en lo que respecta a sus logros de expresión, con lo que viene a empalmar directamente, en cierto sentido, con lo más perdurable de la generación de 1868 (lo menos «nietzscheano», sobre poco más o menos). La «novela social española» de Pablo Gil Casado, por ejemplo, debe mucho a los logros idiomáticos de Cela, pero queda muy lejos de Cela en todo lo demás. *El Jarama* o *Dos días de setiembre* están, a mi modo de ver, muy por encima de lo más característico de las dos generaciones anteriores, aparte de no desmerecer ante las páginas más cuidadas de los predecesores de Sánchez Ferlosio y Caballero Bonald.

La primera promoción de la generación de 1957 (los nacidos entre 1920 y 1935) incluye un grupo totalmente nuevo en la historia del ser humano: el de los primeros cosmonautas. John H. Glenn, el más viejo de todos ellos, nace, muy puntualmente, en 1921 (algunos meses después que Timothy Leary, el arcipreste del LSD); Alan B. Shepard y Walter Schirra, en 1922 (el año en que nacen Pasolini y Bardem). Gagarin (muerto en 1968) y Cernan nacen en 1934 (como Sophia Loren) y Volkov (muerto en 1971) y Titov, los más jóvenes de la primera promoción, en 1935 (como Brigitte Bardot, Elvis Presley y Eldridge Cleaver). El primero en poner sus pies en la Luna, Neil Armstrong, nace en 1930 (como Sean Connery/James Bond), un año antes que Daniel Ellsberg, dos años después de Che Guevara y Noam Chomsky. Es la promoción de Malcolm X y Martin Luther King y César Chávez, la de los hermanos Berrigan, la de Ralph Nader, la de Ray Charles, la de Marlon Brando y Jean-Paul Belmondo, la de Richard Burton y Elisabeth Taylor, la de cuatro MM famosos (Marcel Marceau, Melina Mercouri, Marcello Mastroianni y Marilyn Monroe), la de Yvonne de Carlo y Shirley Temple, la de Vadim, Truffaut y Godard, la del «nouveau roman», la de la novísima astronomía de los «cuasares», la de los historiadores «revisionistas» norteamericanos... Es, en cifra, la promoción de Norman Mailer, uno de los escritores de más dotes y empeño (y sin duda uno de los más representativos, en más de un sentido) de su generación.

En términos españoles la promoción de 1957 empieza con la «quinta del 42» (José Hierro y Carmen Laforet nacen en 1921, como Gleen, Peter Ustinov y Paulo Freire, el celebrado autor de *Educação como prática de liberdade*) y con la quinta del 43, a la que pertenecieron tres reclutas tan extraordinarios como Carlos Pascual de Lara (1922-1958), Gabriel Ferrater (1922-1972) y José María Moreno Galván. Y sigue con otros muchos hispanos conocidos: Carlos Bousoño, Eugenio de Nora y Juan Ferraté, Carlos Martínez Rivas y Ernesto Cardenal (un año más joven que Danilo Dolci), Ignacio Aldecoa, Manuel Sacristán, Jesús

Fernández Santos, José Ruibal, Carlos Fuentes, García Márquez, Cabrera Infante, Ana María Matute, Arrabal, los Goytisolo, Gil de Biedma, Benet, Valente, Sueiro y Claudio Rodríguez (el poeta más joven en varias antologías), entre otros muchos. El Nadal de 1957 lo gana Carmen Martín con *Entre visillos* (*El Jarama*, *Salmos al viento* y *Central eléctrica* son de 1956, como *Calle Mayor*). En 1957 aparece *Teoría del poema* de Ferraté, *Gran Sol* de Aldecoa y otros libros de Hierro, Bousño, Angel Crespo, Carlos Barral y otros escritores de « la generación del medio siglo » (como se ha llamado a la promoción de 1957), que es la de Tapies, Guinovart, Labra, Genovés, los Saura, Chillida y muchos otros creadores más o menos conocidos. La promoción parece haber superado por entonces « las horas muertas » y está al fin « aprendiendo a ver claro » (dos títulos significativos de Caballero Bonald). Entra en las antologías (la de Castellet es de 1960) un nuevo grupo de poetas, junto a los consagrados de 1927. La segunda promoción (la que cabría llamar promoción de 1972) no es menos identificable. Empieza por establecerse en las « artes espectaculares », como es natural, y puede ser cifrada en un nombre de excepción: Bob Dylan (coetáneo de Ali). Es la promoción de los Beatles y los Rolling Stones, de Joan Baez, David Harris, Jane Fonda y Tom Hayden, y en España la de los « novísimos », nacidos todos entre 1935 y 1950 (el más joven, en 1948, como para contribuir a que salgan bien mis cuentas). Todos son hijos de la generación de 1927, aun en sentido genealógico (piénsese en Jane Fonda o en Steinbeck Jr.; María Casares [Quiroga] y Geraldine Chaplin, por un lado, y Liza Minnelli, por otro, son excepciones, como es claro). A los « novísimos » mismos les resultará poco menos que imposible verse como parte de la generación de 1957 (los más jóvenes andaban entonces por la primera comunión), pero cosas más raras se han visto y no parece del todo implausible que desde la perspectiva de 1987 (para nada decir de la del año 2002) el haber nacido unos años después (y no unos años antes) de 1935 deje de cobrar visos de ser la cosa más importante del mundo (bien es verdad que el primer « caído » norteamericano en Vietnam nació en 1936). Tampoco parece demasiado aventurado arriesgar la opinión de que su primera salida (bastante temprana, a lo que sugiere « promoción de 1972 ») no da idea demasiado plena de su posible desarrollo ulterior (como parece sugerir ya el nuevo sesgo de la poesía catalana de Gimferrer).

La generación de 1957 es la iniciadora del Movimiento a secas, extendido en pocos años desde California y Méjico a distintos y distantes puntos del globo en que habitamos, en lucha desigual en todas partes con el « movimiento nacional » de andar por casa y con los « himnos nacionales » que sólo ahora empiezan a diluirse en las bosas de algunos (« el nacionalismo no sólo es una aberración moral; también es una estética falaz », escribió Octavio Paz en 1961). Es la primera generación que tiene ante sí de manera palmaria el sentido global de la ecumene que compartimos y la lección constante de que lo que ayer parecía bueno para una nación o grupo a la larga puede resultar en grave detrimento para todos, incluidos los habitantes de la parcela con « trato de nación favorecida »; la primera generación que tiene conciencia plena de que el vivir humano puede ser interrumpido súbita e irrevocablemente; la primera que empieza a entrever la verdadera naturaleza del lenguaje y de la mente humana (y sus asombrosas posibilidades) o las consecuencias de ciertos descubrimientos biológicos espeluznantes... Es también la generación de las drogas químicas y las drogas de la llamada « información », venenos que sólo podrá neutralizar la triaca de la crítica y el arte (con lo que la responsabilidad de los escritores y

artistas de esta generación y de la siguiente, la que ahora se prepara para saltar a la palestra, es mucho más grave y decisiva que la de las generaciones anteriores).

7. A beneficio de inventario

En el Hospital Mount Sinai, no lejos de su mansión de Beverly Hills, con su famosa pinacoteca privada (Corot, Renoir y Gauguin, Matisse, Modigliani y Picasso), acaba de morir, a los 79 años de edad y a medio siglo de su iniciación cinematográfica, Emmanuel Goldenberg, coetáneo de Francisco Franco. Había dejado Bucarest a los 10 años sin presentir que llegaría a alcanzar fama y fortuna como Edward G. Robinson, el «pequeño César» o Al Capone del cine de poco después de 1927 (como *El ángel azul* y *Le chien andalou*) y el amante liberal del arte y de la vida en la realidad del siglo (cuasivíctima, por tanto, de la caza de brujas a su hora). En su última entrevista de prensa, pocas semanas antes de morir, habló Robinson de su último papel (en la película de ciencia ficción *Soylent Green*, terminada en diciembre de 1972) y dijo que lo había tomado muy en serio porque el personaje le parecía «simbólico de la debilidad de los intelectuales liberales que dejan de hacer todo lo que pueden por eliminar la podredumbre de nuestra sociedad». «Es un hombre brillante —añadió—, que ha anticipado lo peor, pero, como muchos otros como él, no ha hecho nada. Al final opta por la eutanasia.»

A mí modo de ver, esta denuncia de la generación de 1927 (la de Edward G. Robinson y la de Frank Costello, el mafioso que acaba de morir, a los 82 años, sin pena ni gloria) es más bien un emplazamiento para la generación de 1957. La responsabilidad intelectual, social, moral y estética del creador humano, en aumento constante desde la invención de la imprenta, ha aumentado geométricamente a partir de 1957 (sobre poco más o menos). Las torres de marfil decimonónicas, con todos sus encorchados, resisten mal los monstruos producidos por el sueño de la razón en nuestro tiempo. Los efectos de la masturbación artística son infinitamente más deletéreos hoy que en la época victoriana que laureó a Tennyson. No cabe duda de que al nivel cultural de 1973 se puede tener una visión de la vida enteramente troglodítica. Lo que es menos indudable es que se pueda hacer arte genuino a la altura de nuestro tiempo desde una perspectiva troglodítica, y menos aun que se pueda hacer con la impunidad de épocas pasadas. Como dijo Gide por boca de Torres Bodet en 1920 y de nuevo en 1928, «el genio tiene un gran cuidado: ser lo más humano que puede [...] Por un mecanismo admirable el que escapa a la humanidad sólo consigue ser extraño, defectuoso, raro». También es de Gide (por extraño que les parezca a algunos) la máxima «*le monde sera ce que vous le ferez*». Lo que no explica Gide es que esto depende no de uno, sino de los dos únicos temas que, según Octavio Paz, tiene la literatura (y el arte en general, cabría añadir): «el enigma de la presencia del hombre en la tierra» y «la índole y sentido de las relaciones entre hombres». Sin penetrar en parte en el enigma de la aparición del hombre y en la naturaleza del aparecido no se puede dar un sentido no arbitrario a las relaciones entre los seres humanos, no se puede saber lo que es natural y deseable. Aquí conviene recordar que, consciente o inconscientemente, «todo artista es un propagandista [...] en el sentido de que todo artista trata, directa o indirectamente, de imponer una visión de la vida que le parece deseable» (Orwell: *Collected Essays*, II, 41), aun los artistas que

se sitúan (o creen situarse) *au-dessus de la mêlée*. Pero el que se estima en algo y está dispuesto a exigirse algo lo dice con el desparpajo de Norman Mailer, en el primero de sus *Advertisements for Myself*: «La ácida verdad es que soy prisionero de una percepción que no se conforma con menos de hacer una revolución en la conciencia de nuestro tiempo.»

Esto supone, claro, que el arte no es cosa de coser y cantar, y que las obras de arte no se engendran y paren en menos de lo que canta un gallo. Los deliquios y suspiros artísticos, como aire que son, van al aire, y las lágrimas artísticas suelen quedar anegadas en el mar océano de la masiva producción de nuestro tiempo. En la misma obra escribe Mailer que «la política como política» le interesa menos hoy que «la política como parte de todo lo demás en la vida», lo cual lo excluye tanto de entre los artistas cuidadosamente vueltos sobre su ombligo como de entre los artistas «sociales» por diploma. Como otros artistas de su generación, Mailer trata de ir al grano y abrir nuevos derroteros en los «géneros», no en los juegos de palabras (aunque su idioma no deja de incorporar muchos de los hallazgos de sus predecesores, como cumple al escritor que aspira a algo). Un «reportaje histórico» tan logrado como *The armies of the night* requiere aunar dotes multifacéticas hasta entonces dispersas entre creadores de muy diversas cataduras. Y otro tanto cabe decir de las mejores de entre sus páginas más recientes, verdaderas «novedades» en el dominio del arte (por muchas que sean las reservas que uno tenga respecto a algunos de sus puntos de vista).

A la hora de hacer balance de la obra de la generación de 1957 habrá que tener muy en cuenta estas y otras muchas consideraciones (sobre las que habrá que volver). Los coetáneos de Chomsky no pueden ser medidos por el rasero de las generaciones prechomskianas. La segunda mitad del siglo XX no es un periodo cualquiera en la historia del hombre (no parece que la proximidad pueda engañarnos en esto), sino más bien un periodo decisivo y posiblemente sin recursos de apelación. Hacia fines de esta década la generación de 1957, emparejada ya con la siguiente, tendrá una mayor parte de responsabilidad sobre sus hombros, por mucho que se pueda esperar de la generación más joven que por entonces saltará a la palestra. La nueva época está casi toda por hacer, pese a todas las apariencias.

Hasta ahora la generación de 1957 ha compartido el escenario de la historia con la generación de 1927. Aunque sería demasiado prematuro y sobradamente inoportuno tratar de hacer ya balance de la obra y el quehacer de una generación de primogénitos apenas cincuentones y benjamines que acaban de saltar a la palestra, sí cabe apuntar, en lo que respecta a España, que entre las palabras y actitudes de las dos generaciones de la época anterior (las de 1898 y 1927) y las vicisitudes y actitudes de sus herederos forzosos parece haber un gran trecho, lo cual tiene todavía más mérito si se recuerda que la promoción que empieza con la «quinta del 42» ha sido la más anemizada por la desastrosa depauperación de nueve años de guerra caliente y muchos más de guerra fría. Para entrever lo que va de una época a otra bastaría comparar la elegía «A Larra, con unas violetas», el penúltimo poema que Cernuda escribió en España, y el clarividente y oportunísimo ensayo de Juan Goytisolo sobre «La actualidad de Larra», sobre todo si se tiene en cuenta que en *Reivindicación del conde don Julián* abundan los fogonazos auténticamente cernudianos sobre «San-sueña» («desde los polvorientos estantes de la biblioteca cuatro siglos de podredumbre te contemplan»), y en especial sobre el «esclarecido grupo» del 98, y que el autor de «La actualidad de Larra» es un gran admirador del

autor de « A Larra, con unas violetas », al que contraponen a otros escritores de la misma generación. Otra manera de entrever lo que va de una época a otra sería comparar la versión « gaditanoliberal » de Pemán recientemente publicada en *Triunfo* con su oda al Imperio del Caudillo de hace treinta años, o el diálogo de Cela y Méndez Ferrín en un número reciente de la misma revista con lo que Cela manifestaba hace apenas diez años, para nada decir del Cela más cercano a 1942. Claro que no es raro que una generación influya sobre la precedente (como Cernuda señaló, la influencia de su generación en el grupo del 98 es perceptible). Lo que es más raro es que la generación más joven lleve a la generación anterior a revisar radicalmente algunos de sus más básicos supuestos de fondo, y no simplemente a incorporar galanuras formales.

Esto no quiere decir que los mejores escritores de 1957 cuiden menos la forma que los de las dos generaciones anteriores. El artista genuino sabe muy bien que el arte es cosa de forma, y que en el arte literario la forma es cosa de lengua. Repito que, a mi modo de ver, la forma de *El Jarama* o *Dos días de setiembre* no desmerece junto a otras obras de la literatura hispana de todos los tiempos y rincones. La conciencia de que no es posible confundir « las virutas del taller » del artista con la obra de arte es bien patente tanto en la promoción de 1957 (recuérdese el justamente celebrado artículo de Sánchez Ferlosio sobre, o más bien « contra », Lope de Vega en *ABC*, con motivo del centenario) como en la de 1972. Si no bastaran los escritos de los más prometedores, contamos con una declaración explícita de Vicente Molina-Foix, para quien algunas publicaciones de destacados miembros de la generación de 1927 son « ejemplo de lo que no se ha de hacer, de lo que se debe desterrar: la vanagloria de la palabra, la escritura sin sistema, la ausencia de todo tamiz, de toda autorreflexión sobre lo que la inspiración en estado bruto dicta ». En el centenario de *Une saison en enfer* parece oportuno decirlo parafraseando la famosa respuesta de Rimbaud a su madre: La obra de arte quiere decir lo que dice. Si al lector le llega la hora de tener que llenar con algo de su cosecha el hueco que el artista no supo llenar, el escalpelo de Rimbaud tendrá que cortar con el otro filo. Pero no es cosa de entrar ahora en este peliagudo tema, ni es hora de decir más sobre la generación de 1957.

Diré tan sólo, para terminar, que parece haber una cierta correspondencia (en algún sentido) entre la generación de 1957 y la generación de 1868, que bien pudiera ser la que más ha contribuido a hacer de nuestro mundo lo que es (Chardonnet, Dunlop, Ader, Garnier, Benz, Bell, Westinghouse, Marconi, Eastman, Hertz, Popov, Mergenthaler, Parsons, Peral, Torres Quevedo... y Thomas Alva Edison, con más de 1 300 patentes de su propia cosecha, son algunos de los más prolíficos inventores de aquella generación, y es de suponer que de cualquiera; hasta el llamado « padre de la cosmonáutica » K. E. Tsiolkofski, cuyo centenario celebró el primer *sputnik*, se cuenta entre ellos). Del hervor social de muchos de los hombres de 1868 (de muchos de los coetáneos de Nietzsche) y de su visión esperanzada y esperanzadora del porvenir del hombre no es difícil dar ejemplos. Para nuestro propósito hay uno doblemente punzante: Unas líneas de una carta de Van Gogh a su hermano Théo casi a un siglo justo de 1884, el fatídico año de la profética iluminación de Orwell. « Vivimos en el último cuarto de un siglo —escribe Van Gogh— que se acabará por una revolución colosal [...] Los tiempos serán mejores después de la tormenta. » Evidentemente, el tratar de adelantarse al futuro tiene sus riesgos. Con todo, no parece muy arriesgado temer que si la transformación o revolución colosal

no pasa tampoco de deseo en lo que queda de siglo, será cosa de ver qué heredarán los numerosos hijos de nuestros hijos. Hasta 1825 (el año en que Tennyson cumplió los 16 años) la población mundial no llegó a las diez cifras (a los mil millones). Hacia 1927 había alcanzado ya los dos mil millones (un aumento de mil millones en cien años). Hacia 1957 había alcanzado ya los tres mil millones (un aumento de mil millones en seis lustros). Al paso que vamos, en poco más de seis lustros (el año 2006, para mayor exactitud) se habrá duplicado la población actual.

La generación de 1957 ha venido al mundo en el peor momento. O ha llegado a tiempo.

Santa Mónica (California), 19 de febrero de 1973

Editions Ruedo ibérico

Xavier Domingo

Erótica hispánica

Introducción. 1. La culpa. 2. El castigo. 3. Moros y cristianos. 4. El mejor cliente de la Celestina. 5. Varón de dolores. 6. Carajicomedia. 7. La Celestina. 8. Un renacentista español. 9. Don Juan. 10. ¡Oh!, toque delicado. 11. Diablos enamorados. 12. El caballo raptor. 13. Último capítulo para la edición española. Apéndices: Iconografía. 1. Sadomasoquismo. 2. Fetiches. 3. El sexo débil. 4. La Virgen de la Teta. 5. Culos. 6. Priapos. 7. Kitsch español. 8. El cura. 9. Picasso.

328 páginas

305 ilustraciones

Sobrecubierta ilustrada

75 F

2 fragmentos de «La hoja de parra»

1 El Joven Poeta, en su Cátedra de Erotología Experimental y Terapéutica :

Una de las ciencias auxiliares de la Erotología es la Erotogeología Histórica. Hoy voy a darles a ustedes algunas nociones de esta modernísima ciencia, que ha surgido precisamente, pero no casualmente, en nuestro país. El principio fundamental de ella es la interrelación dinámicosexual entre la Geología y la Historia. O dicho de otro modo : la forma de un continente, de un país, no depende sólo de causas geológicas : a conformarlo han contribuido, a lo largo de los siglos, de los milenios y eras, causas históricas, a saber : causas políticas, económicas, sociales, religiosas, militares, folklóricas..., pero todas con una fuerte base sexual. Tomemos, por ejemplo, el caso más estudiado y sobre el que existe una documentación más abundante : el caso de España.

Veamos su mapa. Todos ustedes conocen esa obtusa y acientífica comparación de la península ibérica con una piel de toro. Observen bien su forma, pongan en marcha su imaginación, su memoria, sus conocimientos científicos. ¿ A qué se parece esta forma ? Nada de piel de toro, señores. Lo que estamos viendo, lo que tenemos delante de las narices, lo que han tenido delante de sus narices millones y millones de seres sin darse cuenta, empezando por los primeros cartógrafos modernos, es, simplemente una hoja de parra. En efecto, España es una hoja de parra. Podríamos decir que, desde cierto punto de vista, España es la hoja de parra de Europa.

¿ Y qué se oculta bajo ese vastísimo bulto de la meseta castellana, tan explotada por místicos y estetas de toda suerte ? Lo que se oculta siempre bajo las hojas de parra de la estatuaría clásica.

Las señoritas, si lo desean, pueden salir. Soy eminentemente comprensivo con su falta de madurez, de la que, desde luego, no tienen ellas toda la culpa.

Bien, ahora que podemos hablar con entera libertad y hasta, ¿ por qué no ?, con esa mínima dosis de libertinaje intelectual y poético imprescindible para el ejercicio de la ciencia y del arte, continuemos.

No siempre la península ibérica ha tenido esta evidente silueta de hoja de parra. En lejanísimas eras, su forma fue la de falo, y de aquí el nombre de península, como lo demuestra la etimología de la palabra : « pene » más « ínsula », es decir, « pene insulado » o, lo que es lo mismo, « pene aislado » ; pero esta teoría no sólo se basa en este indicio etimológico, por importante que sea, sino que está abundantemente corroborada por numerosos datos de peso aportados por las modernas investigaciones erotogeológicas. Pues bien, ¿ cuándo comenzó la metamorfosis erotogeológica de nuestro país ? No podemos, a ciencia cierta, en el estado actual de nuestros conocimientos, responder a esta pregunta. Dejemos aparte las hipótesis improbables que hacen remontar el comienzo de la transformación a los tiempos prehistóricos ; citaré sólo una, sin embargo, a título de ejemplo : la hipótesis elchense, de la Dama de Elche, la famosa obra escultórica en cuya interpretación erotogeológica se basa esta teoría, según la cual la Dama de Elche, diosa o sacerdotisa, es el prototipo de la mujer de su época, frígida y

reprimida ya, frustrada sexualmente, y tan parecida, por cierto, a tantas y tantas damas actuales, que usan como ella, qué casualidad, ese tocado al que los erotogeólogos han tenido el acierto de llamar « gorro frígido »... En realidad, sólo podemos atisbar indicios más o menos ciertos de cómo fue iniciándose la metamorfosis mediante contracciones erotogeológicas ligerísimas al principio, que irían haciéndose más y más intensas, y así paulatinamente hasta ese período álgido de la actividad contractiva erotogeológica: los Reyes Católicos, la Unidad Nacional, la Inquisición, las discriminaciones, persecuciones, tormentos, conversiones y definitivas expulsiones de judíos y moriscos (no cito las de los gitanos y jesuitas, aparte de por razones cronológicas, porque a estas dos tribus no las expulsa ni Dios, y ay del que lo haya intentado o lo intente), la diáspora de la conquista y de las contundentes evangelizaciones y guerras contra turcos y luteranos, en una palabra, todo ese período de esplendor, con razón llamado Siglo de Oro (aunque en él no sea oro todo lo que reluce, ni todo lo que reluce reluzca por ser de oro) en el que España se paseó por las rutas de la Historia con orgullo imperial sobre las ruedas de sus poderosos autos de fe. Fácil es comprender, pues, por qué, en Erotogeología Histórica, el concepto de Unidad Nacional ha sido sustituido por el de Contracción Nacional. Ahora bien, este concepto de Contracción, en nuestra ciencia, hay que entenderlo, sin que por ello podamos confundirlo con ciertos sindicatos, en sentido vertical, pues es verticalmente como se produjo la contracción, acompañada, naturalmente, por un movimiento de extensión o desparramamiento, que, en nuestro caso, fue, justamente, el que dio origen a ese contorno de hoja de parra que hoy caracteriza a nuestro país.

En esta parte de Europa, donde el sexo parece florecer con mayor lozanía, todo, desde Viriato, desde Indíbil y Mandonio, desde Tartesos y el paso de las tropas cartaginesas con sus elefantes (aunque sea exagerado atribuir a éstos, como pretenden ciertos investigadores norteamericanos, un peso decisivo en la contracción vertical y el consiguiente desparramamiento), todo, como iba diciendo, desde el Primer Concilio de Toledo hasta la Cruzada del Generalísimo Franco y las Fiestas Eucarísticas, desde las rupestres danzas fálicas de Levante hasta las modernas Normas de Decencia y Moralidad, desde los ritos taurobólicos hasta los Ejercicios Espirituales y los Cursillos de Cristiandad, pasando por las sucesivas invasiones y expulsiones, por las guerras religiosas y civiles, tan innumerables como las estrellas del firmamento y las arenas de la mar... toda, en fin, la Historia de España (con razón llamada por cierto erotogeólogo Histeria de España) parece haber contribuido a hacer de nuestro país, bendito sea de Dios, esta inmensa hoja de parra que hoy es. Y hasta, aventurando una hipótesis no exenta de verosimilitud, podríamos considerar esa terca reivindicación de Gibraltar como un episodio más, un plegamiento erotogeológico más, acaso el último, de la gran metamorfosis: esa punta del sur, con sus turgencias de roca y extranjería libertina, no puede sino despertar la furia contractiva de la Histeria de España. Quizá la vean como el extremo del órgano viril asomando aún impudicamente bajo el borde de la hoja de parra, todavía insuficiente, por lo tanto: ¡ah ese Prepucio de Gibraltar, tan obscenamente próximo a la voluptuosa África!

Las clases terminaban en lágrimas de risas incontenibles, en explosiones de carcajadas que atraían las miradas de todas las mesas del aula, que era el bar de Filosofía, el de Derecho o alguna taberna de la zona que el Joven Poeta llamaba de « concentración tabernaria »: calle de Echegaray y alrededores. Alguien, indefectiblemente, le dedicaba al final el mayor elogio del vocabulario estudiantil: « Eres un cachondo », o el perifrástico eufemismo que el propio Joven Poeta había inventado para poder utilizar en sociedad el crudo término con el que los hispanoparlantes expresan el summum de la perfección en personas, animales o cosas: « Eres la primera persona del singular del presente de indicativo del

verbo coger nudo, dicho sea en manera que no se ofendan ni la Santa Censura, ni la Irreal Academia de la Lengua, ni las gentes de buen gusto y buenas rentas. » Las pocas chicas que, a veces, asistían a las clases, raramente permanecían en sus puestos cuando, tras el primer exabrupto, el Joven Poeta salmodiaba su muletilla : « Las señoritas, si lo desean... » Sólo dos, avanzado aquel curso, se atrevieron a escuchar las lecciones hasta el final. « Fueron discípulas mías en la Cátedra de Osculología Elemental, y Ana hizo luego un curso monográfico sobre la Biblia erotológica, los *Kama Sutra* y el *Ananga Ranga* ; la otra está preparando una tesis sobre el Nuevo Testamento erotológico : *Las canciones de Bilitys*. » Luego, tras la ronda de chatos de tinto, Pedro, o algún otro ayudante de Cátedra, iniciaba la letanía literaria :

Don Miguel de Unamuno, uno
Don Benito Pérez Galdós, dos
Don Narciso Alonso Cortés, tes
Luca de Tena, Don Torcuato, cuato
Benavente, Don Jacinto, cinco
Don José Ortega y Gasseis, seis
Don José Ortega y Gassiete, siete

A pesar de los titánicos esfuerzos de todos, nadie había logrado continuar la letanía más allá de don José Ortega y Gassiete.

—Amamos a España porque no nos gusta viajar —gritaba uno.

—Un autobús es una unidad de destino en lo municipal.

—El camino más corto entre dos puntos pasa por Vitigudinos.

—Ser español es una de las pocas cosas serias que se puede ser en la vida, dijo el limpiabotas arrodillado ante el oficial americano al que lustraba los zapatos.

Acabados los gritos de ritual y los lemas trascendentales, alguien iniciaba el Santoral del Capitalismo :

Aniceto Martínez, Cajero y Mártir
Encarnita Pérez, Mecnógrafa y Virgen
Heliodoro López, Funcionario y Beato

Campesinos y obreros que no plantean conflictos laborales, los Santos Inocentes
Las intervenciones brotaban sin pausa, a borbotones, como si la lección magistral del Joven Poeta hubiera abierto las espitas de sus fantasías de estudiantes adoctrinados desde los primeros años del bachillerato en las clases de Formación Política y de Religión.

—¿ Sabéis el chiste del ateo perfecto ?

—No.

—Le preguntan a uno : ¿ Cree usted en Dios ? Y el otro, llevándose la mano a la oreja para oír mejor : ¿ En quiéeeen ? ¡ Ni le sonaba al tío !

—Frente a las impracticables Obras de Misericordia que nos manda nuestra Santa Madre Iglesia, nuestra Nada Santa Madre Sociedad nos manda y obliga a practicar las Obras de Inmisericordia, a saber :

Desnudar al vestido
Enseñarle la comida al hambriento
Hacer sudar al sediento
Engañar al que no sabe
Amontonar a los enfermos
Quitar al que no tiene

Uno de los números que solía cerrar las clases era « El Discurso ». Estaba a cargo de un compañero del Joven Poeta, estudiante, como él, de Filosofía y Letras, que tenía una capacidad admirable para imitar voces ; su cara era, además, la comicidad hecha carne. Bajaba los párpados, dejaba colgar un labio en la expresión del idiota babeante y, con una voccecita temblona, comenzaba : « Españoles... »

—Más bajo, coño —decía alguno, mirando a las otras mesas.
Pero esto era en Madrid, el año antes al que le expulsaron del Campamento de la Granja.

El brazo incorrupto de santa Teresa llegará a Plasencia el lunes.

—Se va acercando, ¡qué miedo!

Típica discusión entre el Joven Poeta y el Beato, bromas brutales frente a profesiones de fe a ultranza, blasfemias y superblasfemias metafísicas frente a actitudes de mártir de los primeros siglos de la era cristiana, obscenidades a lo divino frente a exasperadas y ya incontenibles amenazas de denuncia al Pater:

—¿Para qué le cortarían el brazo los monjes o las monjas? La carne es débil, muy débil, hijos míos.

Fue el año que le expulsaron del Campamento de la Granja.

2

Estando yo a los principios con temor, como suele acaecerme, que el Señor ha dispuesto así sea mi natural, me dijo que más no temiese, que hartó le dolía de verme a su causa tan pusilánime teniéndome como me tenía tan grandísimo amor, y que por cosa alguna del mundo verme querría otra vez con tales desesperamientos, tormentos y vómitos, que no parecía sino que había de morir por su amorosa torpeza. Acordábase con grandísima aflicción y arrepentimiento, que se le espeluzaban los cabellos de sólo pensarlo, cómo habíame visto el día antes quitados todos los pulsos casi, las canillas abiertas, las manos yertas, que parecía me habían descoyuntado. Bien le parecía ser cosa de Dios el haberme huido, aunque con pena y afligimiento tan recios, pues mi determinación había hecho halláramos a Fray Benigno, Fray Benigno al Señor, y el Señor la altísima forma de amor que siempre habría debido tenerme. Díjome, y en diciéndomelo parecióme verle traslucírsele la luz del corazón, que quería tuviésemos oración juntos por mejor comenzar a vencer los naturales miedos y los que su comportamiento pasado había puesto en mi alma, y que pluguiese al Señor que nunca jamás tornara a cegársele el entendimiento ni por debilidad de la fe, que recuperado había y bien firmemente, ni por ofuscación debida a sensualidad. Que por Dios le perdonase y creyese, que pues nada irreparable nos había sucedido, antes nos aguardaba una vida entera juntos de piedad y de amor, que me esforzase a arrancar toda memoria de sus desatinos y agravios. Suplicómelo, y hartó deseaba yo, en viéndole tan mudado que espantada y turbada me tenía, darle a entender lo mucho que agradado me habían sus palabras. Pasado mi temor, que fue presto, quedé con un sosiego interior, que yo me espanté que sólo oír su voz hiciese tanta operación en el alma. En esto vi que se había de hacer lo que pedía, y así como se me quitó del todo la pena y pusímonos a rezar; esto no podía hacer yo a los principios, que luego sí, con el recogimiento y la devoción que me tienen enseñado las muy buenas y santas monjas, pues todo se me hacía espantarme entre mí de la repentina mudanza, que Dios se la cuente a Fray Benigno como mérito grandísimo y el Señor sea bendito por siempre. Amén.

Estando así en oración unidos, y yo con gran gozo de verlo tan santificado cabe a mí, sentíme con un deleite grandísimo y suave casi desfallecer toda con una manera de desmayo, que me iba faltando el huelgo y las fuerzas corporales. En

viéndolo mi buen Pedro, al punto comenzó a sostenerme y animarme, temeroso sin duda no fuera a caer nuevamente en los grandísimos tormentos pasados, que todo era deshacerse en juegos y desatinos muy de ingenio, y darme toda suerte de gustos y regalos, y llamarme a cada paso princesa y hartas otras cosas y invenciones para divertirme de mis temores que no podría encarecer bastante por el provecho y ganancia que me dieron. Cuitada de mí, que no parece sino que el demonio está acechando de continuo y no es servido de contentarse jamás si no está tramando algún engaño con que desasosegarme y tentarme en viéndome tener algún contento o cosa que me satisfice. Vime de presto, y por seguro tengo ser engaño, como digo, del demonio, en un gran campo a solas, en derredor de mí mucha gente de diferentes maneras, que me tenían rodeada, todas me parece tenían armas en las manos para ofenderme: unas, lanzas; otras, espadas; otras, dagas, y otras, estoques muy largos. En fin, yo no podía salir por ninguna parte sin que me pusiese a peligro de muerte, y sola, sin persona que hallase de mi parte, porque en la visión que digo mi Pedro no aparecía, y hartó mejor habría sido no aparecérseme, que lo hizo luego representándoseme como una cosa a manera de sapo grande, con mucha más ligereza que ellos suelen andar, que venía hacia el círculo donde tenía aquella gente amenazada; reconocílo porque, con ser de tal sabandija, la boca no era menos la suya, que la vi de muy cerca diciéndome: Ya eres mía y yo soy tuyo. Sino que yo, que no sabía qué hacerme, alcé los ojos al cielo, y vi la sacratísima Humanidad de Cristo, no en el cielo, sino bien alto de mí en el aire, que tendía la mano hacia mí, y desde allí me favorecía de manera que yo no tenía toda la otra gente ni al espantable sapo; ni ellos, aunque querían, me podían hacer daño, porque el cuerpo glorificado de Jesucristo Nuestro Señor, que parecía como salió del sepulcro después de resucitado, daba, en su gran hermosura, una blancura y un resplandor desusados que todo lo dejaban como en quietud sobrenatural. No resplandor que deslumbrase, sino una blancura suave, y el resplandor infuso, que daba deleite grandísimo a la vista y no la cansaba, ni la claridad que se veía para ver esta hermosura tan divina. Era una luz tan diferente de las de acá, que parecía una cosa deslustrada la claridad del sol que vemos en comparación de aquella claridad y luz que se me representó a la vista. Esto me dio mucho consuelo, que entendí Dios había querido probarme con la espantable visión de los principios para luego desengañarme con la luz de su sacratísima Humanidad; mas dejéme hartó desasosegada la visión de Pedro a manera de gran sapo, sino que no podía persuadirme a entender otra cosa sino que fuese otra manera de probarme.

Pues estando en estas fatigas y contradicciones, sin otro intento que el servir en nombre del Señor a mi nuevo señor, como Fray Benigno habíase servido de decirme, que no era sino muy bendita nuestra unión y bendita de Dios y de todos los Santos, acaeciome sentir tales palabras de su boca mas resonando en mí como ciertas hablas interiores que a las veces acaecíome ha oír estando recogida en oración: No hayas miedo, que yo soy y no te desampararé; no temas. Parecíame a mí, según estaba, que era menester muchas horas para persuadirme a que me sosegase, y que no bastara nadie. Mas por ventura, con solas estas palabras vime sosegada, con fortaleza, con ánimo, con seguridad, con una quietud y luz, que en un punto vi mi alma hecha otra. Y así decía yo entre mí: ¿Qué me acaeció pensar? ¿De qué temo? ¿Qué es esto? ¿Pues no he sido asegurada por Fray Benigno, así Dios le haga santo? Yo debo servir a mi señor temporal, pues así lo han querido el Eterno y quienes hasta ahora han tenido sobre mí amorosa custodia; no pretendo otra cosa sino contentarle; no debo querer contento, ni descanso, ni otro bien, a no ser los de Dios, sino hacer su voluntad.

Así conhortada, me quedó algún tiempo este aprovechamiento en el alma, mas no tan largo que los demonios engañadores no hallasen nueva ocasión de mostrarme cuán buenos inventores son, que no sé cómo lo diga sino que

parecíame que andaban los demonios como jugando a la pelota con el alma, permitiéndoselo Dios por algún secreto designio. Esto dígoles porque de presto comencáronse a representar visiones imaginarias muy seguidas, como relámpagos, que me veía rodeada de demonios con espadas y de ángeles combatiéndolos con gran hervor, o ya era un solo demonio de gran talla quien venía a ocupar el puesto de mi Pedro y decíame cosas espantablemente, que luego se volvía ángel y aun arcángel, de deleitosa voz y rostro muy hermoso y encendido. Representáronse de esta suerte infinitas visiones de muy raros sucesos, y no dábanme tiempo a recogerme en oración y suplicar al Señor me ayudase, ni yo atrevíame a decirle cosa a Pedro, que me miraba tan espantado como yo lo estaba. unas veces, pero no decíasele, demonio, otras arcángel, y también figurando abominables sabandijas, que no sé yo cómo podía imaginarlas sin haberlas visto nunca, que bien pudiera ser que ni siquiera existiesen.

Acuérdome vi en fin abrirse los cielos y quedar abiertos mostrando muy en lo alto lo que me pareció ser el Trono del Señor y en torno como una rosa de ángeles y santos, más las filas gloriosas de los bienaventurados, y más acá, alto en el aire, un drago descomunal, abominable, que resolgaba pestilencialmente, cuyos ojos de fuego mirábanme sin apartarse. No sabíame qué hacer en viéndolo, y harto temerosa me tenía su figura abominable, cuando vi a Pedro en figura de San Jorge que cabalgaba los aires valerosamente a su encuentro. ¡Oh válgame Dios y cómo fortalece la fe la fuerza del amor, que así podía criatura tan débil como es el hombre acometer tan desmesurado y ferocísimo monstruo!

Me faltaba el huelgo, el corazón parecía querer salirse, los ojos cerrábanse solos de continuo viendo que en la nunca vista batalla San Jorge o, por mejor decir, mi bueno y valeroso Pedro, se llegaba al drago, y éste, sintiéndose herido, revolvíase contra él con tal furia que parecía vana toda esperanza de ver más espada, caballo ni caballero. Mas tornábalos a ver, y cuán ardorosamente dispuestos de nuevo a enfrentar el drago. Desmayos y sudores, como digo, se me iban y venían, y tornábanse a ir y venir, que no sé yo cómo pude no perder todas las fuerzas corporales y los sentidos, y más aún cuando el drago, que cierto era indestructible pues que reparaba todas sus heridas y gravísimas pérdidas de carne que le causaba la espada con su propio resuello, al fin degollado esforzadamente por Pedro, no sólo no murió, sino que, juntándosele cuello y cabeza nuevamente, dio en hacer con su poderosísima furia unos como remolinos que arrastraron consigo a mi Pedro con su caballería volante.

Fue el Señor servido que en tan fatal trance me viniera a las mientes, como he costumbre, la gloriosa Madre de Avila y Doctora de la Iglesia Santa Teresa, a la que encomendé la salvación de Pedro y su victoria sobre el drago. Al punto destacóse una figura de entre las muchas que llenaban las filas de santos, y vino a Santa Teresa volando sobre una silla, en velocísima levitación, y lanzando dardos de fuego contra el inacabable cuerpo dragontino, donde, clavándose, deshinchábanlo como si lo tuviera formado de odres.

Harto menguado en el volumen de su cuerpo, el drago comenzó a ser llevado por el viento y yo vi cómo Pedro se lanzaba a perseguirle, liberado ya de los remolinos. Bajo de aquel cielo abierto, con toda la ordenada gloria a la vista, que el Señor encendía con la maravillosa claridad de su perfección, y a la vista también la excelsa Santa de Avila, en levitación ahora inmóvil sobre la silla, Pedro, que ya no era San Jorge, dio alcance al espantable drago a cosa de una legua del horizonte, y allí mismo, alzando y bajando su espada con brazos de verdadero héroe, despedazóle el cuerpo, cuyos restos quedaron flotando por algún tiempo como nubecillas sanguinolentas del ocaso. Sea bendito por siempre el Señor que tal quiso.

Con el despedazamiento del drago, quedó el ánima animosa y yo en muy sosegada conversación y mucho alegre con mi Pedro, gozándonos entrambos de la victoria

que Dios había querido hubiésemos sobre el demonio y sus engaños, que bien claro vefa tratarse de una gran merced que concedí dome habla por intercesión de la venerable Madre Santa Teresa. Considerá bamos con espanto las grandes virtudes que de la oración pueden venir a las almas, y torná bamos con crecida devoción a este gran bien para dar gracias de haber sido salvados de peligro tan peligroso. Y estando en oración cabe a mí Pedro, representá ronseme con grandísimo rigor algunos de los arrobamientos, elevamientos o vuelos de espíritu, y aun embebecimientos o hervores o suspensiones o ímpetus o éxtasis o visiones imaginarias que la Santa Mística tuviera en su santa vida, y pareció me que yo también me vefa llevar sin que supiera adónde, que venía un ímpetu tan acelerado y fuerte con un desasimiento y aflojamiento de las fuerzas corporales como si arrebatá rame una nube o una águila caudalosa cogiérame con sus alas. Es así que me parecía que desde debajo de los pies me levantaban fuerzas muy grandes, sino que también mi Pedro esforzá base por retenerme cabe a sí muy reciamente, que era una pelea grande entre él y no sé quién, que a poco dió me como un paraismo y la batalla sostenfamosla él y yo ahora, más presto faltó me el vigor y, abandonándome, aún pude ver, no sé si sería con los ojos del cuerpo o con los del alma, un ángel cabe a mí hacia el lado izquierdo en forma corporal, no grande, sino pequeño, hermoso mucho, el rostro tan encendido que parecía de los ángeles muy subidos, que parecen todos se abrasan ; debía ser de los que llaman querubines. Vefale en las manos un dardo de oro largo, y al fin del hierro me parecía tener un poco de fuego. Este me parecía meter por el corazón algunas veces, y que me llegaba a las entrañas. Al sacarle, me parecía las llevaba consigo, y me dejaba toda abrasada en amor grande de Dios. Mas tan grande era el dolor, que me hacía dar aquellos quejidos, que yo aceptaba con resignado contento, pues todo no era, como entendí, sino que, pensé entre mis lagrimillas, Dios habíame concedido la grandísima merced de sentir en mí la Transverberación teresiana, y que Dios sea bendito por siempre, siempre. Amén.

Editions Ruedo ibérico

Ramón Serrano Vicéns

La sexualidad femenina

160 páginas

15 F

Editions Ruedo ibérico

Episodios españoles

Xavier Domingo

1

el dinero del opus es nuestro

Esperpento ibérico ejemplar. Con la especial advertancia de que cualquier parecido de los personajes con los de la realidad nacional sería puro producto de ópticas ilusiones.

160 páginas

16,50 F

2

la viuda andaluza

**Mamotreto ibérico erótico
y amatorio**

136 páginas

16,50 F

Durante estos últimos meses he venido comprobando la veracidad
de una sospecha bastante bien fundada
que me ha inquietado siempre desde que era tan sólo
un malévolo niño huérfano
sospecha que apartaba de mis sueños y de mis vigias
mediante copiosas duchas frías
ejercicios gimnásticos y firmes y ostentosas manifestaciones
de aparente clarividencia interpretando textos
redactando largos ensayos o recitando entera
la clasificación de los mamíferos
y era esa tal sospecha que yo constituí un ejemplo
un caso nítido de retraso mental.

Prescindiendo de hechos ya lejanos que no quiero escribir
porque me ruboriza un tanto recordarlos
o inconfesables hábitos que he estado practicando
a escondidas de la gente honorable
y ciñéndome ahora a mi estado normal de estupidez
probada y progresiva
consigno aquí que no he entendido nunca la consideración
de que he gozado y pienso que se debe
a que mis vecinos desconocían muchas cosas concretas de mi vida
privada como son por ejemplo
que me paseo desnudo por las habitaciones y me contemplo
en los espejos en extrañas posturas
haciendo contorsiones para verme y palpar mi columna
a fin de asegurarme una vez más de que no tengo rabo
que ciertos y ridículos poemas me emocionan hasta el punto
de provocarme un llanto desmedido
que me arranco los pelos de las cejas cuando leo
en la prensa noticias tan corrientes
como que en Venezuela una muchacha fue salvajemente
violada por su propio y desechado clitoris

que el adjetivo entrañable me hace pensar en las
carnicerías lo cual es grave porque soy lipotímico
que después de quitarle el sonido al televisor saco la
lengua a las autoridades naturalmente norteamericanas
que vendo los libros que me regalan mis amigos
sin arrancar la página de la dedicatoria
o que me pongo a morir si me hablan seriamente
del problema de la vivienda.

No sé por cuanto tiempo conseguiré mantener
esta ficción horrible
pues aunque voy por la calle procurando no llamar
la atención y pago mis impuestos
y me abstengo de abrazar a los guardias de tránsito
y de orinar un poco en cada esquina
he comenzado ya a observar ciertas miradas
torvas entre los transeúntes
ciertos movimientos detrás de las ventanas que no logran
ocultar cortinas ni visillos
lo cual unido a que al verme pasar algunas madres
llaman desafortadamente a sus hijitas
y las encierran rápidamente a golpes en sus casas
sin más explicaciones
me hace presentir que ha llegado el momento de tomar
una dolorosa decisión largamente pensada :
me cambiaré de barrio un año de éstos.

Algunas precisiones pueden contribuir a una mejor comprensión de este trabajo. Su autor es un militante obrero que ha vivido el proceso que relata y analiza, que ha participado directísimamente en él. Por razones de seguridad esta presentación no puede ser llevada más lejos, pero debe garantizar al lector la veracidad de los hechos mencionados en este trabajo, aunque ellos se hallen expuestos de manera poco habitual en la literatura sobre el movimiento obrero español actual. Publicando estas páginas, **Cuadernos de Ruedo ibérico** persevera en su voluntad de dar a conocer aquellos trabajos, descriptivos o críticos, que considere valiosos —aun en su doble carácter de parciales— para el conocimiento del movimiento obrero español posterior a la guerra civil, en espera de obras más completas sobre una realidad que hasta ahora sólo ha merecido aproximaciones sectoriales, limitadas en el tiempo y en el espacio. La contribución de **Cuadernos de Ruedo ibérico** en este plano ha sido valiosa, sin duda, pero claramente insuficiente. Nuestra breve bibliografía, que publicamos en forma de nota, prueba plenamente ese doble carácter de nuestro esfuerzo. La convocatoria de los Premios Ruedo ibérico 1974 (véase página 28) representa otra de las formas que ha adoptado nuestro interés por el desarrollo de los estudios sobre el movimiento obrero español de los últimos treinta años.

Aproximación a la historia de las Comisiones obreras y de las tendencias forjadas en su seno

I. Razones de la omisión de la etapa anterior a 1962 y del carácter localista de este análisis

Es obvio el carácter restringido de este trabajo, que sólo pretende ser un artículo histórico político que sitúe a los lectores del mismo para la mejor comprensión de la actual situación política bajo la que se debate el Movimiento obrero español. Hay múltiples trabajos históricos que nos hablan del periodo 1939-1962*, y

éste no pretende en ningún momento cumplir una función erudita, sino, llana y simplemente, exponer las diversas posiciones políticas que se han ido desarrollando en el seno de las Comisiones obreras [CC.OO.], único movimiento que ha contado y cuenta con el consenso de amplios sectores del proletariado español.

La segunda advertencia es que, en la explicación de este proceso, he renunciado adrede a una exhaustiva descripción histórica y a la acumulación de datos. Para simplificar el

Parra: «Sindicato y política de rentas», todos ellos en **CRI**, n.º 20/21; Luis Ramírez: «Sindicalismo e integración», **CRI**, n.º 25; ***: «El año X de las Comisiones obreras. Historia y análisis de un proceso de degradación política», **CRI**, n.º 31/32; Iker: «Nacionalismo y lucha de clases en Euskadi (V y VI Asambleas de ETA)»; Cuadernos Rojos: «1972: Estrategia burguesa y lucha anticapitalista», ambos en **CRI**, n.º 37/38. En **Horizonte español** 1966 fueron publicados: Fernando Claudín: «Dos concepciones de «la vía española al socialismo»; Iñaki Goitia: «El orden laboral y las Magistraturas del Trabajo»; Jordi Blanc: «Las huelgas en el movimiento obrero español»; Ramón Bulnes: «Del sindicalismo de represión al sindicalismo de integración». En **Horizonte español** 1972 han sido publicados: Julio Sanz Oller: «La larga marcha del movimiento obrero español hacia su autonomía»; Oliverio Gamo: «La información sobre las huelgas en España. Un ejemplo de manipulación de la noticia por la prensa»; Luis Ramírez y José Ferrán: «El Ministerio de Trabajo y su formación profesional.»]

* [NDR. Damos a continuación una sucinta bibliografía de los trabajos publicados en **Cuadernos de Ruedo ibérico** sobre el movimiento obrero español de la posguerra: Jordi Blanc: «Asturias: minas, huelgas y Comisiones obreras», **CRI**, n.º 1; Jordi Blanc: «Clase obrera, sociedad industrial y evolución social española», **CRI**, n.º 4; José Ramón Recalde: «La coyuntura económica y la clase obrera», **CRI**, n.º 7; Cuaderno Blanco: «El sindicalismo español: balance y perspectivas»; Miguel Parra: «Por una estrategia sindical unitaria»; Alfonso Carlos Comín: «Política sindical en la empresa»; José Ramón Recalde: «Los grupos obreros cristianos»; Enrique García: «Notas sobre la actual coyuntura sindical», todos ellos en **CRI**, n.º 8; Enrique García: «De las elecciones sindicales a la nueva ley sindical», **CRI**, n.º 10; Ramón Bulnes: «Realidad y perspectivas de la lucha sindical en la RENFE», **CRI**, n.º 11; Ramón Bulnes: «Presente y futuro de las Comisiones obreras. Los problemas de fondo»; Andrés Vidal: «Peligros y posibilidades de las Comisiones obreras»; Gonzalo Martín: «Acción sindical en la agricultura»; Miguel

artículo, he reducido estos datos a los aspectos más importantes que, de una u otra manera, señalan el paso de una fase a otra.

Antes de entrar en el trabajo propiamente dicho, quiero hacer otra aclaración sobre el marco geográfico que lo ciñe: limitado a Cataluña. La razón es muy sencilla: he querido escribir un testimonio histórico y político que pueda ser defendido a través del argumento de mi propia participación en dicho proceso. Por ello, he restringido geográficamente esta exposición. Se da por supuesto que en este largo proceso han habido innumerales contactos con el resto del país y que hemos participado de hecho en el conjunto del desarrollo nacional, pero creo que sería deshonesto y falso construir una historia general sin el rigor de englobar en ese proceso la directa opinión de aquellos militantes que han estado presentes de una forma activa y dirigente, y la de los muchos militantes que, en diversos lugares del país, han participado en esa larga tarea de crear la organización de clase anticapitalista que con su lucha ha de trazar el camino para la construcción del socialismo en España.

Para acabar esta breve introducción, quiero rendir homenaje a los cientos de militantes proletarios que, comunistas o no, dentro o fuera del partido de Carrillo, han peleado y pelean con su válido y continuado esfuerzo por el socialismo en nuestro país. Y esto, sin que nos prive de desmentir con energía la falsedad histórica que los carrillistas propagan día a día, especialmente en el exterior (dentro de España estas cosas ya no «cuelan»), al intentar atribuirse la hegemonía en todos los hechos que se han producido a la exclusiva del nombre de CC.OO. Muchos militantes hemos dado con nuestros huesos en las comisarias y en las cárceles capitalistas, otros han muerto en enfrentamientos con la policía, y no es justo ni hace honor a la verdad histórica que el aparato carrillista pretenda atribuirse el desarrollo de luchas que muchas veces no ha hecho, y que en otras ocasiones ha intentado frenar clara y decididamente. Este trabajo no tiene otra intención que la de aportar unos datos y su interpretación para que algún día alguien se decida a escribir la historia del movimiento obrero español, y del papel que CC.OO. y las diversas tendencias

anticapitalistas presentes en ellas han desempeñado en dicha historia.

II. 1962: año crucial de la lucha de clases en España

La brutal decapitación de cuadros proletarios que significó nuestra guerra de clases de 1936-1939 y la posterior represión sanguinaria a que se dedicaron las fuerzas políticas del capitalismo, dejó prácticamente al movimiento obrero español sin cuadros capaces de tomar en sus manos la dirección de la lucha política de masas.

La nueva etapa de liberalización económica y política iniciada en 1957-1959 con los Planes de estabilización, la entrada del Opus Dei en el gobierno y la nueva legislación laboral de corte más liberal (Ley de Convenios colectivos, etc.), facilitaban la posibilidad de que las masas pudieran pasar de un largo periodo de superexplotación basado en salarios de miseria a otro periodo de mejoramiento de su situación material.

Durante las etapas económicas de autarquía y de acumulación violenta de capital, el capitalismo español había considerado innecesario crear unos mecanismos de negociación económica. El Sindicato vertical (CNS) conservaba toda la forma y el contenido de la ideología fascista de primera hora, y esto, unido a su manifiesta inoperancia y servilismo y a su función primordial de aparato represivo, habían apartado al proletariado de su utilización.

La negociación de salarios se resolvía entre el Ministerio de Trabajo y la Organización sindical (sus altos jerarcas, se entiende), sin que en esa negociación mediaran para nada los representantes de los obreros. De hecho, el Estado era el patrono que fijaba los salarios, con lo cual los obreros se desentendían de los pactos que se establecían a sus espaldas por los burócratas de los ministerios, claros funcionarios del gran capital.

Ante la nueva situación económica y política (liberalización y desarrollo económico, ausencia de adecuados mecanismos políticos de negociación), los mineros asturianos fueron a la lucha por el mejoramiento de su situación económica creando los mecanismos más adecuados para ello: la Asamblea y la elección

de Comisiones representativas fueron las primeras formas de organización. Era la respuesta de una clase que no creía en la burocracia fascista, de una clase muy sensible al ejercicio del control directo y democrático sobre sus organismos de negociación y de lucha.

La burguesía asistió a esta situación sin una respuesta adecuada, y cometió el error de aceptar la negociación a través de aquellas Comisiones elegidas democráticamente. Esto animó a los distintos grupos políticos a intentar vertebrar una alternativa político organizativa. Tras aquellas formas espontáneas que las masas se habían dado en un determinado momento de aparición pública a la lucha para mejorar su inhumana situación material, el PCE lanzó la consigna de huelga general que fue masivamente seguida en Asturias.

En Cataluña, al igual que en otros lugares del país (Madrid, Valencia, Euskadi, etc.), la solidaridad se hizo manifiesta. Era una solidaridad activa de clase, la señal para iniciar la lucha por mejorar las condiciones de vida que hasta entonces habían sido durísimas, y era lógico que el proletariado catalán no iba a desaprovechar una situación en la que se unían el sentimiento de solidaridad proletaria y la necesidad de iniciar la ruptura con la todavía no contestada dictadura de clase con formas fascistas. La Maquinista Terrestre y Marítima, la Hispano Olivetti, Macosa, Aismalibar, etc., comenzaron sus luchas que contaron con la masiva participación de los obreros de estas fábricas, en las que se crearon las primeras CC.OO.

Inicialmente, estas CC.OO. tuvieron un carácter amplio, casi legal. Se había confundido la desorientación momentánea de la burguesía con su voluntad de aceptar la existencia de una organización proletaria al margen de la CNS. Esto determinó que los distintos grupos políticos presentes en aquel momento establecieran una alianza para dar vida a una organización dotada de unos fines que no correspondían al marco histórico real.

Creo que conviene explicar un poco esta situación. La tardía incorporación del capitalismo español a la revolución industrial; la dependencia de la industria del capital financiero, caracterizado, a su vez, por una profunda debilidad económica, fruto de todo un largo proceso histórico marcado por el latifundismo y el absentismo financiero industrial;

la debilidad política de las clases dominantes; y el auge de un proletariado radical, han sido los factores ocasionantes de que las clases dominantes, después de varios ensayos a lo largo de nuestra historia política, optaran por una férrea dictadura de clase caracterizada políticamente por sus formas fascizantes.

Por estos motivos, olvidar que el marco económico político que nos envuelve es el resultado de un largo proceso histórico, al mismo tiempo que la expresión última que le queda al capitalismo español para mantener su dictadura de clase, tiene como consecuencia el abrigar esperanzas en una liberalización con formas democráticas, en las cuales se incluirían las libertades sindicales. Esto es un grave error que da lugar a estrategias reformistas de todo tipo.

Para una mejor comprensión del último proceso histórico que ha originado la actual situación económica, recomiendo la lectura de *Franquismo y revolución burguesa* de M. Viñas [en *Horizonte español* 1972, Ruedo ibérico], texto con el que me identifico en todo su significado.

Desde este punto de vista, las CC.OO. nacieron como la alternativa de recambio a la CNS. Se pretendía convertirlas en el sindicato que tenía que suplir el inoperante y fascista sindicato vertical, y para ello se creó una estrategia y una táctica que no correspondían al contexto económico y político en que se desenvolvía la lucha de clases en nuestro país. Se pretendía construir una organización casi legal en un país donde la burguesía no estaba ni está dispuesta a tolerar la más mínima organización proletaria independiente. Olvidar este aspecto significaba parir una criatura moribunda, cuya vida duraría lo que durara la búsqueda por parte de la burguesía de alternativas políticas como formas de readecuación de la CNS, situación que se prolongó mientras existió la etapa de liberalización económica.

La etapa concluyó con los despidos masivos en las minas y con los destierros de los dirigentes más destacados. Y en Cataluña con el despido de los obreros que más sobresalieron en las luchas y con el encarcelamiento de algunos. En todos los lugares trabajaron y cayeron juntos militantes del PCE, sindicalistas (CNT y UGT), JOC, HOAC y FLP.

Hay que añadir que en los primeros tiempos también participaron en CC.OO. algunos falangistas de izquierda.

III. 1962-1966: años de total predominio del PCE

Estos cuatro años fueron los años decisivos en cuanto al lanzamiento político definitivo de las CC.OO. Su creación y estructuración fue distinta según el momento de partida de las luchas proletarias que las originaron. En Cataluña fue mucho más un « montaje » fruto de la decisión política de los distintos grupos, que un resultado directo de la presión ejercida por la lucha de masas. El PCE había abandonado sus viejas OSO y necesitaba estructurar una nueva plataforma sindical que sirviera a su política de lucha por la democracia, es decir, que pudiera participar en las « mesas redondas » o pactos políticos que agrupaban a las varias fuerzas antifranquistas. Necesitaba una organización sindical que hiciera suyo el programa político de la susodicha « mesa » democrática y que lanzara campañas de movilización en apoyo de los programas discutidos y acordados entre los representantes políticos de la oposición burguesa. Se trataba de una vieja y archivada política de Frente Popular Antifascista.

La característica de esta política era su carácter burocrático. Agrupaba a fuerzas políticas cuya representatividad entre las masas era totalmente ficticia: Esquerra Republicana, Unión Democrática, Front Nacional de Catalunya, etc. Eran grupos de representatividad puramente teórica, pero a los que se suponía que encarnaban y representaban a distintos sectores de las fuerzas políticas de la pequeña y media burguesía, una burguesía nacional que tenía intereses antimonopolistas y, por tanto, antifranquistas. Jamás ninguno de estos grupos ha demostrado la menor capacidad de hacer movilizaciones de masas ni ningún acto político que signifique la existencia de una auténtica capacidad de convocatoria y de representación. Había que confeccionar una forma de organización política que encuadrara dentro de un programa de Frente Popular Antifascista, aunque las condiciones políticas y económicas del país la hicieran

totalmente inviable. El PCE había caído en el inmovilismo táctico de la III Internacional estalinista, adecuando de la forma más derechista la vieja política interclasista.

Consecuentemente con esta concepción, se intentaron construir unas CC.OO. sindicales que fueran el perfecto complemento de este programa reformista. *Pero rara vez las masas se conforman con la política concebida en la cabeza de los dirigentes políticos; las masas responden según el marco objetivo que las encuadra. Es evidente que la función de las organizaciones de vanguardia es dirigir la dinámica objetivamente posible de las masas hacia objetivos superiores, pero lo que es imposible es enclaustrar permanentemente a las masas en unos objetivos que están en contradicción abierta con las condiciones históricas presentes.* El resultado no podía ser más que el que fue: las masas desbordaron con su lucha la política reformista del PCE, y al calor de sus luchas los cuadros más combativos y avanzados del PCE fueron rompiendo con una política que era la negación de la realidad diaria.

En estos tiempos se dieron luchas importantes. 1965 es el año del asalto a la Comisaría de Policía de Mieres (Asturias), de la lucha de Laminados en Bandas de Echevarri (Euskadi), de la Hispano Olivetti, la Maquinista Terrestre y Marítima, la Aismalibar, la Bosuga (Barcelona). A cada momento se generalizaba más la participación del proletariado en la lucha de clases, y sus formas comenzaban a inquietar a la burguesía que hasta entonces todavía dudaba entre proseguir o no su política de liberalización política.

Llegamos ahora a uno de los hechos más importantes de las CC.OO. que significó su confirmación definitiva ante las masas: las elecciones sindicales de 1966. Todos los grupos presentes en la lucha política con una cierta entidad se presentaron conjuntamente en las candidaturas de CC.OO. En Madrid se llegaron a tolerar cantidad de actos públicos semilegales donde los mejores dirigentes de la clase obrera participaron públicamente dándose a conocer ante el proletariado... pero también ante la policía. CC.OO. triunfó en todas las candidaturas que presentó. Se calculan en unos 10 000 los cargos sindicales que salieron

propulsados por las candidaturas de CC.OO. Era la confirmación del vacío existente, la manifestación más contundente de que el proletariado no había pactado con la burguesía en su burocratizado sindicato vertical.

Negar la importancia de esta fecha para el lanzamiento de CC.OO. sería dar muestras de un izquierdismo infantil. Las masas hacen suyas las alternativas que se le ofrecen cuando el vacío total las envuelve. El proletariado se identificó con una alternativa que le ofrecía la posibilidad de participar de lleno en la lucha por construir su propio destino. No hizo ningún análisis de su validez o falta de validez; todavía no estaba capacitado para hacer el análisis de la validez del instrumento de lucha que se le ofrecía (la lucha legal en el sindicato CNS); todavía carecía de la suficiente práctica de una lucha de masas generalizada y tampoco existían los mecanismos de reflexión política que le permitieran hacer tal valoración. Es decir, no existían ni el partido ni la organización de clase capaces de hacerla: el tiempo los iba a crear, estaban creándose al calor de la lucha de masas.

Es indudable que en todo este periodo, el PCE dominó en la superestructura política de CC.OO. Ningún grupo había podido impugnar su política, ni siquiera intentar matizarla, pese a que las últimas luchas ya habían comenzado a crear los cuadros autónomos de clase que iban a ser la columna vertebral del nuevo periodo político. Fueron tiempos en los que la política liderista y asambleísta sustituyó todo trabajo de clase constante en las fábricas. Nadie se dedicó a construir la organización proletaria que iba a ser necesaria para las nuevas jornadas que se avecinaban. Nos dejamos llevar por la euforia de un momento político que necesariamente tenía que cambiar: confundimos una coyuntura determinada con una tendencia permanente. Este error se iba a pagar caro.

En aquella etapa era posible y necesario combinar la lucha legal con la ilegal, era necesario utilizar la plataforma pública que las elecciones sindicales ofrecieron para divulgar entre las masas la posibilidad de una alternativa real que cubriera el vacío político existente; pero, al mismo tiempo, era imprescindible ir creando una organización cuyas formas

orgánicas y cuyos objetivos políticos estuvieran acordes con el contexto real en que se iba a desarrollar la lucha de clases. Se hizo todo lo contrario: la organización que se creó era, objetiva y subjetivamente, el subproducto de una coyuntura histórica que correspondía a la dinámica que más le convenía a la burguesía. Fue una miopía política, fue olvidar el abc de la lucha de clases. En lugar de aprovechar una coyuntura favorable a la lucha de clases para fortalecer y afilar las armas para las futuras batallas, dejamos diluir el contenido y las formas de nuestra organización a remolque de los intereses de la burguesía. Era el materialismo histórico entendido al revés.

Todo este proceso de actividades legalistas y asambleístas significó desaprovechar una coyuntura muy favorable para el proletariado y dar paso a una situación que iba a resultar muy desmoralizadora. Esta actividad pública, que no iba acompañada de una actividad de organización clandestina, facilitaría los golpes de la represión burguesa en la etapa posterior, desarmando al proletariado con el encarcelamiento de sus mejores dirigentes, atrapándole completamente desprevenido en una nueva situación para la que no estaba preparado. Se había engañado al proletariado haciéndole creer en una situación que era irreal, y que la clase obrera, inducida por la actuación de su vanguardia, tomó como real. Limamos lo mejor del proletariado: su agresividad política concretada en su desconfianza en los métodos burgueses de lucha.

A nivel histórico, hay que apuntar también que 1965 fue un año de grandes manifestaciones de masas en Barcelona, que prosiguieron hasta enero y febrero de 1966. La última de cierta envergadura fue la del 14 de diciembre de 1966 contra el referéndum que iba a «legalizar» la sucesión de Juan Carlos y la Ley orgánica del Estado.

IV. 1967: formación de las Comisiones obreras juveniles y ascenso de la tendencia anticapitalista en el seno y en la dirección de CC.OO.

El año 1967 se inaugura con el lanzamiento por la dirección de CC.OO. de la idea de formar un movimiento obrero juvenil, algo así como

las Juventudes de las Comisiones obreras. Esta fue la llamada para que los distintos grupos que en aquel momento tenían una incipiente presencia en CC.OO. se lanzaran a potenciar un organismo que por sus lugares de reclutamiento (clubs juveniles, escuelas profesionales, etc.) daba pie a introducir a montones de universitarios disfrazados de obreros a través de supuestas incidencias en barrios. En honor a la verdad más estricta hay que decir que la juventud proletaria estuvo escasamente representada en esta organización juvenil, aunque esta afirmación sea válida para el conjunto, no para algunas zonas. Esta organización, cuyo campo de acción era interclasista por definición, sirvió de primer trampolín para el primer pacto serio establecido entre los grupúsculos izquierdistas Acción Comunista, Unidad (que más tarde había de convertirse en el PCE(i) [Internacional]), Partido Obrero Revolucionario (POR) trotsquista, Front Obrer de Catalunya (FOC). Entre todos ellos, el que dirigió y capitalizó, desde el primer momento, la situación fue el FOC, el grupo más dinámico y que se dedicó hábilmente a proselitizar a los elementos más avanzados de la JOC, organización que en aquellas fechas se lanzó casi totalmente a la lucha proletaria.

Esto significó de hecho un crecimiento numérico importante para todos estos grupos, en especial para el FOC y para Unidad (más tarde, PCE[i]). Este movimiento permitió ampliar el campo de incidencia de estos grupos que en el plazo de poco tiempo aumentaron notablemente su base y pasaron a dominar mayoritariamente la estructura burocrática de CC.OO. Los documentos salían con un nuevo lenguaje, y la tendencia anticapitalista formada tácticamente en Comisiones obreras juveniles y en CC.OO. había dado como fruto una situación que se caracterizaba por las mismas formas de actuación política con un lenguaje más radicalizado.

En este nuevo periodo, CC.OO. impulsó luchas mucho más dinámicas que tendían a demostrar la actual combatividad a la que se había integrado el proletariado español. Estos años de lucha habían permitido acumular experiencia acerca del trabajo entre las masas, y los jóvenes cuadros supieron incorporar a su que-

hacer político estas experiencias. Todo ello sirvió para avanzar grandes pasos en la concienciación de las masas: fueron años importantes que iban creando las condiciones objetivas necesarias para iniciar etapas superiores de lucha.

La contradicción estaba en la tenaz utilización de los mismos métodos burgueses de lucha: enlaces, convenios, sindicato, etc., cuando la represión ya se había volcado de lleno sobre CC.OO. y había terminado la situación de consentimiento tácito. Llegó la declaración de ilegalidad sobre CC.OO., considerada una asociación ilegal con fines ilícitos y subversivos, y con ella las primeras condenas sobre los miembros de Comisiones, por el mero hecho de serlo. Miles de cargos sindicales de la CNS fueron expedientados y desposeídos de sus funciones. Se iniciaba una etapa nueva, aunque repetida y previsible, para la que no estábamos preparados políticamente: no supimos responder a esta nueva situación y se siguieron utilizando los mismos métodos de lucha de antes, como si las condiciones no hubieran cambiado.

Es más. La nueva dirección anticapitalista de CC.OO. comprendió tan poco la situación que pese a radicalizar el lenguaje de la propaganda hablando de los fines anticapitalistas de nuestra lucha (la sociedad sin clases, la renuncia a la utilización de cauces pacíficos o legales, etc.) siguió utilizando unos mecanismos que eran incompatibles con los objetivos que propagaba. La burguesía encontró en esa propaganda el pretexto para explicar a los sectores más timoratos e indecisos de la propia burguesía las razones políticas de su viraje hacia el endurecimiento: hizo aparecer el viejo fantasma del radicalismo proletario, el fantasma del proletariado comunista.

En el terreno organizativo no se cambiaron en absoluto los métodos de trabajo, y se siguió utilizando el asambleísmo. Lo que se había conseguido era desbancar la actividad parlamentaria de los reformistas y crear nuevas tribunas populares de la Izquierda Comunista, pero nunca se desarrollaron potentes Comisiones obreras en las empresas ni se consolidó la organización como tal. Los distintos grupos políticos se lanzaron a la desenfundada y febril prospección de los nuevos elementos indivi-

duales que surgían en la lucha de clases, pero se olvidaron de consolidar una poderosa, real y autónoma organización proletaria.

Esto era expresión de la debilidad política de los grupos presentes. No se creía en la validez de la línea política en un sentido amplio, ni siquiera en la capacidad de las masas de seguir una línea política correcta. Por este motivo se entregaron a una tarea de prospección y descubrimiento de cortos vuelos, que olvidaba que la forma más real de construir el partido es construir una política independiente y de clase, y forjar la organización que ha de llevar a las masas a la toma del poder. Toda la actuación estuvo presidida por un criterio muy estrecho y muy sectario de la lucha de clases, y esto se iba a pagar caro.

Pese a todo, esta fase tuvo aspectos positivos. El proletariado español estaba desacostumbrado a la discusión política, estábamos desprovistos de toda formación teórica marxista. Y la nueva situación de intensa discusión política en el seno de CC.OO. sobre táctica y estrategia sirvió de escuela de cuadros para montones de jóvenes proletarios; representó el aprendizaje masivo de una generación de militantes que se estaba forjando en la práctica diaria de la lucha de masas y en la polémica teórica entre dirigentes comunistas. Negar el papel educativo que significó ese periodo sería una pura idiotez, desprovista, además, de la menor base dialéctica.

Nuestra clase estaba desacostumbrada a una propaganda masiva, y en esos tiempos tuvo acceso a ella. Y en un plano más restringido se asistió en el interior de CC.OO. a profundas e intensas discusiones sobre los aspectos fundamentales de la lucha de clases: el carácter de la revolución pendiente, la validez o no de la insurrección armada, el papel del partido y de la organización de masas, etc. Era la introducción de una joven generación en la discusión de los aspectos fundamentales de la lucha política, una discusión que había quedado interrumpida desde la guerra de clases de 1936-1939.

Sirvió de etapa de transición y de transmisión. El debate cortado por la represión capitalista después de 1939 fue reanudado y rehecho al cabo de 28 años, y era lógico que se rellenara

de una forma intensa y desordenada. Hoy podemos calibrar los aspectos negativos de aquel proceso en las cuestiones que no ayudaron a preparar el futuro, pero debemos ser conscientes de que sirvieron para llenar un vacío de 28 años, y al recuperar los viejos debates todavía presentes y sin resolver y darles una forma organizativa y unos programas se permitió una continuidad histórica.

Otro de los aspectos importantes a nivel de masas es que se generalizó la continuidad y la presencia de la lucha de masas, y todo el mundo se acostumbró a ver la posibilidad de las luchas proletarias cuyas victorias parciales fueron de dominio público. Esto estimuló a que diversos sectores sociales se lanzaran abiertamente a la lucha para sus intereses específicos (Banca, Sanidad, etc.).

Este año vio también la consolidación definitiva de un tipo de organización proletaria, la Comisión obrera de empresa, y de un determinado tipo de lucha de masas. Ambas cosas formaban parte de un proceso irreversible: el proletariado había vuelto a actualizar sus armas históricas y ya no iba a renunciar a ellas, sino que, al contrario, las profundizaría en su aplicación y en su perfeccionamiento. Los años posteriores demostrarán esta afirmación.

Este año terminaría con la inolvidable fecha del 27 de octubre de 1967, en que se lanzaron por vez primera en España y de una forma coordinada y masiva grandes manifestaciones de masas. En algunos lugares como Madrid los manifestantes superaron el número de 70 000. Y Tarrasa (Barcelona) inauguraría la violencia de masas, pues allí se dieron los primeros enfrentamientos con la policía con tiros y heridos y fuerte respuesta de las masas. *La historia cambiaba de signo, y como siempre las masas tomaban la iniciativa sin la participación programada de sus vanguardias.* La historia y las masas esperaban a un gran ausente: un auténtico Partido Comunista capaz de vertebrar la lucha proletaria, un claro programa de revolución socialista, y una clara definición del papel de la organización de clase. Estas ausencias redujeron la jornada a explosiones de violencia que eran como pompas de jabón, pero que hicieron « historia » de una forma crucial.

En el campo político nacional, es decir, en Cataluña y en el resto del país, este año significó la confirmación de FOC-FLP-ESBA como el grupo político mayoritario después del PCE, como el grupo que incuestionablemente había dirigido el desbordamiento del reformismo del PCE. En Madrid, AST desbordó el PCE en el seno de las CC.OO. En Euskadi, los distintos grupos eran mayoritarios y el PCE nunca llegó a tener un peso real. En Navarra, AST comenzaba a desarrollarse sin contestación alguna. En Cataluña, el FOC era el grupo mayoritario en CC.OO. Todo esto se comprobaba en las reuniones de la Coordinadora nacional de España donde la hegemonía absoluta del PCE había desaparecido. La tendencia anticapitalista iba encabezando de una forma activa la organización del proletariado y dirigió básicamente las luchas más dinámicas de aquellos momentos.

V. 1968: año del desbancamiento total del PCE en CC.OO.

Este año se caracterizó por un tipo distinto de lucha de masas. La tendencia anticapitalista impuso nuevos conceptos en la lucha, y se tendió a unificar a la clase obrera, estudiantes, Comisiones obreras juveniles y Comisiones de barrio en un solo cuerpo orgánico dotado de una forma que pretendía ser un reflejo del modelo soviético, y se establecieron las llamadas Comisiones de zona que aglutinaban en un mismo cuerpo a los sectores anteriormente citados.

Fue un año de pocas luchas en las fábricas, pero de mucha actividad callejera. El contenido izquierdista del nuevo grupo que ejercía la dirección en CC.OO. tendió a imprimir a la lucha proletaria su visionarismo izquierdista. En lugar de fortalecer a las CC.OO. que todavía no habían conseguido una sólida implantación orgánica en las fábricas, se las lanzó a una actividad callejera desenfundada. El concepto que presidió esta actuación era el siguiente: *los obreros que sólo luchan en la fábrica son sindicalistas, para convertirlos en políticos hay que hacerles luchar en la calle*. Esto, evidentemente, es una simplificación excesiva, pero intenta ilustrar la idea que presidió aquel proceso. Se había confundido totalmente la

forma de darle un contenido político a la lucha económica.

Al proletariado se le hace tomar conciencia del contenido político que debe tomar su lucha a través del desarrollo de una forma dialéctica de los mecanismos de lucha. Es decir, acelerando el proceso de ruptura con los métodos burgueses de lucha, radicalizando e introduciendo en su lucha cotidiana objetivos que por su contenido obliguen al enfrentamiento con el aparato del Estado y con todo su andamiaje ideológico. Debemos ir creando las condiciones a través de los objetivos que proponemos a la lucha proletaria, a través de las formas que en estas luchas se adoptan, y a través de las formas de organización que se utilizan para que realmente se desarrollen las condiciones necesarias para que los enfrentamientos de calle tengan auténtico carácter de lucha de masas, de lucha política por la toma del poder.

Crear que con acciones vanguardistas se logra la politización masiva del proletariado es puro izquierdismo; es suponer que los obreros ya tienen conciencia de clase y sólo necesitan una espoleta que haga de detonador; es despreciar el proceso dialéctico de concienciación que cumplen las formas de lucha y los objetivos políticos. La incomprensión de la forma de dirigir al proletariado hacia estadios superiores de la lucha de clases se ocultaba a golpe de acción callejera, pero esto sólo sirvió para desgastar a los sectores más avanzados del proletariado. Sirvió para lanzar a un sector del proletariado hacia posiciones anarcosindicalistas, o simplemente obreristas, y para que otro sector « se quemara » llana y simplemente. Se estaba luchando como si la revolución fuera cosa del día siguiente, y no se armó el proletariado para una dura y larga batalla.

En este año se produjo la ruptura en CC.OO. con los militantes del PCE. Estos, de acuerdo con la inmovilista posición de la socialdemocracia, se empeñaban en defender la estructura de CC.OO. por ramos o gremios, pese a que nunca existieron luchas de auténtica importancia y relevancia por gremios, con las únicas excepciones del textil y la construcción, que por sus especiales circunstancias merecen una explicación.

Del primero hay que decir que tiene unas características muy particulares: proletariado muy viejo (mayoritariamente catalán o perteneciente a las más viejas generaciones de emigrados), técnicas de trabajo muy atrasadas, presencia de mucho personal femenino, etc. Todo esto unido al tradicional peso de reformismo en este sector, ha hecho que las luchas desarrolladas en el mismo hayan sido muy legalistas y sindicalistas, lo cual ha permitido en gran medida que siga existiendo como organización gremial. Los logros obtenidos en todos los campos (mejoras económicas obtenidas, formas de lucha, crecimiento organizativo, etc.) han sido muy reducidos, y su grado de radicalismo no es demasiado preocupante para el capitalismo.

La construcción es una cuestión distinta. Es un sector de unas condiciones de trabajo durísimas y que absorbe mayoritariamente a las emigraciones más recientes. El hecho de que las condiciones laborales legales sean de lo más draconianas sumado al resto de condicionamientos objetivos, como eventualidad permanente, etc., lo convierten en un sector muy explosivo desde el punto de vista de las luchas (en los últimos años han habido claras pruebas de ello), pero de difícilísima organización permanente por su constante movilidad. Esto explica en gran parte la presencia en la construcción de una organización gremial.

Pero las razones del PCE eran otras. Estaban empeñados en que CC.OO. debía ser el sindicato de recambio de la CNS. Esta ruptura provocó la aparición de dos CC.OO., las Zonas dirigidas por el FOC, y los Ramos dirigidos por el PCE.

Las Zonas fueron languideciendo progresivamente. La incapacidad del izquierdismo universitario fue gastando poco a poco a los núcleos proletarios del FOC al ver la falta de evolución del crecimiento orgánico y de la lucha en las fábricas. Esto dio pie a que se fuera gestando en el sector proletario del FOC una fracción de la que iban a salir unos cuadros sindicales, de origen católico, de mucho peso en CC.OO. que arrastrarían detrás de sí a una gran parte de la orla de influencia del FOC en CC.OO. y que representaría, de hecho, el inicio de la crisis definitiva del corto

periodo de las CC.OO. de Zonas, y, al mismo tiempo, el estallido del FOC.

En este año, los hechos más esenciales fueron las luchas del 30 de abril y 1 de mayo, un ejemplo de extraordinaria organización. Las CC.OO. demostraron una capacidad y una técnica organizativa hasta entonces nunca lograda. El 30 de abril se movilizaron en Barcelona más de 15 000 personas, además de las distintas manifestaciones que se hicieron en toda la región: Bajo Llobregat, Tarrasa, Sabadell, Mataró, Gerona, Villanueva y Geltrú, Badalona, Ripollet, Sardañola, etc. Estos hechos demostraron la viabilidad de las luchas de masas en la calle si está presente una sólida y disciplinada organización proletaria.

Las campañas de agitación previas a estas fechas fueron sencillamente espectaculares por su buen montaje y su eficacia. Desde finales de 1967, se había constituido la Coordinadora nacional de Cataluña de CC.OO. y su órgano máximo la secretaría permanente. En ella se había quebrado la hegemonía absoluta del PCE y los representantes de Barcelona (el núcleo más importante de CC.OO.), Villanueva, Mataró, Sardañola, Ripollet correspondían a la tendencia anticapitalista. Se había logrado por primera vez la unidad de acción y la unidad de organización en CC.OO., y por primera vez el PCE había tenido que aceptar un funcionamiento democrático de Comisiones.

Después del 30 de abril y del 1 de mayo, y ante las maniobras del PCE de intentar obligar a que la secretaría permanente sacara documentos refiriéndose a la campaña realizada en los días citados como la expresión política más decidida de la lucha antifranquista y por la democracia, se originó una ruptura total con los sectores anticapitalistas de CC.OO. que nos negamos a aceptar este falseamiento del contenido político de las luchas.

Lo que siguió a continuación es lo clásico en estas ocasiones. El PCE lanzó encima de los cuadros obreros que habían encabezado oficialmente la ruptura en la secretaría de CC.OO. las acusaciones pertinentes de ser agentes de la CIA, técnica difamatoria muy habitual. En aquellos momentos ya se había conseguido en la Coordinadora nacional de España de CC.OO. una amplia representación de las varias tendencias anticapitalistas, aunque sólo sería en

Cataluña donde, ante la imposibilidad de cambiar la disciplinada burocracia de las CC.OO. fieles a los trazados del PCE, se decidiera romper definitivamente toda unidad orgánica permanente con el partido.

AST de Madrid vacilaba, pero finalmente se mantuvo aunque tenía un peso mayoritario en CC.OO. Todavía nadie se había atrevido a iniciar la nueva etapa de trabajo en una organización de clase sin la presencia del PCE y de los reformistas. *De hecho, todavía no habíamos comprendido la capacidad real de las masas para aplicar desde aquel momento una política anticapitalista, y por consiguiente seguíamos sin decidírnos a crear la organización de clase que aplicara la política independiente que el proletariado necesitaba.*

La ruptura de aquel momento obedeció más a la repulsa hacia el maniobrerismo del reformismo y a sus actitudes burocráticas que a una clara comprensión de la nueva etapa que ya se estaba abriendo. No habíamos asumido en toda su dimensión la lección del Mayo francés, no habíamos comprendido que la lucha de clases había cambiado de signo.

Este año se cerraría con una Asamblea de 600 trabajadores en una iglesia de Barcelona en solidaridad con la lucha de dos fábricas del Vallés oriental, Blansol y Joresa. La policía rodeó la iglesia, pero dejó salir sin efectuar detenciones. Era el final de una época.

VI. 1969: estancamiento de CC.OO.; desmontaje de las CC.OO. por zonas; declive de la izquierda en general

Este año se inauguró con el Estado de excepción en todo el país. El pretexto formal fue el asalto al rectorado de la Universidad de Barcelona con la defenestración de un busto de Franco; el motivo real, la situación de crisis intensa en el desarrollo capitalista español y en su aparato político, situación que, andando el tiempo, iba a dar aquel mismo año la hegemonía absoluta al Opus Dei. A la situación de crisis interna de las CC.OO., se añadía un aumento de la represión que significaría de hecho la liquidación definitiva de algo que ya era únicamente un fantasma: las CC.OO. de zonas dirigidas por el FOC.

Se consolidó en el seno del FOC la escisión de una parte del sector obrero, encabezado por dirigentes sindicalistas y católicos, que con su marcha apresuró el hundimiento de Zonas. Esto también iba a ser la señal para que en mayo se iniciara la crisis en las Organizaciones Frente (FOC, FLP, ESBA) que terminaría con la liquidación definitiva de esta organización a finales de año. Se estaba abriendo el paso a nuevas experiencias para crear una nueva organización proletaria ya al margen del reformismo del PCE. En esta situación apareció el grupo significativamente llamado *¿Qué hacer?* en el que se aglutinaron la referida escisión del sector obrero del FOC, un grupo de intelectuales, algunos salidos del PCE y otros procedentes de un pequeño grupo llamado APES, que más tarde formarían el grupo *Cuadernos Rojos*, y otro grupo que giraba en torno a lo que más adelante sería *Bandera Roja*.

Cabe decir en honor a la verdad histórica que éste es el primer intento de iniciar una nueva etapa. Hasta entonces no habíamos creído posible la creación de una organización proletaria que rompiera orgánica y políticamente con el reformismo del PCE. Con este primer ensayo se abría una nueva experiencia que, desde mi punto de vista, a pesar de sus muchos defectos y del contenido anticomunista de alguno de los sectores de la alianza, haría historia.

De hecho, esta unidad en torno al grupo *¿Qué hacer?* era más una suma de grupos distintos que una unidad real. *Bandera Roja*, por ejemplo, creyó que ya tenía el suficiente potencial orgánico para poder desprenderse de todo su lenguaje político más o menos izquierdista, y en algunos puntos realmente interesantes, y abogar por una organización sindical clásica, con olvido de todo un proceso histórico que había llevado a la ruptura con la vieja concepción tradicional de «la lucha económica para el sindicato (= CC.OO.), la lucha política para el partido».

Porque lo que se había manifestado en crisis durante todo este proceso había sido, de hecho, este concepto. Las condiciones objetivas de nuestro desarrollo económico, las peculiaridades del Estado capitalista bajo su forma franquista, el rápido proceso de inter-

nacionalización del capitalismo español, la modernización de la represión a escala internacional, hacían inviables las viejas concepciones que creían que era posible en nuestro país una organización sindical clandestina. La lucha de clases tenía que pasar por la creación de una organización de clase que no fuera ni un sindicato ni un partido, sino la organización política de los trabajadores más avanzados, de los trabajadores anticapitalistas. Y esto no lo entendió *Bandera Roja*, aunque era evidente que no podía entenderlo dada su extracción exclusivamente universitaria. Andando el tiempo se iba a desvelar el carácter oportunista de este grupo.

El estado de excepción no consiguió romper la lucha proletaria. En el mismo momento de su implantación, estalló en Euskadi una huelga generalizada en Altos Hornos, Naval, Babcock Wilcox. Y en Cataluña saltaron la Maquinista Terrestre y Marítima, AEG, FAESA. El proletariado ya había roto las viejas actitudes, y el estado de excepción era insuficiente para frenar su lucha. Hay que añadir también que CC.OO. fueron poco castigadas por el estado de excepción; el motivo del hundimiento de Comisiones era interno, y obedecía a que no había sabido adecuar una estrategia correcta a las nuevas condiciones de lucha proletaria.

A finales de 1968 se había vuelto a revitalizar la lucha obrera que adquiriría su punto culminante a finales del primer trimestre de 1969. Eran los resultados de todo el proceso anterior de inserción más amplia entre las masas y de lucha contra el reformismo: un enorme auge de la lucha obrera. El drama iba a estar en que esta situación, que coincidía con los momentos más duros de la represión, se desarrollaba de una manera espontánea y sin dirección que la orientase y la capitalizase. Esto significaría de hecho que, una vez terminado el impulso inicial de esta situación espontánea y ante la nueva situación de desorientación total, concretada en la dispersión a todos los niveles de la vanguardia, se entraría en un periodo de reflujo de la lucha de masas, que no volvería a remontarse hasta finales de 1969, iniciándose a partir de ahí una curva ascendente que haría de 1970 el año más combativo.

Las Comisiones obreras juveniles y las CC.OO. se disolvieron porque no podían ofrecer un programa político capaz de tener una continuidad propia, y quedaron reducidas a meras organizaciones de agitación callejera. El estado de excepción dificultó la agitación callejera, y las Comisiones obreras juveniles se quedaron sin marco de actuación posible.

Había terminado una etapa que debía haber servido para encauzar la lucha proletaria hacia una línea decididamente anticapitalista. En lugar de ello, quedó un amargo sabor de boca en los obreros más avanzados y la duda sobre la validez de aplicar una política anticapitalista. A un proceso de ruptura práctica y política con el reformismo, siguió una política aventurista y callejera: esto fue nefasto. El movimiento obrero español había caído en una situación de dispersión y confusión: el FOC que había llevado la vanguardia de aquel proceso de ruptura con el reformismo le había fallado, llevándole a posiciones liquidacionistas, y había acabado por disolverse. Los cuadros obreros más avanzados, educados en el antirrevisionismo que les enfrentaba al PCE, y escarmentados por la experiencia negativa de la dirección del FOC, se acercaban a posiciones obreristas y peligrosamente antipartido. Se corría el riesgo de caer en el desprecio a la lucha política.

De hecho, en esta etapa se formaron y consolidaron las posiciones anarcosindicalistas y obreristas que luego cuajaron en grupos políticos concretos, GOA, ORT de Cataluña y otros. Este periodo sirvió para alejar a muchos cuadros proletarios de la teoría leninista, sirvió para forjar a unos cuadros obreros que creían en términos generales en el comunismo pero que eran antileninistas furibundos, con un desprecio total a la lucha política en cualquiera de sus vertientes. Más adelante íbamos a pagar las consecuencias de este periodo.

En un país como España, donde había habido un corte brutal de la participación del proletariado en la lucha política, fruto de la represión de la guerra de clases de 1936-1939, donde además había habido una fuerte tradición anarquista, y donde el PCE jugaba un papel profundamente revisionista y frente-populista, era muy difícil recuperar al proletariado para la lucha política. Existía una

tradición que no era posible olvidar y que había que tener presente para recuperar —pese a ella— a los cuadros obreros para la teoría comunista.

Pero este periodo de 1966-1969, que había significado la aparición masiva de una nueva generación de luchadores obreros, que se encontraron con un PCE derechista y frente-populista y que confiaron ciegamente en la dirección de un grupo ex universitario (FOC) que les condujo de entrada a un crecimiento espectacular y después a una política aventurista que significaría la liquidación de la organización proletaria que tanto trabajo había costado construir, tenía que dar como resultado el apartamiento de muchos cuadros obreros valiosos de la teoría leninista. Es un hecho del que no se puede culpar a los cuadros proletarios, que en principio estaban dispuestos a ser forjados en la teoría comunista, sino a las direcciones de los grupos que no fueron capaces de vertebrar una política científicamente comunista.

El grupo *¿Qué hacer?* fue la última experiencia en este sentido. Fue el último intento de acercamiento entre los cuadros proletarios que en principio estaban dispuestos a aceptar la teoría comunista, y los intelectuales comunistas. *Bandera Roja* tardó poco tiempo en demostrar que básicamente era un grupo con posiciones frentepopulistas, y que lo único que le diferenciaba del reformismo era su mayor dinamismo y su lenguaje actualizado a las condiciones del momento. Esta experiencia frustrada tuvo como consecuencia el impedir durante algún tiempo toda posible alianza entre obreros e intelectuales en una misma organización política.

El grupo *¿Qué hacer?* se disolvió. Los proletarios se apartaron de *Bandera Roja* y del grupo *Cuadernos Rojos*. Respecto a este último grupo el problema estuvo en que no supo dar alternativas, y por su condición de grupo intelectual fue excluido del trabajo conjunto. El núcleo proletario dio pie a dos tipos de organizaciones, una que pretendió ser la nueva Organización de clase anticapitalista y que se llamó *Plataformas de Comisiones obreras de Empresa*, y otra que pretendió ser el núcleo político de dicha Organización de clase y que

se llamó *Círculos de formación de Cuadros comunistas*.

Bandera Roja se quedó con algunos de los obreros menos experimentados del antiguo núcleo proletario, o sea que la presencia obrera en el grupo era muy reducida. Su trabajo fundamental consistió en introducir sus cuadros universitarios en los barrios, e intentar vertebrar una organización obrera con ayuda de sus militantes técnicos que trabajaban en los puestos de mando de algunas fábricas. De todas maneras, su incidencia fue siempre de hecho muy escasa, limitada prácticamente a dos o tres fábricas, y muy pronto tuvo que acercarse a trabajar junto al PCE para romper su situación de aislamiento.

El grupo de *Cuadernos Rojos* se dedicó básicamente a consolidarse como grupo político. Y el núcleo proletario, que entonces tenía un peso real en Barcelona, pasó a desarrollar pública y abiertamente las Plataformas de las Comisiones obreras de Empresa y los Círculos. Hay que añadir que poco antes del lanzamiento definitivo de este núcleo proletario, un grupo de militantes proletarios del FOC, entre los que se contaban algunos destacados dirigentes, entró a formar parte del ex *¿Qué hacer?*, que ya estaba en pleno proceso de cambio hacia la idea de Círculos y Plataformas y ya había consolidado la ruptura con *Bandera Roja* y con *Cuadernos Rojos*.

Este dato es importante dado que la entrada de este núcleo de ex militantes del FOC significó el inicio de la vertebración de una política que intentaba configurarse como Izquierda Comunista. De hecho, el antiguo núcleo era algo difuso y se estaba formando en torno a la negación del pasado, pero sin demasiadas cosas definidas. La entrada de este núcleo decididamente comunista iba a significar un viraje importante en *Plataformas* y en *Círculos*.

En aquellos momentos, la situación de Barcelona quedaba configurada de la siguiente forma: el PCE había rehecho sus tradicionales CC.OO. por Ramas, *Plataformas* había agrupado a un número considerable de cuadros proletarios procedentes del pasado (la orla del FOC), *Bandera Roja* era algo muy grupuscular con incidencia fundamental en los barrios, y el PC(i), que había sufrido su

primera escisión y su primera caída importante, no tenía ningún tipo de organización de masas.

Y de las fracciones surgidas con la disolución del FOC, los trotskistas habían montado el núcleo *Proletario* que pretendía ser la Organización de clase ligada a un grupo político llamado *Liga Comunista*; y se formaría también otro grupo llamado *Lucha de Clases* de paso muy minoritario. Entre todos ellos, el mayoritario, después del PCE, a nivel del movimiento obrero, era sin duda *Plataformas* y *Círculos*.

VII. 1970: año de transición y de reagrupación de CC.OO. y de la izquierda en general

En este año, *Plataformas* se consolidó como Organización de clase, y *Bandera Roja* cristalizó su organización de masas llamada *Sectores de Comisiones obreras*. Empezaron a confluir en *Plataformas* otros grupos políticos como *Acción Comunista*, *Lucha de Clases* y una fracción del PC(i) llamada *Internacionalista*.

Las principales empresas en las que incidía *Plataformas* eran la Maquinista Terrestre y Marítima, FAESA, Phillips, Indo, etc. A finales de este año, iban a tener lugar las luchas de la Maquinista (huelga de dos meses), Harry Wálker, Macosa. *Plataformas* tuvo un peso real en todas esas luchas, y 1970 fue el año de la aplicación política a través de la aplicación práctica de unas directivas concretas.

Durante ese año, ocurrieron cosas importantes a escala nacional. La huelga de Granada con los tres asesinatos cometidos por las fuerzas de represión; la huelga del Metro de Madrid, y a fines de año la gran lucha contra los Consejos de guerra de Burgos a los militantes de ETA, que daría lugar a grandes movilizaciones de masas en todo el país y especialmente en Euskadi y Cataluña.

Las luchas de masas caracterizaron este año. Algunas de ellas alcanzaron las dimensiones más importantes expresadas hasta aquel momento, en que de forma constante y permanente crecía el flujo de la lucha de masas. No fueron tanto situaciones coyunturales, como que todo el año estuvo marcado por una

enorme y renovadora conflictividad. El movimiento obrero español expresaba su gran potencialidad revolucionaria a través de la existencia continuada de luchas obreras, y en una situación en que su vanguardia, viviendo todavía un momento de dispersión, comenzaba a intentar superar el confucionismo originado en las crisis de 1968-1969 lanzándose a una etapa de reagrupamientos «sindicales» o de «lucha de masas», ya que desde el punto de vista político no había habido variación sustancial en el complejo y abigarrado mosaico de «grupitos» presente en nuestro país.

Ahora bien, habría que diferenciar dos grandes bloques que, para simplificar, llamaremos «ortodoxos» y «heterodoxos». Los primeros serían aquellos compuestos por grupos de mayoritaria composición social universitaria, y de poca o nula práctica de lucha proletaria, cuyas definiciones globales respecto a la forma de construir el partido y atribuir a las CC.OO. el papel de apéndice de dicho partido podríamos definir como «ortodoxos», todo ello arropado de presupuestos teóricos y organizativos ultraizquierdistas, y sectarios, respecto al programa político de dicha organización sindical, indiferentemente de su filiación oficial estalinista o trotsquista.

Los estalinistas del PC(i) mantendrían una actividad de absoluto clandestinismo dirigida al objetivo de crear organizaciones sindicales; trabajaron febrilmente para la reconstrucción del partido: todo ello sin ninguna incidencia evidente en la lucha de masas.

Los trotskistas intentaron montar una organización sindical izquierdista bajo el nombre de *Proletario*, pero la experiencia falló y no halló ninguna repercusión.

Por dos caminos distintos, se operaba una regresión hacia los tiempos de la lucha contra el «socialfascismo» de la Komintern del periodo 1931-1935: resucitaban las formas orgánicas de aquellos momentos, que algunos grupos como el PCE(mi) había intentado perpetuar siempre a través de las arcaicas y vacías estructuras de OSO.

Señalemos esta característica de los dos partidos dominantes dentro de la ultraizquierda «ortodoxa», porque más adelante nos servirá para situar el momento y la situación del viraje

de 180° que estos dos grupos, oficialmente estalinistas y trotskistas, darán en lo que respecta al papel de la lucha de masas, y, consiguientemente, del tipo de organización sindical a construir. Todo este proceso de cambio ha ido envuelto en un lenguaje radicalmente sectario y dogmático y carente en todo momento de una revisión autocrítica de los postulados teóricos que dieron vida a tales políticas. Aunque sea de pasada, no podemos dejar de señalar el parecido de esta política de virajes con los que efectuaba la Internacional Comunista a lo largo del periodo estalinista, ofrece el mismo color dogmático de aquella política que tantas derrotas causó al movimiento obrero internacional.

El otro bloque, que llamaremos « heterodoxo », estaría compuesto por aquellos grupos que, sin grandes articulaciones teóricas en la base de sus actitudes políticas de búsqueda de nuevas fórmulas, tenía una mayor predisposición crítica en la práctica respecto a las formulaciones tradicionales del papel de la Organización de clase, del partido, de la estrategia, etc. La constante programática sería la búsqueda de nuevas soluciones prácticas y teóricas, fruto de una larga constatación vivida de la falta de validez de la « ortodoxia tradicional », por lo menos en la forma en que había sido aplicada.

Los aspectos más relevantes de este bloque son su mayoritaria composición proletaria, la presencia en sus filas de cuadros sindicales experimentados en las últimas luchas de masas, la presencia de cuadros obreros comunistas, antiguos dirigentes de la vieja formación política del FOC y de organizaciones sindicales evolucionadas hacia el comunismo en general. Y todo ello presidido por su estrecha y constante vinculación con la lucha de masas como factor determinante y referencial para la construcción de la teoría que había de encabezar su práctica política a todos los niveles. Esta actitud obviamente empirista tiene muchos peligros; el fundamental es el desprecio a la teoría y consecuentemente al papel del partido, pero tenía la ventaja del realismo político caracterizado por un contexto activo y directísimo con la práctica de la lucha de masas. Otra cosa a su favor era la

enorme conciencia crítica respecto al valor de las formulaciones tradicionales, estereotipadas y caducas, que encasillan en un dogmatismo la formación teórica de quienes las practican e impiden que el ejercicio de la lucha de clases real sea la base de la construcción de la teoría revolucionaria.

Adquiere una significación dialéctica el hecho de que 1970 sea el año del lanzamiento y auge de este bloque, dado que la existencia de grandes luchas de masas de marcado carácter espontaneísta era un acicate para animar a que los grupos que lo componían siguieran en esta línea de verificación práctica sin preocuparse de los grandes interrogantes teóricos que estaban por resolver y que exigían una respuesta casi inmediata. La negación del pasado y la articulación en torno a una práctica de mera lucha de masas, con muy pocas cosas claras, podía durar un tiempo, el que se tarda en pasar de un periodo a otro; es decir, del declive de los postulados tradicionales arrinconados por la práctica ascendente y espontánea de la lucha de masas. Pero la propia dinámica ascendente y radical de las masas ponía sobre el tapete la necesidad de dar respuestas a problemas teóricos y prácticos, que ya no podían ser soslayados por más tiempo. El problema consistía en avanzar en el camino de articular una elaboración teórica política que permitiera seguir dirigiendo la transformación de la práctica, o bien dejar que dicha práctica cayera en el empirismo espontaneísta sin horizontes a medio y a largo plazo.

Este año, 1970, es un año decisivo, no sólo porque marca un nuevo ascenso de la lucha de masas, sino porque da pie a una renovación básica introduciendo a todos los niveles, mentales y prácticos, la evidencia de dos factores indisolublemente relacionados: la necesidad de la lucha de masas como único agente activo de la lucha revolucionaria hacia el socialismo, y el carácter de lucha política que ésta tenía. Esto, que es tan simple y tan sabido y tan evidente como la receta de la sopa de ajo, traumatizará al movimiento obrero español y al movimiento comunista español, pues obligará a que unos (los ortodoxos) comprueben la inviabilidad del grupusculismo alejado de la lucha de masas, y a que otros

(los heterodoxos) verifiquen la importancia de una articulación política que dirija racionalmente su práctica, so pena de caer en el sindicalismo. En este último aspecto, la lucha entablada en torno a los Consejos de Burgos contra la ETA es el elemento que sirve de detonador fundamental de la situación.

Al margen de *Plataformas* se desarrollan luchas importantes como la del Ramo del Agua en la que participaron 60 empresas exigiendo y consiguiendo la libertad de unos dirigentes detenidos. Esta rama manifestó mucha actividad a lo largo de este año, en el que el sector de Banca inició también sus campañas de acciones y concentraciones en defensa de sus reivindicaciones. Hay paros en la SEAT, donde se realiza una asamblea proamnistía organizada por las Fuerzas Democráticas. En Tarrasa se libra la heroica batalla de los obreros de AEG que movilizó a toda la clase obrera de la ciudad durante tres meses. La dirección de esta lucha, que fue machacada duramente, fue llevada por los últimos militantes del FOC, que luego pasaron a posiciones trotskistas. Hubo también la huelga del Metro, y la de los trabajadores del puerto, y el 3 de noviembre las luchas de la Jornada de amnistía.

El 3 de diciembre es la gran fecha de la organización de la solidaridad con la ETA. Aunque los paros en las empresas no fueron demasiado numerosos, las concentraciones callejeras tuvieron gran resonancia. En esta ocasión, *Plataformas* fue totalmente al remolque de la situación y del reformismo: no supo calibrar la importancia de este hecho ni darle un contenido político de clase, encerrado en un concepto estrecho y economicista de la lucha de clases: entendió como reformista una lucha que podía y debía ser esencialmente anticapitalista. Esto no excluye que, respondiendo a su instinto de clase y de solidaridad política, los militantes de *Plataformas* participaran individualmente o en grupos en la lucha, pero sin ningún planteamiento de conjunto ni ninguna orientación política. A pesar de que luego se pudo comprobar el gran error que significó esa postura abstencionista, *Plataformas* no hizo ninguna autocritica pública, cosa que aumentó la sensación de inoperencia política en los militantes de *Plataformas*.

Lo más grave es que por aquellos mismos días surgió la lucha de Macosa, Harry Wálker, Maquinista Terrestre y Marítima, Faesa y Philips, donde *Plataformas* tenía una incidencia real. No se supo dar una unidad y una dirección conjunta a estas luchas; que de haberse conseguido podría haber vertebrado una de las huelgas más importantes de Barcelona, dado que coincidían con un año de alta combatividad obrera en todo el país y con un hecho tan importante como el Consejo de guerra de Burgos que había sensibilizado políticamente a amplios sectores de la clase obrera y otras capas asalariadas. Se perdió una gran ocasión política.

A otro nivel de cosas, hay que citar la división en cuatro fracciones de la organización que dirigía en un principio *Plataformas*, *Círculos*. El núcleo inicial de dirigentes sindicalistas fundadores de *¿Qué hacer?* había sido desbancado por el trabajo realizado por el núcleo de militantes comunistas procedentes del FOC. Este grupo había conseguido convertirse en la tendencia mayoritaria y aislar al núcleo sindicalista inicial, que se separó para fundar lo que luego se llamaría *Grupos Obreros Autónomos* (GOA), de tendencia decididamente anarcosindicalista. Los otros grupos que nacieron de la escisión de *Círculos* fueron la *Unión Comunista de Liberación* (UCL), otro que se unió a la antigua AST, que entonces llevaba el nombre de *Organización Revolucionaria de Trabajadores* (ORT), y un cuarto grupo que sería el que retomaría en sus manos la estructura de la organización con el nombre de *Círculos Obreros Comunistas* (COC). Este último grupo estuvo forjado por los antiguos dirigentes comunistas del FOC, que habían sido los responsables más directos de la dinámica que se le había dado a las iniciales *Plataformas* y *Círculos* hacia posiciones mayoritariamente de Izquierda Comunista. También UCL era una organización encabezada por antiguos intelectuales comunistas procedentes del FOC.

En aquella época, se estaba constituyendo un grupo de ex militantes obreros de las JOC y otros grupos similares de tendencias anticapitalistas que se aglutinó en torno a una revista llamada *Prensa Obrera*, que después había de jugar un papel importante en la

consolidación de la organización sindical de *Bandera Roja*.

Este año se caracterizó por el auge creciente de la lucha de masas en todo el país. De un lugar a otro, el impulso de las masas era imparable. El problema estaba en que no existía a escala nacional ninguna organización que vertebrara esa rica y dispersa práctica de masas; faltaba una estrategia política.

La historia ofrece estas grandes paradojas: la vanguardia rompe en un momento determinado con su postura decidida la situación de estancamiento de las masas y lanza a éstas a la lucha, pero acto seguido las masas desbordan con su lucha a la vanguardia hasta que ésta es capaz de recuperar otra vez la dirección de la lucha, y de hacerla avanzar encauzándola hacia una perspectiva revolucionaria.

En ese año la vanguardia estuvo ausente pero las masas fueron pródigas en acciones de contenido radical.

VIII. 1971: grandes luchas proletarias dirigidas por la izquierda; estancamiento de Plataformas; consolidación de Sectores

Fue un gran año de luchas proletarias. A principios, acabaron las huelgas de Macosa, Harry Wálker y Maquinista Terrestre y Marítima. FAESA se lanzó de nuevo y fue represaliada. Philips estuvo largo tiempo en lucha. La construcción se estuvo moviendo en todo el país. Y a fines de año recomenzaron las grandes luchas, precedidas por la inolvidable huelga y ocupación de la SEAT y el asesinato de un obrero. Esta lucha ya había tenido sus antecedentes a mediados de año. Al calor de la lucha de la SEAT, saltaron Roca, New Pool, Josa, Cispalsa, Autobuses de Barcelona, y tampoco hay que olvidar la enorme lucha en el barrio de Santa Coloma de Gramanet con manifestaciones de más de 10 000 personas. En Cataluña fue un año realmente intenso, marcado por la lucha de la SEAT, fábrica de 27 000 obreros. Un enorme despliegue policiaco que tenía todas las apariencias de una ocupación militar: brigadas enteras de policía especial armada hasta los dientes, caballería, perros, helicópteros lanzando gases lacrimógenos... Era un espectáculo descaradamente

fascista. El proletariado no sólo respondió a la represión enfrentándose a ella, sino que fue capaz de levantar barricadas y resistir durante 12 horas dentro de la fábrica pese a la dureza de las cargas policiacas. Esta heroica gesta que costó la vida de un obrero significaba el enfrentamiento de la fuerza criminal de las armas capitalistas contra el ansia de vida y libertad de una clase y un pueblo que no está dispuesto a renunciar a escribir en la Historia páginas de progreso y libertad.

Después de este episodio, la SEAT siguió en lucha durante 15 días. Y 100 000 obreros se solidarizaron en Cataluña con esta lucha. Las manifestaciones fueron continuas, y la solidaridad de clase se manifestó de una manera desbordante y generosa. Fue la señal para que otras fábricas se lanzaran a la lucha y así se sucedieron las de Roca (5 000 obreros), Josa (800), New Pool (250), Papelera Española (500), Autobuses de Barcelona, etc.

La lucha de la SEAT y las que le siguieron demostraron que era falsa la afirmación del reformismo de que el proletariado español no estaba en condiciones de asumir directamente la lucha por el socialismo. La lucha por el socialismo se acepta no sólo porque se ve la necesidad de movilizarse en torno a tal o cual objetivo definitivamente socialista, sino porque los métodos de lucha bajo los cuales se desenvuelve ésta son objetivamente anticapitalistas. La clase obrera demostró la posibilidad y la viabilidad de utilizar la violencia de masas contra la represión y por sus objetivos de clase. Esta era la expresión más clara del contenido revolucionario de la lucha proletaria que se estaba desarrollando.

El reformismo fue desbordado por doquier. En SEAT tuvieron el honor de iniciar la lucha, pero también tuvieron que enfrentarse con la vergüenza de intentar frenar el enfrentamiento violento con la policía. Las masas les desbordaron. Esto no quiere decir que, en pleno fragor del combate, los militantes del PCE no lucharan violentamente como el que más, sino que estuvieron muy lejos de asumir el papel de vanguardia de la acción de masas.

Otro tanto pasaría en Josa donde el papel del PCE todavía fue más triste y lamentable: denunciadores de los llamados izquierdistas

que fueron los que dirigieron de hecho la lucha. El juicio contra los despedidos de Josa es una demostración viva de cómo unos miembros del PCE habían pedido a través del Jurado de empresa el despido del principal dirigente izquierdista, un hermano de clase. Esto no quiere decir que entre los militantes de base del PCE no exista mucho elemento revolucionario, pero también quiere decir que hay mucho elemento sindicalista y reformista, porque el PCE no se apoya en los obreros más avanzados sino en los sectores más atrasados de la clase obrera.

SEAT nos hizo descubrir a todos que el problema real era que la vanguardia no había sido capaz de calibrar el nivel de combatividad de las masas, que habíamos caído en el error de medir la conciencia de las masas a través de la expresión media de las luchas más rutinarias.

En la superestructura política se empezaba a perfilar una tendencia al endurecimiento que encajaba en la situación de crisis mundial, un endurecimiento autoritario de las formas políticas. El despido masivo y las consabidas detenciones policíacas era la respuesta patronal a las luchas proletarias. La burguesía era consciente de que no bastaba reprimir a la vanguardia, y que para conseguir frenar el ascenso de la lucha de masas había que pasar a otras formas más duras y amplias que hicieran comprender a las masas que la situación de tolerancia característica de los años 1962-1968 había terminado, y tenía que preparar el aparato represivo para ello.

Ante esta nueva situación, podían tomarse dos actitudes. Una era seguir con los métodos abiertos, legalistas y pacíficos de lucha, con lo cual, además de limar la agresividad de las masas, la único que se conseguía era llevarlas al desaliento, ya que por aquellos senderos las masas nunca iban a solucionar sus necesidades más elementales, y aplazar indefinidamente la creación de condiciones para las batallas futuras que han de llevar al socialismo. La otra alternativa era intentar generalizar la ruptura de las masas con los métodos de lucha burgueses (medios legales, vías pacíficas, etc.) mediante la inserción en la orden del día de la violencia de las masas y de la utilización de formas de acción que las lleva-

rán a descubrir el carácter de lucha de clases violenta del proceso que tiene que conducir las a su emancipación total.

En la estructura de las organizaciones obreras, las CC.OO del Partido Comunista se rehicieron definitivamente, aunque nunca lograrían el peso hegemónico anterior a 1966.

Plataformas estuvo ausente en la organización de luchas, pero no sus militantes y la tendencia anticapitalista, adscrita o no a *Plataformas*, estuvo dirigiendo las importantes luchas de Roca, Josa, New Pool. Pero a nivel organizativo, *Plataformas* se distinguió este año por su estancamiento político, no fue capaz de valorar políticamente las luchas y la importancia que tenían y tampoco supo definir una política clara que encabezara la lucha proletaria.

En el terreno organizativo, *Bandera Roja* consiguió absorber a un núcleo de obreros independientes organizados en torno a la revista *Prensa Obrera* (Bajo Llobregat), y crear por primera vez una organización obrera de cierta consideración. En el terreno político, *Bandera Roja* se sitúa en una postura de identificación absoluta con el PCE y de cierto estrechamiento organizativo. Es difícil distinguir en el terreno político las posiciones de cada una de estas dos organizaciones; el revisionismo reformista es la tónica común de ambas. Sus objetivos de lucha son el antifranquismo más un cierto frentepopulismo. Su concepción sobre las CC.OO. es contundente: deben limitarse a ser la oposición de recambio a la CNS y sus objetivos deben ser la lucha económica y el apoyo a la lucha antifranquista para llegar a una República democrática burguesa.

En otros sectores sociales hay que destacar las fuertes luchas del ramo de Sanidad, que este año tuvieron una resonancia enorme, así como las luchas desarrolladas por los sectores de enseñantes, tantos maestros nacionales como profesores de Instituto o profesores no numerarios de la Universidad.

Otro hecho muy importante, fundamentalmente por sus consecuencias, fue la acción desarrollada en la manifestación fantasma organizada por el PC(i), donde se quemó un coche de la policía y dos agentes sufrieron graves quemaduras. Esto intensificó la represión policíaca sobre este grupo que en abril tiene una

caída de más de 20 dirigentes, lo que, unido a la gran caída de principios de 1969, significa un gran descalabro para este grupo que se había ido distinguiendo a lo largo de todo su período de máxima actividad por su presencia violenta en las luchas contra la burguesía. Este ha sido sin duda en Cataluña el grupo más activo, en los últimos años, en lo que a acciones violentas minoritarias se refiere.

En otro terreno de cosas, éste fue el año de las elecciones sindicales, aunque esta vez estuvieron mucho más amañadas que en 1966 y sólo se sometieron a reelección la mitad de los cargos sindicales y esto a través de un mecanismo fraudulento. Pero en esta ocasión el movimiento obrero español acudía a las elecciones de forma muy distinta; ya había habido una larga praxis que nos había ayudado a comprender los errores y los límites de las posibilidades de utilización de la CNS y los cargos sindicales. En una estructura política tan brutalmente totalitaria como la nuestra, las posibilidades legales son forzosamente restringidísimas, y desde el punto de vista de nuestra experiencia resultaba obvio que su utilización, cuando ya habíamos popularizado una organización al margen de esa estructura sindical fascista, no podía conseguir otra cosa que aumentar el confusiónismo en las filas obreras y reforzar la función represiva que la CNS ha jugado y juega en nuestro país.

Es indudable que en 1966, aparte de los motivos políticos con que los distintos partidos participaron en las elecciones sindicales y el papel que atribuían a CC.OO. en la lucha de clases, participar en aquellas elecciones significó sacar a la organización obrera de las catacumbas y darle una tribuna abierta desde la que darse a conocer a todo el proletariado: esto le permitió iniciar un amplio proceso de lucha de masas y de organización. Ahora bien, después de cinco años de experiencias en los que las contradicciones de clase se habían hecho evidentes para las dos clases en lucha y en los que la oligarquía había manifestado su despótica voluntad de no liberalizarse ni una pizca y de reprimir violentamente toda lucha obrera, continuar con una práctica legalista era estimular en las masas ilusiones democráticas y de tránsito pacífico al socia-

lismo, que forzosamente tenían que agotar a las fuerzas en lucha.

La clase obrera había comprobado ampliamente la inviabilidad de transformar a la CNS en un instrumento de lucha; había pagado muy caro esa experiencia, al mismo tiempo que descubría la viabilidad y la eficacia de la lucha al margen de la CNS con resultados muy importantes que, además de permitirle arrancar mejoras inmediatas, desarrollaban su conciencia de clase y la educaban para el violento conflicto político que la lucha por el socialismo implica en nuestro país. Proseguir por más tiempo esta experiencia legalista sólo podía ir desgastando la agresividad de las masas y aumentar su desconfianza respecto a las vanguardias que les propusieran esa política, tanto más si tenemos en cuenta que a lo largo de los años 1969-1970 se habían producido muchas dimisiones de enlaces y jurados cansados de gastarse en un frente sin perspectivas y que quemaba fuerzas inútilmente.

En todo el país se formaron dos grandes bloques: los abstencionistas y los que propugnaban ir a las elecciones. En el segundo bloque estaba el PCE de Carrillo y los sindicalistas de cuño reformista, más *Bandera Roja* que, a última hora, también se decidió por la vía electoral. Frente a ellos, la gran mayoría de grupúsculos, desde los ortodoxos pro-chinos PC(ml) hasta los anarcosindicalistas de GOA. Aunque a nivel nacional no hubo ninguna acción concertada, en todo el país se alcanzó una mayoría abstencionista, expresión clara de la pérdida de peso del reformismo, y del peso real —aunque invertido— de la izquierda anticapitalista, así como del evidente y claro proceso de radicalización experimentado por las masas proletarias.

Esta actitud de acudir o no al voto marcará de forma importante el desarrollo de las futuras luchas proletarias y servirá de elemento de polarización a nivel táctico de los grupos políticos, que ahora contaban con un término diferenciador en el terreno concreto. De ahora en adelante, las diferencias políticas de los distintos grupos tenían una proyección comprensible incluso para las masas menos iniciadas, porque en cada lucha concreta había que tomar inevitablemente posición ante esta cuestión tan importante y decisiva.

El año se cerraba con un crecimiento considerable, tanto cuantitativo como cualitativo, de la lucha proletaria, pero con un estancamiento del crecimiento de las organizaciones de vanguardia, y una falta de clarificación de la línea política que debía presidir su acción.

IX. 1972: año de reagrupación de la izquierda anticapitalista en torno a Plataformas; su extensión a otros lugares del país

No cabe ninguna duda de que 1972 será un año fundamental y que marcará un hito entre una fase y otra de la lucha proletaria. Los años anteriores han sido años de acumulación de experiencias, de ensayos continuados, de acciones que modificaban sustancialmente la lucha de clases. El proletariado se había incorporado masivamente a la lucha de masas utilizando los medios tradicionales (plantes, huelgas, alguna que otra manifestación, etc.), y había ido forjando al calor de la lucha los elementos que han de hacer de sintetizadores de dichas experiencias, *los cuadros proletarios que constituyen el pilar de las organizaciones de lucha*, pero aún no se habían generalizado las huelgas en forma de levantamiento popular con enfrentamiento con la policía.

El Ferrol (Galicia) ha sido el primer lugar donde los obreros, a partir de una huelga que se intentó reprimir brutalmente, plantearon su lucha en la calle, pidieron y consiguieron la solidaridad activa de los trabajadores de las otras fábricas y lograron lanzar a todos los trabajadores de El Ferrol a la calle. En los enfrentamientos con la policía hubo dos muertos y muchos heridos, pero la radicalización de las masas ya era inevitable: se asaltó un cuartel de la policía y se mantuvo la huelga general durante una semana. La burguesía y su Estado franquista respondieron con la militarización de la fábrica bajo la jurisdicción de la Marina.

Pero el ejemplo de esta lucha, que por vez primera saltaba del estrecho marco de la fábrica a la calle, que conseguía la solidaridad activa con las otras fábricas, es una gran victoria que el proletariado se apropia e intenta generalizar. Las vanguardias no supimos estar a la altura de las circunstancias. Reformistas y no

reformistas nos limitamos a realizar manifestaciones de solidaridad. Esta no era la respuesta adecuada; había que generalizar la lucha en las fábricas y fundirla en forma y contenido con aquella que marcaba un camino nuevo.

Al cabo de un mes y medio, Vigo (Galicia) se lanzó a la lucha por una reivindicación planteada en Barreiros (3 000 obreros), que arrastró consigo a todo el proletariado de Vigo. Se volvieron a utilizar las formas de acción de El Ferrol y la lucha se saldó con la victoria. La burguesía se asustó y cedió pensando en sus intereses locales, olvidando que con su concesión estimulaba la lucha proletaria. No sólo se consiguieron todas las reivindicaciones, sino que se logró sacar a los detenidos de las cárceles y comisarías. Fue una gran victoria cuyas consecuencias no se iban a hacer esperar.

Al cabo de tres meses, la hoguera volvió a arder en Vigo. Esta vez era la Citroen Hispania (5 000 obreros). La causa era la solidaridad con unos obreros sancionados. Todo Vigo respondió de nuevo con una lucha generalizada. Esta vez la huelga duró 17 días, era la huelga más importante desde 1939. Pero en esta ocasión la burguesía había aprendido la lección y no estaba dispuesta a tolerar una nueva victoria proletaria. La represión ha sido brutal: 400 obreros despedidos y varias docenas de detenidos. Esta lucha ha tenido, además, el mérito de conseguir que otros sectores sociales se sumaran a la huelga: transportes, estudiantes, maestros, etc. Tampoco en esta ocasión fuimos capaces en el resto del país de generalizar la huelga, y el proletariado de Vigo resistió sólo durante 17 días.

La izquierda no fue capaz de generalizar y organizar a nivel nacional la solidaridad con Vigo, pero los reformistas, con el PCE y *Bandera Roja* a la cabeza, centraron su atención durante aquellos días en una agitación contra los Consejos de guerra que se realizaban contra militantes del FAC, carlistas y del PC(i). Es decir, ponían en primer término los objetivos antirrepresión, que son susceptibles de movilizar a los sectores supuestamente antifranquistas, antes de adoptar decididamente la generalización de la lucha de solidaridad con Vigo. Claro está que haber hecho esto equi-

valdría a reconocer la actualidad permanente de la lucha de clases y el carácter irreconciliable de dicho antagonismo. Era reconocer, también, que el proletariado lucha por sus objetivos propios, la revolución socialista, y no por objetivos democrático burgueses. *Bandera Roja* y el PCE no podían encabezar esta solidaridad generalizada, porque esto significaría romper por la mitad el interclasista Pacto por la Libertad de este último, esa versión moderna y moderada de la política frentepopulista, y consumaron una vez más su traición al proletariado y a la lucha por el comunismo.

La izquierda comunista y anticapitalista había mostrado que no poseía una política precisa y revolucionaria, pero su defecto era por insuficiencia de perspectivas y de desarrollo organizativo.

El ejemplo de estas luchas ha vuelto a estar presente hace escasos días en la lucha desarrollada en el Vallés oriental, en Mollet, Montornés y Montmeló (Barcelona), en las fábricas Starlux, Chapetex y Perimán. Una semana de lucha con ocupación de fábricas, ocupaciones de iglesias y manifestaciones de calle. La dirección más decidida de esta lucha ha estado en manos de *Plataformas* y de militantes independientes. El PCE y *Bandera Roja* han intentado por todos los medios encauzar esta lucha hacia la legalidad sindical, pero la decisión enérgica de la vanguardia anticapitalista ha evitado que en Starlux se consiguiera este fin. Y la empresa todavía sigue en lucha. Esto significa que las luchas de Granada, SEAT, Ferrol y Vigo han marcado su ejemplo en la conciencia de las masas y de los dirigentes que el futuro desarrollará como pilares básicos de la revolución.

Vale la pena hacer un inciso para explicar cuales son en la actualidad los planteamientos ultrarradicales y ultrasectarios de los antiguos grupos que en un apartado anterior señalábamos como « ortodoxos »: me refiero al PC(i) y al PC(1)LP. De una política que colocaba en el primer plano de la actuación teórica y práctica la lucha contra el revisionismo (léase socialfascismo), actitud de que se traducía en la ausencia del trabajo activo en el seno de las masas, se ha pasado al extremo opuesto: ahora defienden una política « entrista y claudicante » cuya consigna máxima es *estar*

donde estén las masas, y, según estos grupos, las masas están en el PCE y en sus CC.OO. Por consiguiente, la política de estos grupos es entrar en las organizaciones reformistas, afirmando de hecho la práctica y la teoría política del reformismo, pero con el « descargo de conciencia » de que su función política es la de « rescatar a las masas del reformismo, del peso burocrático de la dirección revisionista ».

De golpe y porrazo, de un plumazo sin la menor explicación teórica que dé validez científica a este viraje, sin la menor autocritica real, se pasa a defender la postura que hace escaso tiempo se denunciaba como traidora. Y dichos grupos han recurrido a métodos administrativos y burocráticos para explicar este « viraje táctico »: la culpa, han dicho, estaba en algunas tendencias y elementos sectarios » que obligaban al conjunto a una política incorrecta. En fin, el método tradicional de estalinismo acrílico y antimarxista para encontrar en razones ajenas a nosotros (es decir, a nuestros presupuestos ideológico-teóricos) la defensa de una línea política incorrecta.

Estos nuevos « conversos » a la línea de masas han llevado hasta tal punto su claudicación que renuncian incluso a defender los más mínimos y evidentes logros alcanzados por la lucha de masas en los últimos años, renuncian a apoyarse en la práctica más avanzada de las masas, para poder estar presentes en la política práctica que el revisionismo defiende a través de sus CC.OO. reformistas. Esto se traduce en que cuestiones tan elementales de una práctica política de izquierda anticapitalista como son la ruptura con el sistema de Enlaces y Jurados, con la CNS, con los convenios y el pacifismo, quedan relegadas al plano de aspectos propagandísticos y logros para el futuro, dejando de defender a nivel de agitación actual estas consignas. En el terreno de la estrategia general, estos grupos han ido reduciendo hasta tal extremo su programa que la defensa de la revolución socialista como única tarea del periodo revolucionario que se abre ha quedado convertida en una mera cuestión de propaganda general, pues en su práctica política cotidiana (que es donde se debe plasmar continuamente la defensa del desarrollo y construcción de la alternativa de

revolución socialista) la han canjeado por una política que gira en torno al antifranquismo «democratiquero», aunque todo ello vaya revestido de grandes escritos teórico abstractos en los que se pretende demostrar que esta política práctica es la única y verdadera concreción actual de la estrategia de revolución socialista.

Pero no sólo se han contentado con dar un giro de 180°, sino que además se han convertido en el ariete en la lucha contra los «izquierdistas sectarios» que defienden la posibilidad actual de una práctica de masas distinta a la reformista y de la construcción de una Organización de clase anticapitalista al margen del reformismo, basada en los obreros más avanzados salidos de la lucha de masas.

Es una triste paradoja. Al inicio de la ruptura con el reformismo, en el periodo 1968-1969, estos grupos constitufan la ultraizquierda sin ningún tipo de práctica de lucha de masas proletarias, e increpaban con el epíteto de «sindicalistas sin perspectivas políticas» a los grupos obreros que, de una forma empírica, estaban rompiendo con el reformismo, empeñados en traducir esta ruptura no de una manera verbal o de grupúsculo, sino a través de una práctica de lucha de masas anticapitalista. Ahora, que se han pasado al polo opuesto, acusan a estos grupos proletarios, cuyo desarrollo ha ido estrechamente unido a la práctica proletaria de la lucha de masas, de «izquierdistas, sectarios, y de pretender dar a la lucha de masas una línea política maximalista». Todo es posible en el terreno del verbalismo.

Lo que debe tenerse en cuenta a la hora de analizar todos esos enormes bandazos estratégicos (no puramente tácticos, como estos revisionistas disfrazados de izquierdistas pretenden hacernos creer) es el profundo desligamiento que estos grupos «ortodoxos» tienen respecto a la lucha de masas proletaria y respecto a los cuadros obreros forjados en la dirección de su práctica. Este dato no es el único ni el definitivo, pues habríamos de entrar en un análisis profundo de su composición social, sus coordinadas ideológicas, sus imprecisiones políticas en el terreno de la práctica política de la lucha de masas, etc. (y ésto excede los límites de este artículo), pero

creo que debe tenerse en cuenta y muy presente a la hora de intentar comprender los procesos políticos de estos grupos y el valor real de las posiciones que sectariamente y a nivel de elucubración teórica defienden en las «diferentes coyunturas» de su vacilante y oscilante «estrategia política», basada en un desprecio total a incorporar a la construcción de la teoría de la revolución pendiente los datos objetivos y reales que la práctica de la lucha de clases hace aparecer día a día. Se mueven en el terreno del «teoricismo mecanicista» de opciones estratégicas generales, cuya discusión se desenvuelve en los límites de la pura actividad literaria, cosa que le da sus perfiles de política ficción, de literatura abstracta ajena al desarrollo real de la lucha de masas.

Mientras tanto, en *Plataformas* han habido cambios. El núcleo de ORT se escindió de *Plataformas* creando su propia organización. A escala nacional, ORT se ha dividido en dos líneas: los defensores de la democracia popular y los obreristas anarcosindicalistas que huyen de todo trabajo con las demás organizaciones políticas, el antileninismo es su definición. Y el grupo de la fracción *internacionalista* del PC(i) también se ha escindido yendo a fusionarse con el PCE o con *Bandera Roja*.

Actualmente están presentes en Barcelona los siguientes grupos que centran su atención en desarrollar *Plataformas*: UGL, *Acción Comunista*, *Lucha de Clases*, y *Círculos obreros comunistas*.

Ahora bien, *Plataformas* se ha extendido. Hoy existen *Plataformas de Comisiones obreras de Empresa* con un peso real en el Vallés oriental (Barcelona), en Tarragona, en Zaragoza, en Valencia. Es decir, *Plataformas* empieza a ser una realidad a escala nacional, aunque todavía le falte mucho para avanzar. Y el grupo político que más se ha distinguido en el desarrollo de *Plataformas* ha sido *Círculos obreros comunistas*.

Al margen de *Plataformas*, pero también organizaciones obreras de tendencia anticapitalista, existen en el país los *Comités de Fábrica* en Guipúzcoa, *Acción Obrera* en Vitoria y Vizcaya, *Unión de Hermanos Proletarios* en Madrid, CRAS en Asturias, núcleos obreros de Valladolid, Palencia y León en proceso de

clarificación, *Alianza Obrera y Trabajadores Textiles* en Tarrasa (Barcelona). En Vigo, los obreros antiguamente vinculados a las CC.OO. del PCE han roto con esta estructura burocrática.

España es ahora un hervidero de grupos obreros anticapitalistas que están viviendo un proceso de acercamiento para ofrecer una alternativa orgánica y política a nivel nacional que aísle definitivamente al reformismo. La construcción de una organización de clase anticapitalista que vertebrará una auténtica plataforma de lucha por el socialismo en España es una tarea urgente e inaplazable.

Y los obreros anticapitalistas debemos abordar desde ahora esta tarea urgente en todos nuestros proyectos y trabajos. La revolución es un proceso internacional y hay que forjar desde ahora las armas de su desarrollo. Las consignas deben ser claras y la política nacional de los distintos grupos debe integrar un triple frente: *el anticapitalismo, el antimperialismo, el antirreformismo*.

A nivel de superestructura política cabría reseñar algunas cuestiones elementales que enmarcan la actual situación. El año 1972 ha sido el de mayor desarrollo económico de la última década. El proceso de acumulación de capital que la oligarquía española necesita llevar hacia delante ha vivido una etapa de expansión acelerada. Se han mantenido unos niveles de consumo a costa de incrementar los factores que han elevado la producción nacional (incremento de productividad, aumento de horas extras, etc.) base de la reconversión que el aparato español necesita para acercarse a los márgenes de competitividad que su entrada en los mercados mundiales exige inapelablemente. Todo este proceso básicamente inflacionista e históricamente coyuntural ha estado presidido en el terreno político por un proceso de « involución » (en el supuesto de que en España se pueda hablar en serio de que alguna vez ha habido « liberalización política »). Esta « involución política » se ha concretado en un endurecimiento de la represión a todos los niveles de la oposición, pero, en primer lugar y con criminal dureza, contra el proletariado y sus organizaciones de vanguardia. De todas maneras, la represión

ha alcanzado (aunque con dureza distinta) a toda la amplia gama de la oposición « antifranquista », desde los « demócratas » organizados ilegalmente hasta la oposición moderada y legal, pasando por una represión dura contra los sectores sociales (Universidad, maestros, Sanidad, intelectuales, curas progresistas, etc.) que se han incorporado de una manera activa a la lucha contra la dictadura capitalista ejercida en su versión política de Estado franquista.

El incremento de la represión ha ido acompañado de un significativo relevo en el aparato del Estado, sustituyendo a los elementos que no ofrecían garantías de « fidelidad absoluta » (a corto plazo) por elementos procedentes de las facciones más fascistas (Vieja guardia falangista, extrema derecha « blaspiñarista », etc.), como expresión clara de la necesidad de mantener un aparato político represivo eficaz a la hora de ejercer la defensa de los intereses de clase del gran capital. Era preciso adecuar el aparato político a las nuevas formas que se avecinan y que ya comienzan a desarrollarse, aunque se ha procurado que el lenguaje oficial no pierda su tono liberalizante para guardar las apariencias antes nuestras relaciones con la Europa de las democracias burguesas y con las exigencias formales (aunque muy débiles) de las relaciones económicas y políticas, acelerándose a pasos agigantados, con el « bloque socialista ».

Esta es a grandes rasgos la situación: desarrollo económico basado en una acumulación de capital que debe realizarse con el pleno mantenimiento de una expansión acelerada, cuyo norte es la integración de España en el capitalismo mundial en condiciones ventajosas para nuestra clase capitalista; involución política concretada en un aumento criminal de la represión y en una fascistización de hecho del aparato político, que formalmente se pretende disimular: potente incremento de las luchas proletarias que van rompiendo progresiva y radicalmente con el reformismo tanto en los métodos de lucha como en los objetivos que dichas luchas pretenden alcanzar.

Hoy, como siempre, la lucha de clases sigue siendo el factor determinante de las transformaciones históricas.

X. Epílogo

La brevedad de este trabajo, y el apresuramiento con que ha sido redactado, me han obligado a limitarme a una sucinta exposición de los hechos ligados al desarrollo orgánico y político de la vida de CC.OO. Evidentemente, quedan muchos aspectos por analizar en detalle: la evolución económica y política de nuestro país, las tendencias políticas presentes en la lucha de clases, los aspectos teóricos sometidos a dura polémica como son el carácter de la revolución, el tipo de partido, etc., pero he creído que no era ésta la finalidad de este documento y he renunciado adrede a su inclusión.

Respecto a la línea política de *Plataformas*, o, por ser más preciso, a la que yo personalmente considero más adecuada en *Plataformas*, hay que decir que está expresada en los distintos números de la revista *Plataformas Vallés Obrero* y en el documento programa firmado por los trabajadores anticapitalistas de Barcelona. A ellos me remito para significar mi identificación política y mi opinión sobre la línea que en la etapa actual debe defender la Organización de clase anticapitalista.

Barcelona, 1 de diciembre de 1972

Editions Ruedo ibérico

Julio Sanz Oller

Entre el fraude y la esperanza

Las Comisiones obreras de Barcelona

Testimonio 3

380 páginas

24 F

INTERCAMBIAMOS Y COMPRAMOS

**toda clase de publicaciones antifranquistas, exiladas
o editadas en España, correspondientes al periodo
1939-1973**

- Colecciones o números sueltos
de periódicos**
- Colecciones o números sueltos
de boletines internos
o destinados al público**
- Folletos**
- Pasquines, hojas, octavillas, etc.**

**El intercambio puede hacerse por el mismo género
de material o por libros de nuestro fondo editorial
o del de las editoriales que distribuimos.**

**Condiciones de intercambio o de compra a discutir
en cada caso.**

**Proponer cita en la administración de
Ediciones Ruedo ibérico**

Ocho notas sobre la política internacional del Partido Comunista de España

El que cuenta al pueblo falsas leyendas revolucionarias, el que lo entretiene con historias, es tan criminal como el geógrafo que trazara mapas equivocados para los navegantes. (Noviembre de 1876. Lissagaray : Historia de la Comuna.)

La reciente celebración del VIII Congreso ha sido el marco utilizado por el Partido Comunista de España [PCE] para presentar un cuadro global de las posiciones del partido en cuestiones internacionales. Ello era imprescindible porque desde el VII Congreso en 1965, se habían dado cambios esenciales en este aspecto de la política. En efecto, a partir de 1968, pasamos de una visión idílica y un aceptamiento incondicional a una crítica sistemática en lo que se refiere a la URSS. De una confianza a prueba de toda duda de que los países no capitalistas no entrarían en relaciones diplomáticas con el franquismo, a una protesta decepcionada por tales reconocimientos. De una aprobación del proyecto de seguridad europea, a un rechazo de las formas en que se realiza. De una apología de la coexistencia pacífica, a una matización de que tal principio no implique el *statu quo*. De un ataque al Mercado Común, a una petición de asociación, bajo formas democráticas burguesas, en nombre de los « intereses de la economía nacional ». Y de calificar el régimen chino como « bonapartista » (S. Carrillo, *Mundo Obrero*, 1965), de comparar a Mao con Hitler (*Mundo Obrero* del mismo año) y de demostrar como el líder chino no es marxista: « Limitémonos a colocar sobre el tapete la cuestión de si las deficiencias de la obra teórica de Mao Tse-tung, incomprensión de algunos momentos decisivos de la dialéctica, tendencia a dogmatizar el marxismo y a despreciar el análisis de las situaciones concretas ;

1 propensión a subestimar los factores objetivos y a exagerar los subjetivos [...] » (M. Azcárate, *Realidad*, n.º 3, octubre de 1964), a considerar a Mao « como lo que fue Lenin para el pueblo ruso » (*China. Informe de lo que hemos visto*, 1972) y a criticar en el mismo informe « a los que dieron la vuelta por el forro a sus argumentos y comenzaron a decir que la ideología de Mao era una ideología pequeñoburguesa, nacionalista, antisoviética y hasta racista ». Los militantes del partido esperábamos un análisis marxista de las razones y hechos que han motivado tales virajes. Así como la exposición de las causas que originaron los antiguos errores. Ni lo uno ni lo otro. Don Manuel Azcárate se limitó a exponer conjuntamente todas las nuevas tesis, privando a la base y cuadros medios de los argumentos que, por ejemplo, le han llevado de la sinofobia a la sinofilia. Mañana, cuando las ovejas vuelvan al redil moscovita, China será de nuevo el blanco de las iras del « ideólogo » de turno. Y es que lo que no existe en la dirección del PCE es una actitud internacionalista proletaria. Sus análisis son de tipo diplomático, buscando el amigo del momento, el país oportuno, para los intereses de la burocracia del aparato. No es casual que nuestros planteamientos internacionales empiecen a cambiar en 1968. El « panzercomunismo » de Breznev, deshace en las calles de Praga las aproximaciones de Carrillo a los capitalistas « antifranquistas ». Este no tiene más remedio que condenar la intervención para no quedar mal. Si el secre-

tario general del partido hubiese podido combinar el sí a los rusos con su invitación a la oposición a bailar una sardana nacional hubiésemos sido los más enérgicos partidarios de los que ocuparon Checoslovaquia. Pero no era posible, y nos convertimos en los más acérrimos defensores de la primavera de Praga. De esta forma nos pusimos al lado de destacados revisionistas checos, que deseaban hacer de este país centroeuropeo una edición sin corregir y aumentada de Yugoslavia. Pues en el proceso de renovación de Checoslovaquia, como en cualquier proceso semejante, dominaba una gran confusión. Desde una justa crítica antiestalinista, se llegaba a diferentes conclusiones, unas revolucionarias, otras socialdemócratas. El mismo Programa de Abril del Partido Comunista checo era una amalgama de este caos teórico político. Y no andaban faltos de razón los dirigentes soviéticos cuando señalaban los peligros de una restauración capitalista. Sólo que el boca de ellos, no era más que un pretexto y que las posibilidades reaccionarias no disminuían sino que aumentaban introduciendo el Pacto de Varsovia. Por ello, la justa condena de la intervención tenía que haber sido completada con una denuncia revolucionaria de parte del programa de Dubchek. Ello no podía hacerse porque nuestros burgueses se hubiesen asustado. Y de esta forma fue soslayado un análisis marxista de los acontecimientos checos. No es aquí y ahora el sitio de hacerlo. Baste indicar que la ausencia de tal trabajo facilitó la operación Líster, maniobra escisionista soviética, pues la postura oficial del partido era tan no revolucionaria como la del general.

A partir de dicho momento, congeladas las relaciones con el PCUS, el aparato inició una búsqueda agobiante de amistad con cuanto partido hubiese chocado con el soviético. Yugoslavos, rumanos, italianos, internacional socialista sin, claro está, detenerse a analizar las razones concretas de cada partido concreto en su no menos concreto enfrentamiento con la URSS. Más abajo nos detendremos un poco en ello. Los restantes cambios vinieron segui-

dos. Como la burocracia española rechazaba los análisis soviéticos sobre Checoslovaquia, los burócratas rusos pensaron que nada obligaba a guardar la solidaridad internacional burocrática y que también tenían derecho a encontrar algunas dudas razonables a los « esquemas de la inmediatez » que cada dos por tres presentaba Carrillo. Y sin pensarlo dos veces iniciaron sus relaciones diplomáticas con la dictadura. Conferencia de Seguridad europea y coexistencia-coesencia eran los dos puntos seguidos del anterior. El repentino sí al Mercado Común viene también condicionado por la necesidad de reforzar la posición de los monopolistas europeos que piden a sus colegas hispanos el guardar las formas. Hoy día la posición más internacionalista, en relación con nuestro país, la mantienen algunos gobiernos europeos, obligados por la opinión pública. Aunque el principal motivo del partido es allanar obstáculos para la realización del tan traído y llevado Pacto. Las *chinoiserías* de finales de 1971 buscan igualmente entablar relaciones con un partido antisoviético. Pero ello es un fracaso. Los hombres de Pekín no tienen ninguna confianza en el equipo dirigente del Partido Comunista hispano. Nuestro coeficiente de credibilidad no va más allá de un cero. Invitados por la puerta trasera (Asociación de la Amistad con los Pueblos extranjeros) no por el partido, recibidos por un miembro del Comité central solamente, no consiguen al final ni un corto comunicado que poder publicar en *Mundo Obrero*. Todo esto es ocultado al militante de base que recibe un informe narrando las delicias del paraíso chino. Pero estos prochinicos de la hora veinticinco, que creen haber encontrado en Pekín la Meca que perdieron en Moscú, son brutalmente llamados a la realidad cuando, el 9 de marzo de 1973, Franco y Mao Tse-tung deciden reconocerse mutuamente. Curiosa trayectoria la de estos dos ancianos que, partiendo de posiciones diametralmente opuestas, deciden entablar relaciones cuando ambos tienen un pie en la tumba, después de haberse ignorado durante toda su existencia.

Tres son los temas fundamentales que aborda Manuel Azcarate en su estudio: diferencias con los partidos comunistas de países no

2 capitalistas, perspectivas de la clase obrera europea y situación del Tercer Mundo. Digamos de antemano que discrepamos tanto del

análisis como de sus conclusiones. Antes de explicar por qué, quisiéramos dejar sentado que, porque creemos en las posibilidades revolucionarias de nuestro país, necesitamos saber guiarnos en el complejo mundo de hoy. Y no es ocultando la realidad como avanzaremos hacia el socialismo.

La contradicción fundamental del capitalismo, sobre la que descansa la posibilidad misma de la revolución proletaria, la que no puede históricamente resolverse más que por el socialismo o la barbarie, es la contradicción entre el desarrollo de las fuerzas productivas y la perpetuación de las relaciones de producción capitalistas, verdadera camisa de fuerza de la humanidad. Se manifiesta en todos los dominios. Una economía regida por las leyes de la competencia, obliga a los capitalistas a acumular capital o desaparecer. Los imperativos de la acumulación implican la intensificación de la explotación obrera, el consumo artificial en detrimento de las necesidades sociales, el financiamiento público de gastos improductivos. La crisis de los sistemas burgueses de educación generan las luchas estudiantiles; la evolución de la división social del trabajo, la integración del trabajo intelectual en las fuerzas productivas, se convierten en nuevos fermentos revolucionarios. La competición desahogada de las diferentes burguesías obliga a cada una de ellas a la concentración de los grandes medios de producción, a la rentabilización de los servicios públicos, a la liqui-

dación rápida de la pequeña burguesía comerciante y campesina. De esta forma, el gran capital sabotea las bases electorales tradicionales del parlamentarismo burgués. Así, las ilusiones de las democracias parlamentarias se difuminan ante un Estado fuerte y policiaco, defensor del más estricto orden capitalista. Sin embargo, este cúmulo de contradicciones no se convierte en explosivo por sí mismo. La burguesía puede alargar su supervivencia si una fuerza revolucionaria no aparece. Y aun, aparecida esta organización revolucionaria, puede sobrevivir si el contexto internacional es hostil a los que «pretenden asaltar el cielo». Los postes de señalización en la ruta de la historia están generalmente escondidos o bien no existen. Sólo aparecen después para los historiadores o críticos retrospectivos. Se señalizan después. Se colocan los discos «atención», «peligro», «disminución de velocidad» o bien «acelerar», cuando el accidente ya se ha producido, cuando el poste ya no sirve para nada o, más bien, cuando sólo puede servir a la memoria social como «lección de la historia». Pero en los últimos tiempos estamos asistiendo a tales mutaciones de la coyuntura internacional que han provocado los suficientes accidentes como para poder señalar un poco la situación general en que vivimos. Para ello no hay más remedio que adoptar una posición de principios, marxista, internacionalista proletaria y partiendo de los intereses revolucionarios del proletariado español.

La Unión Soviética y la China Popular compiten en una gran apuesta: qué política exterior es más contrarrevolucionaria. Desde hace unos años, cada una de estas potencias considera a la otra como su principal enemigo y procura estrechar sus relaciones con los imperialistas norteamericanos. En Europa los soviéticos intentan montar un sistema de seguridad europeo, en el que va implícito un acuerdo de no alterar el *statu quo*, ni siquiera de naciones como Grecia, España y Portugal. Y los chinos dan su apoyo a la Comunidad Económica Europea, tienen un embajador en Bruselas,

3 sostienen la necesidad de un rearme militar antisoviético y llaman a los europeos a no descuidar su vigilancia ante la Unión Soviética. Recientemente Chu-En-Lai aconsejaba al ministro de Asuntos exteriores gallo la conveniencia de que las tropas americanas prosiguiesen en el continente europeo. Es obvio que Pekín y Moscú buscan fines opuestos en relación con la larga línea fronteriza que los divide. Unos persiguen disminuir el número de soldados rusos, otros el aumentarlo. Todo depende de si triunfan o fracasan en Europa los intentos soviéticos de distensión. Con relación a la

Europa oriental ocurre algo parecido. Mientras que el Kremlin intenta reforzar la débil cohesión de su bloque no capitalista, la Ciudad Prohibida alienta cuanto nacionalismo antirruso encuentra. Sin preocuparse gran cosa de criterios ideológicos, apoya a hombres como Tito y Ceaucesco, a los que difícilmente puede ver como revolucionarios. La llegada de embajadores del este europeo y de China a Madrid, está motivada por esta lucha abierta entre la burocracia china y la rusa. Los chinos están bastante interesados en el Mediterráneo, donde sostienen con particular firmeza la necesidad de los países de las dos orillas de expulsar a las flotas yanqui y soviética. En Asia prosigue esta terrible competición. Moscú ensaya igualmente de realizar otro esquema de seguridad asiática, con tal de cercar a la China Popular.

La actitud de unos y otros ante el problema de Bengala es tristemente evidente. Mientras que los soviéticos apoyaban a los imperialistas indios que deseaban invadir el Pakistán oriental antes de que los marxistas bengalíes encabezaran el movimiento de liberación nacional, los chinos negaban el derecho de autodeterminación del pueblo bengalí. En Ceylán ambos rivalizaron en proporcionar medios represivos al gobierno cuando la sublevación juvenil, de carácter marxista, en la primavera de 1971. Radio Pekín hace llamamientos a la rebelión a las nacionalidades de la URSS y Radio Moscú invita a la Mongolia interior a sublevarse contra «el imperialismo chino y a unir su suerte a Mongolia exterior», país satelizado por la Unión Soviética. Las dos asedian al militarismo japonés para obtener una sonrisa de Tokio. En Africa, la dirección soviética mantiene a cuanto reaccionario árabe existe, en nombre de una «vía de desarrollo no capitalsita» tan desacreditada ya que hasta un Manuel Azcárate la critica ligeramente, y que ató las manos a los comunistas sudaneses. Atadura que les llevó a la horca, entre los aplausos de los chinos que felicitaron a Numeyri por haber aplastado el golpe de Estado procomunista. Los tiempos de Lumumba, las declaraciones de Chu-En-Lai hace unos años «existe en Africa una excelente situación revolucionaria» dejan paso libre al abandono de la ayuda económica y militar que proporcionaban a los revolucionarios

de la Unión de los Pueblos del Camerún (UPC) y a los militantes del Frente de Liberación Nacional de Eritrea. La amistad de Haile Selassie, emperador de Etiopía y del presidente reaccionario Abidju bien valen un gesto de cortesía. Sus relaciones con Mobutu, el asesino de Lumumba, son excelentes, al igual que las de la URSS. No queremos alargar la lista de innovaciones en la política exterior de estos dos países. Lo más grave es que China está haciendo, en cierto modo, el juego al imperialismo americano, que pretende que el conflicto chinosoviético sea algo más que una simple discusión. En realidad Nixon pretende lanzar a China contra la Unión Soviética, pues el triángulo que forman estas tres potencias es isósceles. Consciente de ello, los soviéticos han autorizado la inversión americana en Siberia por valor de 45 000 millones de dólares. Con ello quieren interesar al capital norteamericano en la explotación de un territorio que es reclamado por los chinos, a la vez que pone en marcha una serie de investigaciones de los recursos naturales siberianos. La burocracia rusa desea repoblar cuanto antes estas zonas despobladas y acelerar la rusificación de estos pueblos.

Como, por ahora, Pekín no nos da validez y Moscú nos impone condiciones, la dirección del partido se apoya en dos muletas: Rumania y Yugoslavia. Para cualquier simple observador lo primero que destaca es la enorme incoherencia de atacar a la URSS basándose en estos dos países. Rumania desarrolla en la actualidad una política nacionalista burguesa carente de principios revolucionarios. Tomando como pretexto los desmanes soviéticos en el Comecon, persigue salirse de él, a la vez que entra en organismos financieros dominados por el imperialismo norteamericano, como el Fondo Monetario Internacional. Como si esperase que los Estados Unidos fuesen menos brutales que los soviéticos. Son los padrinos de la Conferencia de Seguridad europea (julio de 1966), de las relaciones con el Mercado Común, de los recibimientos entusiastas a Nixon en julio de 1969 en Bucarest. Y es el único país no capitalista que tiene reconocido a Israel y ha acogido triunfalmente al verdugo del pueblo palestino Golda Meier. Téngase en cuenta que el régimen del

general Franco es, en este aspecto, más progresista que Ceaucescu. Son los portavoces de un antisovietismo sin principios y la ayuda que recibimos no es más que el producto de este odio a la Unión Soviética. Puestos a elegir, los revolucionarios, eligen a Breznev antes que al dirigente rumano. No es que el soviético sea revolucionario, ni mucho menos, sino que Bucarest ha ido mucho más lejos que Moscú en el abandono de todo principio revolucionario. Desde luego es intolerable que burócratas como Ceaucescu se parapeten tras el prestigio revolucionario de los comunistas del interior. No todo el sol de Mamaia puede hacer cegar la vista a nuestros dirigentes. Sólo una actitud semejante a la de ellos explica que los rumanos sean hoy —¿por cuánto tiempo?— nuestros principales amigos. Y no hablemos de Yugoslavia. Estimamos que no es necesario explicar lo que es el régimen de Tito. Cualquier parecido con un sistema socialista es pura casualidad. Quien más y quien menos conoce la política exterior yugoslava. Voluntariamente marginados del bloque de países no capitalistas, con actitudes « neutralistas », vendiendo armas a dictadores como Batista, negándoselas a Fidel Castro, etc. También aquí ni todo el sol de Dubrovnik o de todo el Adriático puede hacer olvidar a nuestros dirigentes lo que es Tito.

¿Qué tiene que ver este rápido panorama con la unidad de acción que propone la dirección del PCE? ¿Unidad para qué y con quién? Creer que los Estados no capitalistas van a resolver sus gravísimas diferencias con las exhortaciones morales de los revolucionarios es ser un ingenuo o un cínico. Máxime cuando chinos y rusos tratan de penetrar por todos los medios en los demás partidos comunistas para arrastrarlos a su órbita. No para impulsar ningún proceso revolucionario, sino para contar con una bien remunerada claque que aplauda los virtuosos ejercicios de malabarismo del circo de Moscú y de Pekín. Si ni siquiera han vacilado en realizar escisiones en los partidos obreros, en nombre de sus

intereses nacionales, ¿cómo es posible esperar que de repente se abracen y entonando « El ejército del Ebro » aplasten al imperialismo? El internacionalismo proletario pasa hoy obligatoriamente por la denuncia de las actitudes contrarrevolucionarias de los Estados no capitalistas. La unidad de acción sólo se puede conseguir con los revolucionarios. Nuestros viajeros habituales a estos países deben cambiar los billetes de destino por otros que les lleven allí donde realmente se lucha contra el imperialismo. Peor aún. Ni Moscú ni Pekín están interesados en el desarrollo del movimiento revolucionario en nuestro país, pues ello supondría un grave contratiempo en sus planteamientos políticos, ya que una crisis revolucionaria en España implicaría la ruptura del *statu quo* europeo, tan querido para la URSS y el debilitamiento de la Comunidad Económica Europea, tan deseada por Pekín. A la vez, ambos se enfrentarían al tercer rival: los Estados Unidos. A no ser que claramente desvelaran la esencia reaccionaria de su política exterior, y ello no tendría nada de sorprendente. Ya el imperialismo abandonó en Praga a quienes trabajaban para sus intereses, reconociendo el dominio ruso sobre esta zona territorial. Eligió no tirar de la cuerda, insertarse con prudencia en la crisis del campo no capitalista, apostar sobre el racionalismo reaccionario rumano más que sobre la resistencia checoslovaca. Su propósito no es derribar a la burocracia de estos países, es empujarles poco a poco, y la verdad es que no tienen que hacer grandes esfuerzos, a un compromiso a escala mundial. Hay un acuerdo entre quienes defienden la política de Breznev o de Mao y los que nos proponen treguas, pactos sociales. Aceptar lo uno es aceptar lo otro, lo que supondría una cristalización conservadora de nuestro país. Con la unidad de acción indiscriminada, sin principios, ni iríamos más allá de la internacionalización de la derrota. Pues dejaríamos de lado todas las razones que imposibilitan realmente una unidad revolucionaria.

El reformismo ha entrado en crisis, nos dice Azcárate, y a continuación se vuelca en elogios sobre los partidos socialistas. Los

4 triunfos electorales de estos grupos políticos son presentados como importantes giros a la izquierda y se inicia en el seno del partido una

campaña bajo la consigna: hemos sido muy duros con los socialistas. Algún dirigente llega hasta explicar la valiente actitud de Olof Palme, primer ministro sueco, condenando los bombardeos de Vietnam, basándose en que es socialista. Menos mal que declaraciones anti-comunistas del «nuevo» socialista Pablo Castellano, a la revista *Criba* en noviembre de 1972, frenan un poco este absurdo descubrimiento del PSOE como partido revolucionario. La llegada al poder de los socialistas hace ya bastante tiempo que dejó de tener algún significado revolucionario —Lenin sabía algo de esto— y las actitudes éticas, humanistas, elegantes, del dirigente sueco, aunque muy elogiosas, nada tienen que ver con el marxismo. Que estos socialistas no son más que gestores del capital, y que por lo tanto constituyen una opción política más de la burguesía es el abc del leninismo. Por más que examináramos a los partidos socialistas europeos, no encontraríamos ningún cambio. Ahí está, por ejemplo, la crisis de los « jusos » en el partido de Willy Brandt, el transvase de votos socialistas a candidatos gaullistas en la segunda vuelta de las elecciones francesas, la no condena del imperialismo americano en Vietnam por parte de la II Internacional en su última reunión en París (enero de 1973), la solidaridad con el Estado de Israel, el aplauso sistemático a los revisionistas checos que luchan contra la burocracia buscando una salida capitalista, el antisovietismo burgués, etc.

Por ello nos resulta extraño que S. Carrillo, en el último congreso del Partido Comunista francés, recoja la sugerencia de Marchais y proponga acelerar la unidad de acción con lo que denomina « fuerzas de izquierda en Europa ». Comprendemos que la burocracia tiene poderosas razones económicas para colorear un poco la II Internacional. Pero no seamos más papistas que el papa. No tiñamos de rojo a quienes tienen a duras penas un aspecto vagamente rosáceo (el Partido Socialista francés tiene como emblema una rosa). La crisis del revisionismo es evidente. El desarrollo capitalista no es ninguna panacea. Si resuelve algunos problemas, deja intactos muchos otros y crea nuevas contradicciones. El desasosiego e inquietud cunden entre las masas. Hay una vaga aspiración a cambiar de

vida. Las bases sociales de los sindicatos y partidos clásicos de izquierda no obedecen a sus aparatos, proliferan las huelgas salvajes, etc. Pero, políticamente, donde está germinándose no es en el seno de los partidos socialistas, sino en el interior de lo que en la literatura oficial denominamos partidos hermanos. El viejo papel de los grandes partidos socialdemócratas ha sido siendo lentamente ocupado por los partidos comunistas desde que acabó la segunda guerra mundial. De hecho, la principal estrategia reformista en Europa, en nuestros tiempos, ha sido elaborada por el Partido Comunista francés y por el Partido Comunista italiano. Lo nuevo en estos momentos es que tanto en un partido como en otro, desde dentro y desde fuera, núcleos bolcheviques contestan esta ausencia de una clara estrategia revolucionaria. La vieja lucha de Lenin en el interior de la socialdemocracia vuelve a ser vivida por múltiples militantes, en distintos idiomas y diferentes países. En peores condiciones, sin embargo, pues tienen que hacer frente a una estructura estalinista, con una gran capacidad de represión. Esta es la crisis del reformismo, que acabará creando nuevas organizaciones revolucionarias en el continente europeo. Esto es lo que no quiere ver la dirección de nuestro partido. No se trata de apoyar a tal o cual grupúsculo, a este grupo o al de más allá, sino de hacer frente a nuestra responsabilidad interviniendo en el análisis, crítica y autocrítica, que desde diferentes perspectivas se realiza en los medios comunistas revolucionarios. Mientras no lo hagamos, aparte de no cumplir con el internacionalismo proletario, seremos cómplices de quienes hace treinta años alimentan la pasividad del proletariado europeo. Alguien ha dicho, con acierto, que estos partidos haciendo la política de la miseria se han transformado en miseria política, que como la religión, según Marx, es de una parte expresión de la miseria real y, de otra, protesta contra la miseria real.

Por razones geográficas, nuestro « primer hermano » es el partido francés. No vamos a hacer la historia de nuestras relaciones. Pero un síntoma más de la involución que registra el PCE, desde el VIII Congreso, es el mejoramiento de los « lazos fraternales ». A punto

de romperse, después de mayo de 1968, cuando desde todos los ángulos del partido se sermoneaba al PCF por su actitud contrarrevolucionaria, han vuelto a solidificarse después del último congreso francés, donde Carrillo fue uno de los pocos representantes extranjeros que pudieron hablar. *Sotto voce* se explica que ello se debe a razones contantes y sonantes, pues aún existe una cierta vergüenza en la dirección de aparecer ante los militantes del interior en compañía de los verdugos de mayo. No hace mucho, en uno de los últimos números de *Revolución y Cultura* (hablamos de la no domesticada, es decir, de la de la redacción anterior a mayo de 1972), aparecía un artículo sobre el PCF, del que entresacamos algunos párrafos.

« En efecto, el trabajo de preparación de la clase obrera por parte del PC está considerablemente adelantado. Pero, por eso mismo, se va acercando el problema del salto cualitativo. En estas condiciones, es poco convincente ver en la amenaza de la guerra civil un mero « espantajo ». Es inverosímil que la gran burguesía vea madurar las condiciones de un poder popular con dirección obrera y no reaccione con la utilización de sus medios militares. El análisis de W. Rochet es una versión del mejor estudio de las experiencias estalinistas. Pero todo ello no resuelve la cuestión del cambio cualitativo del poder. La adquisición por parte de la clase obrera del poder necesario para implantar la democracia avanzada. Ante ello la burguesía recurriría no a una guerra civil de espantajo, sino a una guerra civil verdadera. » (*Revolución y Cultura*, verano de 1971.)

El grado de razón que tiene el autor de dicho trabajo (por algo fueron nombrados en *Revolución y Cultura* comisarios políticos, como recientemente ha hecho Franco con *La Vanguardia e Informaciones*), se ha visto en las recientes elecciones francesas. Dejando de lado el programa común, la alianza con Mitterrand, que es mucho dejar, hemos tenido ocasión de ver como el PC ha rehusado movilizar y organizar a los trabajadores por el temor de que una dinámica de lucha no plantee transformaciones sociales que vayan más lejos del « programa común ». Con lo que desarmaba a la clase obrera en caso de una victoria. La

burguesía no estaba dispuesta a aceptar una mayoría parlamentaria de izquierda y claramente lo había dicho: « Que no cuenten conmigo para llevar a Francia hacia el caos », afirmó Pompidou en su conferencia del 9 de febrero. Sin embargo, la estrategia de la unión de la izquierda no preparaba a la clase obrera a un enfrentamiento con el aparato estatal, en caso de triunfo. ¿ Cómo podía hacerlo cuando el PC declaraba que no saldría de la legalidad, que aceptaría la dualidad de poder ? Peor aún. Rehusando crear desde la base comités comunes, frenando toda movilización que « perturbaría las elecciones y el desarrollo de la campaña electoral » (Seguy), el PC conducía a los trabajadores a una batalla sin darles los medios de vencer, sino solamente los de resistir. Capitulando ante la pequeña y media burguesía, con la esperanza de atraer algunos miles de votos, paralizando el movimiento de masas, dejaban a la burguesía dueña del terreno. Pretendiendo dirigir a la clase obrera, no es al socialismo donde la llevan, sino a la derrota permanente o a la aventura. Pero eso sí, ellos son « revolucionarios en el buen sentido de la palabra ». Con ironía preguntaba el autor del citado artículo cuál era el mal sentido de la palabra revolucionario.

Treinta años votando con el mismo número de votos estancado. Y como perspectiva revolucionaria, más votaciones. Ya hablan de la campaña presidencial de 1976. Después hablarán de las legislativas de 1978. En estos próximos cinco años, además de esas dos grandes fiestas electorales, hay dos elecciones al senado, dos elecciones cantonales y elecciones municipales. El que no se divierte es porque no quiere. Para estos « buenos revolucionarios » la revolución es una mercancía que se compra y se vende, circula según las leyes habituales del sistema. Todo es puro *marketing*, cómo lanzarla al mercado. Luego, ante el fracaso, como excusa, se vuelve a repetir lo del sistema electoral injusto. Como si no lo supieron desde hace tres decenas de años. La única fuerza que le queda al Partido Comunista francés es la económica. Sus raíces en la realidad capitalista son ya su único resorte ideológico. No nos referimos a sus negocios import/export, nada desdeñables, sino a su enorme infraestructura sindical, a sus municipi-

palidades, a sus campos de vacaciones, sus clubs, sus HLM, sus fiestas, bailes populares, etc. El Partido Comunista italiano no va a la zaga, pues administra incluso regiones. Su única diferencia con el francés es que disfruta de una estructura menos rígida, más flexible, por lo que sus militantes pueden moverse con más soltura. Pero ello, aunque facilita la lucha contra el revisionismo, no indica más que el hecho de que su organización está más acorde con el carácter revisionista de su política. Pero tal aire liberal está en retroceso, como demuestra la expulsión del grupo de *Il Manifesto*. El resto de los partidos europeos son unos cerros a la izquierda. Pequeñas sectas donde conviven viejos estalinistas y jóvenes socialdemócratas. Alguno, como el británico, ni siquiera mantiene una actitud marxista ante un problema como el de Irlanda. Caso aparte son los partidos de Grecia y Portugal, donde por no darse las suficientes condiciones objetivas, el reformismo de la dirección ha llevado al partido a una crisis general, donde los exilados han seguido con los viejos planteamientos revisionistas y los militantes del interior prosiguen su lucha buscando nuevos cauces. Cómico sería, si no fuese por los temas que se tocan, ver a un Alvaro Cunhal, secretario del Partido Comunista portugués del exilio, seguir hablando de la insurrección nacional después de cuarenta y tantos años de salazarismo. En Grecia ha ocurrido algo parecido, aunque con diferentes características. Más abajo nos extenderemos en el fenómeno griego por cuanto comporta algunas enseñanzas para los comunistas españoles.

Dentro de este panorama, no es nada extraño el retraso de la clase obrera en orden a elaborar política y teóricamente la coordinación de sus luchas a nivel europeo. Pero cuando Azcárate lo señala —por cierto, su planteamiento del Mercado Común es muy diferente del que hace Juan Gómez—, olvida indicar la principal causa. Y es que cuando a escala nacional están comenzándose a reconstruir, muy lentamente vanguardias marxistas-leninistas, es imposible que existan a nivel europeo. Los Estados Unidos Socialistas de Europa constituyen la única solución de intercambio realista frente a todas las tentativas de resolver la crisis del capitalismo europeo

sin destruir el modo de producción capitalista. La internacionalización del capital exige un aumento de los lazos, de la colaboración y de la coordinación de las luchas obreras de los diferentes países europeos trabajando para las mismas sociedades multinacionales. Pero esta tendencia no podrá dar sus frutos más que si la lucha es elevada a un nivel anticapitalista. Si no, no se irá más lejos de una cooperación sindical, espontánea, limitada, que no beneficiará más que a los capitalistas. Pero para dicha elevación son necesarios partidos revolucionarios. No se trata de contraponer una inicial coordinación a la construcción de partidos revolucionarios, sino de combinar ambas tareas. De ahí que nuestro silencio ante la situación de partidos que están hundidos hasta el cuello « en la charca del oportunismo », no contribuye en nada a esclarecer la situación. Y mucho menos la actitud oficial del PCE que que no es la de toda su dirección de solicitar la asociación de España en el Mercado Común « en nombre de los intereses de la economía nacional ». Ninguna consideración táctica justifica tal actitud. Afortunadamente en el interior han surgido miles de voces en contra de tal abandono de una posición revolucionaria ante los problemas de una Europa Unida. Unos matizando, otros negando, los terceros absteniéndose y los demás planteando que la entrada en el Mercado Común no es un problema que afecte a los trabajadores, han puesto los puntos marxistas en las fes revisionistas de tal declaración. Quizás la postura que mejor sintetiza la opinión del proletariado español haya sido la de Julián Ariza, que en unas declaraciones a *El Ciervo*, en el n.º 227 correspondiente a enero de 1973, declara: « No es extraño que abunden entre nosotros los que ven con indiferencia y hasta con desdén el tema del ingreso o no ingreso en el Mercado Común, pues lo toman o consideran un problema que no concierne a los trabajadores. Si el ingreso supone una puesta al día, a nivel europeo, una posibilidad de dejar sentir más eficazmente nuestra presencia, yo lo consideraría como positivo, aunque sin considerarlo una panacea. »

Todo esto después de haber denunciado lo que significa económica y políticamente para los trabajadores el Mercado Común. Bastante dife-

rencia con la opinión oficial del PCE que considera conveniente la asociación con el Mercado Común en razón de los intereses de la economía nacional, previa libertad política. Ver algo posiblemente positivo en un conjunto negativo, no es lo mismo que estimar positivo lo que es negativo. Pues no se rechaza la asociación porque sea negativa, sino porque se realiza bajo ciertas formas. Ocurre lo mismo con la Conferencia de Seguridad europea. Se rechaza por la forma en que se realiza. Es realmente absurdo pedir al imperialismo europeo y a la burocracia que se reúnan para tener en cuenta los intereses de los pueblos. La forma en que se está llevando a cabo es la única forma posible para un contenido tan reaccionario. En Helsinki se está gestando un pacto que garantiza por largo tiempo el *statu quo* territorial y político de las dos Europas. La Unión Soviética propone el reconocimiento definitivo de que la Europa del este es una zona de influencia rusa, a cambio de reconocer ella la realidad de la Europa occidental. Es una reunión contra los pueblos europeos. Medítese su gravedad cuando nos fijamos en que desde hace ciento cincuenta y ocho años, no se había registrado ninguna conferencia de todos los gobiernos europeos. El antecedente histórico de Helsinki es el Congreso de Viena de 1815, tras la derrota de Napoleón. Lo que desean todos sus participantes es una Santa Alianza política que impida cualquier estallido revolucionario en el occidente o en el oriente europeo. La Conferencia debe ser condenada, no sólo porque participe Franco —es lógica y coherente su participación—, sino porque

supone un intento de congelar la lucha del proletariado europeo. Es necesario, como se hace en el informe presentado, plantear tácticamente una unidad con las izquierdas burguesas para asuntos concretos, pero es mucho más urgente colocar en primer plano la reconstitución teórica y práctica de una vanguardia revolucionaria en Europa. No se trata de dar lecciones a nadie —por otra parte muy pocas podemos dar— sino de separarnos de quienes están integrados en el sistema capitalista. La situación objetiva de nuestro país genera un comunista revolucionario que nada tiene que ver con el comunista legal que pulula por las capitales europeas. Nuestro deber revolucionario es denunciar a quienes dejaron de plantearse la revolución como algo concreto, como primer plano para cohesionar a nivel europeo la lucha revolucionaria del proletariado desde perspectivas marxistas. Todo lo demás es reducir el internacionalismo a unas cuantas frases sin contenido alguno. ¿De qué vale proclamar, como se hace, «nuestra solidaridad con el movimiento de liberación de Irlanda del Norte, donde católicos y marxistas luchan hombro con hombro contra el brutal imperialismo inglés», sin mencionar la actitud colonialista del Partido Comunista británico? ¿Dónde está el internacionalismo proletario?, se preguntaba *Hora de Madrid*, órgano del Comité de Madrid del PCE, cuando el asesinato de Londonderry en febrero de 1972. Ligera crítica que junto con otros planteamientos críticos en cuestiones de línea ha provocado el cierre de dicho periódico.

«Nixon —escribe M. Azcárate— está realizando un esfuerzo para conservar las posiciones del imperialismo en el sureste de Asia, para mantener en Saigón a la banda corrompida y traidora de Thieu.» Seis meses después se firman los acuerdos de París y el dictador survietnamita sigue en su puesto. Sin embargo *Mundo Obrero* lanza las campanas al vuelo y publica un comunicado triunfalista. No vamos nosotros a ser los que neguemos el triunfo del pueblo vietnamita, si tenemos en cuenta las circunstancias internacionales anteriormente mencionadas. De no ser así no entendemos

5

como se puede hablar de victoria del FLN, porque los acuerdos firmados es lo máximo que se puede sacar en una situación mundial donde reina un global entendimiento ruso-chino-americano. Si no se está de acuerdo con esta opinión, es una incoherencia total considerar un éxito la permanencia en Saigón de «Thieu y sus policías torturadores, que se han cubierto de oprobio al servicio de sus amos», como decía Santiago Carrillo en el Congreso. ¿Cómo desconocer que en los acuerdos firmados hay varios puntos oscuros, debido en parte a la presión política y militar sufrida por

los representantes del GPR y de la RDV? No sólo que Van Thieu sigue en el poder, sino que ha recibido ayuda militar y policiaca y mantiene, hasta no se sabe cuándo, cerca de 300 000 presos políticos. Más aún, los americanos retroceden sólo unos kilómetros, manteniendo alrededor de Vietnam un ejército de 100 000 hombres. Prosigue la intervención en Laos y Camboya. Los cuarteles militares norteamericanos están siendo transformados en consulados civiles y miles de especialistas policiacos son disfrazados de técnicos para la reconstrucción de Vietnam. Quedan por celebrar las elecciones, pero recordemos que la última guerra comenzó por no querer realizarlas y que no está nada claro que se vayan a celebrar. Cuando los imperialistas violaron los acuerdos de 1954 en Ginebra, al pueblo vietnamita le costó sangre, sudor y lágrimas recibir ayuda del mundo no capitalista. Hasta 1965, la URSS la proporcionó a cuentagotas, porque el Kremlin pensaba que el norte debía vencer al sur mediante una competición económica. El exdirigente italiano del Partido Comunista, hoy en la dirección de *Il Manifesto*, Aldo Natoli, ha escrito páginas bastante interesantes sobre esta cuestión. Y eso que aún estaba dando sus últimos coletazos la guerra fría. La única garantía que hoy tiene el GPR es la ayuda y apoyo que quieren prestar la China Popular y la URSS. No es para hacerse muchas ilusiones. La guerra del Vietnam ha acabado en el momento en que estas dos grandes potencias, junto con la americana, han estado de acuerdo en suprimir, de la forma que sea, el molesto problema vietnamita en sus cada vez más amistosas relaciones. Los imperialistas desean acabarla para eliminar el único punto donde rusos y chinos se entienden en cierto grado; los soviéticos porque también es su único punto de fricción con los Estados Unidos y los chinos porque al acabar la guerra Pekín no se ve cercado por el norte y por el sur a la vez. De esta forma puede concentrar su atención en la frontera con Rusia. Menos de un año después de la visita de Nixon a Moscú y Pekín acaba la guerra. No es pura coincidencia. El anuncio, el 18 de julio de 1971, del viaje de Nixon a Pekín, quebró totalmente la ofensiva diplomática que el GPR había lanzado quince días antes publicando sus siete

puntos. El mantenimiento del viaje a Moscú paralizó el movimiento antiguerra en los Estados Unidos, en pleno bombardeo de Hanoi y Haiphong. Los gobiernos soviético y chino, en nombre de una defensa burocrática de intereses nacionales, han aceptado acentuar el aislamiento internacional de la revolución indochina. La situación es confusa y lógicamente parece haberse roto la homogeneidad de la dirección vietnamita, tanto en el norte como en el sur. El periódico *Le Monde* informaba en el mes de diciembre de 1972 sobre las graves divergencias en el GPR y el 17 de marzo de este año hablaba de divergencias en el seno del Politburó de Hanoi. Hoy, más que nunca, urge reforzar la solidaridad activa con los vietnamitas. Si no lo hacemos, soviéticos y chinos acabarán por desentenderse completamente de las violaciones imperialistas de los acuerdos de París. Acuerdos que recuerdan y destacan la soledad del Vietnam. Ninguna potencia del mundo ha querido intimidar a Nixon. La abdicación ante este asesino costará tan cara como los acuerdos de Munich en 1938. Los imperialistas dejan en mano de Thieu la cuarta flota aérea del mundo, fuerzas de intervención intactas en Tailandia, y los suficientes policías encargados de poner en marcha la nueva paz americana, que consiste en proseguir la guerra con armas económicas y policiacas, sin comprometer en el conflicto la vida de un solo americano. Nosotros confiamos en que el espíritu democrático y revolucionario del pueblo vietnamita recurrirá de nuevo a la violencia revolucionaria si el proceso electoral es aplazado o falseado. Pues el objetivo del GPR no era sólo la salida del ejército norteamericano sino la conquista del poder político por parte del pueblo vietnamita. Para conseguirlo chocan no sólo contra el imperialismo sino contra las presiones «fraternales» de chinos y rusos. Chinos y yugoslavos lograron romper los acuerdos de Yalta. El pueblo vietnamita puede deshacer con su lucha los tratados ruso-chino-americanos. Infinidad de veces hemos dicho que el Vietnam era un test para averiguar si era posible derrotar al imperialismo. La RDV y el GPR lo han mostrado positivamente. Si aún no han logrado plenamente sus objetivos es que Nixon ha encontrado aliados donde menos se

señala. La formación de un gobierno democrático en Vietnam del Sur y la reunificación del Vietnam serán un gran triunfo de los pueblos frente a las tres grandes potencias. Si en estas dramáticas circunstancias la responsabilidad del pueblo vietnamita es enorme, mucho más es la de los que autocalificándose de comunistas nos hacemos cómplices de la política exterior china o soviética. Sobre la península indochina se intenta correr un velo y la solidaridad revolucionaria, el internacionalismo proletario, deben impedirlo. De no conseguirlo, lo ocurrido hoy en Vietnam valdrá mañana para Europa. Futuras conferencias fortalecerán el *statu quo* territorial, político e ideológico. La paz y la seguridad habrán ganado. Pero los pueblos, la clase obrera, el movimiento revolucionario, la larga marcha hacia el socialismo, habrán perdido. Vietnam es hoy un conejo de indias, en el que la diplomacia de los supergrandes prueba su grado de presión, su fortaleza, para obtener concesiones de los revolucionarios. Menos parloteo sobre la lucha vietnamita y más denuncias concretas de los peligros que acechan a estos combatientes. Por no depender, en el pleno sentido de la palabra, de China y la Unión Soviética, nosotros tenemos libertad de expresión para decir lo que otros quisieran. Sólo los intereses de nuestra burocracia, sus múltiples lazos con la URSS, en nombre del internacionalismo burocrático, hacen que entonemos la versión moscovita del triunfo.

Hay un pueblo que ya conoce el significado de acuerdos rusoamericanos: el palestino. En el congreso se ha dicho que somos solidarios de su lucha (M. Azcárate) y que «esperamos la solución del conflicto del Cercano Oriente como confirmación de las corrientes favorables a la distensión y coexistencia» (S. Carrillo). Nos gustaría que se nos explicara la contradicción entre estas dos afirmaciones. Si estamos con los palestinos es imposible apoyar el Plan Rogers, que es el que está en marcha para solucionar lo que Carrillo llama el conflicto del Cercano Oriente. Ninguna organización palestina ha apoyado dicho proyecto. ¿En qué queda nuestra solidaridad? Por un lado contentamos verbalmente a los

oprimidos y por el otro apoyamos el plan de los opresores, porque los rusos lo copatrocinan. Es curioso señalar que cuando la acción del comando fedayin en Munich, tuvimos simultáneamente tres posturas. Radio España Independiente condenó tajantemente a los palestinos. *Mundo Obrero*, que deploraba pero comprendía lo ocurrido y *Hora de Madrid* que, sin entrar a juzgar la idoneidad o no idoneidad del tipo de lucha, defendía al comando de Septiembre Negro. No era coincidencia que la Radio diera una opinión semejante a la de los rumanos, que *Mundo Obrero* casi calcara la de *L'Humanité* y que *Hora de Madrid* recogiera la opinión de los militantes del interior. ¿Cuántos partidos existen en el seno del PCE? Una vez más, es imposible decir que estamos al lado de los palestinos si no condenamos a la Unión Soviética. No es monomanía antisoviética. El pueblo palestino es el que lucha en estos momentos en peores condiciones. Expulsados de su país, la lucha guerrillera en el interior de Israel es fácilmente ahogada —para que un pez nade en el agua, según la formulación de Mao sobre las guerrillas, es imprescindible que el lago no esté seco—, confinados en campos de refugiados, asesinados en Jordania, convidados de piedra del Plan Rogers, abandonados por la URSS, sin perspectiva alguna, sus acciones reflejan la desesperación en la que se encuentran. ¿Cuántas manifestaciones o actos de solidaridad con los palestinos se han celebrado en el mundo occidental o en el mundo no capitalista desde 1948? Cuatro líneas dedica Azcárate a este problema. Y es lógico, porque lo que intenta eludir es un auténtico análisis revolucionario de esta cuestión, que le llevaría a conclusiones antisoviéticas. ¿Cuál es la responsabilidad, en breves líneas, de la URSS, en este conflicto?

Con el fin de poder utilizar el Estado de Israel contra el imperialismo británico, ayudó a una nueva usurpación imperialista sobre el territorio de un pueblo colonizado: Palestina. En 1947, la URSS y las democracias populares votaron en favor de la creación del primer Estado hebreo. Para las masas árabes, la aceptación de las decisiones de la ONU hubiese significado la rendición sin condicio-

nes frente a un dictado de Europa, del mismo tipo que la capitulación de reyes negros o amarillos durante el siglo XIX, frente a los cañones que apuntaban a sus palacios. Europa había enviado colectivamente colonos hebreos que tenían por objetivo apoderarse de una parte del territorio palestino. Durante el periodo en que la reacción indígena hubiese podido fácilmente expulsar a estos colonos, esta reacción había sido detenida por la policía y las fuerzas británicas. Los árabes habían sido desarmados moralmente por falsas afirmaciones de que no se trataba más que de la implantación de desdichados e inofensivos judíos destinados a permanecer como minoría. Y posteriormente, en el momento en que su fuerza colectiva lentamente constituida se manifestaba, el mundo europeo-americano, unido a pesar de sus divergencias internas, desde la URSS a los Estados Unidos ultracapitalistas, impusieron la aceptación del hecho consumado. Para los nacionalistas árabes, la liquidación de la segunda guerra mundial repetía amargamente los engaños de la primera. Como entonces, las promesas hechas para obtener su apoyo o, al menos, su neutralidad, eran traicionadas una vez conseguido el resultado apetecido. Los años pasaron. Israel fue mostrándose cada vez más reaccionaria —recuérdese su participación en la invasión de Egipto con fuerzas anglo-francesas, cuando la nacionalización del canal de Suez—, la política soviética en Oriente Medio, cosechando fracaso tras fracaso, atenta sólo a tener influencia en este o aquel gobierno, poder utilizar tal o cual puerto. La guerra de los siete días vino a dar nuevo impulso a la resistencia palestina. Molesta para los gobiernos reaccionarios árabes, para Israel, Estados Unidos y la URSS —el Partido Comunista jordano no aprobó la lucha armada palestina hasta junio de 1970 y volvió a condenarla tres meses más tarde— el Plan Rogers, aprobado por el mundo no capitalista, es la sentencia mortal para los palestinos. De llevarlos al paredón se encargan los israelitas y los beduinos de Hussein, que en septiembre de 1970 asesinan a más de 20 000 en Jordania.

Siria quiso ayudar a los resistentes y se vio presionada por la Unión Soviética para que se mantuviera al margen. Y aún hoy día la URSS

sigue defendiendo la existencia del Estado de Israel, cuando los palestinos se pronuncian por su destrucción, sin que ello implique la expulsión de los judíos, sino su integración en un Estado de Palestina, independiente, multinacional, multirracial, democrático y laico. Recientemente, el gobierno soviético ha autorizado la libre salida de judíos hacia Israel, que irán a poblar los territorios ocupados. Esta medida ha sido tomada a petición de Nixon.

Conviene pues, a la hora de emitir un juicio, tener presentes estos datos. El primer acuerdo rusoamericano posterior a 1954 fue a costa de Palestina. Juntos lograron alejar a los británicos del Oriente Medio y apadrinaron el nacimiento de Israel. Las armas con que los judíos derrotaron a los árabes eran checas, y el primer voto en pro del reconocimiento del Estado de Israel en la ONU fue el de Stalin. ¿Cómo es posible que condenen a las víctimas de aquel despojo los que son responsables de él? ¿No sería más honrada una autocritica y una revisión de su política exterior? Pues a menudo surge la tendencia denunciada por Lenin de «instalarse en la espalda de los demás». La justa causa del pueblo palestino se ha extendido por todo el mundo mahometano. Por vez primera las masas oyen hablar en árabe no literario. Es preciso afirmar con toda claridad que la resistencia palestina apunta directamente al corazón del Estado sionista, pero precisamente por ello, sus enemigos inmediatos son los regímenes reaccionarios que mantienen en el subdesarrollo a los fellaghs. Fuera del gobierno popular del Yemen del Sur, de las experiencias a distinto nivel de Argelia y Libia, los fedayín constituyen la única organización revolucionaria dentro del mundo árabe. Sin embargo su lucha no está vinculada a la del movimiento progresista internacional. Las razones aludidas anteriormente han abierto una grave brecha, que ha provocado el aislamiento y la soledad de los palestinos. Situación que ofrece el peligro, de no ser corregida, de que el movimiento de liberación nacional de Palestina caiga en el antisemitismo, «el socialismo de los locos» según Bebel. Una actitud de solidaridad hacia ellos hará que la energía, moral y combatividad de que hacen gala, no se desperdicie en el socialismo o antimperialismo de los locos.

Aún existen restos coloniales, algunos tan importantes como el Sahara. El informe se pronuncia por su devolución a Marruecos, después de afirmar que nuestro partido ha luchado siempre por la independencia de este país, lo que es radicalmente falso. Existe un artículo de *Revolución y Cultura*, antes de que fuese intervenida (haciendo un inciso recomendamos la lectura de todos sus números, desde otoño de 1969 a la primavera de 1972, y en concreto un trabajo « sobre la democracia politicosocial como forma de la dictadura del proletariado »), en el que se dan algunos datos que por lo menos cuestionan dicha afirmación. Pero no se dedican más de quince líneas a los problemas de España con Marruecos. Del conflicto de aguas jurisdiccionales, no se dice nada, cuando desde 1970 más de cien pesqueros habrían sido apresados por la marina marroquí. Con toda la razón del mundo, para vergüenza nuestra, el diario ABC del 28 de marzo de 1973 publica un editorial atacando las justas reivindicaciones de Marruecos, en el que dice: « Y España, que no tiene oposición interna alguna contra la defensa de los derechos que Marruecos cuestiona, tampoco tiene por qué prescindir de un apoyo popular. »

Por otro lado, se sostiene que « en algunos países del norte de África » hay partidos de peso no existente. ¿ Cuáles ? Y más adelante se califica al Congo —no hay por qué llamarlo Brazzaville, mientras el país vecino se llama, desde antes del Congreso, Zaire— de revolucionario. ¿ Sabe de lo que habla el señor Azcárate ? Igualmente se destaca la gran

identificación con el Partido Comunista de Marruecos. ¿ Con cuál ?, pues existen dos. Uno el oficial, que después de su último congreso lucha por una monarquía democrática, tendencia Alí Yata. Otro clandestino, que dirigido por Abraham Serfati lucha por la república.

Se nos informa de una delegación a un congreso del Partido Comunista de Israel. Y nuestro asombro es enorme. ¿ A cuál de ellos ? Uno es prosoviético, el otro pro Israel, y los dos son colonialistas en relación con el problema palestino.

Defendemos la Unidad Popular de Chile y nos quedamos, una vez más, sin saber qué interpretación hacemos nuestra. Pues para el Partido Comunista chileno, la experiencia no va más allá de un frente populismo anacrónico, defensivo, que dejará el poder de nuevo a un gobierno burgués. Mientras que para el Partido Socialista, no es más que una etapa hacia la revolución socialista. Las características de los socialistas chilenos son originales y únicas, ya que este partido nació de una escisión de izquierda de los comunistas no reformistas que militaban en el Partido Comunista.

No queremos extendernos en más ejemplos. Domina una ambigüedad en todas las partes de este capítulo, coherente con la que domina en todo el documento. Un neutralismo oportunista, un encender una vela a Dios y otra al Diablo, y un profundo desconocimiento de la realidad internacional. En algún momento se dice que « carecemos no sólo de información, sino de camaradas preparados ». Ello es cierto. Pero ahí no reside todo el problema.

El documento adolece, además, de un grave defecto: la unilateralidad. Hay partes válidas que se pierden porque se fundan en verdades incompletas, pues la validez de lo dicho no impide que queden cosas decisivas por decir. Ninguna verdad parcial es dialéctica y ninguna vale como análisis de una situación concreta. Ver sólo la crisis del imperialismo, que es cierta, equivale a cerrar un ojo para no ver la crisis del movimiento revolucionario y socialista. Señalar que el viaje de Nixon a Pekín constituye un fracaso del imperialismo que

6 durante veintitantos años se había negado a reconocer a Mao, es parcialmente exacto, porque deja en el tintero que el cambio de estrategia norteamericana cabalga fundamentalmente sobre las contradicciones y conflictos del mundo no capitalista. Achacar a misteriosas « razones de Estado » la responsabilidad de la política exterior de China y la URSS, es rehusar hacer un análisis marxista del aparato estatal que, en todas circunstancias, no es más que un arma en manos de una clase dominante. Con la misma argumentación podríamos expli-

car los conflictos entre los Estados capitalistas, dejando de lado un análisis de clase. ¿Qué es lo que motiva que abandonemos el marxismo cuando observamos los países no capitalistas? ¿Por qué razones los burgueses no pueden explicar sus guerras con los mismos argumentos que Azcárate utiliza? Cualquier Estado hereda fronteras, estructuras demográficas, económicas, costumbres, tradiciones, odios nacionales, etc. Según el nuevo marxismo de Azcárate el Estado es algo abstracto que está por encima de la lucha de clases y es el origen de los conflictos interestatales.

Para explicar la pluralidad antagónica de modelos no capitalistas, toman una fórmula italiana, unidad en la diversidad, que les permite afirmar su autonomía cara a la Unión Soviética y huir simultáneamente de una crítica radical y marxista sobre dichas experiencias. La unidad en la diversidad parece responder al máximo de realismo, desarrollo desigual de los diferentes movimientos revolucionarios, y desdramatiza al mismo tiempo las divergencias, reduciendo las diversas hipótesis políticas a un puro reflejo de las particularidades locales o nacionales. En resumen no se quiere reconocer que existen formas modernas, bastante extendidas, de revisionismo. Con dicha fórmula, Lenin no habría sido más que un fenómeno específicamente ruso de la II Internacional. El postulado según el cual los partidos comunistas podrían vivir y progresar sin contradicciones ni ruptura, en unidad de acción, corresponde a un esquema idealista. Si cincuenta años de historia no bastasen para demostrarlo, la diáspora actual del movimiento comunista internacional, por sí sola, convierte en ridícula esta tesis: grandes partidos proletarios, hijos de la misma tradición, herederos de grandes revolucionarios, guiados por el « marxismo-leninismo », se combaten encarnizadamente. ¿Desde cuándo un revolucionario va a aceptar el revisionismo como una variedad del marxismo? Por otro lado, es bien extraño que marxistas que ven en las diferencias nacionales una raíz objetiva de las divergencias, consideren como sin importancia o puramente subjetivas los contrastes que reflejan en el interior de cada país, los antagonismos de clase o ideológicos. ¿Un partido nacional estaría menos expuesto que el movi-

miento internacional a la contradicciones que nacen del desarrollo social?

Otra de las razones que motivan este estar con todos los partidos, que de hecho es no estar con nadie, es asegurar a la burguesía antifranquista de que algunos planteamientos de la política nacional no se verán contradichos por posturas revolucionarias en la política exterior. Si adoptáramos, dentro del campo que analizamos, actitudes internacionalistas, no nos darían crédito cuando les ofrecemos mil y una noches tranquilas a cambio de legalmente poder encauzar en un sentido reformista el nuevo movimiento obrero de nuestro país. Nuestras posiciones, además, aparecen como liberales, respetuosas de todas las opiniones, plurales, pacíficas, no extremistas, etc. Hay una tremenda coherencia entre la interpretación revisionista que gran parte de la dirección realiza sobre la lucha interna y el cinismo diplomático con el que nos movemos en la grave crisis que padece el movimiento socialista.

Pero la fundamental de las causas es, *last but not least*, el interés de la casta burocrática que controla el aparato del partido. Es completamente imposible que tomen posturas radicales, porque ello supondría un inmediato y gravísimo peligro para no sólo su poder político, sino sus mismos intereses materiales. Continuamente arguyen con la ayuda económica, como necesidad de cerrar la boca. Pues en las actuales circunstancias, las grandes y no grandes potencias de los países no capitalistas supeditan su ayuda a la aceptación de su política exterior. Parece un problema vulgar, pero es mucho más serio de lo que parece. El no haber elaborado, cuando se pudo hacer, una política de autofinanciación, es hoy un grave peso en la renovación del PCE. Pero no puede ser el pretexto para desviar al partido de su misión revolucionaria. Escuchando a algunos dirigentes, tenemos la impresión de que lo que importa son los medios y no los fines. Un partido es válido en tanto en cuanto organiza al proletariado para la conquista del poder. Si para ello es necesario romper con la burocracia internacional estalinista, no queda más remedio que hacerlo. Si eso supone quedarse sin fondos, habrá que plantearse los modos de conseguirlos. Por razones obvias,

la burocracia del aparato prefiere llegar a un acuerdo con los «partidos hermanos», aun a costa de la independencia necesaria, sin la cual no hay revolución posible. Problema que va a contar, que está contando ya, en la crisis

del PCE. La única fuerza ideológica que hoy tiene la fracción estalinista en la dirección es la de disponer de una solución económica. Su triunfo en el VIII Congreso sería inexplicable, de no sentirse tan aislada la dirección.

Solamente treinta y siete partidos comunistas enviaron sus saludos al VIII Congreso. Es decir, las dos terceras partes del movimiento comunista internacional se abstuvo de enviar una sola línea. Y de los treinta y siete, hay unos cuantos que aprovecharon el comunicado de salutación para darnos una lección de «marxismo-leninismo». Como botón de muestra basta con leer con cierto detenimiento los mensajes de la Unión Soviética y de la República Democrática Alemana. Otros como Cuba son muy breves. Redactado en plan de telegrama —seis líneas— tiene todo el aire de ser un mero acto de cortesía. Sólo cuatro de los treinta y siete mencionan a los dos principales dirigentes del partido, Santiago Carrillo y Dolores Ibarruri. Quién esté un poco familiarizado con las costumbres de la burocracia estalinista, sabe cuanta importancia tiene el olvidar los grandes méritos de los líderes en el comunicado de turno. Si miramos los saludos de anteriores congresos nuestros o de otros partidos, observaremos que no hay saludo sin elogio a la cabeza del partido. Cuando no se hace, es una forma indirecta de señalar al aparato que la dirección no goza de la confianza del remitente. Sólo Rumania, Yugoslavia, Inglaterra y Guadalupe hablan de «los hijos fieles del pueblo español». La condena clara de las dos terceras partes del movimiento comunista internacional, la indirecta de otros treinta y tres partidos, es lo que preocupa a la burocracia del partido. ¿Cuánto durará el apoyo rumano-yugoslavo? Todo indica que muy poco. Por tres razones: la presión soviética, la presión de Franco y las propias circunstancias internas. Ceausescu y Tito han aceptado ya el régimen de Husak. El primero ha sacado un comunicado elogiando la actitud del Partido Comunista checo posterior a 1968, después de una visita a Praga, y el segundo prepara sus maletas para finales de este año. El margen de actuación de estos

dos nacionalistas es muy limitado y poco a poco irán pasando por las horcas caudinas del PCUS. Sus llamamientos al mundo occidental encuentran relativo eco, debido al creciente entendimiento rusionorteamericano. Desean tener relaciones diplomáticas con España, pero Franco exige que estos dos países no sean bases de apoyo del Partido Comunista. La idea ha penetrado en los aparatos de estos partidos, en la medida que se van plegando a los intereses soviéticos. Su ayuda no proviene más que de su enfrentamiento con la URSS. En la medida que se vaya produciendo un deshielo, y ya ha comenzado, nos tendremos que ir con la música a otra parte. La misión comercial yugoslava en Madrid busca ya personal para su futura embajada. La situación interna rumana y yugoslava no es nada estable. La muerte de Tito originará un estallido de la Federación. Un país con dos alfabetos, latino y cirílico; tres religiones, ortodoxos, católicos y mahometantes; cuatro idiomas, servio, croata, esloveno y macedonio; cinco naciones, servios, croatas, eslovenos, macedonios y montenegrinos; seis repúblicas, servia, croata, eslovena, macedonia, montenegrina y bosnio-herzegovina; mal cohesionado, con poderosas corrientes centrífugas, con un régimen social híbrido, no resistirá la desaparición de la persona que provisionalmente lo une. Caos que acabará previsiblemente con una centralización servia, apoyada directa o indirectamente, según las circunstancias, por la Unión Soviética. En el seno del partido rumano, una parte del aparato se pregunta si la política del secretario general no es aventurera, ya que les priva del sostén soviético sin darles el apoyo imperialista. Por otra parte, la clase obrera rumana, largamente oprimida, dejará de encauzar su energía en un sentido nacionalista, reencontrando sus reivindicaciones de clase. De ahí el viaje de Canossa que acaba de protagonizar Ceausescu. La

fracción estalinista de la dirección plantea que si nos llamamos la boca ante lo que ocurre en estos dos países, en función de su ayuda, por qué no callármola en función de un apoyo más amplio, sobre lo que acontece a la Unión Soviética. Tengamos en cuenta que la primera crisis grave de nuestra burocracia vino provocada por un problema de política internacional: los asuntos de Checoslovaquia. La segunda, probablemente, tendrá su origen en una alteración de la situación rumanoyugoslava, que provocará cambios serios en la dirección de nuestro partido. Cuando rumanos y yugoslavos no apoyen, será la fracción estalinista de la dirección la que impondrá la normalización del PCE que posiblemente irá acompañada de un relevo en la secretaría general. Pues los intereses generales de la burocracia priman sobre los de un individuo. De ahí el llamamiento que hace Dolores Ibarruri a los « listerianos » en pleno congreso :

« Yo creo que entre los que forman esa microfracción, que cada día es más micro, hay algunos camaradas que han sido confundidos por la demagogia de la « trinidad » que hasta ahora inspira y dirige el grupo fraccional y que cuando se convengan de su error, volverán al partido. Ellos saben que sólo dentro de éste, y no como francotiradores pueden discutirse y resolverse los problemas que interesan a nuestro partido. »

Meses después Lister expulsaba a Eduardo García acusándole de haber tenido contactos con la Pasionaria.

Podría ocurrir, en dicha lucha interburocrática,

que momentáneamente se diese la salida griega. Es decir, un sector de la burocracia estalinista, que decide independizarse completamente y jugar la carta nacionalista. Pero como ha demostrado la experiencia griega, es un callejón sin salida. Aislados, sin ayuda, se han visto obligados a secundar un proceso de reunificación, iniciado por el sector prosoviético de la dirección. A tal fin, estos últimos han cambiado de secretario general, colocando a Florakis en sustitución de Coloyannis. Esta operación de trasladar al responsable del Partido Comunista estalinista en Atenas, capital de Grecia, a la cabeza del nuevo partido unificado, puede encontrar también imitadores en nuestro país. Pues de esta forma, aparecería como renovación, un millitante del interior como primer dirigente, lo que no sería más que una involución a 1967. Cualquiera de estas alternativas no haría más que acentuar el oportunismo y reformismo latente en el partido. Debido a la creciente compenetración rusoamericana, a las burocracias estalinistas locales no les cabe ya dar los clásicos bandazos a la izquierda que se daban en los tiempos de Stalin. Estarían condenados a su eterno papel de solicitar la legalidad a cambio de frenar el movimiento obrero. O, lo que es peor, a poner en práctica tales solicitudes. Pues la revolución española va contra los intereses del imperialismo americano y contra la política exterior de la burocracia chinosoviética, ¿cuáles podrían ser los puntos fundamentales de un nuevo internacionalismo proletario ?

1.º La crítica radical de la política exterior de los países no capitalistas, acompañada de un análisis marxista del sistema socioeconómico de estos países. La historia, para el marxista, no es erudición hueca, lujo de desocupados, sino presupuesto imprescindible a su acción revolucionaria. La historia del movimiento obrero es la cantera de experiencias sobre la que hemos de montar nuestra acción concreta. Por eso es imposible discutir una política oportuna de la revolución española sin tener presente la revolución de

8 octubre, el estalinismo, la revolución cultural, etc. La universalidad de la historia ha tomado su primera forma concreta en el internacionalismo obrero.

2.º La solidaridad con cuantos grupos persiguen, dentro del mundo capitalista, la reconstrucción de las organizaciones revolucionarias. El apoyo a los núcleos bolcheviques existentes en los partidos comunistas. En la situación actual, la lucha de clases en los países capitalistas desarrollados, vuelve a tomar un valor

primordial. Sin un relanzamiento de la revolución en Occidente, no se podrán impedir los planes de las grandes potencias de imponer al mundo un yugo aplastante. El desarrollo de la revolución en estos países puede suponer un nuevo reagrupamiento internacional de los movimientos anticapitalistas, que rechace el reparto del mundo, denuncie la coexistencia basada en el *statu quo*, ponga el acento sobre el carácter directo y mortal del choque entre imperialismo y socialismo y destaque el carácter independiente de todo proceso revolucionario.

3.º La unión con los movimientos de liberación nacional de Palestina y Vietnam. La defensa del justo derecho del pueblo vietnamita a iniciar, extender e intensificar la guerra popular antimperialista, después de la probable violación de los acuerdos de París por los americanos, frente a la tesis chinosoviética de la negociación y el compromiso. Pleno apoyo a todos los países de África, Asia y América latina, en sus reivindicaciones territoriales, económicas, políticas, frente al imperialismo.

Condena de las prácticas comerciales imperialistas de los países no capitalistas, en sus relaciones con el Tercer Mundo. Defender como propias todas las reivindicaciones marroquíes frente al colonialismo español.

Es obvio que el respeto al internacionalismo proletario es inseparable del respeto a los principios marxistas. Los tres puntos arriba citados serán proclamados por el partido, una vez éste acabe su proceso de renovación. Pero, mientras tanto, hay que exigir de la dirección, en casos concretos, una toma de postura internacionalista. La intervención de Azcárate no es más que el análisis estalinista del movimiento revolucionario mundial. Esto es lo que hemos querido resaltar. No hay que indicar que en el breve estudio de las posibles repercusiones de la política internacional en el interior del partido, hemos hecho abstracción de la lucha de clases en nuestro país. El desarrollo del movimiento de masas podría acelerar la imprescindible revolución cultural en el seno del PCE. Pero esto sería otro artículo.

Abril de 1973

Editions Ruedo ibérico

Claude Lefort

¿Qué es la burocracia? y otros ensayos

I. I. La contradicción de Trotski. II. El marxismo y Sartre. III. Sobre una respuesta. IV. Proletariado y dirección revolucionaria. II. V. El testimonio de Antón Ciliga. VI. El totalitarismo sin Stalin. VII. La insurrección húngara. VIII. El método de los intelectuales llamados «progresistas». IX. ¿Qué es la burocracia? III. X. Sobre la democracia. XI. Los intelectuales en la sociedad moderna. XII. El desorden nuevo.

316 páginas

21 F

Fernando Claudín

La crisis del movimiento comunista

I

De la Komintern al Kominform

La crisis de la Internacional Comunista ● La disolución ● La crisis teórica ● ¿Capitalismo agonizante? ● Stalin revisionista, o el socialismo integral en un solo país ● El monolitismo ● Transplantación del modelo soviético ● Ultracentrismo y rusificación ● La crisis política ● La experiencia alemana ● Insurrecciones prematuras y expulsiones premonitorias ● Socialdemocracia = socialfascismo = enemigo principal ● La experiencia frentista ● « Hay que saber terminar una huelga » (el 36 francés) ● La revolución inoportuna (España 1936-1939) ● La experiencia colonial ● Revolución china ● El apogeo del estalinismo ● Revolución y esferas de influencia ● La revolución frustrada (Francia) ● La revolución frustrada (Italia) ● La revolución lograda (Yugoslavia) y la revolución estrangulada (Grecia) ● De la « gran alianza » a los « dos campos » ● El reparto de las « esferas de influencia » ● El naufragio del oportunismo estaliniano ● El Kominform ● Las revoluciones del glacié ● Retroceso general del movimiento comunista en Occidente ● La brecha yugoslava ● Instauración de la dictadura burocrática y policiaca en el glacié ● Los procesos ● El relevo oriental ● Revolución china y « gran alianza » ● Guerra revolucionaria o « unión nacional » ● El espectro de un « titismo chino » ● Nuevo equilibrio mundial ● Los « combatientes de la paz » ● Empate en la guerra fría

704 páginas

45 F

Ruedo ibérico

6 rue de Latran 75005 París

Ayuntamiento de Madrid

El « affaire » de las autopistas

« Los datos de la autopista ponen de manifiesto una inmoralidad al lado de la cual el affaire Matesa es un juego de niños. » Esta afirmación relativa a las manipulaciones fraudulentas en la construcción de una autopista en España, figura en una carta que el abogado José María Gil Robles, antiguo jefe de la CEDA, envió a uno de sus amigos *. La carta está fechada el 9 de junio de 1970 y desde entonces hasta ahora el número de kilómetros de autopistas ha crecido en tanta medida como la inmoralidad aneja al sistema de financiamiento pactado bajo mano entre altos funcionarios y algunos empresarios y promotores privados. El tema promete en efecto convertirse en un *supermatesa* el día en que determinados grupos en el poder (probablemente militares, algunos procuradores en Cortes) teman verse algo más que brutalmente salpicados por la inmoralidad de unos colosales negocios en los cuales no participan.

En líneas generales, el asunto es el siguiente. Mediada la década del sesenta, dos importantes grupos financieros estudiaron, y en su caso ayudaron a promover, la idea de construir bajo el sistema de peaje una red de autopistas que cubriera todo el territorio español, coincidiendo con los napoleónicos proyectos del entonces ministro de Obras públicas, Silva Muñoz, y que han tentado a todas las dictaduras modernas: pasar a la historia con obras públicas imponentes y ostentatorias. Habiéndose agotado ya el cupo de arcos triunfales, monolitos a los muertos, estatuas ecuestres, pantanos, universidades de granito y edificios oficiales, la manía de grandeza se orientó hacia lo que el clarividente Adolfo Hitler había previsto años antes: cubrir los territorios del *imperio* con autopistas. ¿Cómo no se les había ocurrido antes? No importaba que las autopistas estuvieran mucho o poco frecuentadas. Lo importante era el prestigio. Pero, ¿dónde estaba el dinero para

estos lujos del régimen? El Estado español que, según parece, no tiene dinero para pagar decentemente a los maestros nacionales, ni para construir y mantener suficientes hospitales, ni para irrigar las tierras, ni tan siquiera para mantener en buen estado algunas carreteras nacionales, ¿cómo podía lanzarse a la construcción de siete mil kilómetros de autopistas (entre 4 y 12 veces más caras que la carretera ordinaria)? Porque, puestos a la obra, los responsables del proyecto no se contentaron con proyectar un par de autopistas caras allí donde habría bastado con un par de carreteras REDIA ordinarias, que son cuatro veces más baratas. Los artífices del Ministerio empezaron a trazar líneas de futuras autopistas por todas partes, desde los Pirineos hasta Gibraltar, intentando justificar necesidades inmensas de tráfico en trayectos desolados. Hoy, por ejemplo, la autopista Sevilla-Cádiz, de unos doscientos kilómetros, y que costó cerca de cinco mil millones de pesetas, lleva año y medio funcionando y sin resultado porque existe una carretera REDIA paralela que es excelente, y por la que no hay que pagar ninguna tasa. Así pues, siendo absolutamente despreciable el tráfico de viajeros por la autopista, los ingresos por peaje también lo son y uno entonces se pregunta de qué manera puede ser rentable esa obra

* « [...] Los hechos relatados acerca del costo de las obras de la autopista son de tal gravedad que ellos por sí solos justificarían una querrela promovida por el Ministerio fiscal, con independencia de los hechos que afectan a su hija y a Vd. Los datos de la autopista ponen de manifiesto una inmoralidad al lado de la cual el « affaire Matesa » es un juego de niños. ¿No sería posible que el Ministerio público acometiera la averiguación de lo que allí está ocurriendo, sin esperar a que cualquier día estalle el escándalo por vía pública? Creo que tanto el Fiscal del Tribunal Supremo como el propio ministro de Justicia deben tener el máximo interés en ser ellos quienes inicien la necesaria labor de moralización. La querrela les suministra el punto de arranque [...] »

que costó tanto dinero. Dinero que el grupo financiero a quien el Estado cedió la concesión obtuvo de créditos procedentes en gran parte del consorcio bancario encabezado por Manufacturers Hanover Limited de Londres. Y de ahí ya puede empezarse a entrever el mecanismo de financiación: en gran parte, a través de créditos exteriores a grupos financieros españoles, concedidos gracias al aval del Estado español.

Salvo en el caso de dos o quizá tres autopistas, la rentabilidad del resto es más que dudosa. Y si es dudosa, ¿por qué los grupos financieros se lanzan con tan denodado ímpetu a estas obras? Sencillo; porque para que el titular del Ministerio de Obras públicas pueda exhibir su flamante plan de autopistas no ha vacilado en dar toda clase de facilidades a los grupos financieros materializados en las empresas concesionarias que, entre otras cosas, trabajan con presupuestos inflados entre cuatro y diez veces su costo real. Y aquí está el busilis del asunto.

El Ministerio planifica el trazado (de acuerdo en muchos casos con el interés del grupo financiero que será «posteriormente elegido»; esto se observa en trazados que minimizan los costos de construcción de la concesionaria pero que afectan negativamente a los intereses de los ciudadanos, sometidos entonces a expropiaciones injustas). El Ministerio elige al concesionario, es decir al grupo financiero privado, otorgándole exenciones fiscales, además de regalarle el importe del peaje. El Ministerio entiende así que «la aportación de capital efectuada por la empresa seleccionada y sus financiadores no es otra cosa que un anticipo que —en unión de los intereses— será amortizado con el peaje que cede temporalmente el Estado». Lo que no explica el Ministerio es quién pagará al final si las cifras recaudadas por el peaje no son suficientes. Lo que está claro es que las empresas concesionarias de las autopistas han visto que, mientras la explotación de la autopista una vez construida no será precisamente rentable, si lo es, y en proporciones apabullantes, la construcción con presupuestos inflados que nadie controla (y con dihero de créditos de otros países y avalados por el Estado español).

Los mecanismos que hacen rentable la construcción, son: Interrelaciones personales entre los miembros de los Consejos de administración de las empresas concesionarias y los Consejos de distintas empresas constructoras y financieras. Esto queda especialmente evidente en el caso de ACESA (Autopistas del Mediterráneo, SA), la empresa concesionaria que ha construido las autopistas en Cataluña (véase cuadro 1), y es sólo un ejemplo. Si se analizase la composición del

Cuadro 1. Interrelaciones de algunos miembros del Consejo de Administración de la empresa concesionaria Autopistas del Mediterráneo, S.A. (ACESA), año 1969*

Consejo de Administración de ACESA

- P José Ferré Bonsoms¹.
VP Loris Corni Bianchini².
VP J. Carlos Ghisleri Staumo³.
CD Joaquín Garrigues Wálker⁴.
C Pablo Bofill de Cuadras⁵.

Relaciones con el Consejo de Administración de Constructoras y entidades financieras

1. VP de Banco Atlántico
P de Unión Industrial Bancaria
P de Metra Seis (realizó parte de los estudios).
2. C de UIB
C de Caminos y Puertos
P de Condote Española, SA (realizadora junto a Dragados de B-M).
3. C de Banco Atlántico
CD de Condote Española, SA.
4. La familia Garrigues preside SA de Trabajos y Obras que ha intervenido en la construcción de Montmeló-Granollers. VP de Liga Financiera, una de las principales entidades financieras con numerosas ramificaciones exteriores entre los grupos que han intervenido.
5. C de Banco Atlántico
C de Condote Española, SA.

* P: presidente; VP: vicepresidente; CD: consejero delegado; C: consejero.

Consejo de administración de Iberpistas, la concesionaria de la autopista Tarragona-Valencia y de Bética de Autopistas, conectada con la anterior y concesionaria de la autopista Sevilla-Cádiz, quedarían en evidencia las conexiones de este grupo presidido por el señor Juan Fausto Blasco Oller con el Banco Central.

Otro mecanismo que hace beneficiosa la construcción es la creación de empresas marginales o complementarias ligadas de alguna u otra forma a las constructoras y que *viven de la autopista*, hasta que ésta empieza a reducir su actividad.

Otro mecanismo más son los aumentos continuados y permitidos de los presupuestos de construcción. Las constructoras ganan los

concursos con unos presupuestos de adjudicación que luego vienen aumentados entre un 100 y un 150 % hasta que se aprueba el presupuesto definitivo, amén de los incrementos que ya se previeron en el contrato. Con ello no resulta difícil llegar a los costes por kilómetro cuya comparación con costes extranjeros (en autopistas, incluso, que se construyen en condiciones geográficas más difíciles, como es el caso del norte de Italia) evidencia que resultan las más caras de construir de toda Europa (a pesar de que la mano de obra española, además, es considerablemente barata, porque los salarios son inferiores a los europeos y porque a menudo los obreros son eventuales, con lo que la empresa se ahorra las cargas sociales). [Véase el cuadro 2.]

Cuadro 2. Coste comparativo de las autopistas en Europa

Características técnicas	Número de orden	Coste/km Millones de pesetas	Coste total Millones de pesetas	Longitud en km	Tramo-Autopista	País
2 x 3 carriles Puente de 1 450 m sobre Mar del Norte	14	76	11 400	150	Wurzburgo-Bad Hersfeld	Alemania
	17	87	1 944	215	Bremen-Kamen	
	24	104	15 200	19	Bonn-Colonia	
	18	89	3 216	170	Hamburgo-Flensburg	
Túnel 17 km Puentes 8 km	30	230	15 544	14	Schoemberg-Matreisteinach	Austria
	19	90	9 800	172	Salzburgo-Villach	
2 x 6 carriles	29	218	2 070	45	Bruselas-Amberes	Bélgica
9 puentes	28	172	2 070	12	Anderlecht-Halle	
2 x 3 carriles	27	155	16 560	107	Bruselas-Lieja	Finlandia
2 x 2 carriles	3	45	560	12	Tampere-Kuldu	
	13	72	360	5	La Chapelle d'Armentières-Dieppe	Francia
	4	49	10 540	215	París-Lille	

Características técnicas	Número de orden	Coste/km Millones de pesetas	Coste total Millones de pesetas	Longitud en km	Tramo-Autopista	País
	9	64	1 085	17	Roded-Darlington Stockenchurch-	Gran Bretaña
	8	60	785	13	Handy Cross	
	5	52	418	8	Londres-Exeter	
	1	28	1 428	50	Trento-Bolzano	Italia
	2	32	1 381	43	Padua-Treviso	
	21	98	11 238	114	« Autostrada dei Fiori »	
	11	66	15 714	237	Civitavecchia-Livorno	
					Punta Raisi-	
	6	53	1 348	25	Masara del Vallo	
35 viaductos, 3 km de túnel	31	370	6 300	17	Quincinetto-Verres	
2 x 3 carriles	10	65	6 476	100	Turín-Piacenza	
2 x 2 carriles	16	86	5 209	61	Mesina-Patti	
2 x 2 carriles	12	69	3 095	45	Genova-Serravalle	
	7	56	1 800	52	Tangencial Oeste Milán	
	25	122	2 524	21	Tangencial Este Milán	
	26	137	2 328	17	Montgat-Mataró	España
	20	97	6 290	65	Barcelona-Massanet	
	23	103	2 992	29	Massanet-Gerona	
	15	85	4 321	51	Gerona-La Junquera	
	22	99	9 699	98	Barcelona-Tarragona	

La comparación entre los cien millones de pesetas que dicen que cuesta construir un kilómetro de autopista en España y los costes promedios de construcción en diversos países europeos, según un estudio de *The Financial Times* de Londres publicado a mediados del año pasado, es también una comparación clarificadora.

En el caso de Cataluña, la estrategia de la concesionaria, una vez finalizada la construcción de una autopista, ha consistido en una maniobra peculiar: hacer cargar a las Cajas de Ahorro con el muerto de la explotación

—que, en Cataluña, no resultará efectiva hasta dentro de 10, 15 ó 20 años.

El inflamiento de los costes como norma aparece más claro si se repasa el origen y el desarrollo de la empresa Iberpistas, conexonada con el Banco Central, que tiene sede en Madrid y que fue promovida por los hermanos Blasco Oller.

Los Blasco Oller (Juan Fausto, Antonio y Justo) proceden de una familia castellana tirando a más que modesta. En tiempos del estraperlo, los Blasco se asociaron con Raimundo Fernández Cuesta —uno de los

fundadores de la Falange— en negocios poco claros relacionados con el aceite. Se enriquecieron pero también fueron *procesados dos veces como consecuencia de sus actuaciones ilegales*. Posteriormente entraron en contacto con el Banco Central y a través de él ofrecieron su apoyo a un ingeniero español, el señor Ramón Prendes Díaz, que tenía la honesta pretensión de perforar el túnel del Guadarrama, en la sierra madrileña, y quien con escaso capital fundó la sociedad Canales y Túneles, SA. (Hoy, después de las trapisondas, los Blasco Oller son una de las mayores fortunas de España. Ocupan la crónica de la alta sociedad madrileña y, según el cronista de Longchamp en *France-Soir* del año pasado, son los más importantes propietarios españoles de cuadras de caballos.) El mismo señor Prendes ha contado la historia en la revista *Autopista*, que se edita en Madrid: «En los años cincuenta promoví la idea de construir un túnel bajo el Guadarrama. Al principio me encontré con mucha oposición, tanto oficial como particular, ya que nadie creía que pudiese ser negocio. Pero al fin lo conseguí. La concesión me fue otorgada y sólo me asocié a los hermanos Blasco Oller en el último momento, forzado por el apremio de los plazos. Pero en una junta de CANALES celebrada en el sesenta, y a la que no asistí, se acordó la ampliación de capital de trescientas mil a cincuenta millones de pesetas.» Los accionistas ausentes impugnaron los acuerdos fundándose en insuficiencia de la convocatoria, tesis que fue aceptada por el Tribunal Supremo, el cual declaró la nulidad de todo lo acordado en aquella junta.

«CANALES no necesitaba aquella ampliación», comenta hoy el señor Prendes. «Teníamos varias ofertas de empresas dispuestas a financiar la construcción resarciéndose con el peaje. Una empresa canadiense se comprometió a construir el túnel por alrededor de 150 millones de pesetas. Dragados y Construcciones se comprometió a hacerlo por 167. Sin embargo, ahora se pretende que llegó a costar 600 millones.»

El señor Prendes cuenta con dos sentencias del Tribunal Supremo a su favor que, comenta el interesado, «no se han ejecutado por razones que no se me alcanzan». La primera sentencia —que data de 1966— anuló la men-

cionada ampliación a 50 millones e incapacitó legalmente a los señores Blasco Oller para disolver la sociedad Canales y Túneles, cosa que, sin embargo, ocurrió en 1968. Considera que aquella disolución se produjo en condiciones difícilmente conciliables con la ley.

Los señores Blasco Oller, así como el Banco Central, el Banco de Fomento y Dragados y Construcciones, están también presentes en la concesionaria Autopistas del Mare Nostrum, SA, que construye la autopista Tarragona-Valencia, contra el parecer de miles de alicantinos y valencianos, incluido un grupo de alcaldes de la región. La concesionaria ha modificado el trazado y esta modificación devorará el suelo de plantaciones y pueblos y afectará el equilibrio de la zona.

Es decir, que más allá de la hipoteca que representa para el país una inversión descomunal (170 000 millones de pesetas nada más entre 1972-1980) en negocios cuya explotación deficitaria revertirá al Estado, o sea, a los contribuyentes, ya ahora mismo hay una lista de ciudadanos afectados por un plan pensado más para el prestigio —y evidentemente para el lucro— de unos pocos que para la necesidad de los muchos. La lista, incompleta, de personas y grupos afectados es la siguiente:

—Moisés López, presidente del Consejo provincial de Empresarios de Segovia, en representación de 37 000 empresas, elevó el año pasado un recurso que impugna la concesión de la variante de la carretera Madrid a La Coruña, en la autopista Villalba-Villacastín, debido a un peaje que les parece injusto. «Lo que quisiéramos», dice don Moisés, «es invitar a la Administración a que se explique, toda vez que la adjudicación no salió a información pública».

—Don José Torras Trías, presidente del Consejo provincial de Empresarios de Barcelona, ha pedido, a mediados de febrero de este año, la supresión del peaje en un tramo de la autopista A-17.

—Ciudadanos y corporaciones de veinte localidades de la comarca valenciana *L'Horta* han elevado, en enero de este año, reclamaciones porque el tramo de la autopista Tarragona-Valencia comprendido entre Puzol y Silla

describe un arco hacia el interior, afectando gravemente a explotaciones agrícolas y poblaciones, en lugar de marchar junto a la costa como inicialmente se previó.

—A fines del año pasado, el procurador por Barcelona Juan Antonio Samaranch pidió que se procediera a los estudios pertinentes para evitar el peaje en el tramo Barcelona-Sur-Barcelona-Norte de la futura autopista B-30.

—La escuela *Graziella*, situada en el barrio barcelonés de Horta, adquirió allí en mayo de 1970 el solar en que hoy se encuentra. Unas semanas más tarde, el plano de la zona expuesto en el Ayuntamiento fue modificado y ahora la escuela está amenazada de desaparición porque se pretende que por allí pase una autopista de peaje. «Una autopista de peaje es un servicio público que interesa a Barcelona», dice un responsable de la escuela, «pero una escuela también lo es». Y sobre todo ésta, en su origen, de la tendencia denominada escuela activa, que ha empleado métodos modernos pedagógicos, que ha complacido a padres y a alumnos y ha aliviado las necesidades graves de la barriada. Los padres y los responsables de la escuela creen que TABASA (Túneles y Autopistas de Barcelona, SA), la empresa con la que tienen el problema, puede conseguir que la escuela desaparezca.

—El llamado Plan de Comunicaciones con el Vallés (en Cataluña), con el proyecto de los tres túneles del Tibidabo y su red de enlaces con la autopista B-30 ha sido objeto de más de una impugnación. Una de ellas es la de los vecinos de las localidades de Valldoreix, Bell Indret y Sant Cugat por irregularidades cometidas en el trazado de los ejes. Dice un miembro de la comisión delegada de centenares de vecinos afectados: «Posteriormente a 1967 —año en que la comisión de urbanismo editó y vendió el proyecto de trazado—, se han realizado transacciones de terrenos afectados por el primitivo trazado, probablemente a precios inferiores a los normales. Es lógico suponer que estos compradores sabían que se cambiaría el trazado [...] ¿o es que no estaban en sus cabales? Pretendemos que se investigue sobre ello, pues tenemos motivos

para pensar que ha habido una acción en favor de intereses propios y no en favor del interés general [...] No creemos que las autopistas hayan de servir para construir bloques enormes de edificios ni para acumular a millones de personas en lo que es (o era) el pulmón de Barcelona.»

—Don Pascual Calderón Ostos, presidente de la Diputación provincial de Córdoba, dijo a mediados del año pasado: «Nos preocupa grandemente el trazado de la nueva autopista de Madrid, ya que existen noticias contradictorias y su traza (según como se hiciera) podría influir en un enriquecimiento de la zona de la sierra de Córdoba, la más pobre y más necesitada de comunicaciones, que permitirían una explotación racional de sus inmensas riquezas mineras.»

—La autopista Molins de Rey-Villafranca del Panadés fue inaugurada a bombo y platillo a principios de este año, pero son numerosos los usuarios catalanes que se preguntan si con ello se quiere, entre otras cosas, sustituir la misión que cumplía hasta ahora la carretera N-340, que muchos prefieren. Según el APNA, «la autopista no puede sustituir a una carretera convencional, que presta un servicio más directo y mejor repartido». Sin embargo, los hechos no están de acuerdo con la doctrina. José María Milagro, experto en tráfico, escribía recientemente en el diario *La Vanguardia*: «En el caso de El Ordal (puerto por el que pasa la N-340), por falta de un carril lento en alguno de sus tramos, parece que se pretende que la autopista sustituya los servicios más directos y mejor repartidos que presta la carretera N-340.»

—En lo que respecta a algunas consecuencias ecológico sociales del plan de autopistas, don Enrique Sánchez de León, procurador en Cortes extremeño y Delegado provincial del Ministerio de Educación en Madrid, ha dicho: «Los terrenos afectados por la autopista propiamente dicha y a ambos lados de la misma (por las zonas de dominio, de servidumbre y de afección), suponen, si se cumple totalmente el Plan de Autopistas, la enajenación de un territorio equiparable al de la provincia de Guipúzcoa.»

Cuando muere un policía*

Como consecuencia de los incidentes ocurridos en Madrid el Primero de Mayo, y en los que fue muerto un inspector de policía por un grupo de extrema izquierda, se practicaron numerosas detenciones, unas efectuadas en los alrededores de la Plaza de Antón Martín, y otras llevadas a efecto después en domicilios y lugares de trabajo.

Todos los hechos que a continuación se van a relatar, no corresponden a la expresión de un hecho aislado en las diligencias policiales llevadas a cabo con motivo de los sucesos del Primero de Mayo en nuestra capital, sino que son la manifestación de una situación general de violencia física y terror psicológico, y que corresponden a una voluntad premeditada y calculada de torturas y malos tratos como medios de conseguir declaraciones de los detenidos, y, en muchos casos, como simple venganza por los sucesos acaecidos.

En numerosos casos, al llegar los detenidos a la Dirección general de Seguridad, en los mismos calabozos, al dar la filiación, miembros de la Policía Armada ya empezaban a golpearles, haciéndoles bajar los pantalones y ropa interior, y golpeándoles con porras y puñetazos entre seis o siete números, por todo el cuerpo. Asimismo, en los mismos calabozos, miembros de la Brigada Social pegaron a numerosos detenidos. Cuando policías armados subían y bajaban a los detenidos a las dependencias de la Brigada Social desde los calabozos para prestar su declaración ante los funcionarios de ésta, les pegaban continuamente con las porras, puños y pies, haciéndose algunos de los detenidos heridas al caerse por las escaleras. Incluso se dan casos en que, yendo a declarar un detenido, al cruzarse en el patio de la Dirección general de Seguridad con un miembro de la Brigada Social, éste, preguntándole si era uno del Primero de Mayo, le empezó a pegar puñetazos allí mismo (José Luis Jiménez Yubero, estudiante de Selectivo de Ciencias de la Universidad Autónoma de Madrid, de 18 años). A tal punto llegó el ambiente de terror en las dependencias de la Dirección general de Seguridad, que muchos detenidos, con tal de que les dejaran en sus calabozos sin ser sometidos a más interrogatorios y torturas, admitieron hechos como cometidos por ellos, pero que en realidad no habían realizado. Solamente como ejemplos más destacados de todas estas torturas, y solamente también a tales efectos, pues como ya queda dicho, la situación general fue absolutamente caótica y los miembros de la policía no tuvieron ningún control ni ninguna norma que limitara su actuación, vamos a enumerar algunos casos.

* Desde 1939, los niveles de represión del régimen franquista han sido siempre muy elevados. Las sucesivas generaciones de policías españoles han demostrado, a lo largo de 35 años de impunidad de que han gozado, grados de vesania que hacen de cada uno de sus miembros candidato a internamiento perpetuo en un hospital psiquiátrico, y sus más sobresalientes exponentes hallarán un lugar destacado en cualquier historia bien documentada de la tortura. Empero, el delirio manifestado por la Policía Armada y por la Brigada Social de Madrid con ocasión de la muerte del policía Gutiérrez, en Madrid, desborda incluso las «normas de rentabilidad» de la tortura establecidas consuetudinariamente por la propia policía franquista, para reducir su actuación en este caso concreto a una llamada de odio de un grupo sin control vengando la muerte de uno de los suyos.

Recordamos que desde 1969 «las fuerzas del orden» franquistas han asesinado en la calle al menos 18 ciudadanos. He aquí las cifras:

Año	Lugar	Muertos
1969	Madrid	1
	Erandio	2
1970	Granada	3
	Elbar	1
1971	Madrid	1
	Barcelona	1
1972	Frontera francesa	2
	El Ferrol	2
	Santiago	1
	Lekeitio	2
1973	Algorta	1
	Barcelona	1
		18

- *Paloma del Hoyo Sevilla*, hematomas en la espalda y nalgas, producidas por golpes con porras y con los puños de los funcionarios de la Social ante los que prestaba declaración; la obligaron a ponerse de rodillas sobre una silla, y la golpeaban en los pies con una porra; después de prestar su declaración ante el juez militar que instruye la causa 124/73, en la que se encuentra incurso, fue llevada nuevamente ante funcionarios de la Social en la Dirección general de Seguridad, donde volvió a ser objeto de malos tratos que le han dejado magullado todo el cuerpo. Tiene 17 años.
- *Gloria Oliva Calvo*, la maltrataron de una manera brutal, pegándole desde el momento en que entró en las dependencias de la Dirección general de Seguridad, con toda clase de objetos contundentes. Tiene hematomas por todo el cuerpo y magulladuras en la espalda y nalgas. Tiene 17 años.
- *Petra de la Torre Romero*, médico. Fue torturada brutalmente y cuando ingresó en el Hospital Psiquiátrico Penitenciario de Carabanchel, se desmayó varias veces; ha tenido varios vómitos de sangre y conserva hematomas fuertes en la espalda y riñones; nalgas totalmente negras a causa de los golpes sufridos con objetos y puños. Tiene el rostro desfigurado debido al hinchazón que sufre por los golpes recibidos.
- *María de la Luz de la Piedad Córdoba*, espalda con fuertes hematomas a consecuencia de los golpes recibidos con muelles metálicos, porras y puñetazos.
- *José Luis Luengo Velasco*, puñetazos y golpes con porras en la espalda; fuertes hematomas. Estudiante de primer curso de Medicina. Tiene 18 años.
- *Antonio Jalón Ramos*, golpeado en las plantas de los pies con una vara de mimbre con estrías de hierro; tiene los pies totalmente destrozados, no pudiendo ponerse de pie cuando llegó a la prisión de Carabanchel. Tiene 20 años y es pintor.
- *Luis Manuel Barragán Montero*, ha sufrido golpes de todas clases por todo el cuerpo, patadas en las piernas, golpes con una vara en la planta de los pies, puñetazos en los riñones, golpes con un paraguas en la cabeza (el que llevaba en el momento de su detención), llegando a romperse el paraguas con los golpes; le obligaron a ponerse en cuclillas con las manos detrás de las piernas, saltando y haciendo la tortura llamada el «canguro», golpeándole continuamente en todo el cuerpo con varas.
- *Jesús Valero del Pino*, golpeado brutalmente por todo el cuerpo, con porras y puñetazos, llegando a abrirle en la cabeza una brecha a causa de un golpe recibido con un palo, y tuvo que recibir varios puntos. Fue atendido por el médico de la Dirección general de Seguridad.
- *Juan Díaz Farina*, golpeado brutalmente por todo el cuerpo, llegando a pegarle patadas en los testículos.
- *José Ramón Mas Mayoral*, ha sufrido gran cantidad de golpes por todo el cuerpo; especialmente dolorosos fueron los que le dieron con una fusta y otros con los puños, obligándole a dar vueltas en círculo mientras funcionarios de la Social le pegaban brutalmente con porras y puños.
- *Ildefonso López Doblas*, le pegaron desde el momento de su detención en plena vía pública; en las dependencias de la Dirección general de Seguridad, tras sufrir numerosos golpes con porras y con los puños, le pegaron con una barra de hierro forrada de cuero, obligándole a saltar como en la conocida

tortura llamada « el pato », y pegándole con todo tipo de objetos ; tiene hematomas en la cara.

● *María del Carmen López Rodríguez*, maltratada brutalmente en todos los interrogatorios que sufrió, causándole grandes hematomas.

● *Manuel Losada Cabrera*, fue víctima de brutales agresiones por parte de funcionarios de la Social y de la Policía Armada, desde el momento de su detención en las proximidades de la plaza de Antón Martín ; tiene dos brechas en la frente y un ojo totalmente morado por los golpes sufridos. Es médico de la clínica de la Concepción.

● *Antonio Hernández Lezana*, enfermo cardíaco ; le pegaron durante todo el interrogatorio que sufrió desde las 9 de la noche hasta las 3 y medio de la madrugada de una manera brutal, hasta producirle un desmayo, y teniendo que administrarle una fuerte dosis de efortil para reanimarle y poder seguir pegándole ; se observó por parte del anteriormente citado *Manuel Losada Cabrera* (médico como queda dicho), que durante la noche del día 3 tenía una intensa palidez en su rostro, y contestando con dificultad a las preguntas, padeciendo un stress psíquico con soplo mitótico en punta grado 3/6 ; en la mucosa del labio inferior zona lateral izquierda, estaba partida con sangre coagulada ; durante el día 4 y siguientes ha sufrido frecuentes náuseas con vómitos, intensa angustia con ideas obsesivas, temblores y escalofríos intensos y gran dificultad para expresarse y articular palabras. Tanto al subir como al bajar de los calabozos de la Dirección general de Seguridad, conducido por miembros de la Policía Armada, fue víctima de agresiones continuas y malos tratos. Es médico del Hospital Clínico.

● *Gabriel Mozo Ruiz*, desde el momento de su detención sufrió malos tratos : golpes en la espalda con un extensor, por lo que la tiene llena de hematomas. Asimismo le pegaron un rodillazo en la cara, a consecuencia del cual tiene la cara deforme, con la nariz muy hinchada y el ojo derecho morado e hinchado. Durante los muchos interrogatorios que sufrió ante funcionarios de la Social fue maltratado. Tiene 16 años y es obrero metalúrgico.

● *José Luis Jiménez Yubero*, tiene la espalda destrozada, con un hematoma que le ocupa toda ella hasta más arriba de la intersección con el cuello ; desde el primer momento de su detención, que se produjo en el portal de un inmueble de la calle de Santa Isabel, bajándole a golpes de porras y puñetazos unas escaleras de la entrada, y ya en el portal del inmueble a la altura de la calle, fue brutalmente golpeado por seis funcionarios de la Social. Trasladado a la Dirección general de Seguridad, sufrió todo tipo de violencias y vejaciones, tirándole del pelo hasta llegar a arrancárselo y le golpeaban fuertemente con la cabeza en la mesa, padeciendo hoy aún fuertes dolores. Asimismo le pisaron en los talones y en las pantorrillas y de dieron patadas en los testículos. En un interrogatorio que sufrió desde las 2 y media de la tarde del día 3 hasta las 3 y media de la madrugada del día 4, fue constantemente golpeado en todas las partes del cuerpo ; cuando era conducido por miembros de la Policía Armada al interrogatorio que hemos descrito, se cruzó en el patio de la Dirección general de Seguridad con un funcionario de la Social y tras preguntarle si era uno de los detenidos del Primero de Mayo, le dio dos fuertes puñetazos en la cabeza y en el pómulo, produciéndole una fuerte hinchazón en éste. Tiene 18 años y estudia Selectivo de Ciencias en la Universidad autónoma.

● *Fernando Cuerva Martín*, detenido con otros compañeros suyos, le empezaron a golpear fuertemente con una estaca en el mismo momento de su detención, estaca que le acusaban a uno de ellos de llevar. Al llegar a la Dirección general de Seguridad, fue víctima de brutales agresiones: puñetazos en los riñones, golpes de vergajos de bambú en los pies descalzos, en los testículos, en los talones, a consecuencia de los cuales sufre fuertes hematomas y gran dificultad para andar. Tiene 24 años.

● *Luis Martínez de Francisco*, acusado de llevar la estaca antes citada, fue víctima, como el anterior, de violentos golpes con esa misma estaca en plena vía pública. En las dependencias de la Dirección general de Seguridad, también como el anterior, sufrió continuos malos tratos.

● *Rafael Vallejo*, delineante-proyectista en la fábrica Zanussi, de Alcalá de Henares (Madrid). Fue enlace sindical en su empresa y ha sido detenido el día 15 de mayo a la puerta de su casa, cuando iba al trabajo, como consecuencia de una denuncia del jefe del personal de su empresa. Es yerno de un comisario de policía, a pesar de lo cual fue brutalmente golpeado en todo el cuerpo y en los testículos, existiendo certificado médico del forense de estos hematomas. Para evitar que le siguieran golpeando se declaró responsable, él solo, de la composición, edición y distribución de un periódico en Alcalá de Henares, lo que resulta totalmente falso.

● *Enrique Agullar Benítez de Lugo*, de 27 años, médico, profesor de la Facultad de Medicina. Fue detenido el día 14 de mayo y acusado de ocupar un cargo importante en la dirección del FRAP. Fue brutalmente golpeado en todo el cuerpo, especialmente en la espalda y en el estómago, como consecuencia de lo cual conservó grandes hematomas y se le produjo una anemia. Tales eran sus condiciones, que no fue admitido por el director de la cárcel de Carabanchel y pasó al Hospital psiquiátrico. Además le fue administrado pentotal en la Dirección general de Seguridad para obtener su confesión.

Detención de conocidos obreros acusados de una supuesta reunión el día 4 de mayo y multados con 200 000 pesetas. Las diligencias policiales han pasado al Juzgado de Orden público nº 1, declarando ellos ante dicho juez:

● *Natividad Camacho*, no fue pegada a causa de su embarazo de ocho meses, pero fue continuamente maltratada de palabra por los funcionarios de la Social ante los que prestó declaración, que la insultaron y amenazaron de que le pegarían «una patada en la barriga y que echaría el hijo por la boca».

● *Tranquilino Sánchez Alvarado*, después de que el tristemente conocido torturador Conesa bajó a los calabozos de la Dirección general de Seguridad y dijera a los policías armados de guardia en el sábado 5 de mayo que Tranquilino era el responsable de la muerte del policía del día Primero de Mayo, fue salvajemente apaleado en número de cinco veces por seis o siete Policías Armados cada vez; fue dejado desnudo, sin ropa interior ni calcetines, con un mono azul viejo, sin mantas ni nada que le abrigara, durante los tres días y las tres noches que permaneció en la Dirección general de Seguridad. Ha interpuesto querrela por malos tratos. Tiene más de 50 años.

● *Vicente Llomanares*, fue pegado brutalmente por todo el cuerpo, tiene grandes hematomas, especialmente en la cara. Tiene 43 años.

● *Manuel Galán*, fue pegado fuertemente por funcionarios de la Social ante

los que prestó declaración ; tiene hematomas en todo el cuerpo y el ojo derecho totalmente morado.

● *Mary Carmen Triviño*, fue pegada brutalmente en todo el cuerpo y se le observan grandes hematomas, especialmente en las piernas.

Hay que hacer constar, además, los siguientes atropellos :

1.º Casi todos los detenidos estuvieron retenidos en la Dirección general de Seguridad más de las 72 horas, lo cual está en contra de lo dispuesto en el artículo 18 del Fuero de los españoles, en la Ley de Orden público y en la Ley de Enjuiciamiento criminal.

2.º Numerosos detenidos fueron sancionados con multas de 100 000 pesetas e ingresaron directamente en la cárcel de Carabanchel, ya que así evitaban pasarlos por el juez para que éste no viera las lesiones.

3.º La represión de los detenidos continuó en la cárcel de Carabanchel y el médico se negó a reconocerlos y certificar su estado ; además los mantenían separados del resto de los presos para evitar que se conociera su estado.

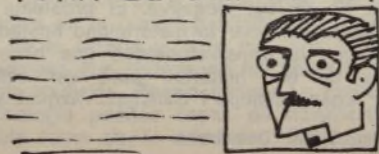
4.º Algunos de los procesados por la jurisdicción militar continuaron en la Dirección general de Seguridad a su disposición. Esta situación y la posibilidad de excarcelamiento de los sancionados con multa gubernativa hizo que los detenidos y sus familias no se atrevieran a interponer querellas contra la policía, por temor a las represalias, y que se repitieran los malos tratos.

Toda esta situación evidencia la realidad política de un *régimen policiaco* contrario a la « legalidad vigente » que establece que los miembros de la policía « son simples auxiliares de los jueces y tribunales competentes » y que están subordinados a la autoridad judicial, de tal manera que « cuando conocen un delito o instruyen diligencias tendrán que dar cuenta *inmediata* a la autoridad judicial » (artículos 283 y 284 de la Ley de Enjuiciamiento criminal).

Todo esto no se cumple y la policía actúa al margen e incluso en contra del poder judicial. De ahí se deriva la absoluta inseguridad jurídica de los españoles, como consecuencia de la sistemática negación de todo pluralismo político por parte del poder, y por la ausencia de una articulación de libertades como garantía de los derechos individuales y colectivos frente al aparato estatal.

(DE LA PRENSA):

"ENCHIDO DE FERVOR
PATRIÓTICO, MATA A
HACHAZOS A UN OBRE-
RO Y TODA SU FAMILIA
Y A CONTINUACIÓN EN-
TONA EL "CARA AL SOL".



Libros

Ramón Xirau

Adolfo Sánchez Vázquez : « Estética y marxismo »*

La existencia de un arte marxista es dudosa. Ha habido, sin duda, intentos de arte revolucionario: en la URSS, el arte auténticamente revolucionario de un Mayakovski, un Essenin, un Malevich, un Kandinski. Pero este arte revolucionario en cuanto arte y de intención política revolucionaria nunca fue aceptado por el « oficialismo » ruso. Condenado y perseguido tuvo que ceder ante este prolongado desierto académico burgués que dio en llamarse « realismo socialista » y ante el arte monumental y dictatorial del Metro de Moscú o la pintura bonapartista de la época de Stalin y aun de épocas más recientes. En México, Diego Rivera y Siqueiros intentaron reunir nacionalismo y revolución pero sus obras —a veces de auténtica calidad— suelen caer en la anécdota, la narración o el mismo monumentalismo de este realismo poco real y nada socialista que domina en plazas, calles y edificios de la Europa del este.

Pero, si no existe un arte marxista, ¿ puede decirse que exista una estética marxista? Un hecho es indudable: críticos, filósofos, escritores han intentado fundarla. ¿ Con suficiente fundamento?

Adolfo Sánchez Vázquez, autor de *Las ideas estéticas de Marx* (1965), *Filosofía de la praxis* (1967) —seguramente su obra más original—, *Ética* (1969), *Rousseau en México* (1970), nos presenta ahora en *Estética y marxismo* una antología doblemente interesante: interesante en cuanto es la primera obra en su género que presenta una amplia gama de textos marxistas relacionados con el tema; interesante también, en cuanto nos presenta, resumidamente, las ideas de Sánchez Vázquez relativas a la posibilidad de escribir una estética desde el punto de vista del marxismo.

Es indudable que ni Marx ni Engels escribieron sobre estética; es igualmente indudable que los gustos estéticos de Marx y Engels son insuficientes para fundar una estética. Sánchez Vázquez percibe estas limitaciones. Relata también cómo los primeros comentaristas de Marx creyeron imposible la edificación de una estética marxista. ¿ Cómo entresacar de las obras de Marx o de Engels una teoría del arte? Sin duda —lo recuerda Sánchez Vázquez— los primeros estudios importantes de estética marxista empezaron a desarrollarse a partir de la publicación, por Lifshits, de una recopilación prologada: *Marx y Engels sobre el arte*. Después de pasar en revista las distintas tendencias y actitudes hacia la estética y el arte desde Bujarin y Lunacharski, partidarios de un arte realista pero respetuoso de los movimientos rusos de

vanguardia, hasta las limitaciones del realismo socialista, Sánchez Vázquez señala la apertura que representó el realismo crítico de Lukács y parcialmente el de Brecht, y presenta las diversas tendencias actuales, a mi modo de ver especialmente vivas y actuales fuera de la URSS.

En su prólogo, Sánchez Vázquez presenta, además, su propia teoría de las artes (más detalladamente desarrollada en *Las ideas estéticas de Marx*). Piensa Sánchez Vázquez que no es posible partir de la obra de Marx y Engels para escribir una estética marxista; piensa, también, que una estética marxista es posible siempre que se funde en algunas ideas fundamentales del pensamiento de Marx.

La estética que propone Sánchez-Vázquez se funda en tres principios-clave:

1. La concepción del « hombre como ser práctico, productor o creador —nos permite ver el arte como modo de creación específico; es decir, como una forma de la praxis humana—. Apunta Sánchez Vázquez que esta concepción relaciona arte y trabajo; apunta también que el arte « al liberarse de las exigencias práctico utilitarias del trabajo que crea valores de uso [...] permite al hombre desplegar en su plenitud y riqueza su potencialidad creadora ».

2. El segundo principio es « el del hombre como ser histórico ». Afirma Sánchez Vázquez la historicidad del arte; afirma también que el arte tiene « un modo específico » de estar en la historia, modo que lo lleva a rebasar « cada momento histórico particular ». Sin duda, Sánchez Vázquez se enfrenta aquí —como habrán de enfrentarse a él muchos de los autores de esta antología— a uno de los más serios problemas teóricos de la estética marxista. Porque, en efecto, el arte trasciende las condiciones históricas de un lugar y un momento: Sófocles es tan contemporáneo nuestro como puede serlo Beckett; el arte maya es nuestro contemporáneo tanto como puede serlo lo gótico o el edificio Seagram's. ¿ Basta, para resolver el problema, decir con Sánchez Vázquez que « en definitiva, el arte no escapa nunca de la historia ya que es la praxis de un ser histórico »? Creo que la respuesta ha de ser negativa. El problema real es éste: ¿ Cómo conciliar la historicidad limitada de un momento con la transhistoricidad que hace que el arte deje de ser histórico para ser valioso en cualquier lugar y tiempo? Sánchez Vázquez ve clara-

* Era, México, 1970. Dos tomos.

mente el problema. No parece resolverlo con la misma claridad. Además, si el arte es en cierto sentido y medida ahistórico, ¿no podía decirse lo mismo de símbolos, mitos, religiones? Mi respuesta sería afirmativa; pero no creo que el marxismo pudiera aceptarla. En suma, ¿qué característica tiene el arte que lo distinga de otras prácticas humanas —religiosas, ejemplo— y que le otorgue una permanencia en la historia de la cual no participarían otras prácticas humanas?

3. «El tercer principio —el hombre como ser social y la sociedad como un todo estructurado— lleva a concebir el arte como un fenómeno social.» Añade Sánchez Vázquez, con el claro deseo de evitar limitaciones a la creación artística: «Esta cualidad social del arte que es inseparable de su propia naturaleza estética, se entiende en un sentido estrecho y limitado cuando es reducida al cumplimiento de una función social directa e inmediata.»

En suma, Sánchez Vázquez, sin apartarse del marxismo, quiere salvaguardar el carácter creador y en alguna medida autónomo de la creación artística. No es ésta una de sus menores contribuciones.

La antología de Sánchez Vázquez está sistemáticamente dividida en once partes: El marxismo y la estética, La esencia de lo estético, La naturaleza del arte, La obra de arte, Arte, ideología y sociedad, Arte e historia, Valoración estética y crítica artística, Realismo y arte moderno, Arte y capitalismo, Arte y socialismo, Arte y política. Los textos que presenta Sánchez Vázquez son de importancia e interés diversos. Los más importantes fuera de los extraordinarios manifiestos que constituyen la parte décima del libro (Naum Gabo, Pevsner, Rodchenko, Stepanova, Mayakovsky), fuera de las respuestas y contrarrespuestas de Lenin, Lunacharski, Bujarin, en general los textos más interesantes son también los más recientes: los de Galvano della Volpe (tan cercano a la lingüística

de Hjelmslev en *El arte como lenguaje*), de Karel Kosik (*Supratemporalidad y temporalización de la obra de arte*), de Yanko Ros (*El progreso en el arte*), de Pierre Macherey (*La cuestión crítica. Algunos problemas*) —que varios autores antologados discuten— quedan sin respuesta muy precisa: el ya señalado acerca de lo pasajero y lo permanente de las obras de arte; el de la importancia del sujeto como creador individual.

Dos grandes virtudes de *Estética y marxismo*: la de la originalidad y claridad del prólogo y la variedad extensísima de textos que se ofrecen ahora a nuestra atención para ser analizados, sopesados, discutidos. Lamento algunas ausencias y entre ellas especialmente la de Lozsek Kolakowski. Hubiera sido interesante —a pesar del desacuerdo que hacia ellos podemos sentir— ver aquí incluidos algunos textos «oficiales» de la época estaliniana así como algunos textos surgidos de la actitud «oficial» de la China de hoy.

Esta antología me hace pensar en una antología más amplia, necesaria y deseable: una antología del pensamiento estético del socialismo: las ideas estéticas de Fourier —por ejemplo— y sus consecuencias en el surrealismo o más recientemente en la obra de Michel Butor serían de interés primordial. Por lo demás, la relación surrealismo-marxismo —búsqueda de contactos para después llegar a la ruptura— habría podido formar parte de un capítulo importante de la antología de Sánchez Vázquez o de una antología más amplia como la que declaro aquí deseable.

Pero no era intención de Sánchez Vázquez estructurar una antología de este género. Adolfo Sánchez Vázquez ha logrado plenamente el propósito que definía en el último párrafo de su prólogo: «Obtener un conocimiento más rico y amplio del estado actual de la estética marxista» y contribuir a «borrar la imagen de ella como una estética cerrada, normativa y monolítica».

José-Miguel Ullán

Aníbal Núñez y los paraísos artificiales

Los poemas de Aníbal Núñez, habitualmente hostiles a toda amputación titular, hoy se disfrazan de reclamo ambiguo: *Fábulas domésticas* *. Este guiño inicial —imagen voluntaria de la propaganda, tic usurpado con alevosía en el burdel publicitario— vela el libre albedrío de la mirada y, a la par, nos incita a una lectura errónea que nacería en las serenas aguas de la sagrada tradición. Poesía ligera: La Fontaine y su casta. Zoología poética capaz de transportarnos al confortable reino de lo admitido: ficción artificiosa

Tras trazar estas pistas falsas, el discurso poético se exilia en las cavernas del tópico, limitándose a devolvernos el pregón exterior: la polución verbal, con que se *disimula* una verdad. El acompañamiento recalca, obscenamente, esa tranquilidad moral; todo acontece en casa, en familia, en la paz hogareña.

* *Fábulas domésticas*. Aníbal Núñez. Colección Ocnos. Llibres de Sinera. Barcelona, 1972.

las pochas babas de la compraventa, los vapores tóxicos que el Poder exhala. El cantor parece renunciar a cualquier meta salvadora (hija de la imaginación), para hurgar en los cubos de basura y obsequiarnos con los desperdicios maquillados de entidad poética. Tal apariencia, ya que no clásica, al menos se uniría al carro de la moda: la poesía como reflejo de la realidad y como parte de esa misma realidad.

De esta manera, una vez más el riesgo quedaría ausente de la escritura, el poeta evitaría la berza y el nenúfar para convertirse en el espejo manso de la infamia presente y preexistente, incluso sin por esto repeler las causas justas, las buenas intenciones. En **Fábulas domésticas**, la engañosa envoltura nos empuja a comulgar con tales ruedas de molino. Pero, entre el moho superficial y plácido, existen grietas calificadas para desmoronar tan envidiable esencia inmóvil. En dichas grietas anida la otra verdad de estos versos, la única que los libera de sus máscaras convencionales y nos los aproxima en su insolencia fértil y purificadora.

A fin de cuentas, la fábula se reduce aquí a su destello más humilde: aquello que es objeto de murmuración. Por otro lado, el carácter doméstico de la misma, lejos de tornar entrañables sus funciones, habla con claridad de servidumbre y esclavitud. La fábula doméstica, pues, residiría tan sólo en la agresión ajena (enajenante); si su sórdida identidad halla abrigo ficticio en la corteza del poema, es con el noble fin de que éste nos descubra sus caries. Y ello, gracias a las armas elementales de otro lenguaje no servil, que zigzaguea sutilmente sobre los escombros y acaba tornándose único; es decir, lírico.

El pudor de la estratagema empleada por Anibal Núñez puede conducirnos al reconocimiento, cuando lo que nos pide es precisamente lo contrario: la meditación. En consecuencia, nadie se sorprenda de no hallar en este breve comentario la terminología reductora con que los críticos patrios pretenderán recuperar este libro: ironía, sarcasmo, sátira, parodia, desmitificación... Monsergas que, so pretexto de oposi-

ción, apuntalan también, con abnegado oportunismo, el pálido discurso oficial. Lo subversivo, hoy por hoy, sigue residiendo en el difícil ejercicio de intentar comprender: « *Comprendre, saisir en même temps, réunir par la prise. Comme ont dit que le feu prend ou que le ciment prend, ou qu'un lac se prend en hiver ou qu'une idée prend dans le public, c'est ainsi que les choses se comprennent et que nous les comprenons.* » (Paul Claudel.)

Estas fábulas domésticas, con su lirismo meditativo enfrentado a una materia oral espuria, nos ayudan a comprender, desde el comienzo, la naturaleza de un canto original (a fuerza de perseguir lo neutro), que estalla en la adolescencia agria y que da fe de un salto no mortal: « del temible zarpazo que inquietaba / al bungalow paterno / a este paso de baile con las uñas pulidas ». La sumisión, por supuesto, será más bien el estado de gracia, elegido con el propósito de desmontar el mecanismo de las asociaciones.

Las drogas legales van a ser consumidas dócilmente, ante nuestros propios ojos, para que comprendamos mejor sus leyes. Después de todo, Baudelaire y Michaux hicieron otro tanto con las drogas prohibidas. Lógicamente, esta vez el balance no es nada milagroso y si muy miserable.

Lo aleccionador es que el poeta, al detenerse en las grandes cloacas del momento, va creando, a un tiempo, la rebelión textual que anega el escenario impuesto, la superficie fétida del punto de partida. Y esa nueva mitología, ese espacio así abierto, es el que forja el compromiso, la subversión y la validez radical del canto.

De ahí que la fábula propuesta, si bien roza a menudo la fácil moraleja, el chiste juvenil, el desengaño beat, la escena costumbrista, el peligroso humor..., acaba superando siempre sus propias trampas, entrando e sacando en el Palacio del Costumbrismo, en los nuevos paraísos artificiales, destruyendo, asimismo, los ucases soeces y ofreciéndonos, sin aspavientos, algo mucho más frágil, acaso inútil y, desde luego, no abundante: la poesía. El lugar no común. La otra realidad.

Editions Ruedo ibérico

Bartoli

Calibán

De la segunda República a la bomba atómica

208 páginas de texto y dibujos

30 F

Clases dominantes y crisis política en la Argentina actual

Estas notas forman parte de un intento de fundar, a partir del materialismo histórico, la relación específica que se plantea, en la Argentina actual, entre el desarrollo de las contradicciones en el nivel economicosocial y en el nivel politicosocial. El supuesto que opera detrás del análisis es que entre ambos niveles se manifiesta una diferencia de « tiempos » y que, por lo tanto, el « descubrimiento » de la contradicción principal en el plano economicosocial no implica encontrar la misma simultáneamente « desplegada » en el plano politicosocial. Esa diferencia de tiempos de la contradicción sólo es eliminada a través de un proceso histórico y ella es, precisamente, la tarea a resolver por toda estrategia revolucionaria correcta: la fusión de los tiempos disímiles de la contradicción sólo se consuma plenamente en el periodo de la revolución social*.

El objeto del trabajo es, por lo tanto, el análisis de la coyuntura; el estudio de las **relaciones de fuerza políticas** en la sociedad argentina. Su finalidad, inscribirse en la discusión y, por medio de ella, en la práctica de constitución de un bloque social alternativo al dominante, que se consumará a través de un proceso en cuyo punto de llegada las contradicciones tal cual se dan en el plano economicosocial coincidirán con las que aparecen en la escena política. En el trabajo distinguiremos dos niveles conceptuales. A uno lo llamaremos el de las « **clases sociales** »; al otro, el de las « **fuerzas sociales** ». El segundo no puede fundarse sino sobre el primero, pero su constitución supone un proceso histórico relativamente autonomizado.

El nivel que llamamos de las clases sociales marca « la relación de fuerzas sociales estrechamente ligadas a la estructura objetiva, independiente de la voluntad de los hombres ». El de las fuerzas sociales marcaría « la fase más estrictamente política, que señala el neto pasaje de la estructura a la esfera de las superestructuras complejas [...] la fase en la cual las ideologías ya existentes se transforman en partido »¹.

Con los conceptos de clase social y fuerza social así definidos se conectan, respectivamente, el de « **alianza de clases** » y el de « **bloque de fuerzas** », asociados entre sí de la misma manera que lo están los anteriores. Una alianza de clases supone una articulación de clases y fracciones de clase que el observador establece como « **necesaria** », al margen de la voluntad de los actores, a través de la adjudicación de « **intereses objetivos** » en términos de la contradicción en el nivel de la estructura de una formación economicosocial.

* El cuerpo fundamental de este artículo fue pensado y redactado antes de las elecciones del 11 de marzo. Las líneas del análisis se mantienen inalteradas y ninguna de las conclusiones deben ser, a mi juicio, reformadas. La estrepitosa derrota política sufrida por el capital monopolista seis años después de su ascenso triunfal al poder en andas de la « **Revolución argentina** », ha abierto una nueva fase en la lucha de clases que coloca, por primera vez en décadas, nuevamente a las fuerzas populares ante la posibilidad de revertir a su favor un proceso: de transformar una situación de defensiva, primero en equilibrio y luego en ofensiva. Pero ese proceso recién se abre: la avalancha de votos populares no sólo no alcanza por sí sola para tomar el **poder**, sino que tampoco permite excluir del **gobierno** a fuerzas antipopulares que actúan en su propio interior, las que intentarán ahora negociar

la dependencia con el capital monopolista. El 11 de marzo el pueblo dispuso los funerales del proyecto más coherente elaborado por el capital monopolista, al derrocar a la camarilla militar que, claramente desde 1966, se había transformado en principal soporte político de la dependencia. Este es un hecho histórico, pero a partir de él otra historia debe nacer aún.

1. Antonio Gramsci: **Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el Estado moderno**, Buenos Aires, 1972, p. 71 y 72. La expresión acerca de que deben transformarse en partido, no tiene que ser tomada en sentido estricto: para Gramsci, un gran diario, por ejemplo, puede ser calificado como « **partido** » o « **fracción de partido** ». Se trata de expresiones orgánicas que, a partir de intereses de clase, plantean las cuestiones en conflicto « no sólo sobre un plano corporativo, sino sobre un plano 'universal' ».

Las clases y fracciones así agrupadas conforman, por lo tanto, un específico «campo de interés». El bloque de fuerzas supone, en cambio, un complejo proceso de constitución en el que interviene la conciencia y la voluntad de los actores sociales. Su escenario es la política y su objetivo el poder; allí, las clases sociales (y aún otros grupos que no podrían ser definidos rigurosamente como tales) actúan a través de fuerzas sociales, es decir, como producto de un intercambio entre objetividad y experiencia, entre estructura y superestructura, entre posición objetiva y organización voluntaria.

Tanto la alianza de clases como el bloque de fuerzas no son unidades indiferenciadas; en su interior operan también las contradicciones —aunque de grado secundario— y la relación entre los componentes no es simétrica: uno de ellos «domina» sobre el resto. Para marcar esa dominación en el nivel de los proyectos, de las fuerzas sociales, del bloque de fuerzas, cuyo campo de constitución es, como queda dicho, la política, reservamos el concepto de «hegemonía». Para el nivel de los intereses, de las clases, de la alianza de clases, cuyo campo de constitución es la economía, reservamos el concepto de «predominio».

En este sentido, la clase o fracción de clase que es predominante en su campo de intereses no es automáticamente hegemónica en el bloque de fuerzas. Esto es válido para cualesquiera de los dos polos de la contradicción principal. Así, la clase o fracción de clase predominante en el interior de las clases propietarias puede no ser hegemónica de las otras clases y fracciones pertenecientes a su mismo campo de intereses. En el otro extremo, la clase o fracción de clase sobre cuya explotación se funda principalmente la dominación puede no ser hegemónica sobre las otras clases y fracciones pertenecientes a su mismo campo de intereses.

Toda política orgánica de poder tiende a hacer compatible, en cada uno de los extremos, el predominio con la hegemonía. La asincronía, en uno como en otro, puede perdurar bastante tiempo: esa situación constituye una de las claves principales de la coyuntura política argentina.

Predominio económico y hegemonía política

El punto de partida de este análisis, al que se toma como dato, es el proceso de monopolización operado en la estructura productiva argentina. En efecto, a partir de la década del 60 culmina un proceso de monopolización en los sectores fundamentales de la economía y de creciente control de las actividades productivas y financieras por parte del capital extranjero.

Dicho proceso instala como fracción de clase predominante en el interior de los grupos propietarios a la gran burguesía industrial, financiera y comercial monopolista, extranjera o asociada al capital extranjero, desplazando de su predominio tradicional a la gran burguesía agraria. Nuestra intención no es explicar los mecanismos que operan en el interior de la estructura económica, a los que damos por supuestos, sino examinar la forma de inflexión de esos datos en los otros niveles de las relaciones sociales, particularmente el político.

El predominio de la fracción monopolista en el terreno de la economía supone la apertura de una nueva etapa que fija las leyes generales de movimiento y constitución de las fuerzas sociales, al redefinir los campos de interés común de las clases. Lo que interesa ver, precisamente, es la forma de pasaje entre predominio económico y hegemonía política de modo tal que lo económico funcione efectivamente en el análisis como «determinación en última instancia», es decir, como serie de parámetros que fijan los límites de variación posible de las relaciones de fuerza en los planos político e ideológico.

Una sociedad no aparece, obviamente, como una yuxtaposición de «niveles estructurales», sino como en entretejido de relaciones sociales, de comportamientos de actores sociales. Parecería redundante recordarlo, pero ante la ola de nominalismo estructuralista que tiende —al menos en su uso vulgar— a fetichizar los instrumentos analíticos como si fueran estructuras concretas, la reiteración no es inútil. La sociedad, recuerda Marx en su famosa carta a Annenkov en 1846, es «el producto de la actividad recíproca de los hombres». En la

medida en que esa reciprocidad no está regulada por el azar sino que detrás de la misma opera una legalidad que le otorga sentido, las distinciones analíticas que propone el materialismo histórico tienen la finalidad de hacer inteligible lo que en la representación aparece como un caos. Es a partir de esa necesidad de explicación que tiene sentido postular que «la sociedad no consiste en individuos sino que expresa la suma de las relaciones y condiciones en las que los individuos se encuentran recíprocamente situados»² y que vale la diferenciación entre los «niveles» de la realidad social (estructuras económica, política, ideológica), entendiéndolos como categorías analíticas, como dimensiones que ayudan a explicar la interrelación de las estructuras concretas. La reificación de las categorías conduce, en cambio, a una revitalización del reformismo —alimentado por una lectura autosuficiente del prefacio de Marx a la *Crítica de la economía política*— según el cual la historia sería «producto» de las estructuras, mientras la acción humana, la voluntad, la experiencia, quedan reducidas a un rol subordinado.

Siguiendo estos supuestos, la pregunta que, según Gramsci, surge como central en el marxismo, esto es, cómo de la estructura nace el movimiento histórico, queda sin respuesta. Paradójicamente, la «rigurosidad» en el tratamiento de las leyes que rigen la estructura puede transformarse así en virtual indeterminación para el campo de la política, sobre el que muy poco podría predecirse: por un camino sinuoso, el determinismo se convierte en espontaneísmo.

El nivel de análisis elegido para este trabajo es el de las relaciones de fuerza políticas, es decir, un espacio en el que operan fuerzas sociales, en el que los conflictos de clase aparecen transmutados como conflictos entre fuerzas, en el que las alianzas de clase buscan constituirse como bloque de poder a través de un proceso relativamente autónomo de la determinación estructural, de un proceso complicado que califica la discontinuidad existente entre estructura y superestructura. Pero esta distancia, que funda la autonomía de la política, no significa que ésta gire en el vacío. El análisis en el nivel de la coyuntura

supone una caracterización científica de la etapa económica y de sus consecuencias en el nivel de las clases sociales. El examen de lo político no puede realizarse a espaldas de lo económico: se asocia con él en la medida en que aparece como condición para medir la desviación o la correspondencia entre los «tiempos» de la contradicción.

Una nueva etapa económica supone la definición primaria de nuevos actores sociales, a la vez que determina reajustes en los campos de interés. En un primer momento los nuevos protagonistas aparecen definidos objetivamente en el nivel de las clases; su representación social y política, sin embargo, se demorará. Durante todo un periodo el espacio de la política estará primordialmente ocupado por núcleos residuales, fuerzas sociales y grupos políticos demorados cuyas respuestas apuntan a preguntas planteadas durante la etapa anterior y que sólo en ella podían ser satisfechas. Estos rezagos que desvían o amortiguan las nuevas líneas de conflicto social planteadas por los cambios en la economía, pueden ser, a corto plazo, factor principal de las decisiones políticas: desautorizados históricamente en el nivel estructural, «vacíos» ya de contenido si se les observa desde el futuro, suelen manifestarse como protagonistas principales en el plano político presente.

Una situación en que los nuevos encuadramientos de clase no se encarnan en fuerzas sociales que se correspondan con ellas no es excepcional: una etapa se cierra primero en el plano economicosocial que en el plano político.

Nuestra hipótesis central es que esa situación se da hoy en la sociedad argentina con un arrastre de casi dos décadas: desde mediados de los años cincuenta, cuando entra en crisis el ciclo de industrialización sustitutiva, al ritmo del cual se desarrollan, durante veinte años, las fuerzas productivas en el país.

Nuestro punto de partida para el análisis de una sociedad y de una coyuntura es la lucha de clases. Desde la perspectiva del materialismo histórico sólo ese examen nos permite determinar la contradicción principal, las contradicciones secundarias o subordinadas

2. Karl Marx: *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*, tomo I, Buenos Aires, 1971, p. 204.

y las relaciones entre ambas. Descubrir la contradicción principal supone, según Mao, «descartar la arbitrariedad subjetiva»; su dilucidación se mueve por lo tanto en el nivel objetivo, el de los campos de interés, el de las clases, sus enfrentamientos y sus alianzas. Gramsci calificará este momento como el primer grado en el análisis de la relación de fuerzas «que puede ser medida con los sistemas de ciencias exactas o físicas»³.

Este nivel es fundante pero no agota el análisis de la realidad, no nos instala aún en el *espacio político* de la lucha de clases. «El desarrollo de los aspectos contradictorios en cualesquier contradicción es siempre desigual», señala Mao y esa desigualdad, que marca los aspectos principal y secundario de la contradicción, tiene que ver con la voluntad, penetra en el nivel de las superestructuras. «En un proceso determinado o en una etapa determinada del desarrollo de una contradicción, el aspecto principal es A y el aspecto secundario es B, pero en otra etapa o en otro proceso, los papeles se invierten; este cambio está determinado por la extensión del crecimiento o disminución de la fuerza con que cada uno de los dos aspectos lucha contra el otro en el desarrollo de las cosas.»⁴ Sólo el «esfuerzo de los revolucionarios», anota Mao, hará que las circunstancias desfavorables se truequen en favorables.

Estamos ya en el segundo grado gramsciano de la relación de fuerzas, el político, que valora, de acuerdo con Gramsci, «el grado de homogeneidad, autoconciencia y organización alcanzado por los diversos grupos sociales». Es decir, entramos en el nivel de las fuerzas sociales, en el de la correspondencia, analizada como proceso, entre estructura y superestructura.

La contradicción principal en la Argentina

Es a partir del análisis de esa «realidad rebelde» que, en términos gramscianos conforma el primer grado de la relación de fuerzas, como puede determinarse objetivamente el «tipo» de sociedad (abarcando en la definición simultáneamente la «contradic-

ción principal» y las «contradicciones secundarias» que operan en el nivel estructural), así como el «tipo de revolución» que tal sociedad puede plantearse con realismo.

Este análisis incluye, desde el momento en que el capitalismo es un sistema mundial, no sólo las relaciones sociales objetivas que predominan en el interior de cada sociedad nacional, sino los nexos que ligán a ésta con el sistema internacional capitalista, entendiendo a éste no como «la yuxtaposición de sistemas capitalistas nacionales», sino como una red integrada de relaciones cuyo eje es la acumulación a escala mundial⁵.

La Argentina formaría parte, así, del conjunto de sociedades capitalistas dependientes. Decimos que es capitalista porque, tanto en la ciudad como en el campo, predominan abiertamente las reacciones capitalistas de producción, distribución, consumo e intercambio. Partiendo de este análisis de la lucha de clases en el plano nacional, la contradicción principal aparecería como contradicción entre fuerza de trabajo y capital, entre proletariado y burguesía, de acuerdo con el grado de desarrollo de las fuerzas productivas y el tipo de relaciones de propiedad dominantes.

Pero añadimos que la sociedad argentina es dependiente, esto es, forma parte de los países llamados del Tercer Mundo insertados en una división internacional del trabajo establecida por las naciones imperialistas. La dependencia que oprime a la Argentina sería así «una relación de subordinación entre naciones formalmente independientes, en cuyo marco las relaciones de producción de las naciones subordinadas son modificadas o recreadas para asegurar la reproducción ampliada de la dependencia»⁶. Para algunos, el significado de la dependencia sobre la sociedad argentina como totalidad sería de tal magnitud que la contradicción principal se redefiniría como antagonismo entre nación e imperialismo.

3. Gramsci: *Op. cit.*, p. 71. La expresión la toma casi literalmente del prefacio a la *Contribución a la crítica de la economía política*, de Marx.

4. Mao Tse-tung: «Sobre la contradicción», en *Obras escogidas*, tomo I, p. 356.

5. Samir Amin: *L'Accumulation à l'échelle mondiale*, París, 1970, p. 34.

6. Ruy Mauro Marini: «Dialéctica de la dependencia: la economía exportadora», en *Sociedad y Desarrollo*, n.º 1, Santiago de Chile, 1972, p. 37.

En buena medida, tácita o explícitamente, la discusión de las estrategias políticas revolucionarias gira alrededor de esas posiciones extremas que, al ubicar ambas el eje de la lucha de clases en el marco nacional y no en el del capitalismo como sistema mundial, disocian alternativamente a los dos componentes de la definición, enfatizando sea al capitalismo como sistema nacional de estratificación o la dependencia como sistema mundial de estratificación.

Lo correcto parece ser encontrar el punto en que ambas variables se articulan, tal como lo plantea la moderna teoría marxista de la dependencia: «La controversia —señala Amin— podrá superarse únicamente si se considera que la lucha de clases no se desenvuelve dentro de los cuadros nacionales, sino en el cuadro del sistema mundial.»⁷

Empíricamente, para el caso argentino, que es un grado dentro de la escala del capitalismo dependiente, ese plano de articulación sólo puede encontrarse a través del examen de las características con que opera actualmente el capital imperialista, superada la etapa de dependencia con relación a Gran Bretaña y de crecimiento «hacia afuera» de las fuerzas productivas. Desde ese momento, ubicable muchas décadas atrás, el imperialismo dejó de ser un factor primordialmente «externo» para transformarse básicamente en «interno», en pivote estructural de la economía. La Argentina siempre ha sido una sociedad con escaso poder de decisión, pero esa subordinación, actualmente, se ha «interiorizado» mucho más, fusionando al imperialismo con la estructura productiva local más desarrollada: no estamos enfrentando solamente a una «bomba de succión» exterior al sistema sino a un componente interno, expresado en el control del capital extranjero sobre los centros más dinámicos de la actividad industrial, constituido así en factor decisivo para la expansión de las relaciones capitalistas de producción.

A partir de esta característica, la contradicción principal en la Argentina se establece por el antagonismo entre dos campos de interés, dos alianzas de clase, lideradas respectivamente por el capital imperialista enraizada en la estructura productiva y por la fracción del

proletariado directamente explotada por él. Extendiendo a la sociedad global la definición que Serge Mallet utiliza específicamente para el mundo obrero, esta contradicción entre burguesía monopolista y proletariado industrial, en el espacio de la fábrica dominada por el capital imperialista, constituiría —claramente desde los años 60— el «nudo estructural» de la sociedad, el terreno de constitución de las principales fuerzas sociales en pugna.

Ambos sectores predominarían, a su vez, en el interior de sus campos de interés sobre otras clases o fracciones, por lo que un segundo paso en el análisis debe llevar a determinar empíricamente la composición específica de cada una de esas alianzas, así como las contradicciones secundarias que operan en el interior de cada una de ellas.

Pero todo esto, por más refinado que resulte el análisis (y está claro que cuanto más lo sea mejores podrán resultar *a posteriori* las conclusiones políticas) nos mantendría todavía en el examen del nivel economicosocial de la contradicción, sin relacionarlo con la diferencia de «tiempos» que lo alejan de los otros niveles. Lo que nos marcaría es «el grado de realismo y posibilidad de realización» (Gramsci) de las luchas políticas e ideológicas; es decir, la «determinación en última instancia» del movimiento de lo económico sobre el movimiento de las otras instancias.

Pasar de ese nivel al de las relaciones de fuerza políticas supone una discontinuidad, una ruptura: en el plano del examen de coyuntura decir que la contradicción principal en la Argentina actual se da entre proletariado y capital imperialista es sólo fijar un punto de partida no un punto de llegada, en tanto éste sólo puede hallarse en el espacio de la lucha concreta por el poder político. Pero a la vez la eficacia de esa lucha desde el punto de vista revolucionario no puede fundarse sin tomar como básico, como determinante, el nivel economicosocial de la contradicción. No hay, en una palabra, posibilidad de constitución de un bloque social de alternativa destinado a reemplazar revolucionariamente al Estado actual sin un «descubrimiento» científico de las alianzas de clases que expresan campos de intereses antagónicos y del papel

7. Amin: Op. cit., p. 34.

predominante que en una u otra de ellas tiene objetivamente una fracción de esas clases. Y esto, porque la base de toda estrategia eficaz es el logro de la correspondencia entre el nivel economicosocial de la contradicción y el nivel políticosocial.

Esta relación entre niveles no siempre aparece articulada en la discusión política e ideológica de los grupos que en la Argentina se postulan como revolucionarios. La trabazón entre las dos instancias de la contradicción se disocia sea en un sociologismo que puede acertar en el pronóstico a largo plazo pero que se muestra ineficaz para operar en la coyuntura, o en un politicismo que puede acertar en la descripción del momento presente pero que, por desconocer toda ley que opere más allá de la realidad visible, resulta incapaz de proyectar una estrategia ofensiva a largo plazo.

El camino propuesto por el marxismo, cuando opera como teoría de la historia y como principio de la dirección política, es otro: relacionar los dos niveles, establecer desde el punto de vista de la clase que lidera el campo objetivo de la revolución cual es el grado de correspondencia que existe entre sus intereses y su actualización en el espacio de la política de poder. Y estudiar también el mismo proceso en el otro campo, relacionar predominio y hegemonía en el interior del otro bloque. Por ello, todo análisis de coyuntura (y una línea política no es otra cosa que eso) supone integrar el examen del sistema de contradicciones —de la lucha de clases— tal cual se da en la estructura (para definir así el « tipo » de revolución y las condiciones de constitución de las fuerzas sociales) con la especificación de los aspectos principal y subordinado de ese sistema de contradicciones, esto es, con la discriminación acerca de la relación de fuerzas políticas tal cual ella se da, que es lo que marca en definitiva la característica de la etapa. Es en ese sentido como el análisis de coyuntura fusiona sociología y política.

El empate hegemónico

Hemos considerado la contradicción principal en la Argentina de hoy como aquella que enfrenta al proletariado con el capital monopolista. Pero, especificando una definición

política de la etapa actual, agregamos ahora que las líneas generales del proceso que desde 1955 se encuadran dentro de lo que llamaríamos *fase de no correspondencia entre nueva dominación económica y nueva hegemonía política*.

Con esta definición nos ubicamos en el plano en que ya se articulan los niveles económico y político: el de la determinación del aspecto principal de la contradicción. El supuesto es que dicho aspecto está desempeñado en la coyuntura argentina por el conjunto de las clases dominantes y de las fuerzas sociales que las representan, las cuales, aunque con dificultades para resolver dentro de su bloque el problema de la hegemonía, se hallan en una etapa de ofensiva en la que por momentos aparecen —como resultado de las presiones de las clases dominantes y de las contradicciones que operan en el interior del bloque dominante, situaciones de equilibrio de fuerzas que, como en el presente, pueden dar lugar a un repliegue del capital monopolista.

Todo este periodo, en el que la iniciativa política puede encuadrarse dentro de los intentos de la fracción monopolista del capitalismo por transformar su predominio económico en hegemonía, se resume en los siguientes rasgos característicos:

1. Situación de ofensiva general de las clases dominantes;
 2. Fragmentaciones en el interior de ese bloque como resultado de la aparición de contradicciones de tipo secundario entre las clases y fracciones que lo integran;
 3. Proyección de esas fragmentaciones en el plano político (lucha por la hegemonía) a través de la aparición de proyectos alternativos y de división y reparto del control sobre distintos aparatos sociales (fuerzas armadas, partidos políticos, burocracia sindical, etc.);
 4. Situación de « empate hegemónico » —que en los momentos críticos asume formas de « vacancia hegemónica »— en el interior del bloque, aunque a la larga el proceso opere en favor de la fracción económicamente dominante —el capital monopolista— a un costo mayor que el esperado.
- Esta descripción de los rasgos más característicos de la etapa está concebida a partir de

las clases dominantes, porque su ofensiva marca el aspecto principal de la contradicción. Parecería, por lo tanto, que las clases dominadas no tienen ninguna presencia política y no ejercen, correlativamente, ninguna influencia en los desplazamientos que se operan en el poder, en la incapacidad que manifiesta el sector predominante para transformarse en hegemónico.

La situación, por supuesto, no es ésta ni teórica ni empíricamente. Todo análisis de coyuntura es análisis de una *relación* entre fuerzas dominantes y dominadas, en que el movimiento de unas supone el desplazamiento de otras. Por ello, si una etapa puede ser leída analíticamente desde dos ópticas, en la perspectiva de las clases dominantes y en la de las clases dominadas, siempre en la realidad una aparece como reverso de la otra, como pares que se condicionan mutuamente y que sólo analíticamente pueden ser aislados.

Cuando caracterizamos, por ejemplo, la situación argentina como una situación de asimetría entre predominio económico et hegemonía política, estamos haciendo referencia, en términos de las clases dominantes, a la existencia de una situación de « crisis orgánica ». Pero una situación de crisis orgánica es siempre, potencialmente, para las clases dominadas, una « situación revolucionaria ». En ese sentido, los rasgos de una y otra se complementan.

Para Gramsci, una crisis orgánica es aquella en que « los partidos tradicionales con la forma de organización que presentan, con aquellos hombres que los constituyen, representan y dirigen, ya no son reconocidos como expresión propia de su clase o de una fracción de ella »⁸. Esto origina una « crisis de autoridad » que tiende a reforzar « la posición relativa del poder de la burocracia [civil y militar], de las altas finanzas, de la Iglesia y en general de todos los organismos relativamente independientes de las fluctuaciones de la opinión pública ».

El punto de partida de una « situación revolucionaria », según Lenin, se define por rasgos parecidos: « crisis en las alturas » y crecimiento de la movilización⁹. Pero lo que Lenin enfatiza en ese texto son las condiciones para que esa crisis de hegemonía, que desde la perspectiva de las clases dominadas conforma

una situación revolucionaria, se transforme en crisis revolucionaria.

Nuestro esfuerzo se orientará hacia el enfoque de la situación en términos de crisis orgánica, es decir, *en un nivel en el que la presencia de las clases dominadas opera sólo en un segundo plano*.

En estos términos, una caracterización particularizada de la coyuntura actual se resumiría en estos rasgos :

1. Mantenimiento crónico de una situación de crisis orgánica que no se resuelve como nueva hegemonía por parte de la fracción capitalista predominante ni como crisis revolucionaria para las clases dominadas ;

2. Predominio de soluciones de compromiso en las que « fuerzas intermedias », que no representan consecuentemente y a largo plazo los intereses de ninguna de las clases polares del « nudo estructural », ocupan el escenario de la política como alternativas principales, aún cuando su constitución sea residual y su contenido heterogéneo, inexpresivo de las nuevas contradicciones generadas por el desarrollo del capitalismo monopolista dependiente en la Argentina.

Con estos alcances tendríamos sentido una definición de la situación de hoy en *el plano político-social* como de « empate »: « Cada uno de los grupos tiene suficiente energía como para vetar los proyectos elaborados por los otros, pero ninguno logra reunir las fuerzas necesarias para dirigir el país como le agradaría. »¹⁰

Nuestra hipótesis es que la raíz de esa situación se halla en que ninguna de las clases sociales que lideran los polos de la contradicción principal (capital monopolista/proletariado industrial) y que son por ello objetivamente dominantes en su respectivo campo de alianzas ha logrado transformarse en hegemónica de un bloque de fuerzas sociales.

8. Gramsci : Op. cit., p. 76.

9. La definición de Lenin sobre « situación revolucionaria », en *Obras completas*, tomo XXI, Buenos Aires, 1960, p. 211/212.

10. Torcuato di Tella : « Inmovilidad o coexistencia en la Argentina », en James Petras y Maurice Zeitlin : *América latina : ¿ Reforma o revolución ?*, tomo 1, Buenos Aires, 1970, p. 205.

Los contenidos de la « Revolución argentina »

El golpe de Estado del 28 de junio de 1966 significa en la historia política argentina algo más que un mero relevo de gobierno por vía de la típica insurrección cuartelera latinoamericana: se trata del intento más decidido realizado hasta hoy por la fracción dominante en el nivel economicosocial, para superar a su favor una situación de crisis orgánica y transformar ese predominio en hegemonía. Su punto de partida es, en ese sentido, similar al del alzamiento militar ocurrido en Brasil en 1964. Los resultados, sin embargo, han sido distintos: mientras en Brasil el capital monopolista logró, a través de la consolidación de una oligarquía militar-industrial, superar la « crisis de autoridad », en la Argentina la crisis hegemónica se mantiene en los términos iniciales, aún cuando en el nivel económico el predominio del capital monopolista se haya acentuado desde entonces.

Pero esa potencia económica no pudo transformarse en potencia política; los nuevos grupos dominantes en el terreno de la producción no fueron capaces de crear nuevas fuerzas sociales estables que los representaran o de utilizar a su favor las preexistentes. Su hegemonía sólo se expresó en la fase en que, dentro de la relación permanente violencia-consenso, predominó abiertamente la primera, es decir, hasta mediados de 1969. Pero cuando esa violencia engendró su réplica, la fórmula de poder, a diferencia del caso brasileño, se desequilibró. El intento por buscar, a partir de ese fracaso, nuevos mecanismos consensuales, tampoco tuvo éxito: hoy, en la escena política vuelven a dominar los desalojados en 1966, con lo que la situación de crisis orgánica que provocó el estallido de la « Revolución argentina » sigue en pie, agravada para el capital monopolista por la participación que en el bloque político triunfante el 11 de marzo tienen fuerzas que representan abiertamente tendencias socialistas, fuerzas cuya movilización fue decisiva, pero cuyo nivel de organicidad es aún bajo.

Los protagonistas centrales de ese movimiento pendular sin triunfadores políticos netos son, en el primer nivel estructural, el capital monopolista extranjero o asociado con el imperia-

lismo; el capital nacional y una rama particularmente importante de éste, la burguesía agraria.

Políticamente estos grupos se han expresado predominantemente a través de cuatro actores: los partidos políticos, las fuerzas armadas, la burocracia sindical y una nueva conjunción que llamaremos el *establishment*, integrada por tecnócratas y por representantes directos del capital monopolista que, al margen de los partidos, asumen roles de élite política.

La coyuntura arranca con una ofensiva hegemónica del capital monopolista que se consolida, en el primer periodo de la « Revolución argentina », durante el lapso que podríamos personalizar en la pareja Onganía-Krieger Vasena. En esa etapa, efectivamente, el predominio del capital monopolista se transformó en hegemonía dentro del bloque dominante y el capital nacional y la burguesía agraria debieron supeditarse políticamente a él. Ello se logró a través del establecimiento de una nueva fórmula de poder que arrasó con el régimen de partidos y lo suplantó con una coalición entre las fuerzas armadas y el *establishment*, a la que se intentó agregar a la burocracia sindical.

Esta fórmula aparecía como la respuesta más coherente en el nivel de las fuerzas sociales para las necesidades que la lógica del desarrollo capitalista venía planteando desde tiempo atrás. Queremos decir con ello que los contenidos del movimiento de 1966 estaban ya larvadamente diseñados cuando encontró su techo, a mediados de la década del 50, el modelo de crecimiento capitalista vigente hasta entonces. A partir de ese momento la historia de las clases dominantes argentinas es la historia, zigzagueante, de la búsqueda de ajustes entre las nuevas condiciones económicas y las estructuras políticas.

Estas nuevas condiciones económicas suponen la necesidad de un proyecto de crecimiento a largo plazo caracterizado por cambios de orientación en la política frente al capital extranjero, frente a la promoción industrial y frente a la política laboral, tendentes a favorecer un modelo de acumulación adaptado al crecimiento de los sectores monopolistas.

Una orientación de ese tipo en los grupos predominantes de la burguesía es posible comenzar a detectarla a partir de la crisis de 1952,

como un intento dirigido desde entonces a concluir con la política distribucionista y con la ineficacia de las empresas surgidas al amparo del proteccionismo y del proceso inflacionario y a utilizar el poder del Estado para obtener el desarrollo de las economías externas requeridas por su propia dinámica de crecimiento, sólo posibles a través de una acción pública que incrementase las inversiones en obras de infraestructura y, por lo tanto, racionalizara el desempeño del Estado mediante la eliminación de gastos improductivos.

Ese proceso no encontró, durante años, sino ecos adormecidos en el poder político, siendo que, como en todo salto en el desarrollo capitalista, el papel a cumplir por el Estado resultaba una variable imprescindible. Finalmente, en 1966, como antes en 1930 y en 1943, fueron las fuerzas armadas quienes, encarándose en el proceso de desarrollo del capitalismo, disolvieron las estructuras políticas anteriores y se transformaron en dinamizadoras de la nueva etapa.

Las fuerzas armadas completan así en 1966 un ciclo político cuya primera versión había estallado en 1955 con el derrocamiento del nacionalismo popular peronista, operado cuando tenían lugar los primeros síntomas de la crisis. Desde ese momento, es decir, desde el agotamiento del tramo industrializador sustitutivo de importaciones de manufactura liviana, se planteaban para el futuro del capitalismo en la Argentina dos alternativas básicas. Una, forzar la marcha llevada hasta entonces por el peronismo hacia un modelo de desarrollo basado en una sólida alianza entre el Estado y el capital nacional para estatizar los centros fundamentales de acumulación.

Otra, crear las condiciones para una nueva etapa del desarrollo capitalista en la Argentina, mediante la implementación de políticas que, acentuando la dependencia, fueran capaces de garantizarle a los sectores más concentrados el control de la economía.

Quedaba, por supuesto, una tercera y residual alternativa: la instrumentación de una política de compromisos constantes entre las clases y fracciones de clase dominantes por la que el Estado se transforma en una suerte de campo neutro donde todas ellas compiten,

obteniendo beneficios inmediatos según la fuerza de su presión.

El derrocamiento del nacionalismo popular descartó la posibilidad de un desarrollo vía capitalismo de Estado, pero tampoco condujo al establecimiento de una nueva hegemonía mediante la cual el conjunto de las clases dominantes acatará la dirección del capital monopolista.

En primer lugar, porque en el nivel económico el proceso de predominio del capital monopolista no estaba aún consolidado y el poder de las otras fracciones de clase, en especial la burguesía agraria, era muy grande. En segundo lugar porque la fórmula de poder se construyó alrededor del consenso que podían prestar los partidos políticos, ligados en su mayoría con los proyectos del capital nacional y la burguesía agraria.

Esta fórmula de poder, en la que los partidos políticos debían jugar un rol protagónico, fracasó: la llamada « Revolución libertadora » de 1955 fue, quizás, el último intento orgánico de la burguesía agraria por mantener un rol hegemónico en el bloque dominante.

Sobre ese fracaso aparece, en 1958, la alternativa de Frondizi. Básicamente el gobierno de Frondizi es un capítulo del proceso de maduración de los intentos hegemónicos del capital monopolista y de afianzamiento de su predominio en el terreno económico, por el aliento dado entonces a la radicación de inversiones extranjeras.

En el plano político la etapa supone la emergencia, en la fórmula de poder que se busca instaurar, de nuevas fuerzas sociales: el *establishment*, que comienza a asumir roles importantes en el aparato del Estado, y la burocracia sindical. Entretanto, el sistema de partidos políticos es relegado a un segundo plano, hasta el punto que incluso se arrastra a una virtual disolución al propio aparato partidario oficialista: el « frondizismo » es mucho más « desarrollismo » que « radicalismo intransigente ».

El intento de estabilizar una nueva fórmula de poder, sin embargo fracasó. En un plano, porque pese a permitir el avance del capital monopolista sobre las otras fracciones, buscó constituirse en factor unificador del conjunto de la burguesía. La hegemonía del capital monopolista supone el sacrificio de sectores

de las clases dominantes; en la experiencia llevada a cabo entre 1958 y 1962 se trató, en cambio, de articular una política que mantuviera, simultáneamente, los niveles de protección para el capital nacional, que siguiera transfiriendo ingresos a la burguesía agraria y que garantizara altos beneficios para el capital monopolista.

Todo ello, en los hechos, se contrarrestaba y traía como consecuencia un acentuamiento de la ineficacia del sistema en términos de su funcionalidad para la fracción predominante. Como modelo, el propuesto por el «desarrollismo» quedó así como un intento pragmático de compromiso entre todos los grupos dominantes locales y el capital extranjero. A diferencia del ciclo de la «Revolución libertadora», que sólo intentó resarcir a la burguesía agraria y al imperialismo de las pérdidas que le infligiera el nacionalismo popular, el frondizismo proyectó ir más allá y superar los límites ya exhaustos de la industrialización liviana, mediante el pasaje a una etapa de desarrollo de ramas industriales más estratégicas. Pero ese objetivo sólo puede lograrse, en el cuadro de las relaciones capitalistas, entregándole al Estado las llaves de la acumulación o poniendo al Estado al servicio del capital monopolista.

Al fracasar en sus objetivos económicos por su incapacidad para consolidar un proyecto consistente, el frondizismo fracasó también en la construcción del esquema de poder: no pudo satisfacer las necesidades que planteaba la coalición con la burocracia sindical ni con las fuerzas armadas, no satisfizo totalmente al *establishment* y no logró construir una alternativa frente al sistema de partidos políticos que se le oponían desde la tribuna parlamentaria. Cuando a principios de 1962 fue desalojado, su legitimidad era nula y el vacío hegemónico se replanteaba.

Quedaba como saldo, como soporte para la nueva etapa, el fortalecimiento de las posiciones económicas del capital monopolista. Pese a ello, los primeros pasos del régimen militar posfrondizista parecieron marcar una resurrección de la gran burguesía agraria. Duró poco: el ministerio de Economía de Federico Pinedo, en 1962, fue como el último estallido victorioso de una ofensiva de la vieja «oligarquía».

Tras ese episodio surge una suerte de «ensayo general» en el que dos de los protagonistas principales del movimiento militar de 1966 aprontan sus efectivos; la constitución de una nueva élite politicomilitar, el ascenso a funciones de gobierno de una burocracia formada por tecnócratas asesores del capital monopolista, esto es, la coalición entre *establishment* y fuerzas armadas que caracterizará al primer tramo de la «Revolución argentina», tiene su anticipo en el gobierno de José María Guido, entre 1962 y 1963.

Pero esta élite no estaba, sin embargo, lo suficientemente fortalecida en 1963 como para otorgarle salida hegemónica a un proceso que en lo económico ya estaba maduro. Es sobre la base de esta reiteración de una vacancia, sobre la que los partidos políticos resurgen de sus cenizas y forjan el gobierno de Arturo Illia; tras ellos, el capital nacional y la burguesía agraria, sus tradicionales soportes históricos, recuperan posiciones perdidas y, entre 1963 y 1966, jaquean, a veces con éxito, al capital monopolista que carecía de expresión política estable.

Pero este triunfo de los partidos políticos y de las clases que son expresadas por ellos debía ser efímero: iba a contramano de la lógica de desarrollo capitalista, suponía un desfase demasiado grande entre economía y política.

Los partidos políticos, como categoría institucional, suponen la vigencia de un sistema particular de toma de decisiones. Ese sistema incluye, básicamente, un escenario y determinadas condiciones para su constitución: el escenario es el parlamento y su condición de existencia la consulta electoral periódica. En la Argentina, dadas las características del reclutamiento de la «clase política», los partidos tienden a ser la expresión política predominante del capitalismo nacional, urbano y rural.

El parlamento es así una tribuna en la que confluyen múltiples intereses «particularistas», el único recinto en el que las clases y fracciones de clase económicamente subordinadas en la alianza dominante pueden llegar a predominar políticamente. En esta suma de intereses «particularistas» expresados en el parlamento, se incluyen también los del capital mono-

polista, pero la condición para su coexistencia es el estado de compromiso permanente. Un compromiso que debe abarcar además, en alguna medida, a las clases populares, porque las consultas electorales periódicas suponen la asunción, aunque fuere retórica, de intereses «universalistas». En el parlamento, el capital monopolista es llevado a la mesa de negociaciones y su presencia en ella es subordinada. La elaboración de un proyecto hegemónico no pasa por su presencia en ese escenario: se desplaza hacia otros centros de decisión política: las fuerzas armadas, la tecnocracia ubicada en el aparato del Estado y la burocracia sindical, con la que está relacionada por el «toma y daca» del conflicto económico.

El proceso lleva a los partidos políticos y a las instituciones en que ellos actúan a girar en el vacío. Un resultado que en la Argentina no fue difícil conseguir, dada, por añadidura, la situación de proscripción política de las grandes masas populares que no se sentían representadas a través del sistema de partidos. Este hecho, sumado a la carencia de representatividad de los intereses económicamente predominantes, llevó en 1966 al completo desgaste institucional.

Cuando en junio de ese año los militares toman por asalto el poder y utilizan como una explicación de su alzamiento el deterioro de los partidos políticos, decían una verdad: su «crisis de autoridad» era total. La acumulación de capital, el incremento de la eficacia del sistema económico, la racionalización de las actividades públicas, eran demandas que se asentaban sobre la lógica del desarrollo capitalista: ellas imponían nuevas políticas, contradictorias con las aspiraciones de las masas populares y con los intereses de las clases económicamente subordinadas del bloque dominante. No estaba en la capacidad del sistema de partidos asumir esas tareas: es a ese cuello de botella político del desarrollo capitalista al que el golpe de junio viene a poner fin.

A la búsqueda de una nueva hegemonía

El plan monopolista en la economía tiene como correlato en la política a un modelo de Estado

autoritario que concentre el poder asociando los núcleos de decisión económica con los de decisión política. La nueva organización del capitalismo, en la que el Estado debe jugar un fuerte papel intervencionista como dinamizador de la economía, obligan a concentrar el poder fragmentado. El parlamento —institución concurrencial en la que los partidos son portadores de las presiones de todas las fracciones en que se divide la clase dominante— pierde así vigencia: en ese mercado político, desfasado con respecto al mercado económico, los desplazados suelen ser los vencedores. La lógica del desarrollo monopolista no tolera ese desencaje entre economía y política: el parlamento y los partidos, por ello, desaparecen o se subalternizan y en su lugar emerge la autoridad presidencial y la presencia de los tecnócratas y aún de los propios gerentes del capital en las cúspides de la burocracia.

Esta ley se expresa en cada sociedad según características particulares. En la Argentina de 1966 fueron las fuerzas armadas sus agentes desencadenantes, al tomar el poder para garantizar, de hecho, las condiciones políticas de la dominación monopolista. Al lado de las fuerzas armadas, la nueva hegemonía quiso fundarse con el agregado de otras dos fuerzas sociales: el *establishment* y la burocracia sindical. En esa asociación debía encontrarse una fórmula de poder que fuera expresiva, en el plano político, de la etapa capitalista monopolista dependiente. Pero este alineamiento nunca pudo estructurarse como una verdadera coalición, con lo que el proyecto hegemónico manifestó siempre extrema vulnerabilidad hasta estallar, por fin, en 1970: enfrentados a una fusión de contradicciones que abarcaba a fracciones desplazadas pertenecientes a las clases dominantes y al conjunto de las clases dominadas y que se expresaba en lo económico, en lo político y en lo ideológico, los soportes sociopolíticos del plan monopolista vacilaron, volviendo a crear un vacío de autoridad.

En su discurso de marzo de 1967 anunciando la nueva política económica, Krieger Vasena, cabeza del *establishment*, asentado en el poder, había fijado los rasgos del proyecto y anticipado sus consecuencias sociales:

« Lo que buscan las autoridades del país es evitar la transferencia de ingresos en gran escala de unos sectores a otros. Dentro de cada sector se desea premiar a los más eficientes y que este premio sea el resultado de su propio esfuerzo. »¹¹

El reinado del capital monopolista, entendido como proyecto racionalizador del sistema, supone —y ese era el sentido de las palabras de Krieger Vasena— la eliminación de lo periférico, de lo « artificial ». Si la primera etapa de industrialización, a través de la sustitución de importaciones, permitió la coexistencia de distintas fracciones de las clases dominantes gracias a que, en el marco de un rápido crecimiento de las fuerzas productivas, todas tuvieron asegurado el acceso a una porción del mismo, la etapa monopolista supone, en cambio, tensiones y rupturas graves en el interior de los sectores propietarios. No repetiremos acá un análisis de la implementación del plan monopolista en cuanto hace a sus mecanismos económicos, aspecto sobre el que existe ya una importante bibliografía: nuestro objeto son sus consecuencias sociales y por lo tanto la forma en que se redefinen campos de interés y se desplazan los puntos de ruptura políticos.

Si desde la perspectiva de los asalariados el plan monopolista trae aparejada una política de *shock* que desde sus primeros tramos rebaja brutalmente sus ingresos reales, en el interior de las clases dominantes la hegemonía de la fracción monopolista en la Argentina de 1966 supuso una transferencia en la distribución de la plusvalía en perjuicio de la burguesía pequeña y mediana y de la llamada « oligarquía agropecuaria », proceso al que se superpuso un flujo constante de ingresos a favor del litoral en detrimento del interior.

Una política de tal modo agresiva, que busca quebrar una situación de « empate », no puede desatarse sino a través del respaldo de la violencia desnuda, montada sobre una estructura vertical, autoritaria del Estado. El supuesto teórico —en la medida en que la pura violencia no puede sostenerse como una situación « normal » en una sociedad compleja— es que los primeros « sacrificios », tras una etapa de disciplina forzosa pueden supe-

rarse a no muy largo plazo y crearse así las bases para una ampliación del consenso.

En efecto, es condición para la realización del modelo, que los reajustes en el nivel económico lleven a una racionalización y « modernización » del sistema social, capaz de generar una rápida expansión de las fuerzas productivas, una acumulación de riqueza con la que se podrá « premiar » luego, selectivamente, a distintos estratos en términos de su comportamiento eficiente.

Este supuesto es el que le da sentido al esquema de los « tres tiempos » formulado en 1966 por los teóricos de la « Revolución argentina ». En realidad, el « tiempo económico », el « tiempo social » y el « tiempo político » por los que debía atravesar ordenadamente la sociedad, pueden ser traducidos como una sucesión ideal de dos etapas: en el modelo monopolista operaría primero un momento de acumulación (de riqueza y poder) que supone el sostén del autoritarismo armado a la reestructuración económica en beneficio de los monopolios y un momento posterior de distribución en el cual, diferencialmente, se repartirían entre otros sectores porciones de la riqueza acumulada y se regularían formas controladas de participación de esos sectores en el poder.

El plan monopolista organiza así una carrera contra el tiempo y su éxito o su fracaso dependen de la velocidad de movimiento de dos factores: el rechazo al proyecto por parte de los perjudicados y la recolección de los frutos del plan, para permitir los necesarios reajustes consensuales. En la Argentina el primer factor desbordó al segundo, obligando, desde mediados de 1969, a un repliegue del proyecto hegemónico monopolista, ante una convergencia de variables económicas, sociales y políticas que acumularon diversos puntos de ruptura. Los principales soportes políticosociales del plan de los monopolios, que podían acompañar al *establishment* en la estructuración del nuevo proyecto hegemónico —las fuerzas armadas y la burocracia sindical— vacilaron frente a la marea de contradicciones concentradas: el « cordobazo » hirió de muerte a esta primera versión de la hegemonía monopolista.

11. Política económica argentina, Buenos Aires, 1968, p. 35.

La nueva crisis política

Efectivamente, el « cordobazo » del 29 de mayo de 1969 desnuda la fragilidad del nuevo proyecto hegemónico e inaugura, a nuevos niveles, otra etapa de crisis política. Pero la diferencia con 1966 es notoria: ahora la crisis es primordialmente social; supone un estado general de movilización de las clases populares, en el que aparecen formas orgánicas de contenido socialista como primera respuesta a las nuevas contradicciones sociales argentinas. Es a partir del « cordobazo » cuando la lectura de la crisis puede caracterizarse legítimamente no sólo en término de los conflictos en el interior de las clases dominantes, sino también como « situación revolucionaria » en la definición leninista: cuando las masas son empujadas « a una acción histórica independiente ».

Por eso la crisis actual coloca en primer plano para las clases dominantes y las fuerzas sociales que las expresan, el problema del control de esa movilización, en tanto ésta es el embrión de un nuevo movimiento social que busca aún su expresión política orgánica. Por eso también, en esta etapa « prepolítica » del nuevo movimiento social en que las fuerzas que buscan expresar los intereses de las clases populares se hallan fragmentadas en un mosaico de experiencias, no es « espontaneísta » considerar que la dirección socialista de un proceso se mide más por las posibilidades objetivas que tenga el mismo de alentar la movilización existente *en el interior* de las masas explotadas por el sistema capitalista dependiente, que por la perfección de los programas o la prolijidad de los métodos de organización.

Para las clases populares, la crisis que se abre en 1969 origina respuestas autónomas que, sin embargo, todavía hoy, se expresan más en el plano « social » que en el « político ». Para el capital monopolista, la crisis obliga a rehabilitar el espacio de la política, en tanto es en él donde aparecen como posibles todavía —aunque cada vez más limitadamente— tentativas de integración que el plano económico social rechaza.

Esa reivindicación de un escenario que en

1966 se creyó clausurado, equivale a la principal derrota del proyecto hegemónico del capital monopolista, aprovechada por las otras clases dominantes que habían sido subordinadas durante el primer tramo de la « Revolución argentina ».

El primer desertor en la aplicación de las formas « puras » de la dominación neocapitalista dependiente fue el propio aparato militar. Al asumir el poder en 1966, las fuerzas armadas justificaron la intervención en base al planteo de objetivos trascendentes, en términos de « empresa nacional ». No se evocaron entonces —al menos de manera principal— necesidades de defensa del orden frente a la subversión, sino fines positivos: « modernizar el país, encauzarlo hacia la « grandeza » superando la parálisis a que lo habrían llevado las pujas facciosas, intersectoriales, encarnadas en los partidos políticos. Así lo razonaba la retórica del « Mensaje de la Junta revolucionaria al Pueblo argentino », emitido el 28 de junio de 1966: « Hoy, como en todas las etapas decisivas de nuestra historia, las Fuerzas Armadas, interpretando el más alto interés común, asumen la responsabilidad irrenunciable de asegurar la unión nacional y posibilitar el bienestar general, incorporando al país los modernos elementos de la cultura, la ciencia y la técnica, que al operar una transformación substancial lo sitúan donde le corresponde por la inteligencia y el valor humano de sus habitantes y la riqueza que la Providencia depositó en su territorio. »

En la literatura militar de la época, el programa era presentado de manera más particularizada. Uno de los teóricos del golpe, que al asumir el poder el nuevo gobierno fue designado secretario del Consejo nacional de Seguridad, el general Osiris Villegas, consideraba que la « Revolución argentina » debía encarnar un nuevo « proyecto nacional » destinado a reemplazar el vigente desde fines del siglo anterior. « Estamos viviendo —decía— la finalización del periodo de transición del país agrícola-ganadero, de estructura armónica dependiente, hacia el país industrializado. » Y agregaba: « No puede trazarse una política fundada en el interés nacional si no se reconoce la situación argentina de país en vías de desarrollo. Este es un concepto económico que hace al tipo de

estructura de producción que tiene el país. La política fundada en el interés nacional supone el esfuerzo acelerado para transformar esa estructura de producción en una similar a la de las sociedades industriales. Exige la construcción de industria básica, la promoción de las actividades de la nueva revolución industrial, de la energía nuclear, la electrónica o la cibernética. Reclama la revolución técnica en el campo. Supone, simultáneamente, un gran esfuerzo tecnológico que coordine los esfuerzos de la Universidad, las empresas y el Estado en la tarea de modernización.¹²

Todo este « mesianismo » se resolvió con la asociación entre el Estado y el capital monopolista, como sustento de la modernización y la grandeza.

Pero esta sociedad no puede ser visualizada como un simple « arreglo » entre intereses inmediatos coincidentes. En la medida en que las fuerzas armadas constituyen una fuerza social sus relaciones con el universo de las clases se hallan mediadas por la ideología. Como institución del Estado en la que la especificidad de sus funciones debe ser justificada en términos de las necesidades de la nación y no de sus parcialidades, las fuerzas armadas siguen siempre una determinada « doctrina » que le otorga sentido a sus acciones y en la que tratan de socializar a sus cuadros. Es a través de esa ideología como puede reconstruirse la relación de las fuerzas armadas con otras fuerzas sociales y, por lo tanto, la coincidencia o disidencia con intereses de clase, expresados como « proyecto ».

Durante todo un largo periodo —especialmente a partir de los años 40— la doctrina militar predominante estaba basada en el concepto clásico de « nación en armas » y en la hipótesis de una guerra provocada por un enemigo externo a las fronteras geográficas. Ponía énfasis, por lo tanto, no sólo en la necesidad de autosuficiencia económica —lo que derivaba en reclamos de proteccionismo industrial y de impulso a una industria pesada que pudiera resolver los problemas específicamente profesionales de abastecimiento— sino también en la necesidad de control nacional sobre el sistema de decisiones globales de la

economía. Esto llevaba a reforzar los roles del Estado y a concebir la política económica como política de protección de la economía como un todo. El grueso de la literatura militar de esos años parte de un doble supuesto: no hay defensa nacional posible sin base industrial propia; esa base industrial no implica solamente crecimiento económico sino también el control estatal sobre las decisiones básicas de inversión.

Hacia los años 60 esa doctrina cambia. Tras un periodo de « vacío » en que las fuerzas armadas se desintegran en pugnas internas, un nuevo proyecto, cuyas condiciones organizacionales son planteadas por los llamados « azules » en 1962-1963, reemplaza al anterior como dador de sentido para el comportamiento militar. La interconexión entre seguridad y desarrollo será desde entonces la nueva clave estratégica presentada por los militares como « empresa nacional ».

El enemigo se ha « interiorizado »; el enfrentamiento básico tiene lugar dentro de las fronteras y la « guerra subversiva » es el nuevo tema de preocupación. La función principal de las fuerzas armadas es garantizar la seguridad dentro de las fronteras. A partir de esto, si se mantiene el énfasis sobre la necesidad de crecimiento industrial —porque éste es un respaldo, al disipar tensiones sociales, de la seguridad— pasa a segundo plano el principio del control nacional sobre las decisiones económicas: no importa tanto quien dirige el desarrollo; lo decisivo es que la nación se modernice.

En 1966, el jefe del Estado Mayor general del Ejército planteó en una conferencia militar continental estos principios. « El desarrollo puede definirse como la expresión de un conjunto de cambios en las estructuras mentales y en los hábitos sociales de un pueblo que lo pone en estado de aumentar en forma permanente su producto real global. » « El desarrollo es a la seguridad lo que la causa al efecto, el origen a la consecuencia, lo principal a lo secundario. Sin desarrollo la seguridad es utopía, tanto en el orden parti-

12. Osiris Villegas: *Políticas y estrategias para el desarrollo y la seguridad nacional*, Buenos Aires, 1969, p. 136.

cular o nacional como en el orden general o internacional. »¹³

Estos cambios en la orientación estratégica de las fuerzas armadas, plegadas al esquema cosmopolita de « bipolaridad mundial » planteado por el Pentágono, que relega a los ejércitos de los países dependientes a funciones de policía interna, coinciden en la Argentina con la crisis del modelo de industrialización sustitutiva y con la consolidación de poderosos sectores oligopólicos en las ramas más dinámicas de la industria. En su urgencia por el desarrollo como garantía de la seguridad, las fuerzas armadas parecen encontrarse con la única posibilidad para sacar al país del estancamiento : poner en práctica las políticas diseñadas por el capital monopolista ya que, si no se plantea la alternativa de que sea el Estado quien tome en sus manos la responsabilidad principal del crecimiento económico, la tarea deberá recaer forzosamente en los sectores privados más poderosos y concentrados, los únicos que tienen la posibilidad de dinamizar un proyecto económico.

Este esquema funcionó satisfactoriamente en el primer periodo de la « Revolución argentina », como lo señalara uno de los principales propagandistas civiles de la nueva coalición : lo que estaba consolidándose en la Argentina era « una oligarquía político-militar-empresaria, empeñada en asegurar el proceso de industrialización a través de grandes inversiones en la infraestructura y dispuesta a contener, por lo tanto, las prematuras presiones de los sectores populares »¹⁴.

Pero este proceso no se desarrolló libre de tensiones, tensiones que sólo hubieran podido ser relegadas con la presencia visible y rápida de efectos económicos favorables, que permitieran el rápido pasaje del « tiempo económico » al « tiempo social ».

En el tercer año de vigencia del plan, las fuerzas armadas se encontraron con que la suma de obstáculos políticos y sociales que imponía la « grandeza » por esa vía era tal, que determinaba costos demasiado elevados y, por añadidura, hacía más vulnerable aún la seguridad.

Los reclamos del capital mediano y pequeño y de la burguesía agraria ; las explosiones regionales que abarcaban zonas de desigual desa-

rollo económico, político y social ; la situación de exasperación de los asalariados que desembocaba, en los hechos, los intentos conciliadores de la burocracia sindical y el descontento generalizado de la pequeña burguesía, expropiada políticamente y sometida a una creciente pauperización, crearon una acumulación de fuerzas opositoras al proyecto monopolista tan poderosa, abrieron una crisis social tan honda, que precipitó la fractura del monopolismo militar : a través de esas grietas se filtró el reclamo político de las otras clases propietarias, subordinadas desde 1966 al capital monopolista. Había fracasado la posibilidad de consolidar una oligarquía militar-industrial qui hiciera compatibles los intereses de las fuerzas armadas con los de los grupos más concentrados de la industria y las finanzas, verdadera clave del proyecto hegemónico neodependiente, tal como lo certifica contemporáneamente el caso brasileño.

Desde ese momento la ecuación que relacionaba seguridad con desarrollo, depositando a éste en manos del capital monopolista, comenzó a perder sentido ; la « Revolución argentina » dejó de aparecer como realización de ese « proyecto nacional » que las fuerzas armadas se habían propuesto en 1966. El tema de la seguridad, a secas, pasó a ser prioritario, para conjugarse a partir de entonces con modelos políticos de salidas institucionales más que con modelos económicos de acumulación.

La mayor velocidad que adquirió la conjunción de intereses contrapuestos al plan, en relación con la lentitud en el pasaje del « tiempo de la acumulación » al de la « distribución » enajenó también al otro soporte previsto por el modelo neocapitalista de desarrollo : la burocracia sindical.

Uno de los presupuestos de la dominación del capital monopolista es el control de la fuerza de trabajo. Y si ese objetivo pasa por una primera etapa de disciplina forzada asegurada por la violencia, reconoce una segunda, de

13. El discurso del general Juan N. Lavicoli, pronunciado en la Conferencia de Ejércitos americanos reunida en Buenos Aires en noviembre de 1966, puede leerse en *Clarín* del 3 de noviembre de 1966.

14. Columna de Mariano Grondona, en *Primera Plana* del 12 de diciembre de 1967.

«participación». La clave de la primera fase es la eficacia de la política de ingresos, esto es, el poner en marcha las mejores condiciones para la acumulación de capital a favor de los grupos más concentrados de la economía. «El eficiente funcionamiento de la política de ingresos —señalaba Krieger Vasena— es primordial para el desarrollo con estabilidad y aun cuando aisladamente cada uno pueda pretender más de lo que le corresponde en esta transición, el gobierno ha de mantenerse inflexible ante presiones que, analizadas en conjunto y desde un plano superior, no son atendibles.»

En la segunda etapa, una vez sometida políticamente la burocracia sindical, la orientación del Estado no consiste en procurar su desaparición o su debilitamiento institucional, sino su subordinación al plan del capital como un mecanismo consensual importante, como un reaseguro contra la movilización popular.

La estrategia del capital monopolista incluye como supuesto la posibilidad de promover la existencia de sectores obreros privilegiados que pueden conseguir que en las ramas industriales de más alta productividad se paguen salarios mayores que en aquellas con menor desarrollo tecnológico. De esta expectativa pudo participar un sector de la burocracia sindical, pero la realidad fue distinta: en el periodo 1966-1968 el bloqueo salarial perjudicó tanto a unos como a otros, acentuando la homogeneidad de la clase obrera como grupo explotado por el capital¹⁵. Al cumplirse los dos años de la «Revolución argentina» ninguna fracción dentro de los trabajadores podía ser computada como soporte objetivo de la coalición con que el capital monopolista buscaba fundar su hegemonía.

Sin embargo, en junio de 1966, al ser derrocado el gobierno legal, la burocracia sindical no ocultó un prudente entusiasmo. «El movimiento militar que el 27 de junio tomó el poder —dice una declaración de la CGT del 29 de ese mes— constituye un hecho nuevo e históricamente asume una gran responsabilidad, ante la atenta expectativa que indiscutiblemente ha concitado en el país.» Los primeros pasos del nuevo gobierno parecen, incluso, satisfacer algunas de sus esperanzas de coparticipar en la situación política creada, confirmando la

impresión que podrían ser reconstruidos los lazos —rotos desde 1955— entre burocracia sindical y fuerzas armadas.

Ese clima duró poco, sin embargo. La primera ofensiva brutal descargada por los militares en el poder tendió a dismantelar drásticamente las zonas de «ineficiencia» del sistema económico: trabajo en los puertos, ferrocarriles, industria azucarera tucumana. El golpe, aún, era selectivo. La burocracia sindical trata de mantener las negociaciones, especulando con la posibilidad de ganar para sí a los sectores «nacionalistas» del elenco gubernamental y de las fuerzas armadas. Pero la designación de Krieger Vasena como ministro de Economía, a fines de 1966, desvanece todos los sueños: la presencia de ese gerente de los monopolios como arquitecto del plan económico de la «Revolución argentina» confirma que las fuerzas armadas han decidido transformarse en sostén del neocapitalismo dependiente.

En marzo de 1967, la CGT se rinde frente a la fuerza militar y levanta un paro general de 48 horas. Pocos días después, recibe el golpe de gracia: Krieger Vasena liquida por dos años las convenciones colectivas de trabajo estableciendo que durante ese periodo será el Estado quien fije los ingresos de los asalariados. La burocracia sindical pierde así toda influencia en el mercado de trabajo, viéndose compelida a ocuparse solamente de cuestiones mutuales o asistenciales. El arma poderosa que significaba discutir cada año los salarios y las condiciones de trabajo es quitada de sus manos.

A partir de ese momento y hasta la crisis social y política de 1969-1970, la burocracia sindical, doblegada por el poder, se repliega. Un sector, el «vandorista», se aísla del gobierno, pero no lo combate. Otro, el llamado «participacionista», insiste en mantener lazos con las fuerzas armadas, a partir del supuesto que éstas pueden ser aisladas del *establishment*. La pretensión resultó absolutamente vana. Entre 1966 y 1969 la homogeneidad de la coalición fuerzas armadas-*establishment* fue casi perfecta y el papel adjudicado a la burocracia sindical era el de la subordinación:

15. Véase Mónica Peralta Ramos: *Etapas de acumulación y alianzas de clases en la Argentina*, Buenos Aires, 1972, p. 62 y 183.

en la medida en que mantuviera la desmovilización de los trabajadores podía obtener, como categoría, concesiones aisladas, frutos de la corrupción que el poder prodiga.

Hasta 1969, en que el proceso sufrió un viraje, la burocracia sindical fue, pasivamente, un instrumento del plan de los monopolios. Como la burguesía media, con la que ha fusionado su proyecto político, fue forzada al repliegue. Si en 1966 el total de jornadas perdidas por conflictos del trabajo fue de 1 912 826 (de los cuales 1 542 933 lo fueron en los seis primeros meses), en 1967 la cifra descendió a 244 844 jornadas y en 1968 a algo más de 23 500, el valor más bajo desde 1956.

Sólo el debilitamiento del poder y la crisis política posterior al «cordobazo» que tenderán a aislar al *establishment* de las fuerzas armadas y a rehabilitar el peso de los partidos políticos y con él la influencia del viejo capitalismo urbano y rural, alentará nuevamente a la burocracia sindical. Para obtener un grado de consenso que ayude a dar salida a la crisis de 1970, cuando la violencia «pura» se había mostrado insuficiente como garantía de desmovilización, la burocracia sindical es nuevamente convocada. Rota la coraza de coerción con que los militares habían protegido la hegemonía del capital monopolista, las otras clases dominantes subordinadas entran en la mesa de negociaciones; deben ser aceptadas como partes.

A partir de allí crece otra vez la influencia política de la burocracia sindical, en tanto ella se transforma en el eje de coincidencias economicosociales entre los representantes del capital nacional y los partidos políticos, expresadas en los sucesivos pactos programáticos entre la Confederación General Económica, la Confederación General del Trabajo y los principales partidos políticos. Esos pactos, en los que la burocracia sindical ha jugado un rol primordial, expresan las expectativas de reingreso al poder de las clases propietarias subordinadas en 1966.

La burocracia sindical en la Argentina opera así su pasaje histórico de las posiciones del «reformismo obrero» a las del «reformismo burgués», insertándose explícitamente en el sistema del capital. Esta calificación que, en general, parece válida para el sindicalismo en

casi todas partes tiene, en el proceso social argentino, aspectos particulares que deben ser destacados.

En primer lugar parece necesario agregar que se trata de una de las instituciones con mayor poder en la sociedad civil; un poder que hace valer en el espacio político a partir de su número, de su capacidad de convocatoria y de su riqueza de recursos económicos.

Además, ese poder se ha fundado sobre características muy precisas de la historia posterior al derrocamiento del nacionalismo popular en 1955: la burocracia sindical ha debido asumir, desde entonces, dos papeles: el clásico, de negociación de las condiciones de venta de la fuerza de trabajo y otro *sui generis*, determinado por la proscripción del peronismo, que transformó a los sindicatos en los principales representantes políticos de la clase trabajadora.

Ambos papeles —uno, «político», otro, «profesional»— sólo se separan abstractamente: las condiciones concretas de funcionamiento del aparato sindical entrelazan permanentemente ambas funciones, tornando, a menudo, contradictorios a sus comportamientos. Por un lado, «profesionalmente», debe negociar con el poder económico y político; por el otro, «políticamente», debe justificar su condición de columna vertebral del nacionalismo popular en un proceso que busca la restauración en el poder.

En este andarivel peligroso que combina el diálogo con la oposición, aparece una determinación cuyo peso es decisivo para entender las actitudes de la burocracia sindical: la dependencia con relación al Estado, cualesquiera sea el bloque de fuerzas que lo controle.

El peso del Estado sobre la burocracia es enorme y las armas legales para controlar sus pasos abarcan todos los grados: desde la intervención lisa y llana por funcionarios gubernamentales hasta el ahogo económico por el bloqueo de sus fondos. Un eje decisivo de la actividad de la burocracia sindical pasa, por lo tanto, a través de sus relaciones con el poder político, para impedir que éste ponga en marcha medidas «disciplinarias», económicas o administrativas.

Todo ello obliga a que la burocracia sindical

despliegue siempre una estrategia tendente a coparticipar del poder; esto es, que busque, más allá de sí misma y de sus componentes corporativos, coaliciones con otras fuerzas. Pasado el llamado periodo de la «resistencia peronista», toda la trayectoria política de la burocracia sindical se estructura con el objetivo de terminar con el «aislamiento» abierto en 1955 y recuperar su influencia sobre el aparato estatal, a través de la búsqueda de coaliciones con otras fuerzas sociales. Un jalón de ese proceso es la restitución que, en 1961, el «desarrollismo» en el poder efectúa a la CGT, intervenida desde 1955, devolviéndole a los dirigentes gremiales parte del poder de regateo político del que habían sido despojados tras el derrocamiento de Perón.

Esa política de alianzas desplegada por la burocracia sindical marca una clara línea de tendencia. El «modelo de sociedad» y las medidas economicosociales que propugna la CGT desde los años 60 hasta la actualidad no difieren virtualmente de los reclamos del capital nacional, agrupado en la Confederación General Económica. Un análisis de esas orientaciones nos llevaría a comprobar que el objetivo político de la burocracia sindical es recrear las condiciones que contribuyeron a la gestación de la coalición sobre la que se fundó el peronismo, a mediados de la década del 40: sus interlocutores principales para ese fin no pueden ser otros que los representantes del capital nacional y los grupos nacionalistas de las fuerzas armadas. En ese sentido, el «nacional desarrollismo» programático de la CGT supone algo más que un movimiento táctico o una decisión oportunista: es la forma específica en que la burocracia sindical busca asumir la representación política de las masas peronistas; es su proyecto histórico de largo plazo, el modo de su inserción en la política de poder. Todo ello, claro está, de manera insanablemente más mediocre que en 1945: ni esta burguesía es la de entonces, ni estas fuerzas armadas son las de entonces; ni esta burocracia sindical está inspirada en el reformismo movilizador de los dirigentes gremiales de la década del 40.

El proyecto hegemónico del capital monopolista no es el mismo que posee la burocracia sindical, ni siquiera por parte de quienes fueron llamados «participacionistas» y buscaron permanentemente la negociación con Onganía. Sin embargo, es un hecho que alentaron el golpe de 1966 y que se rindieron en la etapa más dura de la «Revolución argentina», sin movilizar consecuentemente sus fuerzas. ¿Por qué esa complicidad con un proyecto que no compartían? Las razones, de diverso nivel, ilustran el complejo papel que la burocracia sindical cumple en la sociedad argentina.

Desde el punto de vista de sus proyectos políticos a largo plazo, ya descritos, un elemento importante para explicar la tregua concedida es el carácter militar del gobierno de Onganía. Para el «nacional desarrollismo» de los sindicatos, las fuerzas armadas constituyen sus principales aliados; los coparticipes con quienes busca negociar toda propuesta tendente a reconstruir la coalición gobernante entre 1946 y 1955.

Otro elemento es la dependencia que la burocracia sindical tiene frente a quienes controlan el poder político, a fin de asegurar su supervivencia como institución. Basta la modificación de un artículo de un reglamento, para que la riqueza económica de los sindicatos se desintegre. Quienquiera esté en el poder puede lograr, siempre que lo controle efectivamente, alguna forma de «colaboración» de la burocracia sindical.

Pero esto sería insuficiente, porque omitiría el análisis de algunos aspectos específicos de la complicada trama de relaciones que se establecen entre la burocracia sindical —considerada ahora en su dimensión «profesional»— y el capital monopolista, en momentos en que este sector consolida su hegemonía sobre el resto de las clases dominantes, subordinando a los sectores que la burocracia sindical estima como sus principales aliados políticos. El sindicalismo argentino, en tanto ha abandonado el «reformismo obrero» por el «reformismo burgués» ha integrado su suerte a la del capitalismo. El hecho de que, en el interior de esa elección, prefiera como garantía para sus intereses —no sólo sociales sino políticos— el modelo nacional-desarro-

lista de la burguesía media que busca *negociar* la dependencia, no impide que esa actitud pueda ser relativizada coyunturalmente. Cuando la ofensiva hegemónica del capital monopolista arriba a su punto más alto, acorazada tras todo el peso del poder militar, importantes sectores de la burocracia sindical, especialmente los ligados a las grandes empresas, partiendo de lo que perciben como «solidez» casi invulnerable del proyecto neocapitalista, tratan de negociar por su cuenta a fin de obtener el mejor partido posible de la nueva situación. Si el capital monopolista hubiera ganado la carrera contra reloj planteada desde 1966 entre el «tiempo de acumulación» y el «tiempo de distribución» y hubiera podido, por lo tanto, introducir cuñas objetivas de diferenciación en el interior de la clase trabajadora, es altamente probable que la burocracia sindical se hubiera fragmentado también, a partir de la contraposición de dos modelos distintos de participación en el desarrollo capitalista.

Pero, cuando el conjunto de la clase trabajadora estalla en movilización contra el sistema y plantea, borrosamente, la construcción de una nueva oposición social, haciendo tratabillar el «milenario» que Onganía buscó construir a través de la coalición entre fuerzas armadas y *establishment* y obliga a un repliegue del capital monopolista en el plano político, la burocracia sindical retoma sus proyectos originales. Desde ese momento, en conjunción con los empresarios de la Confederación General Económica, subraya su autonomía frente al capital monopolista y se transforma en el núcleo social destinado a marcar los horizontes del reformismo rehabilitado tras la crisis de 1970. Explícitamente desde entonces el programa económico-social conjunto de la CGT y la CGE unifica a todos los partidos políticos y busca transformarse también en vínculo de acercamiento con las fuerzas armadas, como propuesta reformista tendiente a fortalecer el sistema político. De retorno del fracaso hegemónico del capital monopolista, el sindicalismo es hoy el principal soporte para poner en marcha cualquier programa reformista de dependencia negociada entre el capital monopolista y el capital nacional, cuyos actores sociales principales

deberán ser los partidos políticos, las fuerzas armadas y la burocracia sindical. El principal soporte, porque el acuerdo deberá basarse, ya no en una desmovilización de las masas a través de la violencia desnuda, sino en la posibilidad de controlar la movilización existente, a partir de instrumentar formas reformistas que permitan un mínimo consensual.

Los obstáculos para la «brasilización»

El eje de sentido de este análisis de la crisis argentina son las contradicciones secundarias, internas al capitalismo. La elección —ya ha sido señalado— no implica transmutar a estos antagonismos en los principales en el nivel social, sino a marcar el peso predominante que los mismos efectivamente tienen aún en el espacio político. Lo que interesa destacar es la capacidad de resistencia política que, a través de distintas fuerzas sociales, tiene en la Argentina el viejo capitalismo urbano y rural frente al proyecto hegemónico neodependiente.

La literatura económica, sociológica y política corriente sobre la dependencia en América latina, tiende a enfatizar —casi siempre por la proximidad empírica que en relación a sus análisis teóricos tiene el caso brasileño— dos aspectos complementarios. Por un lado, la virtual desaparición como fuerza con capacidad de iniciativa política de la burguesía no monopolista. Por el otro, la disolución de los movimientos populistas. Ninguna de esas dos proposiciones que, vistas por el historiador futuro pueden ser válidas, permiten explicar la coyuntura política argentina. Las fuerzas polares que se enfrentan en la contradicción social principal no tienen una expresión política eficaz y ese escenario está primordialmente ocupado por representantes de proyectos que, residuales, desde el punto de vista del desarrollo economicosocial, acumulan un enorme poder de veto político aunque no tengan similar fuerza para poner en práctica

sus decisiones. Este es el rasgo *político* que diferencia a la Argentina del resto de Latinoamérica, especialmente de los dos modelos « límite » que suelen utilizarse como punto de referencia para medir las relaciones entre las nuevas formas de dependencia imperialista y las fuerzas sociales locales: Perú y Brasil.

El caso brasileño es el más interesante para intentar un sumario análisis comparativo. Como hemos señalado, la « Revolución brasileña » de 1964 y la « Revolución argentina » de 1966 tienen puntos de partida similares: la voluntad de establecer un sistema burocrático autoritario para instrumentar un desarrollo de las relaciones capitalistas bajo la hegemonía de la burguesía monopolista.

Sin embargo, a medida que el proceso fue desarrollándose en la Argentina las dificultades para viabilizarlo aumentaron su intensidad hasta hacerlo fracasar políticamente. Si es cierto que la determinante de ese fracaso fue la resistencia activa de las clases populares, también lo es que el principal beneficiario político de la crisis es el reformismo burgués, expresado en los partidos políticos y en la burocracia sindical y sostenido en los límites que traza el proyecto posible de la burguesía no monopolista, económicamente a la defensiva pero políticamente a la ofensiva¹⁶.

Entre 1967 y 1968, al cumplirse el primer trienio del golpe de Estado dado por los militares brasileños, una crisis similar a la que estalla en la Argentina en 1970 se instala en el sistema político de ese país. El año 1968 es, en Brasil, un año de escalada en la ofensiva de los perjudicados por la nueva situación: grandes movilizaciones estudiantiles, extensión de las luchas obreras, primera aparición de la guerrilla y consolidación de toda la oposición civil en el Frente Amplio, una coalición en la que confluye todo el sistema de partidos, desde los comunistas hasta Carlos Lacerda, para jaquear al poder militar. El desenlace de ese proceso será, sin embargo, el fortalecimiento de la hegemonía del capital monopolista, a través de la consolidación de una oligarquía militar-industrial que barre totalmente a la oposición. La respuesta que las fuerzas armadas pudieron dar entonces a la ofensiva combinada de los políticos tradicionales y del movimiento obrero y estudiantil,

consistió en galvanizar aún más el aparato autoritario y forzar la marcha en la realización de los planes económicos neodependientes. La decisión de volcar todo el peso del Estado a favor del modelo de capitalismo monopolístico dependiente, fue lo que permitió el llamado « milagro »: a costa de cada vez más marginalidad y diferenciación social y económica, de concentración de la riqueza y aumento de la miseria relativa de las grandes masas populares, el sistema probó su dinamismo, mostrando que sus límites no se hallan en las leyes de la economía sino en los movimientos del sistema político. Si el capital monopolista dispone del poder necesario como para desbaratar las primeras resistencias y acelerar la marcha en lugar de detenerla, puede conseguir éxitos en sus metas desarrollistas.

Esta decisión es la que no pudo implementarse en la Argentina; la crisis social y política de 1969-1970 arrastrará a su caída al autoritarismo de Onganía y planteará, nuevamente, una situación de vacío económico.

Aunque la dirección causal pueda ser discutida, es un hecho que la crisis política de 1970 aparece como punto de partida de un descenso en los indicadores de crecimiento económico que habían manifestado un alza sostenida durante el bienio anterior, en el cual, además, habían descendido significativamente las tasas

16. En realidad, desde los años 60 la ofensiva del capital monopolista ha tendido, con éxito, a integrar subordinadamente a la burguesía nacional en su circuito económico o condenarla a su desaparición. De acuerdo con estadísticas oficiales, más de once mil empresas quebraron en los últimos cinco años, debilitando el peso económico del capital nacional. Pero lo que interesa destacar, más allá de las habituales discusiones sobre la extinción de la burguesía nacional en la Argentina, es lo siguiente, dentro de la línea de razonamiento de estas notas: a) la existencia de una diferenciación contradictoria entre esos grupos y la burguesía monopolista, basada en intereses; b) la capacidad, en esa relación conflictiva, de oponer resistencias, de negociar transacciones. Es que, por encima de su peso económico (mucho mayor que el de similares fracciones de clase en otros países latinoamericanos), vale su peso social. Según la clasificación del Censo Industrial 1963-1964, las empresas de las ramas industriales « mediana y escasamente concentradas », en las que predomina abiertamente el capital nacional, y cuyo destino se liga al del mercado interno, producían el 43,6 % de los bienes industriales y ocupaban al 57,7 % del total de la mano de obra. Este último dato es muy importante en términos de peso social: puede ayudar a explicar la relación que la burocracia sindical mantiene con las organizaciones profesionales del empresariado nacional y los reiterados acuerdos a que han llegado para reclamar en conjunto modificaciones a la política estatal.

de inflación. Como ha sido señalado, « el plan de Krieger Vasena lleva a la economía argentina a un punto en el que, dadas las situaciones estructurales que condicionan aquella coyuntura, la única alternativa al desorden económico es la continuidad del plan. Sin embargo, dicha continuidad implicaba acentuar aún más ferozmente la explotación de la clase obrera y la pauperización de la pequeña burguesía e irritar más también la situación de parte de los sectores dominantes, especialmente la oligarquía terrateniente »¹⁷. Es decir que, en 1970, la opción dinámica para el sistema hubiera sido, desde la lógica económica, la continuidad del plan, pero esa lógica chocaba contra techos políticos y sociales que no involucraban solamente a las clases populares sino que abarcaban a sectores de la burguesía, lo suficientemente poderosos políticamente como para frustrar la hegemonía monopolista.

Pero ese poder de resistencia, que contribuyó a desbaratar el plan de Krieger Vasena y que desembarcó a Onganía del Estado tiene, a su vez, límites para revertir el proceso: límites económicos, sociales y políticos que dificultan, hasta tornarla improbable, una asimilación del tipo de hegemonía consolidada en el Perú por la revolución militar de 1968.

Entre junio de 1970 en que es derrocado Onganía, y marzo de 1971, en que toma el poder Lanusse, tiene lugar en la Argentina un paréntesis significativo: el breve período presidencial del general Levingston. El interés de ese lapso interno a la « Revolución argentina » consiste en que, durante el mismo y a través del ministerio de Economía de Aldo Ferrer, el capital nacional llega al punto más alto, desde la caída de Perón en 1955, en sus intentos por influir sobre las decisiones del Estado.

Aunque finalmente fracasaran, Levingston-Ferrer buscaron poner en marcha un proyecto reformista que, en lo economicosocial, aspiraba a asociar al capital nacional con el Estado. No se trataba de un proyecto nacionalista revolucionario de capitalismo de Estado, sino de una más módica « argentinización » de la economía, a través de la utilización del importante poder de compra del Estado y de una redistribución del crédito bancario que favoreciera a los empresarios nacionales. La estructura de ese poder debía basarse en

una coalición entre fuerzas armadas, burocracia sindical y la tecnocracia ligada a las organizaciones corporativas en que se agrupa el capital nacional, dejando fuera del proceso a los partidos políticos. Pero la clave para el funcionamiento de ese bloque era que las fuerzas armadas aceptaran transformarse en el eje dinamizador de un proyecto reformista que revirtiera el proceso de extranjerización de la economía.

Desde el punto de vista de las formas, el modelo propuesto recogía las iniciativas primeras de la « Revolución argentina », en tanto marginaba al sistema de partidos y tendía a mantener desmovilizados a los sectores populares. Pero su contenido era diferente: así como las fuerzas armadas habían sido el eje del proyecto neodependiente, debían transformarse ahora en principal sostén de un proceso tendiente a permitir que la burguesía agraria y el capital nacional ganaran posiciones, en detrimento del capital monopolista que debía dar un paso al costado y, en algunos aspectos, sufrir las consecuencias de medidas económicas que lo perjudicaban.

Un mes antes de ser derrocado, el gobierno adoptó decisiones que contrariaban concretos intereses de las grandes compañías petroleras extranjeras y de empresas como Bunge y Born y Deltac. Estas medidas, que efectivamente indicaban un desplazamiento en el interior de las clases dominantes a favor del capital nacional, no impidieron, sino en todo caso aceleraron, la crisis política.

El estado de movilización de las clases populares, en ascenso desde 1969, creció en intensidad cuando la economía, a fines de 1970, entraba en un nuevo período recesivo e inflacionario. El sistema de partidos, por su parte, acentuó su ofensiva contra un modelo político que lo excluía.

En medio de esa crisis de legitimidad, las fuerzas armadas cargaban ya con un desgaste suficiente como para que pudieran tener éxito los planteos tendientes a inducirlos para que se pusieran a la cabeza del proyecto reformista elaborado por la tecnocracia ligada al capitalismo nacional. La presencia de masas

17. Oscar Braun y Ricardo Kesselman: *Argentina 1971: estancamiento estructural y crisis de coyuntura*, Centro de Estudios de Economía Política, Buenos Aires, 1971, p. 1.

movilizadas había llevado ya a la cúpula militar a diseñar otro intento de desembloque para la crisis: la reconciliación con los partidos políticos y la burocracia sindical.

El tránsito fugaz de Levingston tiene similitud con el episodio que protagonizara, en Brasil, el general Albuquerque Lima, líder de la corriente llamada nacionalista del Ejército, finalmente desalojado de toda participación en el poder. La diferencia está en el proceso posterior al desenlace infeliz para las corrientes nacionalistas: en Brasil, del fracaso de ese intento resurgirá con más bríos el proyecto neodependiente; en la Argentina se irá, trabajosamente, pactando un nuevo empate entre las clases dominantes.

Las salidas para la crisis

El vacío consecuente al fracaso del proyecto hegemónico del capital monopolista puso desde entonces en el primer plano las contradicciones internas del sistema capitalista dependiente, pero sobre el fondo de un crecimiento sostenido de la movilización social de las clases populares en la que el proletariado industrial introduce, con una fuerza inédita en la Argentina, la problemática socialista. Se trata, pues, de la crisis de un modelo hegemónico burgués, ante la presencia de una creciente movilización popular con fuertes elementos socialistas.

Es esta movilización la que provoca las dos respuestas orgánicas con las que las clases propietarias intentan reequilibrar el sistema político. Una respuesta es el transformismo y está ubicada a la « derecha » del sistema. Otra es el reformismo, colocada a la « izquierda ». Ambas, aunque enfrentadas, pueden coexistir en un acuerdo que no significa homogeneidad absoluta, sino integración conflictiva entre « oficialismo » y « oposición » en el interior de un sistema político unificado.

El transformismo tiene como eje propulsor a las fuerzas armadas. El reformismo, a las direcciones de los grandes partidos políticos y a la burocracia sindical. Pero lo que interesa marcar es que el corte principal que separa a ambos proyectos no es el contenido de sus propuestas economicosociales sino el de sus

propuestas políticas. Concretamente, el punto de ruptura entre transformismo y reformismo se refiere al control de la movilización, aunque este problema político sea matriz de diferencias subsecuentes en otros planos.

El derrocamiento de Levingston inaugura la tercera etapa de la « Revolución argentina », cuyo signo es la dura negociación a fin de reconstruir las bases sociales del poder, debilitado por la crisis política que sucede a las conmociones inauguradas por el « cordobazo ».

Esta tercera etapa se caracteriza por una inversión, propuesta por las fuerzas armadas, de la problemática inicial: ya no se planteará que la solución política habrá de surgir como consecuencia natural, a largo plazo, del éxito de un modelo económico, sea éste el del capital monopolista (Onganía-Krieger Vasena) o el de la asociación del Estado con el capital nacional (Levingston-Ferrer). El orden de la secuencia se alterará en los proyectos oficiales: sólo la obtención de un mínimo de legitimidad podrá garantizar una solución económica. El objetivo es reconstruir el poder del Estado para todas las fracciones de las clases dominantes, otorgándole al sistema político el máximo posible de consenso, con el reaseguro de las fuerzas armadas a fin de garantizar, a través de la violencia, el control de la movilización. Este es el sentido del « Gran Acuerdo Nacional » proyectado, en nombre de la seguridad del sistema, por los altos mandos de las fuerzas armadas. El modelo económico pasa a segundo plano frente al modelo político: interesa la seguridad, a través de « unir a los adversarios y combatir a los enemigos », por encima del desarrollo.

La doctrina militar disocia sus elementos claves y el periodo que arranca en abril de 1971 no puede identificarse con una orientación precisa en lo económico que vaya más allá de cierto pragmatismo básico. La disolución del ministerio de Economía es casi simbólica: parece refrendar que ese campo es un terreno abierto para la capacidad de presión de las clases y fracciones de clase.

La política ocupa el « puesto de mando »; el tema de la legitimidad del poder aparece como central y la « reconciliación » para obtener

bases de consenso es planteada como objetivo supremo.

El elemento indispensable para la construcción de ese mínimo consensual que reconstruya la integridad del Estado es la articulación de un acuerdo entre las fuerzas armadas, los partidos políticos y la burocracia sindical. El carácter de ese acuerdo y el contenido de las fuerzas sociales convocadas para ponerlo en práctica determina, de hecho, un repliegue político del capital monopolista, que debe aceptar un pacto con el capital nacional en el espacio que menos controla, dada su virtual carencia de representación política partidaria directa: el de la escena electoral y parlamentaria.

Esta salida negociada, si no significa la derrota del capital monopolista, en tanto el desenvolvimiento de la economía sigue un rumbo relativamente autónomo que le permite acentuar su predominio en ese nivel, importa, en sentido contrario, la mayor victoria que, dadas las relaciones de fuerza políticas y el carácter subordinado de sus posiciones en el sistema económico, pueden conseguir los sectores dominantes no monopolistas. Esto es, reubicarse en el poder político, aun cuando su fuerza real sólo alcance para restablecer una situación de empate y no para instrumentar un proyecto hegemónico alternativo capaz de potenciar un modelo económico dinámico.

La burguesía monopolista, al ser desautorizado en el corto plazo el « modelo brasileño » de hegemonía, queda descolocada ahora en el abanico de posibilidades políticas y debe sacrificar su presencia protagónica a favor de conseguir una mínima consolidación del sistema de poder, que había sido virtualmente vaciado desde 1969 en adelante. Incapacitada para imponer su modelo, la reconciliación propuesta se le aparece como un mal menor que, de todos modos, no llega a cuestionar su predominio en el mercado económico, aunque deba admitir la competencia con los otros sectores de la burguesía en el mercado político del sistema de partidos.

Todo el proceso protagonizado por las fuerzas armadas, los partidos políticos y la burocracia sindical tras la propuesta lanzada desde el Estado para la construcción de un « Gran Acuerdo Nacional », tiende a afirmar, como tendencia, los presupuestos básicos de esta

tregua que las clases dominantes deben pactar para salir de la crisis política y colocarse en mejores condiciones para enfrentar la crisis social. Un problema, el de los métodos más idóneos para el control de la movilización, sobre el que se impondrán luego determinaciones de clase, marca la cuota mayor de dificultades, que se traduce, incluso, en choques violentos, a partir de las discrepancias que, como respuestas orgánicas a la situación, aportan el reformismo y el transformismo.

El transformismo es la ideología de las fuerzas armadas; la fórmula politicosocial que asume, en esta etapa de la crisis argentina, la doctrina de la seguridad. El modo « realista » de la contrainsurgencia. Definimos en general al transformismo como un camino de salida para una situación de crisis orgánica en el que una de las fracciones dominantes propone un programa de mantenimiento del orden que incluya la absorción de representantes de fuerzas dominadas. Esta absorción modifica las formas políticas de la dominación, pero no altera sus contenidos economicosociales. Aunque utilice a cuadros reformistas para realizar sus fines, un sistema de tipo transformista intenta la superación de la crisis a través del rechazo de toda reforma orgánica.

En el caso argentino actual este proceso se especifica. El transformismo de las fuerzas armadas, como acuerdo con la burocracia sindical y los partidos políticos, parece dispuesto a aceptar ciertas reformas economicosociales. Sus « límites de tolerancia » están básicamente en lo político, en el control de la movilización popular, en el manejo de la seguridad. Las garantías que las fuerzas armadas exigen de las otras partes convocadas para el acuerdo tuvieron un punto de arranque « máximo » — la candidatura de Lanusse a la presidencia constitucional — y parecen tener ahora un punto de llegada « mínimo »: la coparticipación en el poder, el control sobre la movilización a través de la violencia, la responsabilidad indelegable de garantizar la seguridad contra « el enemigo interior ». Es a partir de esto y no de la adhesión, como lo fuera en 1966, a un modelo económico explícito, que las fuerzas armadas se transforman en representantes indirectos del mejor programa posible, en las condiciones actuales, para los monopolios; en

el estrato protector que éstos tienen si el resto de las clases dominantes intenta aprovechar la movilización popular para recuperar posiciones perdidas en el sistema económico.

El reformismo, sustentado en los partidos políticos y en la burocracia sindical, expresa en cambio más directamente intereses económico-sociales. Su contenido es maximizar las metas del capital nacional frente al modelo de neodependencia, a través de una asociación con el Estado que ponga en marcha un programa nacional-desarrollista y que permita negociar la dependencia. Su plataforma es la de los acuerdos entre la CGE y la CGT: los puntos allí incluidos unifican a las burocracias políticas de los grandes partidos.

En estas condiciones se llega a las elecciones del 11 de marzo. Ese día, la fuerza del número se transforma en un hecho cualitativo: la multitudinaria votación a la coalición hegemónica por el peronismo pone en cuestión también al « punto de llegada mínimo », aceptado por el transformismo militar tras haber asimilado el irremediable fracaso de los intentos de « constitucionalizar » la presidencia de Lanusse. Esta puesta en cuestión, en tanto paraliza la iniciativa política desplegada hasta entonces por las fuerzas armadas, significa el bloqueo más significativo sufrido por el proyecto hegemónico del capital monopolista, al sancionar su derrota en manos de la peor coalición posible para sus intereses, en las condiciones presentes.

Claramente, el mejor resultado para el capital monopolista en unas elecciones a las que había sido empujado, era lograr una fragmentación del poder que obligara a una negociación permanente entre reformismo (dividido casi por mitades entre oficialismo y oposición) y transformismo, aún cuando el primero mantuviera formalmente el control del sistema político. Esto es, una versión institucionalizada del Gran Acuerdo Nacional, bajo la supervisión de las fuerzas armadas. El aluvión de votos desbarató esas intenciones, planteando una ruptura grave de la continuidad proyectada.

Los comicios, dado el carácter rotundo del pronunciamiento, dejan virtualmente sin estrategia al transformismo y en un vacío político al capital monopolista. El bloque a instalarse pasa a ser liderado por fuerzas representa-

tivas de la burguesía no monopolista, básicamente las burocracias políticas, la burocracia sindical y las organizaciones representativas directas de los intereses del capitalismo nacional. En su interior, con una capacidad organizativa menor, pero expresando con nitidez las expectativas más profundas de la movilización popular posterior a 1969, coexisten tendencias socialistas, radicadas básicamente en la juventud y en el sindicalismo de oposición.

Finalmente, a la derecha, pero todavía en el exterior del sistema, expectantes, sin un liderazgo claro, se ubican las fuerzas armadas, envueltas en el fracaso político de su grupo dirigente, pero hasta ahora incapaces de revertir ese marginamiento provocado por la derrota.

Este gobierno, con contradicciones en su interior entre quienes postulan el « capitalismo nacional », quienes reclaman la movilización para el socialismo y aún aquellos otros que actúan como cuñas larvadas del capital monopolista; que no goza, además, de un sostén activo por parte de las fuerzas armadas sino de un consentimiento solo pasivo, resultado de una derrota que no ha sido elaborada, necesita transformarse rápidamente en Poder, esto es, en alternativa hegemónica tras el fracaso del capital monopolista.

Es en este punto donde comienza a plantearse, como problema central, el de la capacidad de la coalición triunfante para poner en marcha una política de reformas orgánicas que pueda revertir el avanzado proceso de dependencia económica, cuando hoy, a diferencia de lo que sucedía en la década del 40, ésta se asienta básicamente en el dominio desde el interior de la estructura productiva más avanzada.

La debilidad económica, frente al capital monopolista, de las clases que le dan contenido al liderazgo del nuevo proceso sólo podría ser compensada por una efectiva y profunda asociación con las fuerzas armadas que se resuelva en un proyecto de capitalismo de Estado, algo que en las actuales condiciones de monopolización de la economía argentina se acercaría peligrosamente —para la burguesía local y para las fuerzas armadas preocupadas por el « enemigo interior »— a una vía no capitalista de desarrollo.

Si el reformismo nacionalista fracasara en la

consolidación de un proyecto hegemónico basado en la asociación entre el Estado y la burguesía no monopolista, o si limitara sus ambiciones a una mera negociación de la dependencia aprovechando las nuevas condiciones del mercado mundial, el retorno al empate y la continuidad de la situación de crisis social y política resultaría la previsión más verosímil. Mucho más, en tanto el capitalismo monopolista, que mantendría su predominio en el nivel económico forzaría nuevamente la búsqueda de la hegemonía en el bloque de poder.

Para las clases populares, el proletariado en

primer lugar, el triunfo electoral de marzo significa el pasaje a una nueva etapa de lucha, que librará, obviamente, en condiciones mucho más favorables que las existentes desde 1955. Cualquier recrudecimiento de la crisis tiene, ahora, un dato suplementario, inexistente a mediados de los años 60: la presencia de un nuevo movimiento social que, desde diferentes tiendas organizativas, pero básicamente ahora desde el interior del propio sistema político, plantea una redefinición de las salidas políticas en términos de su adecuación con la contradicción social básica generada por el desarrollo del capitalismo monopolista dependiente en la Argentina.

Editions Ruedo ibérico

León Trotsky

Historia de la revolución rusa

Tomo 1. Prólogo. 1. Las características del desarrollo de Rusia. 2. La Rusia zarista y la guerra. 3. El proletariado y los campesinos. 4. El zar y la zarina. 5. La idea de la revolución palaciega. 6. Agonía de la monarquía. 7. Cinco días (23-27 de febrero de 1917). 8. ¿Quién dirigió la insurrección de febrero? 9. La paradoja de la revolución de febrero. 10. El nuevo poder. 11. La dualidad de poderes. 12. El Comité ejecutivo. 13. El ejército y la guerra. 14. Los gobernantes y la guerra. 15. Los bolcheviques y Lenin. 16. Cambio de orientación del partido bolchevique.

304 páginas

24 F

Tomo 2. 17. Las «jornadas de abril». 18. La primera coalición. 19. La ofensiva. 20. Los campesinos. 21. Las masas evolucionan. 22. El Congreso de los soviets y la manifestación de junio. 23. Conclusión. 24. Las «jornadas de julio». Preparación y comienzo. 25. Las «jornadas de julio». El momento culminante y la derrota. 26. ¿Podían los bolcheviques tomar el poder en julio? 27. El mes de la gran calumnia. 28. La contrarrevolución levanta la cabeza. 29. Kerenski y Kornilov (Elementos de bonapartismo en la revolución rusa). 30. La Conferencia nacional de Moscú. 31. El complot de Kerenski. 32. La sublevación de Kornilov.

312 páginas

24 F

Tomo 3. 33. La burguesía mide sus fuerzas con la democracia. 34. El ataque contra las masas. 35. La resaca. 36. Los bolcheviques y los soviets. 37. La última coalición. 38. El campesinado ante Octubre. 39. La cuestión nacional. 40. La salida del Preparlamento y la lucha por el Congreso de los soviets. 41. El Comité militar revolucionario. 42. Lenin llama a la revolución. 43. El arte de la insurrección. 44. La toma de la capital. 45. La toma del palacio de Invierno. 46. La insurrección de Octubre. 47. El Congreso de la dictadura soviética. Conclusión. Apéndice 1. Apéndice 2. Apéndice 3. Índice de nombres.

430 páginas

24 F

Los tres tomos

72 F

Novedad Ruedo ibérico

Horizonte español 1972

Tomo 1

432 páginas
35 documentos fotográficos
Numerosas caricaturas
y viñetas
39 F

Luis Ramírez : **Morir en el búnker**

Del franquismo al carreroblanquismo : efemérides políticas correspondientes a los años 1966, 1967, 1968, 1969, 1970, 1971 y 1972

El discurso de fin de año (1971) del general Franco

Tomo 2

296 páginas
30 F

Salvador Giner : **La estructura social de España**

Guillermo Sanz : **La cuestión agraria en el Estado español**

Vicente Peris y Guillem Sorolla : **El País valenciano. Problemas de la revolución socialista**

Txabi : **ETA y la cuestión nacional vasca**

Julio Sanz Oller : **La larga marcha del movimiento obrero español hacia su autonomía**

Oliverio Gamo : **La información sobre las huelgas en España. Un ejemplo de la manipulación de la noticia por la prensa**

Luis Ramírez y José Ferrán : **El Ministerio de Trabajo y su formación profesional**

Sergio León : **Notas sobre el movimiento estudiantil español**

Davira Formentor : **Universidad, crónica de siete años de lucha**

Fernando Claudín : **Las relaciones soviéticofranquistas (Crónica de una normalización inconclusa)**

José Martín-Artajo : **La discriminación oficial contra los presos políticos**

Tomo 3

226 páginas
30 F

Miguel Viñas : **Franquismo y revolución burguesa**

G.L. : **Entre la colonización y el miedo**

*** : **Rumasa o los mecanismos del crecimiento español**

*** : **El asunto Matesa**

*** : **La política fiscal en España**

Para más detalle, solicítase el prospecto especial sobre Horizonte español 1972.

El reportaje del profesor Norman Gall, publicado el pasado año en una revista estadounidense sin que haya sido hasta hoy objeto de desmentida por parte del gobierno del presidente Balaguer, conserva una vivísima actualidad tanto cuanto los hechos y crímenes que denuncia siguen siendo por desgracia moneda corriente en la República Dominicana. A raíz del desembarco frustrado del coronel Caamaño, se ha desencadenado en los últimos meses una violenta campaña de terror contra los partidos de oposición que ha obligado al expresidente Juan Bosch a refugiarse en la clandestinidad. El Comité Pro Defensa de los Derechos Humanos en República Dominicana publicó recientemente una lista impresionante de asesinatos políticos extraída de la propia prensa de Santo Domingo y un destacado grupo de escritores e intelectuales europeos y americanos (Sartre, Simone de Beauvoir, Genet, Vargas Llosa, García Márquez, Fuentes, Rulfo, Cortázar, etc.)¹ acaba de dirigir una carta abierta al presidente Balaguer denunciando los atropellos de los que el pueblo dominicano es actualmente víctima. Crímenes, violencia, terror que tienden a instaurarse en modelo de represión general y común a todos los regímenes « gorilas » del Continente: el recién golpe de Estado fascista en Chile contra el gobierno de Unidad Popular se acompaña, como admite el propio corresponsal de Newsweek, de una ola de ejecuciones y « paseos » que alcanza las proporciones de un verdadero genocidio selectivo. Allí también —como en Brasil, Guatemala o Santo Domingo— organizaciones de extrema derecha del tipo de « Patria y Libertad », en estrecho contacto con el ejército de los Pinochet y compañía y con funcionarios « especiales » de la CIA, aseguran con unos métodos que nada tienen que envidiar a los de la Gestapo el desquite político de unas castas burguesas o semif feudales enteramente vendidas a los intereses de los grandes monopolios norteamericanos.

Al realizar la traducción del artículo que a continuación publicamos, he procurado tener en cuenta las sugerencias de mis amigos dominicanos a fin de restituir en la medida de lo posible el sabor del hablar popular en boca de la señora Frías. Juan Goytisolo.

Norman Gall La única respuesta lógica

La señora Carmen Frías de Hernández es una mujercita delgada como un alambre, de rasgos diminutos y ojos vivos y oscuros, que vive en una casa frágil, construida con tableros de madera, en la parte de Santo Domingo conocida por la « zona rebelde » durante el alzamiento popular de 1965.

Fui presentado a la señora Hernández a primeros de año por el Padre Tomás Marrero, un sacerdote jesuita de origen cubano, en cuya iglesia me alojé mientras escribía reportajes sobre la revolución de 1965, después que Estados Unidos envió 23 000 soldados a la República Dominicana para salvar esta minúscula nación del Caribe de lo que el presidente Johnson llamó « una pequeña banda de conspiradores [comunistas] que recibe sus directivas del exterior ». Como amigo y párroco de la familia Hernández, el Padre Marrero había velado durante noches enteras junto al lecho Santiago Manuel, el hijo de la señora Hernández de 20 años de edad, después que fue herido a balazos el 26 de marzo de 1971

1. Véase página 151.

por dos agentes de policía en civil. Dos semanas más tarde, el domingo de Pascua, el joven Santiago, que usaba el apodo paterno de Mangá, fue raptado por cuatro hombres enmascarados del lecho del hospital y apareció muerto el día siguiente en la guardarraya de un campo de caña a 45 millas de la capital. La muerte del muchacho denominado Mangá forma parte del extraño y extraordinariamente variado modelo de terror político que ha afectado al pueblo dominicano en los años siguientes a la revolución de 1965.

La señora Hernández permanece rígidamente sentada en la habitación delantera de su casa, con paredes de vara de palma pintadas por dentro de amarillo y decoradas con unos cuantos retratos de familia y cromos religiosos en colores de manufactura española. A raíz de la muerte de su hijo, ha sufrido una relajación de los músculos de sus mejillas que podría dar un aspecto de flojedad a todo su rostro si no fuera por la tirantez de sus labios y la escudriñadora y ardiente mirada de sus ojos mientras habla conmigo, inclinada hacia adelante en una de esas mecedoras de caoba de alto respaldo que uno ve por doquier en la República Dominicana.

La madre de Mangá vive cerca de la Plaza San Miguel, donde los niños del barrio acampaban con rifles y ametralladoras capturados a la policía en la antigua fortaleza Ozama durante el alzamiento de 1965. Los niños y jóvenes formaban los llamados «comandos», grupos vecinales de autodefensa que se convirtieron en la milicia popular que primero derrotó a varias unidades de élite de las fuerzas armadas regulares dominicanas y aguantó luego 20 meses de ocupación bajo las armas de una ubicua presencia militar americana. Incluso ahora, en la proliferación de barrios ruinosos que se extiende hacia el norte desde el centro colonial de Santo Domingo y en las zonas abandonadas del otro lado del río Ozama, la gente habla todavía de los primeros días de la revolución de 1965 como del mejor momento de su vida.

«La revolución nos pilló aquí abajo», evoca la señora Hernández mientras charlamos en la salita de su casa. «No sabíamos nada sobre el alzamiento cuando ocurrió, con todo el ruido y la balacera y los gritos en la televisión. Luego nos dijeron que se habían alzado 20 000 hombres y había habido una revolución, y nos asustamos muchísimo. Nos preguntamos qué deberíamos hacer. ¿Dónde debíamos ir? Imagínese, compramos esta casita con un billete de lotería premiado que Dios me dio hace 20 años, después de tres años de matrimonio, y si no hubiéramos tenido esta casa las cosas habrían sido peor. Yo no dejé mi casa durante la revolución: en aquellos tiempos mucha gente ocupaba las casas de los que se habían pasado al otro lado. Cuando supimos que habían matado a los que se fueron, pensamos que habíamos tenido mucha suerte. Siempre podíamos decir que si nos quedamos aquí lo hicimos porque era nuestra casa. La República estaba dividida. El país andaba en guerra y nosotros vivíamos en medio hasta que intervinieron los yanquis. Si los yanquis no llegan, ganan los de aquí abajo, porque los del otro lado estaban ya perdidos.»

En una sociedad llena de terror y ambigüedad es normalmente difícil establecer claramente las causas o incluso los hechos básicos de los actos individuales de violencia. No obstante, los extraordinarios testimonios que han surgido sobre la muerte del hijo de la señora Hernández —el cual se había comprometido al parecer por algún tiempo con medios próximos al Movimiento Popular Dominicano, que fue antaño uno de los grupos de extrema izquierda más activos en Santo Domingo— arroja bastante luz sobre el modo en que se lleva a cabo este terror. Las medidas urgentes y extremas adoptadas para raptar a Mangá de su lecho de hospital y deshacerse de él inducen a pensar que conocía algún

secreto que sus asesinos deseaban ocultar a toda costa, secreto relacionado quizás al reclutamiento operado en la cárcel por la policía de los militantes más jóvenes del MPD en provecho de la organización terrorista de extrema derecha conocida con el nombre de La Banda. Una semana después del descubrimiento del cuerpo de Mangá, seis muchachos miembros de La Banda —todos ellos, con excepción de uno, de 18 años o más jóvenes— obtuvieron asilo político en la embajada mejicana en Santo Domingo. Antes de refugiarse allí, entregaron una declaración a la prensa en la que revelaban que habían sido obligados por la policía a entrar en La Banda, después de haber sido detenidos acusados de «una serie de hechos que no cometimos. De este modo buscan introducir sus agentes entre los militantes revolucionarios». Los jóvenes declararon que, según la policía «ésta es una guerra abierta contra los comunistas. Organizaremos bandas en todos los barrios de la capital y lo que hemos hecho hasta ahora no es más que un experimento para ir acostumbrando a la opinión pública». Identificaron como organizador de La Banda al teniente Oscar Núñez Peña, el cual, dijeron, era guardia de corps del jefe nacional de Policía, el general Enrique Pérez y Pérez. El 7 de junio, otro miembro de La Banda logró asilarse igualmente en la embajada de México. En una entrevista concedida antes de entrar en ella, Fernando Aquino Mateo dijo que había sido encarcelado varias veces después de haber combatido en el bando constitucionalista durante la revolución de 1965 y había sido golpeado tan a menudo que finalmente aceptó convertirse en un «preso de confianza» en la cárcel de La Victoria, donde, denunció, golpeó y torturó a otros presos. Aquino Mateo dijo que prefería buscar asilo diplomático a ejecutar las órdenes de la policía de que matara a un editorialista de la prensa y a un líder sindical, e identificó al teniente de policía Núñez Peña como el jefe de los cuatro hombres enmascarados que raptaron al hijo de la señora Hernández en el hospital Padre Bellini el 11 de abril de 1971. Mientras estas declaraciones ayudan a identificar a los asesinos, la narración de la señora Hernández de estos acontecimientos pinta del modo más emotivo la cruda y despiadada tragedia del pueblo dominicano.

1

«No me gustaban sus ideas porque soy una mujer completamente religiosa, porque fui educada por las monjas y otras personas religiosas. Pero traté de aceptarlas para entenderlo a él y comprender como era su Movimiento. Usted sabe, durante la revolución, aquí abajo, no había nadie, ni siquiera un niño, que no supiera cargar un revólver o una ametralladora. Hasta yo sé qué es una ametralladora San Cristóbal y un 45 y un 38. Durante la revolución aprendí a cargar una ametralladora aunque nunca disparé un tiro.

» Mi hijo Santiago —le llamaban Mangá, como su padre— llegó a ser aspirante al Movimiento Popular Dominicano a través de un amigo del colegio que lo convenció llevándole a pequeñas reuniones. Cuando los descubrí, le regañé y me fajé con él. Pero luego me di cuenta que pelearme con él no era bueno. Sólo servía para empujarle más dentro del movimiento. Por eso decidí aceptar la idea aunque no me gustaba, y discutí tranquilamente con él sobre las cosas de que me hablaba hasta que empezó a darse cuenta de que el partido no era en absoluto lo que ellos decían que era.

» Había seguido estudios, pero dejó la escuela cuando tenía 13 ó 14 años a causa de una enfermedad de la vista, cuando estaba en sexto grado. Entonces

le dije: 'Mira chico, ya vas a ser un hombre y no tienes profesión'. En un anuncio del periódico vi que por cinco dólares enviaban a uno un curso de fotografía por correspondencia desde Miami. Siempre le habían gustado la fotografía y las cámaras de cine y cosas así. Me conseguí los cinco dólares, se los di, y terminó el curso muy bien. Le enviaron el título y su diploma y un premio de buena conducta desde Miami. Entonces empezó a trabajar de asistente en las tiendas de fotografía. Pero todos esos productos químicos le traían problemas de respiración, una especie de pulmonía, y tuve que meterle en un sanatorio público porque no teníamos plata para un tratamiento caro. Lo cuidaron durante ocho meses y lo curaron del todo. Al empezar la persecución hacía tres o cuatro meses que había salido del sanatorio, y cuando le dieron de alta estaba muy fuerte. Cuando murió estaba muy fuerte. En cierto modo tuvo suerte. Si detienen a un chico le pegan tanto que tiene que decir que sí, que fue él. Mi hijo, a pesar de todo, pudo descansar. Porque después que pasó por todo ese calvario de sufrimiento, podrían haberlo metido aún en un calabozo lleno de agua, y habrían podido apalearlo para hacerle hablar de algo que a lo mejor ni siquiera sabía. Bien, Dios partió la diferencia, como decimos acá.

» Cuando era un aspirante al MPD, Santiago me dijo que había ido a una fiesta y había tomado unos tragos con una chica. Estaba muy enamorado de esta novia y ellos querían que rompiera con ella, pero él dijo que no, porque eran novios desde que él tenía trece o catorce años. Tuvo dos o tres palabras con algunos compañeros que eran también aspirantes al MPD. Le tenían envidia y se quejaron al partido, y el partido, sin averiguar nada, lo botó. 'Dijeron que yo era un borracho', me contó. Cuando lo echaron, él quería mostrar al partido que, aunque ya no formaba parte de ellos, era valiente y de confianza y que, si conocía un secreto, no lo contaba. Como madre, yo sé que conocía muchos secretos del partido y estaba orgulloso de su amistad con los jefes más grandes, como Otto Morales y «El Moreno», y ellos le querían también. Pero mi hijo estaba fuera.

» La policía empezó a buscar a mi hijo Santiago a fines de enero. Parece que algún compañero estaba celoso de él y lo denunció. Registraron mi casa por primera vez el día 6 de enero y no dieron con Santiago. Más tarde volvieron otra vez e hicieron otro registro. Vieron un letrero en las paredes de mi casa que decía: 'Dios proteja a Santiago', y uno de los policías me preguntó si tenía un hijo que se llamaba así. Dije que sí, y el policía me preguntó por qué no estaba en casa. Dije que estos eran asuntos personales, porque Santiago había tenido algunas palabras con su padre a causa de mí. Dije que Santiago se había ido de casa porque su papá no nos daba la pensión que nos debía. Santiago dijo que si él seguía en casa, su padre nunca me daría la pensión. Su padre vive con su querida y sus hijos en otra parte de la ciudad, aunque estuvimos casados durante 25 años. Santiago hacía creer a su papá que no vivía en casa y cuando su padre venía se escondía y no aparecía hasta que se había ido. Pero cuando dije que Santiago no estaba en casa la policía encontró una excusa para hacerle una ficha. Fue así como se enteraron de su nombre: Santiago Hernández Frías. Y fue entonces cuando todo empezó.

» La policía le hizo una ficha por robo, agresión armada, conspiración para matar al jefe de Policía y al hijo del vicepresidente de la República, por robar automóviles y hasta por matar a los soldados yanquis que fueron muertos cerca de una lavandería durante la ocupación. Le pusieron más de veinte mil crímenes en la ficha. Inventaron veinte mil cosas y las pusieron en la ficha. Luego dieron una orden y enviaron a un grupo de hombres para dar con él. Llamaron a mi puerta y preguntaban: ¿Fulano de tal vive aquí? Yo decía que no. O pregunta-

ban si yo quería comprar algo, o decían que eran del Ayuntamiento y que querían ver la casa. Luego los veía usted en la esquina hablando con los niños de la calle, preguntándoles: 'Mira que revólver tan bonito. ¿Hay alguien por acá que tenga uno así? ¿No han visto si Santiago, ése que llaman Mangá, tiene uno?'

» Después de esto yo hablé con una señora, una amiga mía que estaba terriblemente asustada y dormía sola porque el hijo que tenía lo habían matado. Lleve a Santiago a dormir a su casa. Tenía que llevarle a dormir allá todas las noches, no porque fuera un criminal sino porque la policía lo andaba persiguiendo y eso bastaba. Como soy asmática me pongo muy nerviosa, y me costaba respirar mientras cruzaba las calles con él hasta el sitio donde dormía. Un sábado lo llevé de casa de mi amiga a otro lugar porque la policía le seguía la pista y andaba cada día más cerca de él. Un día que iba de camino hacia mi casa un niño le llamó y le dijo: 'Oye Santiago, no vayas a tu casa porque en la esquina hay dos o tres 'caliés'*. Entonces Santiago fue a la calle Enriquillo 62, donde su papá vive con la querida.

» No era la primera vez que teníamos problemas con esas fichas de la policía. En 1970, el hermano mayor de Santiago fue detenido en la esquina de la Plaza San Miguel. Parece que alguno había matado a un policía y alguien dijo que el criminal tenía barba y patillas. Cuando mi hijo venía a casa del trabajo —ha trabajado en el mismo sitio durante nueve años, desde las 7 de la mañana hasta las 4 de la tarde, como linotipista y archivista— lo agarraron y lo llevaron a la Jefatura de Policía. Su papá y yo tuvimos que buscar gente importante para que nos ayudara. Fuimos a ver el jefe del Departamento secreto de la Policía nacional, un tipo llamado Regalado, y este hombre nos dio un susto tremendo. Dijo que mi hijo tenía una ficha allí, que la próxima vez que lo trajeran se lo cargarían, porque a los que tienen una ficha se los cargan si los vuelven a traer. Pero hablé con un gran coronel de la policía que es como un poco pariente mío —el hijo de una media hermana de la familia que me crió durante un tiempo, cuando yo era niña— y él hizo una llamada telefónica y dejaron salir a mi hijo mayor. El pobre ha estado dos veces por error en la cárcel porque andaban buscando a uno con barba y patillas y se confundían. Un poco más tarde, este mismo día, un sargento de la policía me pidió 50 pesos para destruir la ficha de mi hijo y naturalmente se los tuve que dar.

» Así son las cosas acá. Cada cual grita sin saber qué es lo que está gritando, porque en este país no hay educación. El que grita primero gana. Luego viene la policía y el más listo habla primero para salvarse y dice, 'Fulano hizo eso y vive en tal sitio y en tal dirección'. Entonces buscan a esta persona, registran su casa, la vuelven a registrar, y atrapan al que pueden. Agarran a un vendedor de pescado en la puerta de su casa y lo meten preso sin molestarse en averiguar si andaba en el lío o no, y así con mucha otra gente que sólo busca ganarse el pan. Mire usted, mi marido no se atreve siquiera a salir a la calle. Aunque tiene esa mujer y esos hijos, viene todavía a casa a darnos algo. Pero ahora no puede venir acá porque de noche, en la esquina, le han dado dos o tres palizas. Usted está esperando en la calle a un hombre que le va a conseguir un trabajo, cuando vienen con un carro y se lo llevan preso porque usted estaba allí conspirando, o si usted está caminando con un paquete de carne o de plátanos para sus hijos, viene un carro de 'caliés' y se lo lleva también porque lleva usted un paquete

* Esto es, espía. J.G.

sospechoso. Lo guardan a usted todo el día, le golpean la cabeza; pierde toda la comida que llevaba y pierde además un día de trabajo. No se puede vivir así. Todo el mundo quiere largarse de aquí lo más pronto posible. Por eso Nueva York está llena de dominicanos, de gente que no sabe nada, pero que han oído decir que se vive allí mejor que acá. Los americanos tienen más poder en Santo Domingo que en los mismos Estados Unidos. A pesar de todo lo que pasó acá en el tiempo de Trujillo, usted nunca oía un disparo y había más respeto, porque los crímenes y todo lo que hacían, lo hacían muy en secreto. Yo misma quiero ir a Nueva York con mis hijos porque me siento más segura allá que acá. ¿Sabe usted que después que mataron a mi hijo, venían a llamar a mi puerta por la noche y decían: 'Doña, doña, salga porque tenemos que decirle una cosa'. Pero si hubiera salido, me habrían dado un tiro o una paliza, y luego habrían dicho que fue el MPD o el PRD o algún otro partido.

» En enero vino de Nueva York un tipo llamado Julio César Ramírez, pero que todo el mundo llamaba Julio Malapalabra. Siempre andaba buscando a mi hijo Santiago, queriendo hacerse amigo de él; lo esperaba en la esquina, venía a buscarlo a casa. Me enteré por un amigo que venía de Nueva York que lo habían expulsado de allá por robar carros y drogas y otras cosas horribles. Así que llamé a mi hijo, le hice sentarse, y le expliqué que no estaba bien que saliera con este muchacho por las cosas que había hecho. Cuando Julio Malapalabra se fue a Nueva York hace tres o cuatro años, había andado con dos o tres chicos del MPD y los había embullado a robar un carro, porque ese tipo es especialista en esas cosas. Se llevaron el carro, yo no sé qué más cosas hicieron, si mataron a un policía o armaron otro gran lío. Pero cuando el lío se hizo tremendo, la policía le pilló en seguida y él hizo detener a los otros tres. Yo no sé como se las arregló, pero a él lo soltaron. Los otros tres quedaron presos mientras que la policía le daba a él un pasaje gratis de avión. Estuvo en Estados Unidos todo este tiempo y ahora volvía porque lo expulsaron. Así que llamé a Santiago y le pregunté: 'Como eres fuerte y te gustan las cosas militares, ¿por qué no te haces cadete o te haces de derecha o algo así?' Pero él me contestó: 'No mamá, yo quiero estar en un partido de izquierda porque la izquierda es más justa. La izquierda es más justa que la derecha porque en la izquierda uno pelea por el bienestar del pueblo, ¿comprendes? La derecha no. En la derecha tienes que aceptar sólo lo que es bueno para un grupito de ricos y gente importante. Como has tenido que pelear duro para criarme y la vida ha sido muy difícil, quiero entrar en un grupo o en un gobierno que lucha por el bienestar del pueblo de Guachupita, que duerme en chozas bajo el puente, a la orilla del río. ¿Por qué no vas allá mamá, a ver toda esa pobre gente?' Me explicó todas esas cosas, y como eran verdad, le dije: 'Bueno chico, entonces vete con los revolucionarios pero no con los ladrones. Piensa en lo que me va a ocurrir el día en que te pase algo y escriban en los diarios que eras un ladrón, mientras que el día que mueras y digan que tú eras un revolucionario, me sentiré orgullosa, porque todos sabrán que andabas peleando por el bien del pueblo'.

» Después de eso mi hijo rompió con Julio Malapalabra, y me dijo: 'Mamá, mi única culpa fue un día en que vino a buscarme en carro y me dijo que este carro era suyo, que lo había traído de Estados Unidos. Yo me subí y fuimos a dar una vuelta. Ahora sé que él roba carros, pero no me deja en paz. Me dice que es agente de la CIA y me mostró sus documentos'. Julio Malapalabra tiene cinco o seis tarjetas de identidad, incluso una de diplomático, con sello y todo, de modo que no pueden ser falsas. Tiene también un pasaporte americano, como si fuera americano, y una tarjeta de identidad dominicana con otro nombre. En ese

tiempo andaba con un llavero maestro con más de cincuenta llaves. Una vez que yo andaba buscando a mi chico, le vi con mis propios ojos forzar la puerta de un carro en las narices de un policía. El agente miró al otro lado, porque todos los policías sabían de quién era el carro. Además, tenía una ametralladora Thompson que llevaba bajo el saco, y no se tomó el trabajo de ocultarla mientras saludaba al policía. Cuando mi hijo empezó a evitarle, Julio Malapalabra siguió detrás de él diciéndole que era fuerte y valiente y que los dos podrían trabajar para los yanquis, entrar en la CIA con los americanos. Dijo todo esto a mi pobre hijo muerto y mi hijo me lo repitió antes de morir. Por eso tenían tanta prisa en matarle, para que no contara nada de que Julio Malapalabra había venido acá a trabajar para la CIA en Santo Domingo. Parece que dos o tres oficiales de policía estaban al corriente de esto, aparte de los yanquis.

» Mi hijo me explicó las cosas así: 'Mira mamá, no vale la pena que me riñas por andar con Julio. No quiero que me vean con él de ninguna manera. Yo era aspirante al MPD y me botaron del partido. Pero todavía quiero mostrar a los grandes del partido que aunque me botaron, les he sido fiel. No voy a trabajar con los yanquis para armar líos en mi propio país, sólo para ayudarles. No voy a hacerlo porque sería como matarte a ti y mi familia. No soy tan bruto como para hacer eso'.

» Después de eso, Julio Malapalabra empezó a buscar a Mangá en un carro azul, que dicen que era de la policía. Me asusté mucho y fui a ver a una señora para preguntarle si Santiago podía dormir en su casa dos o tres noches. Me dijo que sí, así que yo tenía que esperar hasta media noche, cuando la gente pensaba que yo dormía, para ir al sitio donde se escondía y llevarlo a dormir a su casa. Durante el día podía ir a la universidad y comer en la cafetería.

» Mi propósito era sacarlo de acá. Gané un sorteo de la estación de radio La Voz Dominicana y compré un billete de ida y vuelta para Nueva York. Entonces le dije: 'Mira, hijo, qué buena suerte tenemos si vendemos este mueble tocadiscos —uno que yo había comprado a plazos— y conseguimos sacarte de acá'. Pero Santiago dijo: 'Olvídate de eso mamá. Después de todos los sacrificios que has hecho durante más de un año, pagando 300 pesos por este mueble, no vas a venderlo ahora por cincuenta. No voy a irme de mi país. ¿Cómo puedo irme con sólo un billete de avión en el bolsillo, sin conocer a nadie en Nueva York o en Puerto Rico? ¿Cómo puedo dejarte acá sufriendo sola? Sólo me iré cuando sepa que voy a trabajar y que puedo enviarte plata. De otro modo, prefiero que me maten acá'. Entonces tuve que vender el billete de avión muy barato a un hombre que me dio 15 pesos. Oiga eso: ¡15 pesos! Eso fue lo que me dio. ¡Qué desastre! Así que mi hijo se quedó. Y a todas esas, Julio Malapalabra que andaba cada vez más cerca de él. Un día fue adonde mi hijo dormía y preguntó a la señora: '¿Dónde está Santiago?'.

» El día que el niño dijo a Santiago que no fuera a mi casa, fue a casa de su papá, en la calle Enriquillo 62, y tuvo que vivir mendigando a sus amigos, 'di a fulano que me mande un peso porque no he comido', durmiendo aquí y allá. Yo no dormía en mi casa porque estaba muy nerviosa y cada vez que oía un disparo me decía para mis adentros, 'Ahora mismo lo acaban de matar'. Cada mañana encontraban dos o tres cuerpos en la calle. Andaban vendiendo unas botas americanas de cowboy, de tacón alto, y todos los pobres chicos las compraban. Santiago compró unas también, pero un chico le dijo: '¿Por qué te vas a poner esas botas?, ¿no ves que las venden tan barato para seguirles la pista, pues así les conocen por las botas?' Entonces Santiago trató de encontrar dinero para comprarse unos zapatos y sacarse de encima esas botas, porque un chico

que encontraron muerto en la calle la mañana antes llevaba unas igualitas, y lo mismo el muerto del día antes. Por eso quería desembarazarse de las botas y de su camisa de colores chillones, pero tenía que encontrar la plata primero.

» Santiago fue a ver a su papá y su papá le dio cincuenta centavos. Mientras estaba en el patio donde vive su papá —entre un montón de chozas que hay en el interior de una cuadra, a buena distancia de la acera— su medio hermano menor, uno de los cinco hijos que su papá ha tenido con la querida, vino corriendo y gritando: '¡Santiago escápate! ¡Hay dos hombres que vienen a matarte!' Mangá pensaba que era sólo un juego del chiquito porque siempre le gustaba jugar a cowboy. Pero entonces el chico que estaba en frente de él volvió la cabeza y vio a los dos policías y dijo: '¡Sí, Santiago, es verdad, escápate!' Pero cuando se levantó de la mesa para escaparse, le dispararon la primera vez en la pierna, y luego le rozaron el riñón. Pero se las arregló para entrar al cuarto de su papá; la querida estaba afuera con los niños. Todo el mundo quería salvarle, y Santiago, que estaba solo en el cuarto, se escondió detrás de una cómoda, pero los asesinos entraron también y le dispararon otra vez en el pecho. Mangá se arrastró fuera a gatas y ellos volvieron a dispararle y le dieron en la rodilla. Entonces la gente empezó a arremolinarse y a gritar: '¡Asesinos, asesinos!' La gente se puso a echarles piedras y ellos salieron corriendo, pero volvieron después que uno dijo al otro: '¿No ves que no has acabado con él?' Más tarde, en el hospital, Santiago me dijo: 'Querían acabar conmigo pero me desmayé justo cuando dispararon y la bala sólo me rozó la cabeza. Parece que Dios me haya salvado para que pueda defenderme de los que escribieron la ficha falsa contra mí'. Poco después de la balacera, un niño vino a mi casa y gritó: '¡Doña Mercedes, doña Mercedes! ¡Han matado a Santiago!' »

2

« Como fui educada por las monjas desde que era muy niña, y también por personas distintas de mi papá y mi mamá, he aprendido a controlar mis emociones. No tenía derecho a mostrar lo que sentía. Tenía que ser fuerte, como querían que fuera. Por eso, cuando vino el niño y gritó, '¡Doña Mercedes, han matado a Santiago!', ni lloré ni armé el gran escándalo, sino que me vestí y salí directo a la calle sin peñarme siquiera. Lo habían llevado ya al doctor Dinsey, pero no le habían hecho la menor cura. Usted sabe, cuando la policía hiere a alguien, ningún doctor acepta ocuparse de él si la policía no le ordena que lo haga. Un doctor tiene que ser muy revolucionario para que se arriesgue a curar un herido sin permiso de la policía, y los que lo hacen tienen que informar inmediatamente a la policía o entregarle el herido. Encontré una ambulancia en la puerta del doctor que había venido a buscar a otro paciente, así que engañé al chófer para que llevara a Santiago al Hospital Padre Bellini. Cuando la policía alcanzó por fin a Santiago, estaba ya en la sala de operación. La operación fue aplazada también. Hasta que la policía no haga las investigaciones necesarias y dé la orden, no se puede curar a ningún herido, y lo dejan sangrar tranquilamente hasta que se muere. Lo que salvó a Santiago fue que él era muy listo. Dio un nombre y una dirección falsos cuando entró a la sala de operaciones. Nunca perdió la conciencia, ni en los momentos más críticos, ni siquiera cuando se lo llevaron a la fuerza del hospital. Cuando las monjas vinieron a preguntarme su nombre, di también el nombre y dirección falsos. Había una monjita a la

cabeza de la mesa de operaciones que rezaba por él y le había vaciado los bolsillos, de modo que la policía no pudo encontrar su tarjeta de identidad para comprobar lo que habíamos dicho.

» No pudimos conseguir sangre para una transfusión porque la policía no había dado el permiso. Fuimos a todos los Bancos de sangre y en todos lados nos dijeron que no había. Los niños de la vecindad y el Padre Marrero, nuestro párroco, hicieron cola en el hospital para donar sangre, pero entonces nos dijeron que no tenían tarros para guardarla. Fue entonces cuando me di cuenta de que la policía había dado la orden de que no nos dieran sangre. Luego, cuando la policía se fue a comprobar sus fichas, apareció de repente tal cantidad de sangre que hasta sobraron después cinco o seis botellas.

» La policía dio finalmente la orden de que le operaran, pero eso fue antes de que pudiéramos conseguir la sangre. El doctor Segura se hizo cargo de la operación. ¡Qué cirujano maravilloso! ¡Educado en Francia! Para mantener a mi hijo en vida mientras la policía hacía su investigación, el doctor Segura tomó la sangre que se escapaba de las heridas de Santiago en un tarro y la volvió a inyectar en su cuerpo. Lo hizo seis o siete veces para salvarle la vida. Cuando la policía permitió finalmente que dieran sangre a Santiago, costaba veinte pesos el cuarto y necesitábamos más de cien pesos. Todos sus amigos dieron plata y las niñas de la vecindad pidieron dinero a la gente en la calle y reunimos otros cuarenta o cincuenta pesos. La sala de operaciones estaba llena de policías. Santiago me llamó y dijo: 'Mamá, ¿sabes qué dijeron mientras yo estaba esperando en la mesa de operaciones? Dijeron que había que traer un montón de sangre porque cuando uno de esos cabrones comunistas viene acá tienen que almacenar su tipo de sangre'. Le dije que se callara y fui llorando a ver a una doctora que trabajaba en el hospital. La doctora dijo que me quedara quieta y no contara nunca que había hablado con ella, y luego me explicó: 'Lo vi todo porque vivo cerca de donde lo balacearon y vine al hospital inmediatamente, aunque hoy no estoy de servicio'. ¡Fíjese usted qué suerte! Porque cuando ocurre algo así un día domingo uno nunca puede encontrar un doctor.

» Corrientemente el Hospital Padre Bellini es un sitio tranquilo y uno ve muy pocos policías. Cuando terminó la operación pusieron guardias con ametralladoras en cada puerta y dentro de la sala donde Santiago se estaba recobrando. No dejaron que nadie hablara con él, ni siquiera su familia o amigos, fuera del Padre Marrero y yo, y los dos nos turnamos toda la noche a su cabecera. Su padre tenía miedo de ir al hospital porque detenían por comunistas a toda la gente que quería visitarle. Pero todos los días venía a verle un hombre. Se quedaba de pie a su cabecera, sonreía y hablaba con él y le preguntaba como iba. Un día, después que el hombre se había ido, Santiago me dijo al oído: 'Mira, mamá, ¿has visto al hombre que estaba aquí y que me sonreía?' Le contesté: 'Hijo mío, estoy tan nerviosa y preocupada que veo caras en todos lados y en ningún lado. La verdad es que no sé quién es el hombre que estaba contigo'. Entonces Santiago dijo: 'Me alegro de que no lo hayas reconocido porque es el hombre que me disparó. Viene aquí todos los días. Cuando estaba bajo la anestesia oí que estabas hablando tranquilamente con él. Te preguntaba cómo había pasado todo y cuantos hombres me habían atacado, y me alegro que le hayas dicho que no lo sabías. Sabía desde el principio que eran policías, pero dije que no lo sabía para no crearme más problemas. Mira, mamá, cuando alguien venga a verme y yo cierre los ojos o te apriete la mano, es porque es un 'calié'».

» El domingo, el día siguiente de la operación, Santiago tenía dos botellas de suero atadas a los pies y otras dos a los brazos, y transfusiones de sangre, y le pusieron sus inyecciones. Pero cuando fui al hospital el martes parecía que la policía le hubiera encontrado la ficha, porque no había sangre ni suero ni medicinas, y se lo habían llevado a una camilla junto a la puerta, cerca de donde van y vienen las ambulancias. La enfermera me dijo que no estaba permitido cerrar la puerta, y entonces me entró miedo de que pudieran sacarlo fuera del hospital si yo me dormía, porque somos seres humanos y nos cansamos, y yo estaba muy agotada.

» Ese martes yo estaba sentada a su cabecera y le dieron una inyección, y cada vez que le ponían esa inyección empezaba a delirar y a decir cosas extrañas: 'Mamá, este bus va muy despacio. No voy a subir en él nunca más. Si tienes que viajar coge otro. Yo no fui a Bocachica'. Decía esto porque las monjas reunían dinero para alquilar un autobús y llevar a la gente a la playa de Bocachica. Santiago bailaba y hacía bromas y las chicas andaban locas por él. Durante su delirio en el hospital, dijo una vez que acababa de triunfar una gran revolución como en 1965 y que el general Pérez y Pérez, el jefe de la Policía, era el nuevo presidente.

» Me di cuenta que desde el martes no le daban ninguna medicina para la infección, sólo calmantes, porque cogí una de las cajas de su inyección después que la enfermera se la puso. La enfermera dijo: 'Cálmese, doña, estése tranquila, esto es porque la herida ya no le duele tanto. No se preocupe. Está en manos de buenos doctores'. Pero no le habían lavado el cuerpo en seis días, y cuando vine al día siguiente me murmuró: 'Mamá, huelo mal'. Le habían quitado el oxígeno el día antes, y el sexto día, cuando fui al hospital, me encontré con que habían puesto biombos alrededor de la cama. Santiago envió a su hermanito pequeño a que avisara a la prensa, y yo fui al piso de arriba a ver el director del hospital, pero la secretaria dijo que tenía que esperar mucho tiempo porque él tenía un montón de citas, así que me volví a casa a cocinar y lavar las sábanas que debía llevar al hospital, adonde me fui a pasar la noche.

» Tenía que volver a pasar la noche allí, porque al Padre Marrero ya no le dejaban entrar. El Padre dormía a su cabecera, turnándose conmigo. Lo había hecho durante cuatro o cinco noches, lo cual era una gran ayuda, porque una señora muy buena y muy revolucionaria estaba con Santiago por las mañanas, yo iba por las tardes y el Padre Marrero venía a media noche. Eso era muy bueno para él, porque el Padre quería hablar con Santiago de hombre a hombre y, naturalmente, tenía más prestigio que yo. Pero entonces prohibieron que el Padre Marrero volviera al hospital, después que discutió con los guardias porque no habían dejado al hermanito menor de Santiago y a un amigo que entraran a la sala. Los guardias dijeron que el que mandaba en el hospital era Pérez y Pérez, el jefe de Policía, y que el Padre Marrero tenía que conseguir autorización de él para volver allá.

» Después que el Padre tuvo que irse, estaba yo sentada allí sola esa tarde, cuando el policía que guardaba la puerta empezó a ponerme buena cara. 'Venga acá, doñita, dijo, ¿no me conoce usted? Pues yo sí'. 'Bien, dije, es posible que usted me conozca, aunque vivo encerrada en mi casa y no voy a ningún lado'. El policía dijo: 'Conozco a sus hijos porque vivían en la calle José Reyes, y éste que está en cama es el que conozco más'. Entonces le contesté: 'Si usted lo conoce y lo ha visto crecer me extraña que no le haya dado buenos votos'. Entonces él dijo que éstos eran asuntos privados, que su trabajo era guardar la puerta. 'Pero quiero que sepa usted que ese Padre es un vagabundo y un sin-

vergüenza', dijo. 'Son esos curas y Padres los que tienen descompuesto el país. Se lo digo yo'. 'Mire usted, quiero pedirle por favor una cosa, le dije. No me hable así del Padre, porque aunque podamos ser comunistas y mi hijo esté acá medio muerto por ser comunista, todavía respetamos a los ministros de la Iglesia. Todos tenemos respeto por los representantes de Dios, y no permitiremos que nadie hable mal de ellos. Aunque usted lo vea con una sotana, también es un hombre. Eso es lo que yo he enseñado a mi hijo, porque me educaron las monjas, así que nunca hable de este modo delante de mí'. Entonces el policía murmuró: 'Ese cura no vale un carajo, el cura ese que duerme todas las noches en el hospital'. Pero usted sabe que cuando una persona está gravemente enferma y pide ayuda a una monja o a un sacerdote, ellos no se la niegan, porque lo que el Padre da, ni usted ni yo lo podemos dar, ni Pérez y Pérez, el jefe de Policía. Es la ayuda espiritual que una persona gravemente enferma necesita antes de morir. Cuando el Padre Marrero no volvió después de ese día, mi hijo me dijo: 'Mamá, creo que la policía no deja al Padre Marrero venir al hospital porque dicen que tiene una, dos, tres queridas. Entérate de si es por los chismes que están contando acerca de él. ¿O es que el Padre Marrero cree que es verdad que yo maté a un policía?' Murió llamando al Padre. Cuando la policía lo raptó del hospital, mi hijo Santiago gritaba: '¡Mamá, me llevan fuera! ¡Llama al Padre Marrero!'

» Después que los policías de guardia dijeron al Padre Marrero que consiguiera un permiso del jefe de Policía para entrar al hospital, y después que Santiago envió a su hermanito a que avisara a los periódicos, fui al piso de arriba a buscar al doctor. Encontré finalmente al doctor Segura, el que había hecho la operación, y cuando me vio, pareció ponerse nervioso; todos los doctores parecían tener miedo de hablar conmigo: nunca iban a la cama de Santiago, prescribían solamente inyecciones, y yo estaba harta de pedir que vinieran. Así que dije al doctor Segura: 'Ay doctor, ya sé que lo estoy perjudicando al hablar así con usted, porque sé que si usted no hace más por Santiago es porque no le dejan. Me parece que quién da las órdenes en este hospital no son los médicos sino el jefe de Policía'. Entonces el doctor Segura contestó: 'No, no, somos los médicos, los que sabemos'. Así que yo le dije: 'Ahora mismo he encontrado a mi muchacho desesperado pidiendo al hermanito que le manden la prensa para hablar a los periodistas que no le cuidan. Hace seis días que no le han lavado ni cambiado las vendas y huele mal y hay moscas sobre sus heridas. Tiene una fiebre muy alta desde el primer día y debe de haber una infección. Ayer dije al doctor que estaba de servicio que si se necesitaba una medicina, aunque éramos pobres, podríamos conseguirla de su papá o de alguien, y que no tenía más que decírmelo. Pero el doctor me dijo que me callara la boca, que aceptara las cosas así como eran. Me asusté muchísimo. Sentí que sería muy doloroso para mí verle morir ahora, después que Dios le había salvado la vida. Ustedes, los doctores, llevan un anillo y han hecho juramento de salvar las vidas, no de matar a los pacientes y recibir órdenes de la policía. Tengo un sobrino que es un doctor y fui a su graduación y vi que hacía el juramento de salvar las vidas humanas y no de matar a la gente por órdenes de la policía. En nombre de ese juramento, ¡haga algo, por favor, para salvar a mi hijo!'

» 'No se preocupe, me dijo el doctor Segura, voy a dar órdenes'. Entonces le dije: 'Por favor, ordene que saquen esos biombos de la cama. Un teniente de policía los puso allí y le quitan el oxígeno, y apenas puede respirar'. El doctor Segura contestó: 'No, señora, usted se confunde porque está muy nerviosa. Como médico estoy haciendo lo que puedo. Mi único trabajo era practicar la

operación, pero voy a verle inmediatamente'. Así que bajó y dio órdenes, y se llevaron los biombos y lo lavaron y cambiaron sus vendas y le dieron algunas inyecciones para que durmiera y todo fue bien el resto del día. »

3

« Por esos días, Julio Malapalabra se pasea por todas partes en un carro de policía, con una peluca, señalando las casas de la gente que hay que detener. Seis días después que mi hijo fue raptado del hospital, salió un artículo en el periódico que decía que Julio Malapalabra había sido detenido y llevado preso a la Jefatura de Policía, después de intentar obtener asilo político en la embajada de México. La policía decía que unos miembros del MPD trataban de matar a Julio y por eso él quería asilarse en la embajada; decían que el MPD estaba intentando matarle desde 1967. Cuando le detuvieron, el jefe de relaciones públicas de la Policía nacional dijo que Julio Malapalabra estaba mezclado en la muerte de dos soldados yanquis cerca de nuestra casa, pero le soltaron unos pocos días después. Ahora es miembro de un grupo organizado por la policía llamado La Banda, con su llavero maestro que trajo de Estados Unidos. Santiago nunca tuvo tan buena suerte.

» Cuando volví al hospital esa tarde, pregunté a mi hijo por qué no había hecho ninguna declaración a los periodistas y Santiago me dijo: 'Yo quería hablar, pero no sé lo que me pasó. Me pusieron una inyección y me quedó dormido'. Así que no le dejaron hablar a la prensa.

» Una noche, dos policías entraron en la sala hacia la una y media de la mañana, con sus ametralladoras. '¿ Es éste el perro?', me preguntó uno de ellos al entrar. No le contesté y entonces el otro policía le hizo un signo con la mano de que se fuera. Pero el primero dijo: 'No hombre, no. Déjame ver la cara de ese perro. Enciende las luces, que pueda verlo bien'. Así que encendieron todas las luces, y mi hijo se despertó y se llenó de miedo. 'Te voy a matar', dijo el primer policía, antes de irse.

» '¡ Ah, no! Esta noche me toca velarlo a mí', dijo el primero, y volvió y se sentó con su ametralladora justo enfrente de la cama. La llevaba dentro de un saco pequeño; acortan el cañón de la ametralladora para poder ocultarla dentro del saco, un saco de viaje, con « Pan American » escrito fuera. Lo puso en el suelo y se sentó allí para aterrorizarme. Lo de la ametralladora era para mostrarme que estaba 'sobrado', es decir, dispuesto a disparar.

» Yo tenía miedo porque del modo como se sentó me apuntaba con la ametralladora. La había puesto sobre sus rodillas y si movía la pierna y se disparaba me daba directo. Así que me levanté y caminé alrededor de la cama y acaricié la cabeza de mi hijo y le limpié el sudor. Tenía tanto miedo que cuando él se durmió, me levanté y me recosté sobre el respaldo de la cama, y cuando sentí que me adormilaba y estaba a punto de cerrar los ojos, me acerqué a la palangana y me froté la cara con agua. Tenía conmigo un pote grande de café y había comprado unas pastillas para quitarme el sueño. Estas pastillas eran tan fuertes que, después que mi hijo murió, no dormí durante cuatro o cinco noches. Pero incluso antes de eso, me había entrado el miedo de dormirme. Cuando iba a casa no tenía tiempo porque debía cocinar y hacer la limpieza. Tengo dos hijas y un hijo trabajando, y los vecinos siempre venían a hacerme preguntas, porque no se atrevían a ir al hospital. Así que me recosté a un lado de la cama y puse mi mano sobre su frente, y él se despertó y me dijo: 'Mamá, ¿ por qué no te sientas?'

» 'Muy bien, me sentaré un poco', le dije. 'Es que estaba un poco cansada de estar sentada y me duelen las rodillas'. Lo que no le dije es que tenía miedo. ¡Qué noches terribles! Durante la primera, la segunda y la tercera noches, uno podía ver enfermeras. Pero después de la cuarta noche, quiero que sepa usted que después de las ocho o las nueve inyectaban un calmante a todos los enfermos para hacerlos dormir. Qué extraño hospital, ¿verdad? ¡Todo el mundo durmiendo! Así, si una persona enferma empeoraba durante la noche tenía que dar palmadas para conseguir una enfermera. Tenía que palmear fuerte, varias veces, porque la enfermera estaba en el piso de arriba. La única cosa que salvaba a la gente enferma eran las monjitas, las españolas, que eran muy buenas, unas verdaderas santas. Había una muy bonita, a la que él llamaba Santa Teresita. Un día me dijo: 'Mamá, ¿te has dado cuenta que la monjita ya no viene más? Te acuerdas de ella, ¿verdad? Vino durante cuatro días seguidos, pero hoy, miércoles de Semana Santa, no ha venido, y en vez de ella hay una monja gorda que parece un hombre, un hombre disfrazado de mujer'. Era verdad, y me hizo refr. 'Supongo que la han llevado a otro lado'; más tarde me enteré que la habían trasladado al hospital de San Pedro de Macorís. Yo me refa aún y le dije: 'Bien, quién sabe, a lo mejor es un yanqui'. '¡Qué lfos!, repuso siguiendo el juego: 'Mamá, debe de ser un agente de la CIA o un 'calié' o algo por el estilo'. Después de esto, ni siquiera las monjas venían a la sala a ver a los pacientes, y Mangá empeoró. Luego, el sábado por la noche, la víspera del Domingo de Pascua, su estado se agravó aún más.

» Cuando llegué al hospital el sábado por la tarde, lo encontré realmente muy mal. 'Menos mal que has podido venir, mamá', dijo con una voz llena de angustia. 'Me siento muy mal, mamá. Trae al doctor, tráelo, van a dejar que me muera. Avisa a la prensa. Avisa a la Comisión de Derechos Humanos. Esa gente ma va a sacar de aquí y me va a matar. ¡Date prisa mamá, o me matarán'. Yo le dije: 'No te preocupes, cuando salga del hospital voy directo al Padre Marrero'. Lo que más me asustaba era que se lo llevaran del hospital y lo pusieran en un hospital militar y lo torturaran para hacerlo hablar. Así, le dije que buscaría al Padre apenas saliera. Entonces empecé a arreglarle las sábanas, y cuando levanté su almohada, vi que el tubo de goma que le drenaba la pus del cuerpo estaba pegado a la sábana con un trozo de cinta en vez de estar conectado al cuerpo, y dije: '¡Dios mío! Si este tubo está atado a la sábana quiere decir que no tienes nada conectado a la espalda'. El me dijo: 'Está así desde esta mañana. Me lo sacaron ellos'. Vea usted, la bala le atravesó parte del pulmón derecho, y había una hemorragia interna. Habían dejado ese tubo de goma atado a su espalda para que le pudiera salir la pus del cuerpo. 'Mira mamá, el que me sacó el tubo era un policía que se acercó a la cama cuando la chica del barrio que me estaba acompañando salió de la sala a fumar un cigarrillo. Yo estaba durmiendo porque me dieron una inyección, y como la chica me vio dormido, salió fuera porque no podía fumar aquí adentro'. Yo estaba muerta de miedo y llamé a una enfermera —parece que era una de esas enfermeras militares— pero ella me dijo: 'Esto no es nada, pero no puedo volver a poner el tubo. Esto tiene que ponerlo el doctor'. Entonces le pedí que por favor fuera al piso de arriba y llamara al doctor. Ella se fue pero, como al cabo de una hora no había vuelto, pedí a otra enfermera que lo llamara. La segunda enfermera volvió y dijo que, como Santiago era un paciente del doctor Segura, tenía que esperar hasta mañana. Dijo que el doctor de arriba estaba durmiendo y no podía bajar. ¡Oiga eso! Así que le dije a ella, 'estará vivo mañana sólo si Dios lo quiere'.

» El domingo por la mañana, mi hijo se despertó vomitando un líquido amarillo

con sangre dentro. Cuando el doctor llegó, fui a verle, y él miró al chico y me llamó aparte y me dijo: 'Como el tubo se ha salido, no voy a volver a ponérselo hoy, aunque tampoco voy a llevármelo. Es un chico muy fuerte, y lo que haré será ponérselo otra vez mañana lunes, porque es una cosa muy delicada; hay que abrirle de nuevo y fijarle el tubo dentro. Mañana, si Dios quiere, voy a sacarle toda la pus. Es muy fuerte y se va a recuperar. No se preocupe, nadie puede sacarle de aquí sin mi permiso hasta que esté completamente curado'. Eso era el domingo, y habían planeado raptarle esa misma noche.

» Ese día vino un sacerdote que era secretario o capellán de la Presidencia que celebra misa en una capilla cerca del Palacio Nacional. 'Mamá, éste es el Padre del presidente Balaguer; él me ayudará', dijo Santiago, porque por lo visto el Padre le había dicho algo. También me saludó a mí y dijo: '¿Cómo está usted? No me acerco más a la cama porque estoy resfriado. Sabe usted, un mal de garganta desde la semana de Pascua, y si se lo paso a él podría poner en peligro su vida. Mañana, Santiago, te van a sacar la pus del cuerpo y pasado mañana voy a ver si puedo arreglarle las cosas'. Era un Padre muy bueno, que salvó la vida de un chico que estaba preso y al que la policía iba a matar. 'Mañana, si Dios quiere, hablaremos los dos porque me gustaría confesarte'.

» 'Sí, Padre, dijo Santiago, sería muy bueno, aunque me he confesado ya y he recibido los sacramentos'. Había pedido a las monjas que lo llevaran a comulgar el Viernes Santo o le trajeran la comunión al hospital. Las monjas habían dicho que lo llevarían a comulgar el Domingo de Pascua en un carro de su iglesia. Pero el domingo, cuando se despertó ahogándose y vomitando esa flema amarilla, no pudieron llevarle a la iglesia. El viernes me había dicho: 'Es verdad lo que dice el Padre Marrero, que uno debe morir, que hay vida eterna, que Jesucristo murió por nosotros'. Me pidió que le trajera un radio y le llevé uno que tenemos, pequeño y medio roto, y escuchó el Sermón de las Siete Palabras. No sé como se le ocurrió esto el Viernes Santo; yo pensaba que estaba durmiendo cuando dijo: 'Oye mamá, es verdad lo que dice el Padre Marrero, que Cristo murió por nosotros. Cristo vino a enseñarnos que yo podía morir para salvar al prójimo, que podían liberar a todos los presos, a todos los que son detenidos injustamente; que había que dejar de perseguir a la gente, que todos los perseguidos podrían salvarse. Porque la lucha es sacrificio, y nadie sabe mamá, si mi muerte traerá la liberación'. Dijo esto con mucha calma y yo le contesté: 'Comprendo lo que dices sobre Jesucristo, pero no entiendo bien eso de la liberación y las cosas revolucionarias; sólo sé lo poquito que me explicaste hace un tiempo'.

» Era el Viernes Santo cuando dijo: 'Mamá, la policía me va a raptar de aquí'. Yo le pregunté cómo lo sabía. 'Porque les he oído hablar fuera, en el pasillo, dijo. Les he oído discutir en el banco, justo enfrente de la habitación'. Estaba prohibido fumar en la sala, pero ellos entraban fumando porque usted no puede decirle a un policía que no fume. En la sala donde tenían a mi hijo había once camas y casi todas estaban ocupadas por policías y 'caliés' vestidos de pacientes. Sólo otros dos hombres eran enfermos de verdad, dos hombres que habían sido operados de la garganta y no podían hablar. Los demás eran gente que decía que tenía un dolor aquí, un dolor allá, o quién sabe qué; pero siempre estaban mirando la cama de Santiago y escuchando lo que decía. Luego, uno a uno, salían al pasillo y se sentaban en el banco con los policías. 'Vamos a linchar a este perro', oí decir a uno. Ese sábado por la tarde, mientras iba caminando de mi casa al hospital, me siguió un carro de la policía —uno de esos carros grandes que los niños del barrio llaman 'atrapaperros'. Cuando me

alcanzó, uno de los policías me silbó y me dijo: 'Doña, doña, cúdelo bien'. No le puse atención y seguí caminando. 'Abra los ojos, doña, cúdelo bien'.

» El domingo, un policía entró en la sala y empezó a jugar con un trozo de alambre, un caucho y cuatro cerillas con uno de los pacientes, un 'calié'. De pronto el paciente dijo al policía: 'Oficial, ¿cómo piensan sacar a ese tipo de aquí?' Miré a Santiago, y él me miró a mí y me dijo: 'Mamá, están hablando de mí'. 'Duérmete hijo, no les hagas caso', le dije. 'El doctor me explicó que hasta que él no lo autorice no podrán sacarte de aquí'. Entonces el 'calié' dijo al policía: 'Oficial, apuesto lo que sea a que no lo sacan'. El oficial empezó otra vez a jugar con el alambre y las cerillas y luego dijo: 'Mira chico, para algo tengo este revólver y esta cartuchera. Por mi madre que dejo la policía si no lo sacamos'.

« Esto era el domingo por la mañana. Hacia las diez o las once se cansaron del juego y empezaron a caminar arriba y abajo por el pasillo y a reír a la puerta. Luego llegó una enfermera a ponerle una inyección a mi hijo. Después vino al hospital una predicadora evangélica; venía para quitarle el escapulario con la medalla de la Virgen del Carmen que tenía en el cuello. 'Tuve que pelearme con la policía para entrar aquí', dijo la evangélica. 'Sáquese ese escapulario o va a morir condenado al infierno. La Biblia dice que no hay que adorar nada hecho por la mano del hombre. Sáqueselo, doña, así al menos se salvará'. El llevaba esta imagen de la Virgen del Carmen, con el Sagrado Corazón de Jesús del otro lado, desde hacía unos dos o tres años, un día que estaba de picnic y se fue a bañar a una corriente y casi se ahoga porque no sabía nadar. Pero yo dije a la evangélica: 'Desde que nació le he enseñado a tener fe, y no se lo voy a quitar porque él no lo quiere'.

» Santiago agarró el escapulario mientras las monjas venían a ponerle una inyección, y dijo a una de ellas: 'Saquen a esa mujer de aquí. Si me quitan el escapulario me muero'. La señora predicadora se puso muy asustada, y la policía vino y la hizo salir. Ahora, cuando Santiago se durmió, estuve a punto de quitarle el escapulario porque pensé que a lo mejor la señora predicadora había oído decir a la policía, cuando entró al hospital, que iban a raptar al del escapulario. Así que yo quería sacárselo pero, pensando en la gran fe que él tenía, se lo dejé. Más tarde, cuando él se despertó diciendo: 'Me van a estrangular hasta que muera', le pregunté como lo sabía. 'Mamá, vas a ver como la policía me saca de aquí y me pega dos balazos. Me pondrán una almohada en la cara para asfixiarme, y me pegarán dos tiros'. De verdad, yo no sé si le pusieron la almohada en la cara, pero seguro que lo estrangularon por la forma en que estaba cuando encontraron el cadáver.

» A las seis de la tarde del domingo, más o menos una hora antes de que lo raptaran, venía de mi casa, cuando vi tres carros patrulla de la policía y un camión estacionados frente al hospital. Dentro del camión, había una camilla. Pregunté al portero qué había pasado y me contestó: 'No se preocupe, es un enfermo que acaban de traer'. Pero yo podía ver que no había tal enfermo, sino que estaban hablando de alguien que habían venido a buscar. Decían que faltaba la hoja de salida. Como nunca me ha gustado curiosear, subí al piso de arriba lo más a prisa que pude para ver si no se habían llevado a mi hijo y, cuando lo vi, sentí un gran alivio. Había empeorado aún y le trajeron oxígeno con una máscara. Era extraño que después de todo lo que había pasado, tuvieran ahora tantas ganas de ponerle la máscara de oxígeno. La había traído allí la doctora esa. 'Por favor, dijo Mangá, no me ponga esa máscara en la cara porque me voy a asfixiar'. La señora doctora contestó: 'Muy bien, ahora vamos a ponerte

la inyección'. Se la puso y se fue, y entonces Santiago de dijo: 'Mamá, esta doctora es muy reaccionaria, es la esposa de un oficial del ejército. He estado vomitando sin parar desde que me puso esta inyección verde a las doce'.

» 'No te preocupes', le dije. 'Voy a dormir sentado junto a ti'. Lo alcé un poco para que pudiera sentarse en la cama y empecé a abanicarle con un pedazo de cartón. 'Dáme un trozo de hielo, mamá, dijo, un trozo de hielo para masticar'. 'No, no mi hijo, contesté, después te vuelve la flema y te ahogas'. Pero me lo rogó tanto que finalmente se lo di, justo cuando esos cuatro hombres entraban con sus disfraces. Durante la pelea vi sus botas, sus cartucheras y sus pantalones grises de policía debajo de los delantales blancos. Tenían las cabezas cubiertas con medias de nailon y pañuelos sobre la boca. '¡Somos del partido!, gritaban. ¡Venimos a liberarte!' Pero Santiago les contestaba gritando: '¡No tengo partido! ¡Me van a matar!' Se agarró a mí y les daba patadas, pero uno de los hombres me tiró al suelo de un manotazo y lo alzarón. Santiago arrancó el pañuelo de la cara del teniente y gritó: '¡Mamá, son policías! Este es...'. Pero le taparon la boca y se lo llevaron. Yo pude levantarme y corrí detrás de ellos gritando y llorando, pero cuando salí al corredor, que es larguísimo, habían desaparecido. No podían haberlo cruzado, no habrían tenido tiempo; pero habían desaparecido. En realidad, lo habían escondido en la oficina de al lado mientras yo salía corriendo del hospital para alcanzarles. Cuando crucé el corredor y salí a la calle, no había nadie. El corredor estaba vacío... ».

El cadáver de Mangá, todavía con pijama del hospital, apareció a la mañana siguiente en la guardarraya de un campo de caña, cerca de la ciudad de San Pedro de Macorís, a unas 45 millas de Santo Domingo. Según el Padre Marrero, que fue con la madre del muchacho a identificar el cuerpo en el depósito de cadáveres del hospital de San Pedro, Santiago tenía heridas de bala en la cabeza, pero había fango en las uñas de las manos, lo que quiere decir que vivía aún cuando sus asesinos lo abandonaron. Una de las monjas del hospital de San Pedro de Macorís dijo que, al amanecer, había recibido una llamada de la policía pidiendo prestada una ambulancia para llevar el cuerpo. El jefe de policía de San Pedro de Macorís detuvo a cinco personas como sospechosas, pero las liberó el día siguiente. El Padre Marrero dijo que había proyectado celebrar un funeral en la iglesia parroquial de San Miguel de Santo Domingo, pero tuvo que cancelar la misa cuando supo que agentes de policía iban a infiltrarse en la congregación para perturbar el servicio. El funeral se celebró dentro de la casa de Mangá, y el entierro tuvo lugar al atardecer, veinticuatro horas después del rapto. Interrogado en el curso de una conferencia de prensa dos días más tarde sobre las circunstancias del crimen, el presidente Joaquín Balaguer dijo: « Los informes suministrados por la policía indican que constituye un episodio más de la lucha entre dos facciones de la extrema izquierda. Fue una de esas facciones la que llevó a cabo el rapto y luego asesinó a la víctima. Esta es la información de que dispongo y me parece a mí la única respuesta lógica. »

[Traducción de Juan Goytisolo.]

Comité prodefensa de los derechos humanos en República Dominicana

Ciudad de Nueva York
Julio de 1973

Doctor Joaquín Balaguer
Presidente de la República Dominicana
Palacio Nacional
Santo Domingo, República Dominicana
Señor Presidente :

Los abajo firmantes nos dirigimos a Ud. públicamente para expresar nuestro marcado repudio a los incesantes atropellos y crímenes de su maquinaria gubernamental.

La serie incesante de atrocidades desatada sobre el pueblo dominicano no puede ser atribuida, como ha hecho Ud. a Fuerzas Incontroladas. Esta represión tétrica es ejecutada en gran parte directamente por la Policía nacional y el Ejército nacional que Ud. preside. Los representantes de la ley y el orden han actuado una y otra vez como delegados del caos; los órganos de la justicia, como dispensadores de injusticia. Nadie se engaña, ni dentro ni fuera del país, que los hombres de uniforme han sido en numerosas ocasiones los ejecutores de la pesadilla que este pueblo sueña despierto cada día.

He aquí, sacados de la prensa dominicana, algunos de los casos que aún reverberan en la memoria del pueblo :

—La desaparición del doctor Guido Gil Díaz en enero de 1967.

—La desaparición de Henry Segarra Santos, el 25 de julio de 1969.

—Otto Morales Efres y Amin Abel Hasbún, asesinados respectivamente el 16 de julio y el 24 de septiembre de 1970, después de haber sido detenidos.

—El dirigente obrero Rafael Pérez Guillén, muerto a golpes en el penal de La Victoria el 8 de febrero de 1971.

—José Leopoldo Paulino (Saleo), asesinado en la prisión de La Victoria en marzo de 1971.

—El vil asesinato de Homero Hernández Vargas, ametrallado en presencia de su esposa Elsa Peña por los efectivos de la Policía nacional, el 22 de septiembre de 1971. La viuda fue luego deportada vía México el 14 de febrero de 1972.

—José Mercedes Fernández, asesinado por golpes recibidos en el Palacio de la Policía y en La Victoria el 26 de septiembre de 1971.

—Las muertes de Gerardo Bautista, Rubén Darío Sandoval, Radhamés Peláez Tejada, Reyes Florentino Santana y Víctor Fernando Checo, todos socios del Club Héctor J. Díaz, asesinados por miembros de La Banda el 9 de octubre de 1971.

—La masacre de Amaury Germán Aristy, Bienvenido Leal Prandy, Ulises Cerón Polanco y Virgilio Pérez

Perdomo, en el kilómetro 14 de la autopista de Boca Chica, el 12 de enero de 1972.

—La joven Sagrario Díaz Santiago, vilmente ametrallada en la Universidad Autónoma de Santo Domingo el 4 de abril de 1972 —por quien Ud. declaró « que había rogado a Dios que sobreviviera ».

—El escalofriante relato de Radhamés Méndez Vargas, sobre los días 24 y 28 de abril y 7 y 8 de mayo de 1972, cuando casi un centenar de presos políticos fueron torturados en la « cámara de torturas » localizada en el celda número 11 de La Victoria. Estas torturas culminaron con la muerte del joven Oliver Méndez el 8 de mayo.

—El joven Rafael del Carmen Díaz, de Ocoa, que desapareció para aparecer mutilado y sin masa encefálica en unos matorrales del ensanche Los Minas, el domingo 10 de septiembre de 1972. Ese mismo día, el jovencito Rufino Antonio Rojas era asesinado a mansalva en Mao debajo de una cama.

—El conocido periodista dominicano Gregorio Castro, jefe de redacción de *Última Hora*, brutalmente asesinado de tres balazos en la cabeza, en la noche del 28 de marzo de 1973 —después que éste le había informado a Ud. sobre las serias amenazas que había recibido contra su vida.

—El estudiante Joaquín Suero (Chino), de Barahona, asesinado en una movilización estudiantil el 31 de mayo de 1973, por cuya muerte se responsabiliza a un raso de la Policía nacional. Esa misma tarde, dos agentes del Servicio secreto abrieron fuego contra una marcha que protestaba por la muerte de Suero, hiriendo en las dos piernas a una niña en la galería de su casa. Hacía sólo una semana que otro estudiante, Amelio Cabrera, había sido asesinado de cuatro balazos en Moca por un agente de la Policía. A estos episodios habría que agregar otras muertes en aras del terror; las angustiantes detenciones y allanamientos; los expedientes de jóvenes que llevan uno y hasta dos años sin ser ventilados por los tribunales; la explotación y el abuso sexual de los prebostes en la Cárcel pública de la Fortaleza de San Luis; los jóvenes profesionales que deseando contribuir con sus conocimientos al desarrollo del país son deportados al entrar por haber adquirido estos conocimientos en universidades socialistas; la deportación de los presos políticos anunciada por el mayor general Neit Nivar Seijas.

Nosotros denunciaremos todo este rosario de atropellos y crímenes. Lo denunciaremos como una agresión contra los Derechos humanos, como los entiende el más simple hombre o mujer, y como han quedado redactados en nombre de la humanidad en la Declaración universal de los Derechos humanos de las

Naciones Unidas : Artículos 1, 3, 5, 7, 8, 9, 10, 12, 13-1, 13-2, 18, 19 y 20.

Nosotros denunciarnos los atropellos aludidos porque constituyen violaciones a la misma Constitución que legitima el gobierno que Ud. preside. Veáanse los pasajes 1, 2b, 2c, 2e, 2f, 2i, 3, 4, 5, 6, 7, 9 y 11 del Título II, Sección I (« De los Derechos individuales y

sociales »), Artículo 8, de la Constitución dominicana. Nos hemos dirigido a Ud. Señor Presidente, para que cese la represión por la que su gobierno quebranta una y otra vez la Constitución que le presta legalidad ; para que cese la agresión contra los derechos del pueblo dominicano ; para que cese la dislocación que hace sufrir al pueblo, a mano del gobierno, un castigo ilegítimo.

Helene Anderson, Profesora Universidad de Nueva York, Dept. de Literatura ; Giovanni Alemá, Médico neurólogo (italiano) ; John Ashberry, Poeta norteamericano, crítico, editor ; Michael Baird, Director Estudios Adultos, Universidad del Estado de Nueva York ; Joe Bauke, Jefe del dept. de Alemán, Universidad de Columbia ; Simone de Beauvoir, Escritora francesa ; Charles Bettelheim, Economista, profesor Escuela Altos Estudios, París ; Arroyo Bischof, Profesor de la Universidad de París VIII ; Robert Bly, Poeta norteamericano, crítico, editor, traductor ; Susanne Jonas Bodenheimer ; Rafael Bosch, Crítico español, profesor de Literatura, Universidad de Nueva York ; José María Castellet ; Noam Chomsky, Escritor norteamericano, profesor de Lingüística, Instituto de Tecnología de Massachusetts (MIT) ; Julio Cortázar, Escritor argentino ; Annie Couedél, Profesora de la Universidad de París VIII ; Antoine Culetti, Profesor de la Universidad de París VII ; Pedro Cuperman, Escritor argentino, profesor de Ciencias políticas de la Universidad de Nueva York ; J.M. Faure, Profesor de la Universidad de París VIII ; Barbara Foundeur, Poeta norteamericana.

Carlos Fuentes, Escritor mejicano ; Gabriel García Márquez, Escritor colombiano ; Jean Genet, Escritor francés ; J. Gesni, Profesor de la Universidad de París VIII ; G. Girard, Profesor de la Universidad de París VIII ; Fred Goff, Sociólogo norteamericano ; Ira Gollobin, Abogado norteamericano ; Patrick Gorman, Secretario-Tesorero Internacional del Sindicato de Carniceros de Estados Unidos (AFL-CIO) ; Juan Goytisolo, Escritor español ; Elizabeth Hardwick, Escritora norteamericana ; Michael Harper, Poeta norteamericano ; Irving Louis Horowitz, Profesor de Sociología y Ciencias políticas, Universidad de Rutgers ; Richard Howard, Crítico, traductor, poeta, Pulitzer Prize ; Irving Howe, Escritor norteamericano ; M. Joubert, Profesor de la Universidad de París VIII ; Tull Kupferberg, Poeta norteamericano ; Jacques Lavigne, Profesor de la Universidad de París VIII ; Sidney Lens, Escritor norteamericano, editor ; Betty Lifton, Escritora norteamericana ; Walter Lowenfels.

P. Liao, Profesor de la Universidad de París X ; Dwight MacDonald, Escritor, crítico, editor norteamericano ; Gary MacEoin, Jefe del Comité de Asuntos Internacionales Norteamericano ; Manuel Maldonado Denis, Sociólogo y escritor puertorriqueño ; S. Mallet, Profesor de Ciencias políticas de

la Universidad de París VIII ; Juan Mari Bras, Secretario general del Partido Socialista Puertorriqueño ; Alfredo Matilla, Poeta y crítico puertorriqueño, profesor Universidad del Estado de Nueva York (Buffalo) ; Eugene McCarthy, Ex-Senador de los Estados Unidos ; C. Mayaud, Profesor de la Universidad de París VIII ; Rodrigo Molina, Profesor de Literatura medieval, Universidad de Nueva York ; Yves Montand, Actor y director de cine francés ; Juan Nieves Fallon, Sociólogo ; Nicanor Parra, Poeta chileno ; Octavio Paz, Poeta mejicano ; P. Petit, Profesor de la Universidad de París VIII ; Anne Philipe, Escritora francesa, viuda del actor Gérard Philipe ; C. Psoucalas, Profesor de la Universidad de París VIII ; Marcus G. Raskin, Codirector del Instituto de Estudios Políticos ; Mary Riesch, Michael Riesch.

M. L. Rosenthal, Poeta norteamericano, crítico, profesor de Literatura, Universidad de Nueva York ; Claude Roy, escritor francés, profesor, Universidad de París ; Juan Rulfo, Escritor mejicano ; Jean-Paul Sartre, Filósofo francés, dramaturgo, ensayista, editor, Premio Nobel ; Laurent Schwartz, Matemático, Profesor, Universidad de París VII ; Jorge Semprún, Cineasta y escritor francés ; Harvey Strharsky, Loretta Strharsky, O. Sureau, Profesor de la Universidad de París VIII ; Simone Signoret, Actriz de cine francés ; Yannis Tritisidas, Profesor de la Universidad de París VIII ; Mario Vargas Llosa, Escritor peruano ; Sol Yurick, Escritor norteamericano ; Emilio Díaz Valcárcel, Novelista puertorriqueño ; José Ruibal, Dramaturgo español ; Paul M. Sweezy, Escritor norteamericano, editor ; Barbara Probst, Escritora norteamericana, editora.

Norman Birnbaum, Sociólogo norteamericano ; Luis Goytisolo, Escritor español ; Paul Jacobs, Escritor norteamericano ; Michael Wagner (por CIMADE), Secretario general del Comité Internacional de Apoyo a Exiliados ; Barry Wallenstein, Poeta, crítico, profesor, Universidad de la ciudad de Nueva York ; Anne Waldman, Poeta norteamericana, directora del Proyecto de Poesía de la Ciudad de Nueva York ; Padre Camillo de Piaz, Corsie die Servi, p.s. Carlos 1, Milán ; Lucia Piagni, P. San Carlo 1, Milán ; Mario Cuminetti P. ze. S. Carlo 1, Milán ; Luigi Santucci, Nazareno Fabretti, Corsie del Servi, Antonio Stasiavato, Tristano Codignola, Bettino Craxi, Giovanni Mosca, Francesco Tempestini, Mario Zagari, Ricardo Lombardi, Francesco De Martino y C. Vincenzo Artigiano.

Tribuna libre

J. Sanz Oller

« Cuadernos Rojos » y J. J., o nada nuevo bajo el sol

1. Las franciscanas críticas de Cuadernos Rojos

No, la raza de los leninistas no se renueva mucho que digamos. Si uno no conociese el origen político del equipo redactor de *Cuadernos Rojos* (CR en adelante), hubiese albergado ciertas esperanzas al empezar a leer: « 1972: Estrategia burguesa y lucha anticapitalista », publicado en el número anterior de *Cuadernos de Ruedo ibérico*. Uno, digo, habría albergado ciertas esperanzas, pero las hubiera perdido muy pronto.

Las críticas que en él se hacen al Partido Comunista (PC) y a Bandera Roja (BR), con todo y ser acertadas, son limitadas, muy limitadas e incompletas. Sobre la crítica al PC no vale la pena detenerse. Este partido es suficientemente conocido por los lectores de *Cuadernos de Ruedo ibérico* como para entretenerse ahora señalando los límites de la crítica de CR. Pero la crítica a Bandera Roja ya es harina de otro costal.

El amable equipo de CR empieza haciendo una declaración de fe sobre las buenas intenciones de BR (apartado D), para acabar diciendo que el camino de BR « no es más que una colección de golpes en el vacío » (punto 4).

Uno se queda perplejo ante la buena fe de una gente que está organizando y haciendo luchar a otros para dar « golpes en el vacío ». Y la única respuesta que encuentra uno, si es que se les presupone la buena fe, es que deben ser idiotas perdidos.

Sigo leyendo y casi me creo que ésa es también la opinión del equipo CR, pues señala las contradicciones « inexplicables » de BR, planteándose unos interrogantes capaces de enternecer al burócrata más encallecido (en el coxis) de cualquier partido con 50 años de experiencia en la oposición democrática.

Pero, bromas aparte, los señores de CR y yo conocemos lo suficiente a los socios fundadores de BR para saber que son lo bastante inteligentes como para darse cuenta de que existe una contradicción en su estrategia, y que esa contradicción no tiene explicación posible, por muy hábiles que sean esos señores con la parlante y con la multicopista.

Si los socios fundadores de BR no esperaban las privilegiadas meninges de los redactores de CR para saber que existía una contradicción en su estrategia, ¿ por qué mantienen, contra toda lógica, esa estrategia y la contradicción que la fundamenta ?

2. Las buenas intenciones hacen los malos análisis

A eso, los compañeros de CR no responden. Y no responden, porque parten de las buenas intenciones del equipo dirigente de BR. Y las buenas intenciones no

llevan a ninguna parte, porque no son criterio para ningún análisis. Los compañeros de *CR*, tan ortodoxamente marxistas, deberían saberlo.

Deberían saberlo y lo saben. Lo malo es que no pueden ir más allá en su crítica, porque se les convertiría en una autocrítica. En efecto, ¿qué es lo que separa la ideología BR de la ideología *CR*? Sólo una cosa: Al institucionalizarse, estructurándose como grupo, BR se ha visto obligado a dotarse de una estrategia y de una organización. Como BR proviene del PC, su estrategia y su organización tenían que estar a la izquierda del PC, pero no demasiado, teniendo en cuenta su clientela. Leninistas, por descontado, sus posibilidades innovadoras se limitaban al trotskismo o al maoísmo. Ferozmente antitrotskistas —no en vano los dirigentes de BR han estado amamantados en el estalinismo más puro— no había más opción que el maoísmo. Como había ya varios grupos maoístas en España (PCM-L, PCI, PCístas, etc.), su originalidad debía consistir en la adaptación «inteligente» de los principios de Mao. Después de muchas dudas (se publicaron 12 números contradictorios y poco coherentes de su revista teórica), apareció la gran parida, que daría como resultado un llamamiento a los obreros y capas populares, a luchar... ¡por una república! *CR*, en cambio, no es más que una revista que sale de higos a brevas, sin la menor base real y, por consiguiente, sin ninguna prisa por concretar nada. Con críticas, más o menos inteligentes, y con vaguedades y lugares comunes, van tirando.

BR se ha estructurado, organizado, desarrollado, atrayendo por su moderación y buenas maneras a un número importante —dentro de la relatividad en la que nos movemos— de estudiantes, y a un número mucho menor de obreros, procedentes en su mayoría del campo católico, antiPC, en busca de un término medio entre el PC y la Liga. BR ha reemplazado al FOC.

A partir de este momento, el proceso de burocratización propio de este tipo de organizaciones no ha hecho más que acelerarse, según el esquema clásico en todos los partidos leninistas, como lo han analizado otros mejor de lo que yo podría hacerlo ahora (véase Lefort: *¿Qué es la burocracia?*)

Aquí está la diferencia fundamental entre BR, partido estructurado con las exigencias y transformaciones propias de todo partido estructurado, y *CR* que sólo tiene latente lo que ya es evidente en BR.

Esta identificación es lo que limita el alcance de las críticas de *CR*, que está soñando con hacer lo mismo que BR, cambiando sólo los protagonistas. Por eso, sus conclusiones no nos enseñan nada nuevo, pues propugnan, ¡cómo no! «la creación del partido revolucionario», etc., etc., etc.

Si el equipo de *CR* fuera capaz de liberarse de sus cadenas leninistas, aplicarían el esquema de la lucha de clases en el interior del partido, se darían cuenta de que el fenómeno de burocratización no es algo casual o baladí, sino algo que tiene su razón de ser y condiciona todo lo demás, empezando por la estrategia, que no es más que la emanación de las necesidades ideológicas del grupo dominante dentro del partido. Pero esta crítica no pueden aplicarla, los compañeros de *CR*, sin que recaiga sobre ellos, y por eso sus conclusiones son tan pobres como su crítica.

No, decididamente, estos señores no se herniarán las meninges a fuerza de pensar cuál es el tipo de organización que «el carácter actual de la lucha de clases está planteando en este país a los trabajadores», como ellos dicen. Siguen pensando que la aplicación pura y simple de los principios leninistas producirá efectos mágicos. El culto al leninismo es su tara, y les impide ver más allá de sus narices. ¡Pues no nos citan acaso dos veces los ejemplos de SEAT, Vigo,

Ferrol (olvidando Macosa, Harry-Walker, MTM y recientemente San Andrés, en Barcelona), sin sacar las conclusiones que se imponen !
 Sigán, señores de CR, sigan pensando que hay que construir el partido de la clase obrera, y ya verán las sorpresas que ésta les irá proporcionando...

3. J.J. y su autonomía de pacotilla

J.J. es otro ejemplo de leninista ortodoxo, dispuesto siempre a soltar el rollo al primero que se descuide.

Lo primero que me asombra es la facilidad con la que J.J. me atribuye frases que no he dicho ni diría: « El PC no se hizo con la dirección de CC.OO. por sus méritos, ni por su « mala fe leninista » (como diría sin duda Sanz Oller) ». Sanz Oller, es decir, yo, no hablaría ni ha hablado de « mala fe leninista ». Para mí, señor J.J., con decir « leninista » ya basta. En las páginas 90-91 de mi artículo « La larga marcha del movimiento obrero español », expongo las razones por las que el leninismo exige que el partido dirija a la organización obrera de masas. El principio de « la correa de transmisión », aunque se emplee ahora de manera vergonzante, sin nombrarlo, sigue estando vigente, tan vigente, que J.J., después de habernos llenado la cabeza con la palabra autonomía, hasta el punto de no saber ya lo que entendía por ella, acaba aclarándonos: « Al MO y a CC.OO. le convienen la autonomía (en el plano de la contradicción capital-trabajo) » es decir, en las reivindicaciones económicas. Et el terreno político, en cambio, lo que necesita es: « [...] la organización política de clase, el partido de masas con una dirección que, en lugar de sustituir a la clase, constituya la respuesta política de la misma [...] »

¡ Bravo ! J.J. se ha aprendido a Lenin de memoria. Así que, teóricamente, la autonomía que J.J. concede al MO es la autonomía para pedir aumentos de sueldo. Pero en la práctica, ni esa autonomía se concede, pues como el mismo J.J. dice en su punto 4: « No obstante, resulta que en la situación española, ambos frentes han ido por lo común unidos: una lucha « económica » ha llevado, sistemáticamente, al enfrentamiento con las estructuras capitalistas de tipo estatal. »

Y entonces, claro está, la instancia política debe dirigir a la « económica », ¿ no ? Así, hasta esa miniautonomía que J.J. concedía, se queda en agua de borrajas. Esa es, efectivamente, la autonomía de que disfrutaban las CC.OO. dirigidas por BR o por el PC. ¡ Bonita autonomía !

4. Calumnia, calumnia, que algo queda

Finalmente, J.J. recurre a los procedimientos habituales. En primer lugar, como no le gustan que le metan en el mismo saco que el PC, le niega a éste representatividad leninista, diciendo que « de leninista sólo tiene el *slogan* », aunque no nos dice por qué. ¿ Quién representa, pues, el leninismo hoy en España ? ¿ Acaso BR, que J.J. no nombra, ni para bien ni para mal ? ¿ O el partido que construirá el señor J.J. en sus ratos libres ?

El otro procedimiento, también típico, es el de intentar enlodar con la calumnia todos los intentos que el MO va haciendo para conseguir su autonomía, que tiene que ser total, frente al capital, por supuesto, pero también frente a organizaciones construidas al margen de la clase y dirigidas por personas ajenas a la misma. El grupo ¿ *Qué hacer* ? fue el primero en intentarlo en CC.OO. y sus

toscos presupuestos iniciales los ha ido desarrollando y perfeccionando buena parte del MO, por lo menos en Cataluña. Son ya numerosos los grupos que reclaman la autonomía total para el MO. Y eso, los leninistas no se lo perdonarán nunca a los que iniciaron *¿Qué hacer?*

Por eso, ahora J.J. nos sale acusándole de haber estado « al servicio de los jesuitas y de los sindicatos amarillos » (!)

Aparte de que esta calumnia tiene un regusto anacrónico, es una de las más inadecuadas que el señor J.J. podría haberse inventado en sus noches de insomnio. Cuando jesuitas en funciones y exjesuitas abundan en las filas de BR y de la Liga, nunca hubo ninguno en *¿Qué hacer?*; y mientras el PC y BR aconsejaban a los obreros la participación en las últimas elecciones sindicales y la utilización de los cauces legales, todos los grupos salidos de *¿Qué hacer?* no han dejado de abogar para el boicot a los organismos legales y a las elecciones. Basta con leer la propaganda de esos grupos, que además participan todos en CC.OO., sin montar tinglados aparte.

Pero, claro, J.J. defiende su bistec, pues si se suprimen los partidos tradicionales, tendrá que apuntarse al paro forzoso, como buen « revolucionario » profesional que es.

El mismo temor albergan los de CR, en el supuesto, claro está, de que CR y J.J. no sean la misma persona. ¿Quién sabe?

Vázquez de Sola

El general Franquísimo

**o la muerte civil
de un militar moribundo**

120 páginas ilustradas

15 F



ruedo ibérico **Librería**



Editoriales que Ruedo ibérico distribuye : Argentina : Siglo XXI, Siglo XX, La Pléyade, Américalee, Nueva Visión, Proyección, Santiago Rueda, Rodolfo Alonso, Tiempo Contemporáneo, Proteo, Galerna, Granica ; Colombia : La Oveja Negra ; Cuba : Instituto del Libro ; Estados Unidos : Ibérica ; México : Grijalbo, Era, Oasis, Joaquín Mortiz, Cuadernos Americanos, Instituto Mejicano de Investigaciones Económicas, Siglo XXI ; Uruguay : El Siglo Ilustrado ; Venezuela : Universidad Central de Venezuela, Monte Avila, etc.

6 rue de Latran

Metro : Maubert-Mutualité

75005 Paris

Ayuntamiento de Madrid

Teléfono : 325 56-49

Juan Goytisolo : El mundo erótico de María de Zayas ●●● Carlos-Peregrín Otero : Prolegómenos para una historia de la cultura hispana en el siglo XX ●●●● Jerónimo Hernández : Aproximación a la historia de las Comisiones obreras y de las tendencias forjadas en su seno ●●● Rafael Hernández : Ocho notas sobre la política internacional del Partido Comunista de España ●● El “affaire” de las autopistas ●●● Juan Carlos Portantiero : Clases dominantes y crisis política en la Argentina actual ● Norman Gall : La única respuesta posible

Prix : 18 F